la HIJA de la RECTORA



MÓNICA BENÍTEZ

LA HIJA DE LA RECTORA

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2026 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Aviso legal

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material puede ser reproducida, distribuida, transmitida o almacenada en ningún formato ni por ningún medio, ya sea físico, digital, electrónico o mecánico, sin la autorización previa y expresa de la autora. Esto incluye, pero no se limita, a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabaciones o cualquier forma de reproducción.

Este material no puede ser utilizado, en su totalidad o en parte, con fines comerciales sin el consentimiento previo y por escrito de la autora. Asimismo, quedan prohibidas la traducción, adaptación, transformación o cualquier otra modificación de este material sin autorización expresa de la autora.

La distribución no autorizada de este material en plataformas digitales, redes sociales o cualquier otro medio en línea constituye una violación de los derechos de autor y será perseguida conforme a la ley.

Todos los personajes, situaciones y eventos descritos en este libro son completamente ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Para consultas sobre permisos o autorizaciones, por favor, comuníquese con mbenitezlibros@gmail.com

Registro: 2511053596115

https://monicabenitez.es

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

https://www.facebook.com/monicabntz

Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

CAPÍTULO 1

Natalie cruza la puerta de su despacho en la universidad vestida con un traje color crema y una blusa azul marino que transmiten esa imagen que siempre busca, convirtiéndola en alguien accesible y, al mismo tiempo, respetable. A sus cuarenta y dos años, la jefa del departamento de ayuda al alumno ha perfeccionado el arte de proyectar autoridad y cercanía al mismo tiempo. Se ha recogido su melena de color rubio ceniza en una cola baja y apenas lleva maquillaje, solo lo justo para dar un poco de calidez a sus mejillas y cubrir esas ojeras que la falta de sueño está marcando en su expresión últimamente.

La universidad todavía está vacía, el curso comenzará en breve y los únicos que deambulan por los pasillos estas últimas semanas son los profesores y el personal administrativo como ella, que se preparan para la llegada de los alumnos.

La consejera se dirige hacia su mesa, donde los rayos de sol de esa mañana de finales de agosto se reflejan tras filtrarse a través de las persianas venecianas. Se sienta en la silla de cuero y se permite un par de minutos en silencio mientras observa su despacho y se adapta de nuevo tras las semanas que ha pasado de vacaciones. En el fondo, lo ha echado de menos, su trabajo le gusta tanto que no es

una persona que pueda decir que le cuesta levantarse para hacerlo o a la que las horas que pasa aquí se le hacen demasiado largas.

Ayudar a los alumnos que lo necesitan es algo que la llena por dentro y, si está en su mano mejorar la vida de tan solo uno de ellos, se da por satisfecha.

Sus ojos se posan en la carpeta que descansa en el centro de su mesa: *Lista de estudiantes - Semestre de Otoño 2025*. Ha estado evitando abrirla durante los últimos minutos desde que se ha sentado, encontrando excusas en la reorganización de libros que ya estaban perfectamente ordenados o en comprobar que su ordenador funciona sin problemas. Natalie conoce cada nombre de esa lista porque ha revisado cada expediente, pero hay uno en particular que ha estado evitando mirar.

Con un suspiro que suena más a rendición que a resignación, abre la carpeta. Sus ojos escanean los nombres alfabéticamente ordenados hasta detenerse en la letra M. Ahí está: *Morley, Grace Marie.*

Año académico: Cuarto año (reingreso)

Grado: Derecho

Estado: activa

El mundo se detiene por un momento y Natalie nota que el aire se vuelve más denso a su alrededor. El corazón le late desbocado a pesar de que ya sabía que iba a encontrar ese nombre dentro de la carpeta; sin embargo, al leerlo, siente que la ha pillado desprevenida. Seis años. Han pasado seis años desde que Grace Morley abandonó sus estudios en el último curso. Seis años desde que habló con ella tan solo una vez, pero Natalie no ha podido olvidarse de ese pequeño encuentro que, de algún modo, la

trastocó. Se aprieta el puente de la nariz y suspira intentando pasar al siguiente nombre, pero su mente va por libre y la lleva directamente a una mañana de primavera de hace tres meses, cuando Grace Morley pisó su despacho por segunda vez.

Flashback

Natalie estaba trabajando en el expediente de Harper Morris cuando alguien golpeó su puerta un par de veces.

—Adelante —dijo, mientras terminaba de teclear unas líneas.

—Hola —saludó una voz femenina que le resultó familiar y aceleró su pulso de inmediato.

Cuando Natalie levantó la vista, sintió que todo se detenía a su alrededor. Junto a la puerta, estaba Grace Morley, pero no era la chica de veintiún años que ella recordaba, sino una mujer de veintisiete que había crecido en todos los aspectos importantes. Su pelo oscuro caía ondulado a cada lado de su cara por delante de los hombros, y llevaba un vestido de color verde oliva que hacía juego con sus ojos, de un verde tan oscuro que solo se apreciaba si estabas muy cerca y había iluminación suficiente.

Había algo diferente en la postura de Grace con respecto a la chica que entró en su despacho la primera vez. Ahora mostraba una seguridad que no tenía años atrás, pero seguía teniendo un destello de vulnerabilidad que a Natalie, entrenada para detectar estas cosas, no le costó ver.

—Grace… —logró decir, poniéndose de pie de forma tan abrupta que la silla rodó hacia atrás y golpeó la pared—. ¿Qué haces…? ¿Cómo estás? —se corrigió, aturdida.

—Bien —respondió Grace, mostrando una sonrisa que secó la garganta de Natalie en el acto.

Era la primera vez que la veía estirar los labios. En su encuentro anterior, Grace estaba hundida por la pena, pero ahora, era evidente que se había recuperado. Los ojos le brillaban y se entornaban de un modo muy sexy cuando sonreía.

—Me alegro —dijo Natalie de forma sincera—. ¿Has venido a ver a tu madre? —preguntó, realmente descolocada por su visita.

—No. En realidad, vengo a verte a ti, aunque no sé muy bien por qué —confesó Grace y carraspeó.

Natalie tragó saliva, sintiendo que tenía cartón en la boca.

—De acuerdo. ¿Te quieres sentar? —preguntó Natalie.

Grace caminó hacia la silla con un contoneo natural que hizo que Natalie necesitara unos segundos para recuperar la compostura —y después su silla— para sentarse de nuevo y coger uno de sus bolígrafos solo por tener algo que hacer con las manos.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó, intentando comprender por qué le afectaba tanto la presencia de esta chica.

Habían pasado seis jodidos años, solo se habían visto una vez en la que apenas habían intercambiado unas frases, pero aquel maldito día, Grace Morley hizo que todo el mundo de Natalie se tambaleara.

—He decidido volver —dijo Grace y, de repente, parecía tan nerviosa como se sentía Natalie por dentro—. No sé por qué vengo a contártelo —Grace suspiró y también cogió uno de los bolígrafos que había sobre la mesa de Natalie—, pero he pensado que debías saberlo.

A Natalie se le habían atascado tanto las palabras en la punta de la lengua, que sentía que se le estaba hinchando y no le cabía en la boca. Grace volvía. Grace Morley de vuelta a los pasillos de la

universidad. Durante los algo más de tres años que estuvo estudiando allí, para Natalie pasó inadvertida, una estudiante como cualquier otra, pero después de esos cinco minutos que estuvo en su despacho, ya no pudo ignorarla nunca más, ni podría ahora, eso lo tenía muy claro y, al parecer, Grace también.

—Eso es genial, Grace —consiguió decir, manteniendo su tono profesional mientras cambiaba el bolígrafo de una mano a otra—. Me alegra que hayas tomado esa decisión, es importante que acabes los estudios.

—Sí, creo que ya estoy lista —dijo Grace—. Seis años han sido suficientes para descansar —añadió.

Las dos se miraron y la corriente las atravesó. Natalie fue la primera en apartar la vista, fingiendo comprobar algo en su portátil.

—¿Necesitas ayuda con algún trámite? —preguntó Natalie.

—No. Mi madre se ha ocupado de todo.

Grace volvió a sonreír, en esta ocasión, con cierta timidez al mencionar a su madre, pero algo se removió bajo las costillas de Natalie igualmente.

—Claro, ser hija de la rectora tiene algunas ventajas —dijo Natalie, sonriendo también.

Esta vez fue Grace la que tuvo problemas para respirar ante su sonrisa.

—Sí —corroboró.

—Pues en ese caso, solo puedo darte la bienvenida —Natalie se levantó y le tendió la mano—, y decirte que estoy aquí para lo que necesites.

Grace la imitó y estrechó la mano de Natalie con firmeza. Fue la primera vez que se tocaron, pero suficiente para que Natalie

comprendiera que aquel acelerón que tuvo en el pecho cuando Grace entró en su despacho seis años atrás, no había sido un hecho aislado ni casual, tampoco algo que el tiempo había borrado, porque al rozarle la piel sintió que el aire se le escapaba de los pulmones y su cuerpo se volvía de gelatina.

—Gracias —dijo Grace, igual de trastornada que Natalie.

La alumna abandonó su despacho y ella se quedó allí, pasmada, pensando en lo incompetente que era.

Y eso último es lo mismo que Natalie sigue pensando ahora. Grace Morley es la única alumna que ha pisado su despacho buscando ayuda y ella no ha podido dársela. No supo cómo hacerlo, no supo cómo convencerla de que no abandonara los estudios porque el terror ante la idea de que esa chica que le robó el aliento en cuanto cruzó su puerta se quedara en la universidad, la paralizó. Así que Natalie no hizo bien su trabajo, actuó movida por el egoísmo y el miedo y no jugó todas las cartas que habría jugado de no haberse tratado de Grace Morley.

Se levanta y abandona el despacho, atravesando los pasillos hasta que sale del edificio y se sienta en un banco para respirar el aire puro del campus. Han pasado tres meses desde que Grace se presentó en su despacho para anunciarle que había decidido retomar sus estudios y, desde entonces, ella trata de convencerse de que, en esta ocasión, podrá manejar la situación de otra manera.

En aquel entonces, Natalie acababa de llegar a su cargo actual, tenía menos experiencia en ese puesto y el hecho de sentirse atraída por una alumna la cogió desprevenida. Ahora está preparada, al menos, eso es lo que se repite cada día tras haberse dado cuenta de que esa atracción que sintió por Grace hace tiempo, sigue

completamente intacta. Puede que, incluso sea peor, porque ahora Grace no es aquella chica joven y desorientada, ahora es una mujer hecha y derecha, segura de sí misma y demasiado atractiva como para ignorarla.

—Hola —escucha frente a ella.

Natalie levanta la mirada y se encuentra con Brooke Landy, vestida con unos vaqueros y una camiseta de manga corta con el logo de la universidad.

—Landy —dice Natalie, levantándose para estrecharle la mano —. ¿Qué tal las vacaciones? —pregunta de forma cortés.

—Cortas —resume Brooke con una sonrisa—. ¿Y las suyas?

—Entretenidas. Y deja ya las formalidades, por favor —responde Natalie—. ¿Cómo está Harper?

Brooke carraspea y se tensa ligeramente al principio, pero después sus hombros se relajan. La entrenadora nunca le confirmó su relación con Harper Morris ni Natalie tuvo la necesidad de preguntárselo, simplemente lo supo en cuanto las vio juntas. Tal vez fue debido a esa atracción intensa y descontrolada que ella misma sintió hacia Grace hace seis años la que hace que no le cueste identificar ese tipo de electricidad que fluye entre dos personas que esconden una relación, que es lo que ella hubiera tenido que hacer de haber tenido algo con Grace.

Se estremece solo de pensarlo.

—Está bien —responde Brooke—. Ahora trabaja en el centro de mis padres y vive… —la entrenadora titubea un momento.

Durante una conversación que tuvieron en el aparcamiento de la universidad, a Brooke le quedó claro que Natalie lo sabía, pero esta

será la primera vez que dirá algo que confirmará del todo esa relación que tiene con Harper.

—Ahora vive conmigo, y está bien. Nos va bien.

Natalie sonríe y asiente.

—Me alegro. ¿Y con su padre?

Brooke se pone seria. Cada vez que recuerda los malos tratos que Harper recibía por parte de su progenitor, la rabia la invade.

—Ahora mismo no tiene trato con él, y está bien con eso.

—Entonces, también me alegro —dice Natalie.

—¿Te puedo preguntar algo? —dice Brooke, aspirando con fuerza mientras mira a un lado y a otro, asegurándose de que no hay nadie cerca.

—Claro, dime.

—¿Cómo lo supiste? Quiero decir, ¿hicimos algo que nos delató delante de ti? —pregunta Brooke, entornando la mirada.

Natalie sonríe.

—No lo sé, Landy. Simplemente, lo supe, pero no porque hicierais algo que me llamara la atención.

—Pues es una suerte que no hubiera más gente como tú entre el profesorado —dice Brooke, haciendo una mueca.

—Tampoco es que coincidieras con Harper en muchas clases —comenta Natalie, mirando la hora—. Me tengo que ir, pero podríamos tomar un café una mañana de estas —propone de repente.

Ni siquiera se lo ha pensado antes de decirlo, pero algo en el interior de Natalie le dice que va a necesitar apoyo cuando Grace Morley irrumpa en su vida, y Brooke Landy no solo le cae bien, sino

que, probablemente, sea la única persona en todo el campus que puede entender cómo se siente.

—Claro, cuando quieras —dice la entrenadora.

Natalie vuelve a su despacho para continuar con todo el papeleo que tiene pendiente, pero cuando desbloquea la pantalla, el nombre de Grace Morley es lo primero que aparece. Pronto comenzarán las clases y sabe que, del mismo modo que Grace vino a su despacho para decirle que volvía, vendrá de nuevo para cualquier otra cosa porque, aunque Grace ha cambiado, su mirada de hace tres meses contenía el mismo deseo que cuando la miró hace seis años, y Natalie sabe con una certeza que la aterra, que no hay nada adecuado en lo que siente cuando piensa en Grace Morley.

CAPÍTULO 2

Grace apaga el motor de su coche y se queda un instante en silencio, con las manos aferradas al volante. Frente a ella, más allá del parabrisas, se extiende el campus de la Universidad de San Diego, un paisaje de edificios y césped bien cuidado que brilla bajo el sol de finales de agosto. Seis años. Para Grace son igual que un parpadeo y una eternidad. El aire que se cuela por su ventanilla bajada sigue oliendo exactamente como lo recuerda, a salitre del Pacífico y a hierba recién cortada. Sin embargo, ella lo siente todo diferente, como si estuviera viendo la fotografía de un lugar que hace demasiado tiempo llegó a sentir como su hogar.

La ansiedad le provoca un nudo en el estómago, algo que le hace sentir una mezcla de tensión y frío. Ella no es ansiosa, es una mujer segura de sí misma, pero volver aquí es como reabrir una herida que ella pensaba que estaba cicatrizada. No por la muerte de su padre, ese dolor ya se ha curado y ahora solo queda la melancolía y el recuerdo. El verdadero fantasma que la persigue en este campus tiene un despacho en el edificio administrativo, el pelo rubio ceniza y unos ojos azules que, incluso después de tanto tiempo, recuerda con una nitidez alarmante.

Suspira y saca el móvil del bolso para llamar a su amiga Shelby, tal y como acordaron ayer que haría cuando llegara al campus.

—Estoy aquí —dice Grace en cuanto Shelby contesta, con un susurro tan bajo que parece que esté contando un secreto.

—¿Y sigues de una pieza o te has desintegrado después de tener un ataque de pánico pensando en ella? —responde Shelby, con su habitual sarcasmo.

Grace esboza una sonrisa y mira hacia la entrada principal.

—Dame unos minutos, ¿vale? Siento que el corazón se me va a salir por la boca, y eso que todavía no he bajado del coche —dice Grace.

—Respira profundamente, joder. Es solo una universidad y ya has pasado por esto antes.

—No es la universidad, Shel —dice Grace, rodando los ojos—. Es todo lo demás. Siento que tengo veintiún años otra vez, que vuelvo a estar perdida y asustada.

—Pero no es así. Ahora tienes veintisiete y tu padre no acaba de morir. Eres una mujer increíble que ha superado una pérdida terrible y ha decidido terminar lo que empezó. Eres una jodida heroína. Así que haz el favor y di la verdad, ¿es volver a estudiar lo que te pone nerviosa o es la posibilidad de cruzarte con la consejera Dumont? —pregunta Shelby.

Grace golpea la cabeza contra el asiento y sonríe. Intentar esconderle algo a su amiga es imposible, la conoce demasiado.

—No la llames consejera Dumont, suena raro —dice Grace, pensando en Natalie sentada al otro lado de su mesa. Tensa, intentando aparentar una calma que no sentía en absoluto. Grace se humedece.

—Oh, perdona —se burla Shelby—, me refiero a la distinguida jefa del departamento de ayuda al alumno, Natalie Dumont. ¿Es por ella?

—Supongo —reconoce Grace—. Es que la última vez que la vi, fue bastante intenso.

—¿Intenso? —Shelby suelta una sonora carcajada—. Grace, cuando volviste de la universidad hace tres meses parecías un fantasma. Un fantasma muy excitado, claro, pero un fantasma. Me repetiste cada detalle de la conversación hasta tres veces. No creo que fuera intenso, creo que tu encuentro con ella fue una revelación. Sigues colada por esa mujer con la que compartiste diez minutos hace seis años, algo que jamás comprenderé.

Grace cierra los ojos y la escena de hace tres meses la golpea con la fuerza de una ola.

Flashback

Decidió ir sin pensarlo demasiado, movida por un impulso que no comprendía del todo. Después de hablar con su madre y formalizar su reingreso en la universidad, sus pies la llevaron, casi por voluntad propia, hacia el despacho de Natalie Dumont. Necesitaba decírselo, necesitaba verla. Necesitaba saber si la electricidad que sintió seis años atrás fue producto de su mente confusa y dolida o si todo había sido real como ella lo recordaba.

Golpeó la puerta antes de poder arrepentirse.

—Adelante —dijo una voz desde el interior, una voz que le resultó familiar y que le aceleró el pulso de inmediato, algo que no se esperaba.

Abrió la puerta y allí estaba ella. Natalie levantó la vista de su ordenador y el mundo se detuvo para Grace. Natalie no era la misma

mujer. O sí, pero el tiempo la había tratado con una generosidad insultante. Llevaba un traje sastre de color claro y una blusa de seda que insinuaba la curva de sus clavículas, las mismas clavículas que ella no podía dejar de mirar la primera y única vez que había estado en ese mismo despacho. Su pelo rubio ceniza estaba recogido, pero algunos mechones rebeldes escapaban a ambos lados de su rostro. Parecía más segura, más asentada en su rol, pero la sorpresa en sus ojos al ver a Grace fue imposible de disimular.

—Hola —saludó Grace, sintiendo que la boca se le secaba de repente.

Natalie se puso de pie casi de un salto, el movimiento fue tan abrupto que su silla rodó hacia atrás y golpeó la pared. La imagen de esa mujer tan serena perdiendo la compostura por un segundo envió una descarga directa a la entrepierna de Grace, que tuvo que contener un jadeo.

—Grace… —murmuró Natalie, y su nombre en sus labios sonó como una caricia y una pregunta a la vez—. ¿Qué haces…? ¿Cómo estás?

—Bien —respondió Grace, y una sonrisa, la primera que le dedicaba, se dibujó en sus labios.

Vio cómo los ojos de Natalie se clavaban en su boca y cómo tragaba con dificultad. El poder que sintió en ese instante fue abrumador.

—Me alegro —dijo Natalie, recuperando su tono profesional, aunque sus mejillas tenían un ligero rubor que no estaba ahí antes.

La conversación fue breve, casi absurda. Grace confesó que no sabía por qué había ido, solo que sentía que debía hacerlo. Natalie, por su parte, se aferraba a su rol de consejera como a un salvavidas,

preguntándole si necesitaba ayuda con los trámites, ofreciéndole un apoyo que ninguna de las dos creía que fuera meramente profesional.

La tensión crecía con cada segundo de silencio, un zumbido palpable en el aire del despacho. Grace se dio cuenta de que no solo no había superado su enamoramiento por esa mujer, sino que este había mutado en algo más profundo, más adulto. Un deseo crudo y afilado que no sabía cuánto tiempo podría controlar.

El momento de la despedida fue la confirmación. Natalie se levantó y le tendió la mano.

—Pues en ese caso, solo puedo darte la bienvenida y decirte que estoy aquí para lo que necesites —dijo Natalie.

Grace estrechó su mano, pero no fue un simple apretón. Fue un contacto que le quemó. Sintió la suavidad de la piel de Natalie, la firmeza de sus dedos, y una corriente eléctrica viajó desde su mano hasta el centro de su pecho. Vio en los ojos de Natalie el mismo tipo de impacto que ella estaba sintiendo, la misma revelación. Sus pupilas se dilataron y sus labios se entreabrieron ligeramente. El aire se escapó de los pulmones de Grace. Ninguna de las dos quería soltar la mano de la otra.

—Gracias —logró decir Grace, retirando la mano a regañadientes.

Salió del despacho con el cuerpo temblando y una certeza absoluta: volver a la universidad iba a ser mucho más complicado de lo que había imaginado.

—Grace, ¿sigues ahí? —la voz de Shelby la devuelve al presente.

—Sí, sigo aquí —suspira—. Voy a entrar. Tengo que ir al edificio administrativo para verificar mi matrícula.

—Claro, la matrícula —se mofa Shelby, y Grace puede oír la sonrisa en su voz—. Ten cuidado, ¿vale? No te metas en líos el primer día.

—No prometo nada —dice Grace antes de colgar, sintiéndose un poco más valiente tras hablar con ella.

Se mira en el espejo retrovisor y levanta las cejas en señal de aprobación. Hoy lleva unos vaqueros ajustados, unas Vans y una camiseta básica de color negro. Es un atuendo que grita informalidad, pero por dentro es un manojo de nervios y anticipación ante la idea de cruzarse con Natalie. Al fin coge su bolso y sale del coche.

El camino hacia el edificio administrativo es un viaje en el tiempo para ella. Pasa por la biblioteca donde pasó noches enteras estudiando, la cafetería donde se encontraba con sus compañeros o el césped donde se tumbaba a leer bajo el sol. Todo está igual, pero Grace es diferente. Ya no es la chica que abandonó en el último curso huyendo del dolor. Ahora es una mujer que corre hacia lo que quiere. Y lo que quiere, más que nada en el mundo ahora mismo, es volver a ver a Natalie Dumont.

Cuando cruza la plaza principal, una figura alta y severa que camina en dirección contraria la hace detenerse en seco como si se hubiera dado contra un muro. Frente a ella, está su madre, Eleanor Morley, la impecable y estricta rectora de la universidad, vestida con un traje de falda gris marengo que la hace parecer todavía más autoritaria.

—Grace —la saluda Eleanor, deteniéndose a un par de metros de distancia de su hija. Su tono es correcto, pero carente de cualquier

calidez—. No esperaba verte hasta el inicio de las clases. ¿Qué haces aquí?

—Hola, mamá. Tenía que pasar por administración para confirmar unas cosas de la matrícula —responde Grace, usando el pretexto que ya se ha convertido en su mantra.

Eleanor la examina de arriba abajo y Grace siente el peso de su desaprobación, una sensación a la que está tan acostumbrada que ya no le molesta.

—Tu matrícula está en orden. Me aseguré de ello personalmente, ya te lo dije —dice Eleanor, y en su voz hay cierto matiz de reproche, como si Grace estuviera perdiendo el tiempo, y el tiempo es oro para Eleanor—. Espero que este regreso sea definitivo, Grace. No más interrupciones, tienes que centrarte.

—Lo haré —dice Grace, conteniendo el impulso de ponerse a la defensiva porque lo último que quiere es discutir con su madre en medio del campus. Bastante tiene con ser la hija de la rectora.

—Bien —responde Eleanor—. Tengo una reunión con el consejo. Asegúrate de que tienes todo lo que necesitas. No quiero distracciones este año.

Distracciones. La palabra queda flotando en el aire entre ellas. Para Eleanor, las distracciones siempre han sido la vida de Grace fuera de los moldes que ella había diseñado.

—No las habrá —miente Grace de nuevo, pensando en la única distracción que ocupa su mente.

Eleanor asiente, un gesto corto y sereno, como todo en ella, y continúa su camino sin una palabra más. Grace la observa alejarse, una mujer solitaria y rígida. Siente una punzada de la vieja tristeza y

del anhelo por una conexión que nunca ha existido entre ellas, pero la aparta con rapidez. Hoy no. Hoy tiene otro propósito.

El breve y frío encuentro con su madre solo sirve para reforzar su determinación para lograr su objetivo. Así que se dirige al edificio administrativo con decisión y sube las escaleras hasta la segunda planta, siguiendo los letreros que indican «Departamento de ayuda al alumno». El corazón le martillea contra las costillas, un tambor que marca el ritmo de su anticipación.

El pasillo está silencioso. A mitad de camino, ve la puerta. Es de madera oscura, con una pequeña placa de latón que reza:

Natalie Dumont
Jefa de departamento

Grace se detiene frente a ella, a pocos centímetros de la madera. Se toma un segundo para recomponerse y para calmar la respiración errática que amenaza con delatarla. Cuando se siente lista, levanta la mano y sus nudillos rozan la superficie pulida cuando golpea. Cierra los ojos, inspira hondo y se prepara para volver a colisionar con el mundo de Natalie.

CAPÍTULO 3

Natalie siente algo parecido a una arritmia cuando escucha los dos golpes secos en la puerta de su despacho. No tiene manera de adivinar quién hay al otro lado, pero, de algún modo inexplicable, su cuerpo reacciona así porque intuye de quién se trata. Y Natalie no se equivoca.

—Adelante —dice, y se sorprende de que su voz suene firme, sin delatar la vibración que recorre su sistema nervioso.

La puerta se abre y sus sospechas se confirman cuando Grace Morley aparece bajo el umbral. La hija de la rectora no entra de golpe, se detiene un momento como si estuviera pensando y Natalie la observa desde su mesa mientras reza todo lo que sabe para que Grace cambie de opinión, se dé la vuelta y se marche.

Aunque sus plegarias no son escuchadas por nadie —Natalie tampoco confiaba en ello— y Grace da un paso hacia el interior y cierra la puerta sin que Natalie se lo pida. El ruido del cierre es para la consejera como una amenaza, una amenaza de ojos verdes y sonrisa traviesa que se acerca peligrosamente hacia su mesa.

—Grace —saluda Natalie con sequedad.

Esta vez no se levanta, tampoco extiende la mano hacia la hija de la rectora porque, si quiere evitar problemas, debe establecer

barreras.

—No tenemos ninguna cita programada —añade Natalie, con el mismo tono seco.

A Grace no le importa la hostilidad y sonríe, una ligera curva en sus labios formada expresamente para seducir, porque ese es su propósito. Hace seis años se asustó de lo que sintió delante de esta mujer, era joven y estaba en su peor momento, pero ahora no. Ahora es más madura, es decidida y confía en sí misma y, después de darse cuenta de que sigue sintiéndose atraída por ella, Grace no está dispuesta a retroceder en esta ocasión.

—Lo sé, y lo siento por la intrusión —dice, con un murmullo que sale un poco ronco—. He venido a administración y he pensado que tal vez tenías un momento.

Grace se acerca hasta la mesa contoneándose de un modo que hace que a Natalie le resulte imposible apartar la mirada de ella, sintiendo que algo se incendia en su interior.

No la mires. Mira los expedientes. Mira la pantalla de tu ordenador. Mira cualquier cosa que no sea ella.

Pero es inútil. Grace es un campo gravitatorio que atrae toda su atención.

—¿Un momento para qué exactamente? —pregunta Natalie, cogiendo un bolígrafo para tener algo que hacer con la mano.

Grace se detiene frente a las dos sillas de visitantes, pero no se sienta de inmediato. Se queda ahí, de pie, con las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros. El gesto echa sus hombros hacia atrás, por lo que su pecho y su cintura se posicionan más adelante. Es una postura informal y al mismo tiempo una provocación que seca la garganta de Natalie.

—Para pedirte ayuda —dice Grace.

Natalie levanta una ceja de forma automática, entre sorprendida y extrañada.

—¿Ayuda? ¿Tienes problemas con los trámites del reingreso? —tantea la consejera.

—No —Grace sonríe—, de eso se ha encargado mi madre, ya te lo dije.

Su madre. Los pulmones de Natalie se cierran por un instante cuando piensa en la rectora Morley, la madre de Grace, otro motivo —de muchísimo peso— por el que no debería ni pensar en su hija.

—Es más bien un problema de adaptación.

Grace rodea una de las sillas y se deja caer por fin, pero no se recuesta en el respaldo, se sienta en el borde y apoya un codo en la mesa. A pesar de la anchura de la madera, Natalie tiene la sensación de que hay muy poca distancia entre ellas y se siente cada vez más inquieta, aunque su expresión permanece imperturbable porque ya se ha dado cuenta de que Grace no parece tener freno, así que es ella la que debe establecer los límites a pesar de que es la primera a la que le gustaría saltárselos.

—¿A qué te refieres? —pregunta Natalie de forma distraída, alternando la mirada entre Grace y la pantalla de su ordenador, como si realmente estuviera pendiente de algo más y Grace la hubiera interrumpido.

—A que han pasado demasiados años desde que me fui. Ahora todo ha cambiado, o quizá no ha cambiado nada y la que ha cambiado soy yo —suspira con frustración, y a Natalie le parece sincera—. Cuando vine a la sesión informativa, todos mis

compañeros parecían… —Grace mira hacia el techo mientras busca la palabra.

Al hacerlo, sonríe de forma natural, sin pretenderlo, y Natalie siente que la piel se le eriza.

—Me parecieron niños —dice Grace al fin—. Ellos ahora tienen veintiuno, veintidós como mucho, y yo veintisiete. Sus conversaciones giran en torno a cosas que, o bien he olvidado, o no me interesan.

Natalie aspira con fuerza por la nariz y expulsa el aire con lentitud cuando comprende que Grace tiene un motivo real para estar ahí frente a ella.

—Entiendo. La diferencia de edad puede ser un problema en ciertos aspectos —Natalie hace una pausa a propósito, mirando fijamente a Grace para recordarle que entre ellas esa diferencia es mucho mayor—. Hay multitud de programas y actividades extracurriculares diseñados específicamente para eso. Clubes de debate, equipos deportivos, voluntariado… Si te interesa, te puedo facilitar una lista.

Acaba de darle una respuesta de manual que debería dejarle claro a Grace que entre ellas hay un muro, pero Grace simplemente lo rodea.

—No creo que apuntarme a un club de ajedrez vaya a solucionar eso —dice, y sonríe sin apartar la mirada de Natalie—. El tema no es encontrar algo que hacer, es conectar con la gente, y yo ahora siento que hablo un idioma diferente. Pensaba que tú podrías darme algunas pautas, o quizá charlar conmigo de vez en cuando, ayudarme mientras me adapto.

La propuesta es tan ambigua que a Natalie le parece brillante. Es una petición de asesoramiento como cualquier otra de las que ha recibido. Grace no es la primera que acude con un problema así, el problema es que ninguna otra alumna es Grace, ninguna tiene la intensidad de su mirada, ninguna tiene esos labios carnosos que Natalie desea besar y, por supuesto, ninguna despierta en ella ese deseo que le corta la respiración.

Lo peor de todo es que Grace no le está pidiendo ayuda, le está pidiendo tiempo, tiempo para las dos, y no encuentra ningún motivo real para negárselo, hacerlo sería volver a fracasar como ya hizo con ella hace seis años.

Natalie siente que el suelo bajo sus pies se ha vuelto inestable. Cada fibra de su ser le exige trazar una barrera clara y firme, pero la mujer que hay debajo de la profesional, la mujer que lleva tres meses intentando borrar de su mente el recuerdo de un apretón de manos que la dejó temblando, está tentada de decir que sí a todo.

Control, se ordena a sí misma. *Recupera el control.*

Se reclina en su silla con la intención de aumentar la distancia física entre ellas, pero no sirve de nada.

—Entiendo tu situación, Grace —dice con voz monótona—. Te propongo lo siguiente: podemos establecer una serie de reuniones formales, una a la semana para empezar —Natalie quiere golpearse la frente contra la mesa mientras se escucha—. Podemos analizar tus progresos y explorar estrategias de socialización que te ayuden a sentirte más cómoda en clase.

Cuando termina, se dice que no está tan mal, al fin y al cabo, es una solución profesional, la que daría a cualquier alumno. Grace no

va a obtener un trato especial porque Natalie siempre se mostrará distante con ella, igual que ahora.

—De acuerdo —acepta Grace, con una sonrisa satisfecha que a Natalie no le gusta—. Una reunión a la semana es perfecto.

Grace se levanta y, por un momento, Natalie siente alivio porque piensa que se va a marchar, pero Grace se queda quieta y la mira fijamente.

—¿Cuándo empezamos? —pregunta, y su voz sale casi como un susurro.

Natalie siente un escalofrío, pero no reacciona, simplemente mira su agenda.

—La semana que viene. El miércoles a las diez. ¿Te parece bien?

—Sí, genial —dice Grace—. Gracias, Natalie.

Natalie siente una descarga atravesar su cuerpo cuando la escucha pronunciar su nombre. Debería haber establecido también esa barrera respecto a las formalidades, pero no lo hizo hace seis años —su falta de experiencia la hizo mostrarse demasiado cercana — y ahora no puede rectificar esa parte.

Grace se da la vuelta y camina hacia la entrada mientras Natalie la sigue con la mirada.

—Nos vemos el miércoles —dice Grace, y abre la puerta y desaparece.

Natalie se queda inmóvil durante lo que parece una eternidad, con las manos entrelazadas sobre la mesa y los nudillos blancos por la presión. Solo cuando está segura de que los pasos de Grace se han alejado por el pasillo, suelta el aire que estaba conteniendo. El suspiro es tembloroso, un sonido de pura y absoluta rendición.

Sus ojos se posan en la silla donde Grace ha estado sentada. Parece diferente, cargada de una energía residual que lo impregna todo. Se acerca y pasa una mano por el respaldo, medio esperando sentir una descarga eléctrica, pero no siente nada, por supuesto. Es solo una silla, aunque la mujer que se ha sentado en ella no es una estudiante cualquiera para Natalie.

Una reunión a la semana.

La idea, que hace unos minutos parecía una estrategia brillante para mantener el control, ahora le parece una locura. Una invitación a jugar con fuego. Se ha concedido a sí misma una dosis semanal de la droga más peligrosa que ha conocido. Ha luchado, ha mantenido su rol profesional y ha establecido límites, pero mientras estaba sentada frente a Grace, una parte de ella, una parte oscura, no quería que la conversación terminara. Quería escuchar más sobre esos compañeros que le parecían niños, quería saber qué pensaba, qué sentía y qué había hecho durante estos seis años de ausencia. Quería inclinarse sobre la mesa y decirle que no era la chica asustada que recordaba, que era una mujer hecha y derecha cuya presencia era tan potente que hacía que todo lo demás le pareciera descolorido.

Natalie sabe que no es solo atracción lo que siente. La atracción es simple y manejable. Esto es diferente. Es una mezcla de miedo y deseo, una curiosidad tan intensa que roza la obsesión y que le puede costar muy cara.

CAPÍTULO 4

La sala de juntas del consejo académico es algo parecido a un templo sagrado para Eleanor Morley. Un espacio donde todo se somete a las reglas lógicas, al orden y a la estrategia, todos los ámbitos en los que ella se siente cómoda.

Eleanor preside la enorme mesa de madera alargada. A ambos lados, hay decanos y jefes de departamentos —como Natalie Dumont— así como profesores y nuevas incorporaciones. Los que no caben están sentados en varias sillas al otro lado de la mesa, a la espera de que ella, la rectora, empiece la reunión.

Con su falda larga y su pelo recogido en un moño impecable, a punto de cumplir cincuenta años, siente que lo tiene todo bajo control en esta sala. Sus ojos —verdes como los de su hija— recorren los puntos del orden del día sobre la *tablet* que tiene delante: presupuestos, ratios de alumnos o propuestas de investigación.

—Bien, si todos han tenido la oportunidad de revisar las actas de la reunión anterior, procederemos con el primer punto —anuncia, y su voz, clara y firme, rasga el aire haciendo que todos le presten atención de inmediato.

La reunión avanza como debe y sin interrupciones, como le gusta. Eleanor dirige el debate con la eficiencia a la que tiene acostumbrado a todo el mundo, resolviendo disputas presupuestarias y aprobando mociones con asentimientos de cabeza y frases concisas. Se siente cómoda en su posición de poder, es donde le gusta estar y se le da bien, lo más parecido a la felicidad que conoce. Estar aquí es como un antídoto contra la soledad que a veces la asalta en el silencio de su enorme casa vacía.

—…lo que nos lleva al punto cuatro del orden del día —dice Arthur Vancy, el decano de la facultad de Derecho, un hombre cuya pomposidad solo es superada por su lealtad a la estructura académica—. La presentación de las nuevas incorporaciones al profesorado para este semestre.

Eleanor asiente con un gesto casi imperceptible. Es una formalidad, una bienvenida protocolaria a las nuevas caras que se unen a su universidad cada año. Normalmente, ella suele desconectar durante esta parte, ofreciendo una sonrisa cortés y un apretón de manos al final, pero manteniendo su mente en los asuntos más importantes que vendrán después.

El decano Vancy presenta a un par de profesores adjuntos para los departamentos de Historia y Sociología. Son jóvenes, entusiastas y parecen un poco intimidados por la seriedad de la sala. Eleanor les dedica una inclinación de cabeza y una sonrisa que no llega a sus ojos, deseando que estas presentaciones acaben de una vez.

—Y finalmente —continúa Vancy, como si fuera a presentar a una estrella en lugar de un profesor—, tengo el gran placer de presentar a la nueva profesora titular de Derecho procesal, que se une a nosotros desde la Universidad de Stanford: Julia Bernet.

Una mujer se pone de pie al fondo de la sala y camina hacia delante. Y en ese instante, el mecanismo perfectamente engrasado que siempre gira dentro de Eleanor Morley se detiene en seco.

No es el aplauso educado de los demás asistentes lo que la desconcierta. Tampoco el currículum que Vancy empieza a leer con cierta admiración. Es la mujer. Julia Bernet es de estatura mediana, con una melena castaña con reflejos cobrizos que lleva suelta, cayendo en ondas suaves y sedosas sobre los hombros de una blusa de un intenso color borgoña, su favorito. No es un atuendo inapropiado, pero tiene una viveza y una fluidez que contrastan con la rigidez del resto de la sala.

Pero tampoco es su ropa, son sus malditos ojos. Unos ojos de color miel que parecen absorber toda la luz y que, por un instante muy breve, se encuentran con los de Eleanor a través de la larga mesa. Y en esa mirada, Eleanor no ve la intimidación de los demás recién llegados, la que ella con su mera presencia imponente siempre provoca. Lo que ve es seguridad, una calidez inesperada y algo parecido a una chispa de diversión, como si ella y esta profesora tuvieran un secreto que Eleanor todavía no conoce.

Es en ese momento cuando siente una pulsión inesperada, una sacudida eléctrica que le recorre la columna vertebral y se expande como un fogonazo intenso en la boca de su estómago, subiendo hasta su pecho. Eleanor nota que se le seca la garganta y sus dedos, hasta entonces relajados sobre la *tablet*, se aprietan sobre ella sin control. Su corazón, ese órgano que la rectora siempre ha considerado un mero músculo funcional que la mantiene con vida, da un vuelco tan violento que se sobresalta y esconde las manos bajo la mesa.

Julia Bernet sonríe, una sonrisa amplia que le ilumina la cara y suaviza la seriedad de su presentación.

—Gracias, decano Vancy. Rectora Morley —la saluda con un asentimiento—, miembros del consejo. Es un honor para mí unirme a esta prestigiosa institución. Estoy deseando empezar a trabajar con los alumnos y contribuir al excelente programa de derecho de la Universidad de San Diego.

Su voz es como su mirada: cálida y segura, como una melodía que a Eleanor le resulta jodidamente hipnótica. La rectora se da cuenta de que ha estado conteniendo la respiración y se obliga a inhalar, pero lo hace con brusquedad porque de repente, le parece un acto que requiere demasiado esfuerzo.

No entiende qué le pasa, y eso provoca que la invada una oleada de irritación. Se dice que probablemente sea una simple bajada de tensión, que el café que ha tomado esta mañana estaba demasiado fuerte o quizá flojo, no lo tiene claro. Su mente busca cualquier explicación lógica para esa reacción visceral de su cuerpo ante la presencia de esa mujer, esa grieta en su autocontrol que no se puede permitir.

La presentación de Julia termina y la profesora vuelve a una de las sillas situadas al otro lado de la mesa. La reunión continúa, pero para Eleanor hay algo en la sala que ha cambiado. Ahora ya no puede concentrarse en nada. Antes ni siquiera había reparado en la presencia de Julia Bernet y, ahora, su mirada —en contra de su voluntad— viaja una y otra vez a la figura de la profesora, que ahora toma notas en una libreta con expresión concentrada.

Eleanor es consciente de cada uno de sus movimientos sin pretenderlo, de la forma en que inclina la cabeza, del modo en que

un mechón de pelo le resbala desde detrás de la oreja y se desplaza por su mejilla, convirtiéndola en una distracción constante.

Por primera vez desde que es rectora, la reunión se le antoja interminable y, cuando por fin se acaba, se levanta con una brusquedad impropia de ella.

—Gracias a todos. Damos por finalizada la sesión.

Con un movimiento de cabeza, se despide de los presentes y sale de la sala de juntas para ir a paso rápido hacia la seguridad de su despacho donde, una vez dentro, cierra la puerta y se siente protegida por el silencio, pero la imagen de Julia no sale de su cabeza, como si se hubiera grabado en su retina.

Eleanor se aleja de la puerta y se sienta en su imponente silla de cuero, el trono desde el que gobierna su reino —según palabras de su propia hija— pero hoy no se siente como una reina. Se siente expuesta. Vulnerable.

Con un movimiento desesperado, enciende su ordenador y abre el sistema de archivos del personal, tecleando el nombre de Julia Bernet con una prisa que la hace sentir vergüenza de sí misma. Necesita datos. Necesita hechos. Necesita reducir a esa mujer a un conjunto de cualificaciones y fechas, a algo que ella pueda entender y categorizar de alguna manera.

El expediente aparece en la pantalla. La fotografía es profesional, pero, aun así, la misma sonrisa cálida parece burlarse de Eleanor desde la pantalla, aunque la ignora y se centra en el texto.

Julia Bernet. 32 años. Profesora titular, Facultad de Derecho. Doctorado en derecho por Yale. Licenciatura por la Universidad de Columbia.

Profesora asociada, Universidad de Stanford. Abogada en el bufete Cravath, Swaine & Moore, Nueva York.

Eleanor suspira y lee el archivo hasta tres veces. No hay nada. No hay ni una sola mancha, ni un solo hueco en su carrera, ni una sola razón para despedirla de inmediato. Julia es una profesional impecable, una adquisición de prestigio para la universidad. Debería estar satisfecha; sin embargo, se siente todavía más inquieta.

Y entonces su mente salta de Julia a otra mujer joven que ocupa sus pensamientos cada día: su hija.

Grace.

Eleanor minimiza el archivo de Julia y se queda mirando el fondo de pantalla de su ordenador, un paisaje marino cualquiera. El breve y frío encuentro con Grace en el campus hace unos días vuelve a su mente. La vio tan adulta. Tenía la misma rebeldía en su mirada, pero ahora templada por una seguridad que no tenía cuando abandonó los estudios. Y eso, por extraño que parezca, le preocupa todavía más.

La vuelta de Grace a la universidad es una victoria, Eleanor lo sabe. Es lo que siempre ha querido, que terminara lo que empezó. En el fondo, una parte de ella que rara vez sale a la luz admira la determinación de su hija, la fuerza que necesitó para superar la muerte de su padre y decidir volver, pero esa admiración está enterrada bajo capas y capas de miedo. Miedo a que Grace vuelva a fracasar. Miedo a que se distraiga.

*«*No quiero distracciones este año*»*, le dijo hace un par de días.

Distracciones. Para Eleanor, la vida de Grace siempre ha estado llena de ellas. Sus amistades, su forma de vestir, su actitud despreocupada o su incapacidad para encajar en el molde que

Eleanor, con las mejores intenciones, construyó para ella. Eleanor quiere que su hija tenga éxito, que tenga un futuro brillante y seguro, pero según sus propias reglas, las únicas que ella considera válidas.

Se pregunta qué estará haciendo Grace ahora mismo. Probablemente, preparándose para el inicio de las clases, o quizás perdiendo el tiempo con esa amiga suya, Shelby, cuya influencia Eleanor siempre ha considerado una molestia. Aunque no lo mostró, se alegró cuando Grace le dijo hace años que ella y Shelby habían roto, pensó que por fin se había librado de ella, pero, al parecer, ambas funcionaban mejor como amigas que como pareja y se han vuelto inseparables, para disgusto de Eleanor. Siente una bola de ansiedad aterrizar en su estómago, un nudo demasiado recurrente que se mezcla con la nueva e inexplicable inquietud que la profesora Bernet ha despertado en ella.

Su mundo, siempre ordenado, de repente está asediado por dos frentes. Por un lado, su hija, un recordatorio constante de su fracaso como madre para guiarla por el camino correcto. Por otro, una completa desconocida que, con una sola mirada, ha conseguido hacerla sentir como una extraña dentro de su propio cuerpo.

Eleanor apaga la pantalla del ordenador y se queda quieta, mirando por el gran ventanal el campus que se extiende a sus pies, su imperio, pero por primera vez en mucho tiempo, Eleanor Morley no se siente dueña de nada. Siente que los muros de su fortaleza, construidos con tanto esmero durante tantos años, comienzan a mostrar unas grietas aterradoras por todas partes.

CAPÍTULO 5

Grace entra al restaurante donde ha quedado con Shelby para comer. Llega puntual, pero, como suele ser habitual en su amiga, ella llega tarde. Shelby siempre se hace esperar al menos cinco minutos —para crear expectación— suele decir. Así que Grace no se impacienta, simplemente se acomoda y saca su móvil con la intención de distraerse mirando alguna red social, pero, cuando se quiere dar cuenta, está en la página web de la universidad. Exactamente, en la sección de profesorado y personal administrativo, deslizándose por la pantalla hasta que encuentra el nombre de Natalie Dumont.

El suspiro entrecortado es inmediato cuando aparece su foto. Seria, pero a la vez cálida, la típica persona que inspira confianza en cuanto la ves. Grace no ve el momento de que llegue esa reunión del miércoles, volver a entrar en su despacho, volver a escuchar su voz y ser testigo de los esfuerzos de Natalie para controlarse.

Grace sonríe, sintiendo un intenso cosquilleo expandirse por su pecho. Sin poder evitarlo, su mente viaja al pasado, a esa primera vez que la vio, a ese momento que lo cambió todo entre ellas, al menos para Grace, porque, aunque creyó haberla superado, es

evidente que no lo ha hecho, que todo lo que sintió sigue ahí, completamente intacto.

Flashback

Tenía veintiún años y el mundo de Grace se había convertido en una mezcla de dolor agudo y punzante. Su padre, la única ancla en el caos que a menudo era su vida familiar, se había ido. Un ataque al corazón, fulminante y cruel. De un día para otro, el color se había desvanecido del mundo, dejándolo todo en una escala de grises insoportable.

La universidad, que antes era un refugio de conocimiento y vida, se convirtió en una cárcel que la asfixiaba. Quería estar sola con su dolor, pasarlo a su manera, y allí era imposible, no había ni un solo rincón en el que esconderse y tener un poco de paz. Las voces le molestaban, incluso en el aula, y no podía concentrarse en nada. Grace solo quería llorar, estaba tan triste que estudiar derecho, el único sueño que había compartido con sus padres —más con él que con Eleanor— se había convertido en una pesadilla ahora que él ya no estaba.

Su madre, como siempre, afrontó la tragedia con su particular frialdad. No hubo abrazos y no hubo consuelo. Erróneamente, Eleanor pensaba que, cuanto más firme se mantuviera ella, menos duraría el dolor de su hija, pero Grace estaba rota y lo único que necesitaba era a alguien al lado que entendiera su tristeza, y su madre no era esa persona. Eleanor Morley gestionaba las emociones como un robot desde hacía tantos años que Grace ya no recordaba lo que era la calidez de un abrazo maternal.

—No puedes abandonar ahora, Grace —le dijo su madre en un despacho de la universidad —entonces era la decana de la Facultad

de Derecho— sin levantar la vista de unos expedientes—. Estás en tu último año. Tu padre no lo habría querido.

—A papá ya no le importa lo que yo haga —replicó Grace, con la voz estrangulada por un sollozo que se negaba a dejar salir delante de ella.

Eleanor suspiró con impaciencia, sin saber cómo tratar con una hija que, además de rebelde, ahora estaba desconsolada y furiosa.

—Esto es temporal. Es comprensible que estés triste y quieras huir de todo, pero no puedes permitir que la muerte de tu padre dicte tu futuro. Hay una nueva consejera en el departamento de ayuda al alumno, acaba de llegar. Se llama Natalie Dumont. He concertado una cita para ti, ve a hablar con ella. Que te ayude a encauzar esta situación —resolvió Eleanor.

Ella no sabía cómo tratar con su hija, pero la gente del departamento de ayuda al alumno sí sabría hacerlo, para eso estaban.

Grace no discutió. No tenía fuerzas para ello, su madre solía dejarla sin energía. Simplemente, asintió y se dirigió hacia el edificio administrativo, sintiéndose como un fantasma flotando por los pasillos donde semanas atrás solía sentir euforia.

La puerta del despacho de Natalie Dumont era de madera oscura, anónima, sin una placa de latón con su nombre. Grace golpeó con los nudillos, esperando encontrarse con otra versión de su madre: una mujer de mediana edad con un traje sastre tan oscuro como ella y unos ojos que la juzgarían en cuanto la vieran.

—Adelante —dijo una voz suave desde el interior.

Grace abrió la puerta, entró y se detuvo en seco.

La mujer que estaba sentada detrás de la mesa no era lo que esperaba. Era más joven que su madre, sin duda, quizás en la treintena, con el pelo de un color rubio ceniza recogido en una cola de caballo informal. Llevaba una blusa sencilla y unos pantalones de pinza, una vestimenta profesional y cercana al mismo tiempo, pero fueron sus ojos los que cautivaron a Grace en aquel momento. Unos ojos azules, del color del cielo en un día despejado, que la miraron con una empatía instantánea, sin rastro del juicio que ella esperaba.

—¿Grace Morley? —preguntó la mujer, y su voz era tan cálida como su mirada—. Soy Natalie Dumont. Por favor, siéntate.

Grace se movió como un autómata y se dejó caer en la silla frente a la mesa de Natalie. De repente, se sintió consciente de su aspecto: unos vaqueros viejos, una sudadera negra con capucha que no se había quitado en días, el pelo sucio y los ojos hinchados de llorar a todas horas.

Y ahí, en medio de la niebla que había en su cabeza, sintió algo diferente cuando la consejera levantó la mirada y la volvió a posar sobre ella. Fue una sacudida. Un relámpago que iluminó su mundo gris. Fue la forma en que la luz de la ventana se proyectó en los mechones sueltos del pelo de Natalie, la curva suave de sus labios mientras le dedicaba una sonrisa cálida y la línea elegante de su cuello.

Fue un flechazo instantáneo. Algo abrumador y terrorífico que dejó a Grace sin aliento.

Su corazón, que parecía tan muerto como el de su padre estos últimos días, de repente se aceleró, bombeando con fuerza por sus venas. Grace se quedó clavada en la silla, sin comprender lo que le sucedía. ¿Cómo podía sentir algo así? ¿Ahora? Con el dolor por la

muerte de su padre todavía en carne viva, esta nueva sensación que le daba calor a su pecho le parecía una traición.

—Tu madre me ha llamado —empezó Natalie con delicadeza, pero carraspeó cuando Grace se mordió los labios y se apartó el pelo de la cara—. Me ha dicho…

Natalie parecía desorientada de repente, como si hubiera olvidado las palabras que tenía que decir y solo pudiera centrarse en la boca de Grace.

—Me ha dicho que estás pensando en tomarte un descanso de los estudios —se recompuso Natalie.

Grace solo pudo asentir, incapaz de hablar. La garganta se le había cerrado y no era por el dolor, sino por la abrumadora presencia de la mujer que tenía delante.

—Grace, sé que este es un momento muy difícil —continuó Natalie, inclinándose un poco hacia delante—. Perder a un padre…, no creo que haya palabras para describir ese dolor, pero abandonar ahora, tan cerca del final…

Natalie hablaba, pero Grace apenas registraba las palabras. Estaba perdida en la forma en que sus labios se movían, en la preocupación sincera que parecía haber en su voz. Y entonces levantó la mirada otra vez y la descubrió mirando su boca. Fue una fracción de segundo, Natalie desvió la mirada de inmediato y la subió a sus ojos, pero eso fue peor, porque algo se agitó en el pecho de la consejera. Grace lo notó, percibió un mínimo cambio en su expresión, el leve parpadeo de la mujer que tenía delante y la ligera dilatación de sus pupilas mientras la miraba. Y vio esa misma expresión desorientada que estaba segura de que tenía ella en ese momento. Natalie Dumont, la consejera, estaba tan desconcertada

como Grace por esa electricidad que apareció entre ellas de forma repentina, y el pánico apareció en sus ojos.

—No puedo —susurró Grace, y sus mejillas se incendiaron—. No puedo quedarme aquí.

Natalie se quedó en silencio un momento, aturdida, con los ojos clavados en esas mejillas rojas, viendo cómo el pecho de Grace Morley subía y bajaba demasiado rápido. Sabía lo que tenía que hacer, su trabajo era intentar —sin agobiar— que Grace cambiara de opinión, o al menos, convencerla de que esperase unos días más antes de tomar una decisión como esa, pero no lo hizo.

—De acuerdo —dijo Natalie—. A veces, dar un paso atrás es necesario para poder seguir adelante. Si es lo que necesitas, la universidad tramitará una baja temporal. Siempre puedes volver.

No la estaba convenciendo. La estaba dejando marchar. En ese momento, Grace no entendió por qué, pero sintió que Natalie también necesitaba que ella se fuera. Y Grace no podía quedarse, no soportaba la presión de la presencia de su madre o la tristeza que la acompañaba por los pasillos y, ahora, si se quedaba y seguía viendo a esta mujer, su mundo, ya destrozado, acabaría explotando.

Esa atracción repentina que sintió por Natalie Dumont fue lo que la ayudó a tomar la decisión definitiva. La universidad acababa de convertirse en un lugar donde existía una mujer que la hacía sentir cosas que no debería en un momento en el que no estaba preparada. Marcharse no era una opción, se convirtió en una necesidad.

—Gracias —murmuró al levantarse, y abandonó el despacho dejando a Natalie sentada, sintiendo la misma cantidad de alivio que de culpa cuando la puerta se cerró.

—Tierra llamando a Grace.

La voz de Shelby la devuelve al presente y Grace levanta la mirada. Su mejor amiga está de pie frente a ella en el pequeño restaurante italiano donde han quedado para almorzar, con una ceja arqueada y una sonrisa burlona en los labios.

—Lo siento, estaba pensando en mis cosas y no te he visto llegar —dice Grace, esbozando una de sus sonrisas divertidas.

—Ya, pensando —repite Shelby mientras se deja caer en el asiento de enfrente—. O más bien, obsesionándote. Déjame adivinar. Pelo rubio ceniza, ojos azules, y un puesto de trabajo que la convierte en la fruta más prohibida de todo el campus.

Grace pone los ojos en blanco, pero no puede evitar la carcajada que le sale después.

—No sé de qué hablas.

—Claro que no —dice Shelby, cogiendo la carta—. Cuando piensas en esa mujer tienes esa cara como de… —Shelby la señala mientras busca la palabra en su cabeza—, no sé, drogada. Así que venga, cuéntame cómo fue el otro día cuando fuiste a verla.

—No fui a verla, solo fui para asegurarme de que todo estaba en orden con mi matrícula —se defiende Grace.

Shelby levanta una ceja.

—¿Me estás diciendo que no la viste?

Grace sonríe, y el brillo de su mirada la delata.

El camarero llega y piden dos platos de pasta y una botella de vino blanco. Una vez que se marcha, Grace se inclina un poco sobre la mesa.

—Fue intenso, joder —dice, y suelta un bufido desesperado—. Igual que la última vez que la vi. Da igual el tiempo que pase, esa

cosa siempre sigue ahí —Grace se señala el centro del pecho.

—Intenso es tu palabra clave para: me pone tan cachonda que no puedo pensar con claridad —espeta Shelby.

Grace se ríe, sintiéndose relajada por primera vez en días. Hablar con Shelby es como una terapia gratuita que ayuda a liberar tensiones. Con ella todo es fácil, al contrario que con su madre.

—Vale, sí. Me pone mucho —admite, torciendo una sonrisa que a Shelby se le antoja salvaje—. Y he conseguido una reunión semanal con ella. Para ayudarme a adaptarme y esas cosas, ya sabes.

Shelby apoya los brazos sobre la mesa y la mira fijamente, su expresión burlona se transforma en una seriedad que rara vez utiliza con Grace.

—Grace, escúchate. ¿Una reunión semanal? ¿Te has vuelto loca? ¿De verdad crees que eso es buena idea?

—Necesito ayuda para reintegrarme —argumenta Grace, recitando las mismas excusas que le dio a Natalie en un intento de que suenen convincentes—. Todos mis compañeros son críos a mi lado. Seré un elemento vintage dentro de las aulas, y ella puede ayudarme con eso. Tiene estrategias para casos así.

Shelby suelta una carcajada corta y ruidosa.

—Estrategias, por favor. La única estrategia que estás planeando es cómo meterte en sus bragas. Y no te culpo si es la mitad de guapa de lo que la describes, pero por una vez en tu vida, deberías pensar con la cabeza y no con el coño.

Grace tuerce los labios. Le molesta cuando Shelby le habla así, como si ser cinco años mayor que ella la hiciera más sabia, pero lo

cierto es que su amiga casi siempre suele tener razón, aunque su forma de decirlo no sea precisamente la más suave.

—No estoy pensando con el coño, ¿vale? Pienso con la cabeza —protesta Grace, aunque ella misma es consciente de que está mintiendo.

—Ah, ¿sí? —la desafía Shelby—. Porque yo lo dudo. Natalie es personal de la universidad y tú eres una estudiante. Ya solo con eso tienes un cóctel explosivo, Grace, pero es que, además, eres la hija de la rectora, y tu madre no es precisamente una mujer cualquiera. ¿Te das cuenta del tamaño del campo de minas en el que te estás metiendo?

—Mi madre no tiene por qué enterarse.

—¡Tu madre se entera de todo! —exclama Shelby, bajando la voz cuando la pareja de la mesa de al lado les echa una mirada—. Dirige esa universidad como si fuera el Pentágono. Ella piensa que eres un problema con piernas. ¿Qué crees que haría si se enterara de que su preciosa y rebelde hija se está liando con la jefa de un departamento? No solo te haría la vida imposible a ti, sino que destruiría la carrera de esa mujer.

El vino llega y Grace llena las dos copas intentando tomarse un respiro de la conversación. Las palabras de Shelby son un jarro de agua fría, pero no son nada que ella no haya pensado ya. Claro que conoce los riesgos, y sabe de lo que es capaz su madre, pero lo que siente cuando tiene a Natalie delante…

—Solo quiero conocerla, Shel. Eso es todo —dice aturdida.

—Mentira —dice Shelby, pero su tono es más suave que antes—. Nunca has querido solo conocer a nadie en tu vida. Tú no te andas

con rodeos, vas a por todas. Y esta vez, el precio puede ser muy alto. Para ti y para ella, así que piénsatelo bien.

Grace da un largo sorbo de vino y deja que el líquido frío le recorra la garganta. Recuerda el pánico en los ojos de Natalie hace seis años. Shelby tiene razón. El riesgo es enorme, pero el recuerdo del tacto de su mano, la intensidad de su conexión y la electricidad que flota entre ellas es más fuerte que el miedo para Grace.

—Lo sé —murmura Grace, mirando su copa—, pero no puedo evitarlo. Pensé que después de tantos años eso que sentí habría desaparecido, y sigue ahí, Shel, eso debe significar algo, ¿no?

—No me digas que ahora crees en el destino y esas chorradas —dice Shelby, con las cejas levantadas.

—No es destino —Grace frunce el ceño y le lanza la servilleta—, pero me siento como si hubiera una voz que me dijera: ahí está, ve a por ella.

—Y que arda todo —completa Shelby con una risita.

Las dos se ríen por el comentario, pero a Grace no le dura mucho porque sabe que lo que pretende les puede traer problemas a ambas y, aun así, no encuentra la voluntad para apartarse de Natalie.

—Muy bien, haz lo que tengas que hacer —dice Shelby—, pero prométeme que tendrás mucho cuidado y que me lo contarás todo, incluidos los detalles más ardientes.

—No pienso contarte ningún detalle —sonríe Grace, negando con la cabeza.

—Claro que lo harás. Cuando tu madre te destierre a una isla donde solo habiten serpientes venenosas, al menos quiero tener una buena historia que contar en tu funeral.

—Supongo que, llegadas a ese punto, no me importará lo que cuentes —dice Grace, encogiéndose de hombros.

El resto del almuerzo lo pasan hablando de otras cosas, pero la advertencia de su amiga se ha quedado estancada en la mente de Grace y, aun así, no consigue cambiar de opinión porque, al parecer, a ella le gusta correr hacia el peligro. Siempre lo ha hecho, correr hacia el fuego en lugar de huir de él, y Natalie Dumont le parece el incendio más tentador que ha encontrado en su vida.

CAPÍTULO 6

Natalie sale de la reunión de profesores de ese miércoles mirando la hora. En apenas veinte minutos, tiene su primera reunión con Grace. Casi no ha dormido esta noche, de hecho, puede decir que lleva días considerando que el sueño se ha convertido en un lujo para ella porque, desde que la vio la última vez, su mente no le da tregua y la mirada descarada de Grace Morley se materializa en sus pensamientos con más frecuencia de la que le gustaría.

La consejera avanza por el pasillo a paso rápido con la intención de llegar a su despacho y tener tiempo de prepararse mentalmente para la llegada de Grace, de conseguir que las manos no le tiemblen, de adoptar una postura seria y ensayar algunas frases que sean cortantes cuando levanta la mirada y las ve. Avanzando en dirección contraria, vienen Grace y su madre, Eleanor Morley. El corazón le da un vuelco y siente el impulso de detenerse y dar media vuelta, pero no lo hace, porque ella es Natalie Dumont, una mujer adulta y controlada capaz de soportar situaciones tensas como esta sin inmutarse.

Aunque no se siente dueña de su cuerpo, Natalie sigue caminando mientras las observa desde la distancia. Madre e hija no pueden ser más distintas, mientras que Eleanor es una figura de

poder que se mueve con rigidez vestida con un traje gris marengo y una expresión autoritaria que infunde respeto a cualquiera que la mire, Grace es pura rebeldía. Es como un río desbordado que camina al lado de su madre, enfundada en unos vaqueros desgastados y una camiseta negra, con las manos metidas en los bolsillos delanteros y la melena suelta y algo desgreñada.

El espacio entre ellas se reduce y Natalie contiene la respiración, pero mantiene los hombros rectos y la cabeza alta, porque ella es la jefa del departamento de ayuda al alumno y no puede mostrar inseguridad delante de Eleanor Morley, y mucho menos delante de Grace.

Apenas cinco metros, solo tiene que avanzar esa distancia y entonces el peligro habrá pasado, pero entonces Grace levanta la mirada y la ve, y Natalie, aunque lo intenta, no puede apartar sus ojos traidores de ella.

Grace, como si su madre no caminase a su lado, sonríe ligeramente y sus ojos recorren el cuerpo de Natalie con un descaro que la hace sentir desnuda por un momento. El pánico se apodera de ella y lo que son apenas un par de metros, se le antojan dos kilómetros interminables. Eleanor solo tendría que desviar la mirada hacia su derecha un momento y lo vería, vería cómo la mira su hija, cómo le sonríe, y si mirase después a Natalie, está segura de que la rectora podría percibir la tensión de sus hombros, porque cuando Grace amplía su sonrisa, ella siente un tirón en el estómago que casi la paraliza. Quiere tocar a Grace y, al mismo tiempo, quiere salir corriendo, y eso le genera una ansiedad que le nubla la vista durante un momento.

—Dumont… —la saluda Eleanor cuando están a punto de cruzarse.

Su tono es helado y desprovisto de cualquier emoción. Eleanor no se detiene, simplemente hace un asentimiento con la cabeza.

—Buenos días, rectora Morley —responde Natalie, sorprendida de lo calmada que le sale la voz.

La mira una fracción de segundo justo cuando pasan por su lado, haciendo un gran esfuerzo para no mirar a Grace. Cuando por fin pasa de largo, no se detiene, sigue avanzando, sintiendo que la espalda le arde, segura de que tiene esa mirada verde clavada sobre ella. No es hasta que dobla la esquina cuando se permite respirar con normalidad, dando una gran bocanada de aire para saciarse y permitir que su cuerpo se oxigene como debe mientras apoya una mano en la pared del pasillo y maldice en silencio. Maldice a Grace Morley, maldice a su cuerpo traidor y maldice tener la certeza de que no será capaz de ganar esta batalla contra Grace.

Al fin llega a su despacho y Natalie decide dejar la puerta abierta. No lo hace como cortesía para cuando llegue Grace, lo hace para dejarle claro que la quiere así. Una puerta abierta muestra una zona sin secretos, sin intimidad, un lugar donde cualquiera puede mirar dentro porque no está sucediendo nada inapropiado, y también le sirve a Natalie como recordatorio de lo peligrosa que es Grace Morley para ella.

No pienses en ella de ese modo y céntrate. Grace es una alumna. La hija de la rectora.

Natalie se sienta en su silla lo más recta que puede y abre un archivo en la pantalla del ordenador donde poder fijar la mirada si en algún momento lo necesita cuando Grace trate de hipnotizarla

con sus ojos verdes. Todavía está nerviosa por el encuentro del pasillo, sintiendo una especie de nudo de electricidad en el estómago cuando piensa en lo que hubiera pasado si Eleanor Morley tuviera el poder de leerle el pensamiento.

—Por Dios… —susurra, y entonces ve una sombra dibujarse en la entrada del despacho.

Grace no llama a la puerta, simplemente la cruza y la cierra con una seguridad que, por un momento, deja a Natalie boquiabierta.

—Déjala abierta, por favor.

Aunque lo dice de forma educada, el tono de Natalie no es el de una petición, es una orden directa que deja clara su posición de jefa de departamento.

Grace la mira durante un segundo, como si valorara girarse para obedecer, pero simplemente esboza una sonrisa, la ignora por completo y avanza hacia las sillas con esos movimientos sensuales que a Natalie le cortan el aliento.

—He dicho que dejes la puerta abierta, Grace —repite Natalie, juntando las manos sobre la mesa mientras la observa fijamente.

La hija de la rectora se deja caer en una de las sillas, recuesta la espalda y cruza una pierna sobre la otra.

—¿Te da miedo quedarte a solas conmigo?

La pregunta aterriza sobre Natalie como una bofetada en toda la cara que la deja aturdida. Es directa, provocadora y descarada. Si Natalie responde de manera afirmativa, Grace sabrá que su método funciona por ahora, si responde de forma negativa, será una mentira tan obvia que resultaría patética, así que elige la única vía de escape que se le ocurre: ignorarla.

Natalie no se inmuta, no se mueve, ni parpadea, simplemente le mantiene la mirada a Grace lo suficiente como para demostrarle que no le tiene miedo sin tener que decirlo —aunque esté aterrada— y después coge su agenda y la abre por una página cualquiera.

—¿Cómo te han ido estos primeros días de clase? —pregunta, metiéndose por completo en su papel de consejera.

Le parece un giro magistral de los acontecimientos, una forma de dejarle claro que su pregunta es tan estúpida que no merece una respuesta y que ahí, la única con autoridad es ella, aunque por dentro tiene los nervios deshechos. El perfume de Grace ha inundado el despacho y, aunque esté al otro lado de la mesa, para Natalie es una presencia tan cercana que casi puede percibir su calor. Se siente demasiado consciente de cada movimiento de Grace, también del ligero brillo de sus labios humedecidos, de la vena que se marca en su cuello o del modo de mover los dedos de su mano derecha para hacer girar la pulsera que lleva en la muñeca izquierda.

Grace sonríe antes de responder, consciente de que Natalie ha esquivado la pregunta porque la respuesta es que sí, sí que tiene miedo de quedarse a solas con ella.

—Ha sido como te dije, no encajo. Tampoco es que me importe mucho, pero es raro —responde Grace.

Natalie levanta la mirada.

—¿Te has sentido incómoda? —pregunta, intentando aferrarse a esa conversación, a ese terreno seguro.

—Tampoco diría tanto, no es que me excluyan ni nada de eso, pero no entiendo ni sus dramas ni sus chistes.

Natalie no puede evitar que su comisura se curve ligeramente al escucharla.

—Puedo imaginármelo, la diferencia de edad y de experiencia pueden crear esa brecha… —Natalie hace una pausa deliberada para que sus palabras calen de lleno en Grace, esperando que sea capaz de leer entre líneas y entender que esa brecha es mucho mayor entre ellas—. Como te dije la última vez, la universidad tiene varias actividades que podrían ayudarte. Unirte a un grupo con intereses comunes a los tuyos es la manera más eficaz de crear conexiones basadas en algo más que en la edad.

Natalie se recuesta en la silla, orgullosa tras pronunciar un discurso que le parece tan profesional como impecable. Cada palabra que sale de su boca es un ladrillo en el muro que construye entre ella y la hija de la rectora, y espera que sea suficiente.

—¿Qué haces tú para conectar con la gente? Fuera de aquí, quiero decir —suelta Grace.

Natalie parpadea, la pregunta la coge tan desprevenida que, si no hubiera estado sentada, se habría caído de culo. ¿Qué parte no entiende esta chica de que este juego es peligroso? ¿Es que no piensa detenerse?

—Mi vida personal no es relevante para tu problema —responde con un tono glacial más propio de Eleanor Morley que de ella.

—Tal vez —dice Grace, sin inmutarse—, pero si supiera que la mujer que me da consejos habla desde la experiencia, me parecerían más creíbles y no una frase ensayada que dar a los alumnos que se sienten como yo.

Natalie se siente mareada por un momento. No sabe si es un golpe bajo para recordarle que hace años no hizo bien su trabajo o si simplemente es una estrategia para conocerla mejor, pero sea lo

que sea, ha dado en el blanco en todos los sentidos, porque la vida social de Natalie es bastante inexistente en la actualidad.

—Te aseguro que mis recomendaciones se basan en años de experiencia y en principios de psicología social, no en mi agenda de fin de semana —espeta cortante.

Grace levanta las manos en señal de rendición, pero sonríe.

—Está bien, actividades extracurriculares, lo tendré en cuenta.

La alumna se levanta y Natalie permanece en su sitio, decidida a mantener la distancia con ella, nada de roce de manos, nada de acercarse.

No la toques. No la toques, Natalie.

Grace llega hasta la puerta y se detiene justo cuando su mano se posa sobre el pomo, girándose hacia Natalie.

—Gracias por la reunión —dice, con una calidez que desarma por completo a la consejera.

Natalie se queda con la mirada clavada en la puerta cuando Grace la cruza y desaparece de su vista. Se pasa una mano por la cara y se aparta un mechón de pelo, notando que tiene la piel helada a pesar de que ella siente que está hirviendo.

La reunión ha sido un completo desastre. Grace no respeta su autoridad y ella no sabe cómo detenerla sin delatarse. Cada vez que intenta levantar un muro ante ella, Grace encuentra una grieta, y si no la encuentra, la abre. Y lo peor de todo es que ya no está segura de querer detenerla. Esa pulsión que siente cada vez que tiene a Grace delante no se calma, algo se retuerce en su estómago cuando le sonríe y se siente desarmada cuando la mira con esa intensidad.

Cuando Grace le ha preguntado por su vida, una parte de ella, una parte solitaria y hambrienta, ha querido responderle, decirle que

no, que no tiene a nadie, que su vida es pura rutina, ordenada y vacía, y que lo único que la hace sentir viva es lo que siente por ella, pero Natalie no ha dicho nada porque lo suyo es imposible, o debería serlo.

CAPÍTULO 7

Eleanor camina por el pasillo del edificio administrativo haciendo resonar sus tacones con fuerza mientras piensa en la reunión de presupuestos que tiene a las tres, la propuesta de investigación que todavía tiene que revisar del departamento de física y el informe de acreditación que debe terminar antes del viernes. No se estresa, el papeleo se le da bien, organizarse es uno de sus fuertes y calcular tiempos también, lo que no se le da bien es lidiar con su hija y, cuando ve que la puerta de un despacho se abre y Grace sale de él con esa expresión entre satisfecha y rebelde que tanto desespera a su madre, las alarmas de Eleanor se activan.

No necesita leer la placa de latón que hay en la puerta para saber a quién pertenece el despacho del que acaba de salir Grace, porque la rectora se conoce la universidad como si tuviera un mapa mental incrustado en su cabeza. Solo necesita contar el número de puertas que hay desde su posición hasta esa que acaba de abandonar su hija —que ahora avanza por el pasillo con las manos metidas en los bolsillos, de espaldas a su madre— para saber que el despacho pertenece a la jefa del departamento de ayuda al alumno, Natalie Dumont.

Eleanor detiene su avance y se queda inmóvil, observando la figura de Grace mientras se aleja por el pasillo. Su mente rebobina y la lleva a ese momento en el que la ha visto salir, a la ligera sonrisa torcida que había en sus labios y el movimiento casi saltarín al cerrar la puerta. Grace estaba contenta, y ahora camina por el pasillo con ese aire de insolencia y esa confianza que ha ganado con el paso de los años.

Hay algo que no le gusta en la escena que acaba de presenciar. Aunque no sea la mejor madre del mundo, es madre al fin y al cabo, y tiene ese instinto para detectar el peligro cuando se trata de su hija, y ahora tiene una bandera roja alzada frente a sus ojos cuyo significado todavía no logra identificar. Algo ha pasado en ese despacho, de eso está segura. Grace ha entrado buscando algo y lo ha conseguido, y lo sabe porque la conoce, conoce muy bien su expresión corporal y esa sonrisa de satisfacción. Eleanor piensa entonces en Natalie Dumont y se pregunta qué puede querer Grace de ella, de esa mujer tan recta y solitaria que a veces le recuerda a una versión más joven de ella misma, aunque más accesible y empática.

Hubo un tiempo en el que culpó a la consejera por no saber convencer a su hija para que se quedara y acabara sus estudios. Consideró que Natalie no supo hacer su trabajo con Grace cuando la envió a su despacho, pero después de un ejercicio de introspección, concluyó que, si ella no había sabido convencerla y ayudarla como madre, no podía esperar que una desconocida lo lograra con una sola visita de diez minutos.

—Rectora Morley, qué placer verla.

La voz remilgada que la perturba y la saca de su ensimismamiento es la del profesor Thompson, el jefe del departamento de filología clásica. Un hombre con demasiada ambición y poco talento cuya lealtad es tan fiable como el viento.

—Profesor Thompson —responde Eleanor con sequedad, todavía con la mirada fija en Grace, cuya figura se desdibuja al fondo del pasillo.

El hombre fija la mirada en el mismo punto que la rectora y después mira a Eleanor con una sonrisa que trata de contener.

—Parece que su hija se lleva bien con la consejera Dumont —dice Thompson—, no es la primera vez que la veo por aquí.

Eleanor siente que todos los músculos de su cuerpo se convierten en rocas. El comentario de Thompson le molesta porque sabe que es una insinuación camuflada. Acaba de atacar algo que para ella es sagrado, y no es precisamente Grace, a la que debe tratar como una alumna cualquiera, sino la integridad de la institución que ella preside y siente como una extensión de sí misma.

—Cada estudiante en esta universidad recibe la atención que requiere, profesor —ruge Eleanor—. La consejera Dumont es una de nuestras profesionales más competentes, confío plenamente en su criterio.

Su tono es duro como el acero, sin ninguna fisura por la que el profesor pueda colarse, y mucho menos cuando ella se gira y clava su mirada intensa y aterradora sobre él.

—Por supuesto, rectora. No lo dudo ni por un momento, si me disculpa —dice Thompson, dándose la vuelta para entrar en uno de los despachos.

Eleanor se queda sola en el pasillo, pero el comentario del profesor es como algo venenoso que le corre por las venas. Thompson simplemente ha comentado en voz alta algo que ella también ha detectado, y a Eleanor no le gusta que su instinto y el del profesor coincidan.

La rectora intenta alejar ese pensamiento y reanuda la marcha para dirigirse al aula a la que iba cuando se ha encontrado con Grace. Es el aula donde Julia Bernet está dando una de sus clases, el aula donde ella debe cumplir con uno de sus rituales de evaluación de nuevo profesorado. Es una de las muchas tareas que conlleva su cargo y una de las pocas que no le gusta porque consiste en presenciar las clases, y algunos profesores son aburridos hasta la saciedad.

Cuando llega, la clase ya ha comenzado. El aula es un anfiteatro moderno, un semicírculo de asientos escalonados que descienden hacia un escenario donde hay un atril, una mesa y una pantalla gigante para utilizar un proyector. Eleanor se sienta en la última fila sin hacer ruido, con la intención de convertirse en una observadora invisible, aunque Julia Bernet la detecta en cuanto aparece, porque Eleanor Morley proyecta una energía magnética que inunda cada sala en la que entra.

Eleanor intenta observar a Julia Bernet con la misma distancia emocional que a cualquier otro profesor, pero le resulta imposible porque lo primero que recuerda es esa reacción física, ilógica y terriblemente perturbadora que sintió hacia ella en la sala de juntas. Eleanor lo atribuyó a la fatiga o al estrés, buscando cualquier explicación lógica para eso que sintió, pero ahora, cuando empieza a

escuchar a la profesora dar la clase, su muro se desintegra y siente otra descarga parecida a la del otro día atravesarla por completo.

Julia no da una clase, la dirige como si fuera la directora de una orquesta, atrapando a Eleanor con el mismo embrujo con el que tiene atrapados a todos los alumnos. Su voz no es alta, pero llena la sala mientras ella se mueve por el escenario con la autoridad de quien se siente cómoda donde está.

Eleanor esperaba encontrar lo mismo que encuentra siempre en los profesores que están dando sus primeras clases, cuando todavía no conocen a los alumnos y no saben lo que les espera. Una profesora insegura que consultara sus notas de forma constante, que no levantara mucho la mirada para no darles opción a intimidarla, eso es lo que Eleanor esperaba encontrar en Julia, pero Julia parece una fuerza de la naturaleza que ha llegado pisando fuerte desde el principio, dejando claro quién manda, haciendo preguntas directas que no esperan respuestas, sino argumentos. Provoca, desafía e incita a los alumnos, que parecen motivados y expectantes de un modo sorprendente.

Eleanor mira su libreta, esa donde debería haber tomado algunas notas sobre el comportamiento de Julia en la clase. Algunos aspectos que habría comentado con ella después para ayudarla a mejorar, pero su hoja está en blanco, igual que su mente, que no sabe cómo procesar esa corriente que le recorre el estómago y se lo retuerce cuando Julia posa la mirada sobre ella durante un segundo antes de mirar a otro alumno y hacerle una pregunta.

Ahora ya sabe que no es estrés, tampoco fatiga, es algo que le provoca la presencia de la mujer, y el hecho de no saber identificar lo que le sucede, le da pánico.

La clase termina con una pregunta de Julia que deja a los estudiantes pensando mientras recogen sus cosas. Eleanor jamás ha visto nada igual en una clase de derecho de primer año. Se levanta y baja las escaleras cuando la sala se queda vacía y se acerca hacia la profesora sabiendo que tiene que decir algo, pero incapaz de encontrar nada adecuado, y menos cuando Julia le dedica una sonrisa amplia y cálida en cuanto la tiene delante.

—Espero no haberla aburrido demasiado, rectora Morley —dice Julia, guardando sus cosas en la bolsa.

—En absoluto —responde Eleanor con más rigidez de la que pretendía—. Su enfoque ha sido muy dinámico, ha conseguido que el recurso de casación parezca interesante. Reconozco que me parece toda una hazaña.

Aunque es un cumplido, lo dice tan seria que Julia solo esboza una sonrisa tímida en lugar de una amplia como le gustaría.

—Mi objetivo es evitar que la mitad de ellos se duerman; si lo consigo, me daré por satisfecha —dice Julia.

—Diría que hoy lo ha conseguido —dice Eleanor, con expresión pétrea.

Julia carraspea. A pesar de su presencia imponente, la rectora tiene algo que la atrae de un modo que no puede explicar. Lo sintió en la reunión del otro día y lo siente también ahora, es como una corriente que vibra entre ellas que le acelera el pulso y le resulta imposible de ignorar y, aunque no hay nada en la actitud de Eleanor Morley que le indique que ella también lo perciba, Julia quiere buscar la manera de pasar más tiempo con ella para averiguarlo.

—He estado revisando el programa del curso y hay algunas áreas que me gustaría discutir con usted si tuviera tiempo —dice la

profesora.

Es una petición profesional y lógica, también respetuosa, y Eleanor debería sentirse complacida, pero esa forma directa que tiene Julia de mirarla, la pone muy nerviosa.

—Por supuesto, puede enviarme un correo con sus dudas y lo revisaré lo antes posible —responde Eleanor.

—Si le soy sincera —dice Julia, y Eleanor percibe el peligro del mismo modo que lo percibe cuando se trata de su hija. La bandera roja se alza frente a ella, aunque no sepa por dónde vendrá el golpe —, prefiero las reuniones en persona. Podría invitarla a un café cuando tenga un hueco, así hablamos del programa con calma.

Eso sí que no lo ha visto venir. Su instinto le dice que se niegue. Julia grita peligro por cada poro de su piel de un modo que Eleanor no comprende. Se dice que le conviene mantener la distancia con esta mujer, que debe retirarse a un lugar seguro y, sin embargo, no encuentra la voluntad para hacerlo.

—Supongo que podría encontrar un hueco —dice, y no se reconoce cuando habla—. Pídale a mi asistente que busque un momento la semana que viene.

La sonrisa de Julia es tan espontánea, que algo se agita en el pecho de Eleanor.

—Perfecto, lo haré. Gracias, rectora.

Eleanor asiente y se da la vuelta sin despedirse, caminando hacia la salida sin atreverse a mirar hacia atrás porque sabe que se encontrará con esos ojos color ámbar clavados en su espalda, o tal vez en otra parte de su cuerpo en la que prefiere no pensar.

CAPÍTULO 8

A Natalie le gusta ir al cine, es una de esas actividades que disfruta tanto si va sola como en compañía. Las últimas veces, ha acudido en solitario, como ahora. No es que Natalie sea una persona asocial, pero sí es muy selectiva con las personas a las que deja entrar en su círculo porque le cuesta conectar. Tenía una mejor amiga, Sarah Barret, a la que conocía desde su época universitaria, pero cuando Sarah se casó con Jake, la relación entre ellas comenzó a enfriarse, no porque hubiera sucedido nada en concreto, simplemente sus caminos empezaron a ser diferentes. Mientras que Sarah se centró en la relación y en su deseo de ser madre, Natalie, que en aquel momento hacía unos meses que había roto con Jessica Norton —una profesora de biología de la universidad— estaba centrada en dedicarse tiempo a ella misma. Sus intereses y los de Sarah dejaron de coincidir y se dieron cuenta de que simplemente estaban en etapas diferentes, querían cosas distintas y, aunque a veces se llaman, ahora son más conocidas que amigas.

Desde entonces, el círculo social de Natalie es casi nulo. Suele salir muy poco, por lo que hacer amigos es complicado, y su vida sexual se reduce a algunas citas que tiene de vez en cuando a través de alguna aplicación. En cuanto al entorno de la universidad,

después de la incomodidad que sintió con Jessica tras la ruptura, se ha negado a establecer cualquier relación de confianza con nadie de ese círculo, aunque con Brooke Landy cada vez se siente más cómoda.

Cuando sale de la sala, tiene que parpadear porque la luz del exterior la deslumbra. Se dirige directamente hacia la salida, dispuesta a llegar a su apartamento y pedir algo para cenar y terminar esa jornada de sábado donde la película le ha dado una tregua de dos horas en las que no ha pensado en Grace Morley.

El aire es frío en el exterior y Natalie piensa que debería haberse puesto algo más que ese jersey de cachemira. Se abraza el cuerpo mientras se detiene un segundo para recordar en qué dirección ha dejado el coche y, cuando se gira hacia la izquierda, su cuerpo se paraliza por completo y llega a la conclusión de que en otra vida tuvo que hacer algo realmente terrible para que en esta el destino la castigue con la presencia de Grace Morley a tan solo un par de metros de distancia.

Grace está frente a otra de las puertas de salida, vestida con unos pantalones negros ajustados y un jersey parecido al de Natalie, mientras habla con otra chica que parece más mayor. Natalie se queda hipnotizada viendo a Grace gesticular, prendada de su sonrisa amplia y la carcajada que sale de su garganta. Jamás la ha escuchado reír así, con esa naturalidad, todo lo que Natalie ha visto de ella han sido esas sonrisas torcidas y seductoras, pensadas para desarmarla a ella, y lo peor de todo, es que esta risa de ahora provoca un efecto más devastador en la consejera, porque a Natalie le encantaría verla sonreír así a todas horas.

Natalie da un paso atrás por puro instinto, dispuesta a rodear el edificio si hace falta para evitar cruzarse con Grace, pero lo hace demasiado tarde porque, cuando está a punto de mover el otro pie, Grace se gira como si hubiera intuido su presencia y sus ojos verdes se clavan sobre ella. La sonrisa de la hija de la rectora no desaparece de su expresión, pero cambia cuando ve a Natalie, una de sus comisuras se curva más que la otra y su mirada se entorna.

Natalie quiere salir corriendo, pero sabe que ya es tarde, Grace ha cogido a su amiga de una mano y la arrastra hacia ella.

Control, solo es un encuentro casual, Natalie.

—Natalie, qué casualidad —dice Grace, sin perder la sonrisa.

—Grace… —responde Natalie a modo de saludo, sin mostrar ninguna emoción a pesar de que se siente a punto de implosionar.

—Ella es mi amiga Shelby —aclara Grace, como si Natalie se lo hubiera pedido.

A Natalie le molesta, ella no está celosa ni quería saberlo.

Una amiga, Shelby es solo su amiga.

—Shelby, ella es Natalie Dumont, la consejera de la que te he hablado —añade Grace.

¿Grace habla de Natalie con su amiga? Natalie quiere que la tierra se la trague, sobre todo cuando una ceja de Shelby se alza como si supiera cosas que pondrían roja a Natalie.

—Es un placer, Natalie —dice Shelby—. Si me disculpáis, se me ha hecho tardísimo. Te llamo mañana, Grace.

Shelby desaparece antes de que Natalie —completamente aturdida por la situación— pueda abrir la boca.

—¿Le has hablado de mí? —le pregunta a Grace en cuanto se recompone.

—¿No debería? —responde Grace, aprovechando que alguien pasa por detrás de ella para dar un paso hacia Natalie y quedar demasiado cerca de su cuerpo.

—Supongo que sí, al fin y al cabo, tenemos reuniones programadas para ayudarte con la integración —responde Natalie—, y ella es tu amiga.

—Sí, lo es, y tenemos esas reuniones —Grace está a punto de decirle que de eso es de lo último que le habla a su amiga, pero se contiene porque Natalie ya está lo suficientemente rígida como para que ella la espante con ese comentario—. ¿Tú has venido sola?

—No creo que sea relevante saber con quién vengo al cine.

—A mí me interesa —dice Grace—, pero no respondas si no quieres. ¿Qué has venido a ver?

—Haces demasiadas preguntas, Grace.

—Y tú eres muy evasiva, Natalie —replica la estudiante.

—No es apropiado que hablemos de cosas personales, pero eso tú ya lo sabes.

Grace sonríe.

—¿Por qué no? Solo somos una alumna y alguien del personal administrativo de la universidad que se han encontrado por casualidad en la puerta del cine. No tiene nada de malo, ¿o es que tienes miedo de algo, Natalie? —su tono provocador eriza toda la piel de la consejera.

Es la segunda vez que Grace le pregunta si tiene miedo y la segunda que Natalie evita contestar que está aterrorizada.

—No juegues con fuego, Grace, o harás que las dos nos quememos.

—¿Y qué pasa si me quiero quemar?

Grace la mira fijamente, están tan cerca que Natalie percibe su calor a pesar de que está estremecida por el frío y por una corriente que la tiene rígida desde que la hija de la rectora ha aparecido en su campo visual.

—Las quemaduras duelen mucho, no creo que quieras experimentar eso —responde Natalie con sequedad.

—¿Siempre eres tan cobarde?

Natalie abre los ojos como si acabara de recibir un impacto que no se espera. Llevan rato hablando en clave, en un idioma que solo ellas conocen, pero Grace acaba de dar un paso y lo ha convertido en algo más directo.

—Soy sensata, una cualidad de la que, al parecer, tú careces —responde Natalie, sintiendo que la sangre se le está convirtiendo en fuego.

—¿También fuiste sensata hace seis años? Porque creo que entonces solo fuiste igual de cobarde que ahora —la acusación es como un bofetón que deja a Natalie congelada.

Su boca se abre, pero las palabras se le quedan atascadas en la garganta.

—No intentaste que me quedara, te limitaste a apoyar mi decisión cuando tú y yo sabemos que ese no era tu papel. Lo lógico era que insistieras, que me pidieras al menos una reunión más, un poco de tiempo para hacer tu trabajo, pero no lo hiciste, me dejaste marchar, elegiste el camino fácil y no te culpo. Yo también necesitaba irme, pero al menos me debes ser sincera ahora.

Natalie siente tanta presión bajo las costillas que tiene miedo de que alguna se le rompa. Se abraza el cuerpo con más fuerza y baja la mirada, avergonzada porque Grace ha sacado a relucir esa única

mancha en su expediente, el único fracaso de su carrera. Y no fracasó porque no supiera cómo hacer su trabajo, fracasó porque, como dice Grace, fue una cobarde.

—¿Sincera sobre qué? —logra preguntar, admitiendo así que se equivocó, lo mínimo que le debe.

—Sobre lo que sientes. Dime que no te sientes atraída por mí y no volveré a poner un pie dentro de tu despacho, pero quiero que me respondas mirándome a la cara.

Natalie se muerde el labio inferior y aprieta con fuerza, con la intención de hacerse daño y que el dolor físico la ayude a serenarse y encontrar la fuerza necesaria para mentir, pero lo que consigue con ese gesto es lanzar una descarga directa desde el vientre de Grace hasta el centro de sus piernas que la hace contener el aliento.

—Vamos, mírame —exige Grace, llenando de aire sus pulmones —. Mírame y responde.

La consejera levanta la mirada y sus ojos azules conectan con los de Grace mientras su cabeza, desobedeciendo a lo que necesita decir, niega lentamente.

—No puedo —susurra y exhala un suspiro tembloroso.

—¿Qué es lo que no puedes, Natalie? —pregunta Grace, provocadora, inclinándose hacia ella para susurrarle al oído.

Natalie se mantiene impasible, aunque por dentro siente el pecho tan apretado que apenas puede respirar.

—Estoy esperando —sisea Grace, rozándole una mano de forma tan ligera, que Natalie lo siente como un hormigueo.

—Decirte que no me siento atraída por ti —confiesa, sabiendo que acaba de meterse de lleno en la boca del lobo.

Grace tiene que esforzarse mucho para no cogerla del jersey y simplemente estrellar su boca contra la de Natalie como desea hacer.

—Bien —dice en su lugar—. Gracias por decirlo, porque yo también me siento muy atraída por ti —susurra contra su oído.

La estudiante se aparta y Natalie puede mirarla a los ojos.

—Todo esto no significa nada, Grace. Tú y yo no podemos…

—Sabes que pasará —la interrumpe Grace, con una sonrisa satisfecha que deja completamente desarmada a Natalie Dumont—. Nos vemos el miércoles, Natalie, o tal vez antes, por los pasillos, ya sabes.

Grace le da un beso en la mejilla y se aleja cruzando la calle. Natalie se queda plantada como si fuera un árbol, con el pulso tan acelerado que se siente mareada.

Débil, eres débil. Y la has cagado.

CAPÍTULO 9

Julia ha escogido una cafetería situada a tres manzanas del campus. No está segura de haber acertado, pero le parece que está lo suficientemente lejos como para no encontrarse con otros compañeros y lo bastante cerca como para que a Eleanor no le parezca más una cita personal que de trabajo.

La profesora ha llegado quince minutos antes y ha escogido una mesa cercana a la ventana que da a la calle. Desde ahí puede ver la entrada y así, observar a Eleanor Morley cuando llegue y prepararse para prevenir los nervios que le causa su presencia y evitar que la rectora lo note.

Para Julia, Eleanor no es solo la rectora, es una especie de institución con piernas. Su reputación es implacable, su autoridad incuestionable y su vida personal —lo que más intriga a Julia— un completo misterio del que nadie habla. Lo único que sabe Julia de ella es que su hija estudia en el campus y que la rectora es viuda. Esa información debería bastarle. Eleanor es la rectora, está fuera de su alcance, pero hay algo en la mujer que la atrae de un modo que Julia no puede controlar y que desafía toda su lógica.

Ella siempre ha estado con mujeres de su edad, incluso más jóvenes; jamás se ha fijado en mujeres que tuvieran más de cinco

años más que ella. Eleanor tiene cuarenta y nueve según ha descubierto, ella treinta y dos, pero esa presencia imponente de la rectora, esa inteligencia afilada, la tensión que percibe en sus hombros, como si Eleanor Morley cargara con el peso del mundo sobre ellos y se negara a admitir que la está aplastando, e incluso su frialdad o esa sensación de soledad que emana de ella. Todos estos son rasgos que atraen a Julia, como si Eleanor fuera un foco potente de luz y ella una polilla.

La puerta se abre y Eleanor Morley la atraviesa como si fuera el aire de una tormenta. Su presencia lo invade todo, las cabezas se giran para mirarla, aunque ella solo busca a una persona. Julia contiene la respiración mientras Eleanor escanea el local. La rectora lleva un traje de falda y el pelo recogido en un moño tan perfecto que no se ha movido ni un milímetro a pesar de que fuera hace viento. De repente, su mirada se detiene sobre los ojos de Julia y la profesora siente que algo cálido le sube por el pecho a pesar de la frialdad que proyecta Eleanor.

La rectora se acerca a la mesa y se sienta frente a Julia con tanta elegancia que apenas hace ruido.

—Profesora Bernet —dice, y hace un movimiento leve con la cabeza, una pequeña inclinación que Julia sigue con la mirada y que imita al mismo tiempo.

—Rectora Morley —responde Julia, sin poder evitar una sonrisa suave—. Gracias por buscar tiempo para atenderme, sé lo ocupada que está.

Eleanor carraspea y asiente, con los ojos fijos en la pequeña curvatura que han dibujado los labios de Julia. Sigue sin comprender esos cambios físicos que experimenta en presencia de esta mujer, no

encuentra una explicación lógica, y la única que se le ocurre, no le gusta.

—Siempre tengo tiempo para aclarar dudas sobre los programas —dice Eleanor, entrelazando las manos sobre la mesa—, aunque debo admitir que es la primera vez que tengo una reunión así fuera de mi despacho.

Ejerce tanta presión entre sus propias manos que los nudillos se le ponen blancos. Julia observa ese detalle y lo interpreta como lo que es, la incomodidad de una mujer que no controla su entorno.

—Lo siento, pensé que este sería un ambiente más relajado —dice Julia—, pero si lo prefiere…

—Está bien así —interrumpe Eleanor, y su tono suena más como una orden que como una aceptación.

La camarera aparece y corta el momento de tensión. Julia se pide un café con leche y Eleanor, durante un momento, parece desorientada, como si la chica le estuviera preguntando algo que no entiende.

—Otro para mí —dice tras un momento de vacilación.

Julia está cada vez más sorprendida de que la rectora haya aceptado su invitación de tomar un café en lugar de tener la reunión en su despacho. Es evidente que Eleanor no está acostumbrada a frecuentar estos espacios y no se siente cómoda, pero está ahí, con ella, y lo único que se le ocurre a Julia es que Eleanor Morley prefiere soportar unos minutos en un lugar así, a estar encerrada en su despacho con Julia, a solas.

—¿En qué aspectos del programa necesita clarificación? —pregunta Eleanor cuando se marcha la camarera, con la intención de terminar con esto cuanto antes.

Julia saca una carpeta de su bolso, pero no la abre, en lugar de eso, se inclina un poco sobre la mesa, demasiado cerca en opinión de Eleanor, que de repente siente que la cara le cosquillea.

—En realidad, mis preguntas son más sobre filosofía educativa que sobre contenido específico —dice la profesora, observando cómo Eleanor se tensa ante esa breve cercanía que hay entre ellas—. Estuve revisando su trayectoria académica y es impresionante. Su enfoque del derecho constitucional tiene una base muy sólida en la teoría crítica.

Por primera vez desde que ha entrado, Eleanor parece sorprendida. No es el tipo de conversación que esperaba, y Julia casi puede ver cómo su mente calculadora y fría se reajusta, bajando la guardia.

—Estudié en una época en la que se nos exigía cuestionar las estructuras de poder, no solo memorizarlas —responde Eleanor.

Su tono no es tan tenso a pesar de que ella permanece completamente rígida.

—Exacto —dice Julia, entusiasmada—. Por eso me intriga tanto su perspectiva. En Stanford, estábamos tan enfocados en formar abogados técnicamente competentes, que a veces olvidábamos formar pensadores críticos.

La conversación comienza a fluir de una manera que ninguna de las dos esperaba. Eleanor habla de sus años como profesora antes de convertirse en rectora, de las batallas que tuvo que librar para que sus métodos fueran aceptados en un entorno tradicionalmente conservador mientras que Julia comparte sus experiencias en Nueva York, trabajando en un bufete donde la presión por ganar casos a menudo eclipsaba cualquier consideración sobre la ética.

El café llega y Eleanor se lo bebe sin su habitual prisa, como si hubiera olvidado que tiene una agenda que cumplir. Julia observa cómo los hombros de la rectora se relajan de forma gradual y su expresión corporal se suaviza. Es evidente que le apasiona su trabajo y poder hablar de él, de algún modo, parece tranquilizarla.

—Tuve un caso —dice Eleanor, mirando su taza en lugar de a Julia, porque la profesora hace que su pecho se apriete con demasiada frecuencia y eso la inquieta—, durante mis primeros años enseñando. Un estudiante que tenía el potencial para ser un gran abogado, pero que estaba más interesado en impresionar a todo el mundo que en entender nada. Le dije que la grandeza en el derecho no venía de ganar cada argumento, sino de saber cuándo no argumentar.

Julia se ríe, y el sonido de su risa espontánea provoca un aleteo en el pecho de Eleanor que le hace erguir la espalda.

—Apuesto a que esa no fue la respuesta que él esperaba escuchar —dice Julia.

Eleanor necesita un segundo para recomponerse de la impresión que le ha causado lo que acaba de experimentar.

—Me acusó de ser demasiado filosófica para una clase de derecho —la rectora sonríe al recordarlo y Julia siente que acaba de presenciar algo imposible y fascinante al mismo tiempo.

La rectora parece una mujer completamente diferente cuando sonríe. La sonrisa suaviza sus facciones y la hace parecer más humana, aunque a ella le atrae con cualquiera de sus expresiones.

—Irónicamente —sigue Eleanor, ajena a la turbación que siente la profesora—, ahora es socio en uno de los bufetes más

prestigiosos de Los Ángeles y sigue enviándome tarjetas de agradecimiento cada Navidad.

—¿Le dice que tenía razón? —pregunta Julia, entornando la mirada.

—Me dice que le llevó diez años entender lo que traté de enseñarle en aquella clase —Eleanor levanta la mirada y sus ojos se encuentran con los de Julia—. Que el derecho no es un arma, sino una herramienta de construcción.

Julia siente algo cálido expandirse por su pecho.

—Es bonita —dice Julia sin pensar.

Eleanor abre la boca, descolocada.

—Su filosofía, quiero decir —aclara Julia, sofocada—. Es bonita, probablemente por eso sus estudiantes la recuerdan después de tantos años.

Julia ni siquiera sabe si tiene sentido lo que ha dicho, pero necesitaba decir algo que aclarara su comentario para que Eleanor no se sintiera incómoda.

—Dudo mucho que todos mis estudiantes me recuerden con el mismo cariño que él —comenta Eleanor—. Era bastante estricta.

—Estricta no es lo mismo que cruel —dice Julia—. Hay una diferencia entre tener estándares altos y ser inflexible. Usted probablemente tenía lo primero.

Eleanor la mira fijamente, sin comprender que una chica tan joven sea la única que probablemente haya sido capaz de entenderla con tanta facilidad.

—Es una observadora muy perspicaz, profesora Bernet —murmura Eleanor.

—Julia.

—¿Perdón? —dice Eleanor.

—Julia. Fuera de la universidad, soy solo Julia.

—Julia —repite Eleanor, mirándola fijamente.

No debería haber pronunciado su nombre. Ella es la rectora, da igual dónde estén, para Eleanor, esa mujer es la profesora Bernet, en la universidad y en cualquier parte. De hecho, ni siquiera deberían estar aquí, pero Julia suena bien, se ha sentido cómoda al pronunciarlo, o más que eso, privilegiada, como si la profesora le estuviera otorgando un derecho que otros no tienen a pesar de que Eleanor es consciente de que eso no es así.

Se quedan en silencio. Para Eleanor, es incómodo, no por la presencia de Julia, sino porque no sabe qué hacer ni hacia dónde mirar y, por lo tanto, sus ojos permanecen clavados en la profesora sin que sea capaz de enviar una orden desde su cerebro para que se muevan hacia cualquier parte. Julia simplemente la mira con tranquilidad, consciente de que, de nuevo, la rigidez ha vuelto al cuerpo de la rectora, de que se está poniendo nerviosa.

—Debería irme —dice Eleanor, pero no hace ningún movimiento para levantarse.

—Yo también —dice Julia, y tampoco se mueve.

Es Eleanor la que rompe el momento y se levanta con cierta brusquedad después de coger su bolso. Ni siquiera entiende esta reunión, no han resuelto ninguna duda sobre el programa, solo han hablado de su pasado como profesora, pero no está dispuesta a señalarle este hecho a Julia porque eso podría dar pie a que le pida otra reunión, y Eleanor no puede permitirse quedar con ella otra vez, no si su cuerpo sigue reaccionando de este modo que la hace

agonizar de deseo por esta mujer, porque eso es lo que siente. Deseo. Desea a Julia Bernet, y eso es inconcebible.

—Gracias por el café —dice Eleanor, y su mano traicionera se extiende hacia delante para despedirse de la profesora.

Julia no duda en estrecharla y es en ese momento cuando todo se complica para Eleanor. En lugar del apretón breve que ella esperaba, Julia desliza sus dedos con suavidad —o más bien una caricia— sobre la palma de Eleanor antes de soltarla. Puede parecer un roce accidental, pero Eleanor sabe que no lo es y Julia es muy consciente de que la rectora ha captado el mensaje porque las pupilas se le han dilatado, oscureciendo el verde de su iris.

Eleanor retira la mano como si acabara de tocar agua hirviendo. Se siente tan desorientada que es la propia Julia la que la ancla al presente.

—Rectora Morley —murmura la profesora para despedirse.

Eleanor traga saliva y asiente, pero no responde, simplemente se da la vuelta y abandona la cafetería.

Julia se queda unos segundos junto a la mesa, mirando cómo se aleja mientras piensa que Eleanor acaba de demostrarle —sin ser consciente de ello— que debajo de esa capa de frialdad que siempre muestra, hay una mujer que reacciona cuando la tocan y, a pesar del riesgo que todo esto conlleva, Julia quiere tocarla. Quiere recorrer cada centímetro de esa piel blanca hasta erizarla y conseguir que Eleanor Morley eleve ese tono sereno y contenido que siempre logra mantener. Quiere tocarla y hacer que las pupilas de la rectora vuelvan a dilatarse y, sobre todo, quiere que Eleanor desee tocarla a ella, y será todo lo paciente que haga falta para

conseguirlo, porque si algo tiene claro, es que la rectora es una mujer muy complicada.

CAPÍTULO 10

—Hola —saluda Brooke Landy sentándose frente a Natalie.

Han quedado en la cafetería del campus. Han coincidido esta mañana en el aparcamiento y para Natalie ha sido como una señal divina. Desde su último encuentro, no han vuelto a verse, pero la consejera ha pensado mucho en ella, sobre todo después de cada reunión con Grace, porque necesita hablar con alguien de lo que le pasa o está segura de que acabará volviéndose loca. Por eso se ha armado de valor y finalmente le ha propuesto tomarse ese café del que hablaron.

—Hola, Landy —dice Natalie, intentando mostrarse tranquila—. ¿Qué tal con los primeros entrenamientos?

—Bien. Echo de menos a las jugadoras que ya no tengo y el equipo se tiene que adaptar a las nuevas, pero son buenas chicas, no creo que tengamos problemas —responde Brooke.

—Supongo que echas de menos a algunas más que a otras —suelta Natalie, con la intención de que el comentario sea gracioso, pero Brooke titubea por un instante—. Lo siento, no pretendía incomodarte.

Natalie se recuesta en el respaldo de la silla. Tiene una bola de nervios asentada en el estómago desde su encuentro con Grace en

el cine el fin de semana pasado y le cuesta que su mente, normalmente racional, funcione como debe.

—No pasa nada —dice Brooke, observándola—. Al fin y al cabo, es verdad —confiesa y sonríe—. La echo de menos, pero no del modo que piensas.

—¿No?

Natalie recupera su posición y aparta su café con leche para apoyar los brazos en la mesa.

—Echo de menos que no esté en el campo, cruzarme con ella, las miradas y ese tipo de cosas, pero no los nervios que sentía, y desde luego, no echo de menos el terror que me invadía ante la idea de que nos descubrieran —Natalie se tensa por completo.

—Me lo imagino, ahora debes de estar mucho más relajada.

—No te haces una idea —Brooke remueve su café con calma—. Harper lo vivía de otro modo, supongo que, por su juventud, pero yo estaba aterrada la mayor parte del tiempo. Llegué a tener pesadillas, sobre todo cuando le conseguiste la beca completa. Que me despidieran no me preocupaba, pero que Harper perdiera la beca y la expulsaran significaba que debía volver con su padre. Dios, me entra ansiedad solo de recordarlo —suspira y cabecea.

Natalie siente que algo se le afloja y se le aprieta en el pecho al mismo tiempo. Lo primero porque no se siente sola en esto, Brooke pasó por lo que ella pasa ahora, aunque sea diferente, y lo segundo porque, al contrario que a Brooke, a ella sí que le importa perder su empleo. Le encanta su trabajo y sabe que Eleanor Morley acabará con su carrera si se entera de que tiene algo con su hija. Lo que menos le preocupa es lo que pase con Grace. No cree que su propia madre la destruya, probablemente hará un movimiento discreto

eliminándola de la ecuación. Su hija terminará los estudios en unos meses y el año que viene la rectora podrá seguir dirigiendo la universidad sin dolores de cabeza.

—¿Cómo lo soportaste? —pregunta Natalie, y Brooke frunce el ceño cuando la voz de la consejera sale entrecortada.

—Simplemente, no podía apartarme de ella —confiesa la entrenadora, encogiéndose de hombros—. Me resultaba imposible, por mucho que mi cabeza me dijera que era una locura, que seguir adelante podía acabar con mi carrera en ese deporte, no podía hacerlo. Cuando Harper se acercaba, mi mente iba por libre, no era racional, no me sentía capaz de negarle nada ni de actuar como me prometía hacer cada noche cuando pensaba en todo.

Tras su respuesta, se quedan en silencio. Natalie está bloqueada, con las manos alrededor de su taza y la mirada clavada en la mesa mientras procesa las palabras de la entrenadora. No es lo que quería escuchar, necesitaba que Brooke Landy le dijera que hay un truco, que existe una manera para sobrellevar esto sin que la consuma, que le diera las herramientas para que su autocontrol no flaquee cada vez que Grace se materializa frente a ella, pero, al parecer, Brooke tampoco logró mantener el muro frente a Harper.

—Dumont, ¿te puedo hacer una pregunta personal? —dice Brooke, mirándola fijamente.

La consejera pestañea y da un sorbo a su café.

—Sí, claro.

—¿Te está pasando a ti lo mismo que me pasó a mí con Harper?

En otro momento, la pregunta sería como una bofetada, pero Natalie, de algún modo, la ha visto venir. Brooke lleva rato observándola, y Natalie, además de mostrar demasiado interés por

el miedo de la entrenadora a que la descubrieran, no es precisamente un ejemplo de serenidad esta mañana. Las manos le tiemblan desde hace rato y no deja de exhalar de forma temblorosa porque está consumida por la ansiedad.

—Tal vez —admite en un susurro, pero con el valor de mirar a Landy a los ojos mientras responde.

Brooke asiente muy despacio. No está sorprendida, lo lleva sospechando desde la conversación que tuvieron en el aparcamiento justo antes de que terminara el curso anterior.

—¿Quieres hablar de ello?

—No estoy segura de que haya algo de lo que hablar todavía, de hecho, quiero pensar que no lo habrá —responde, tan nerviosa que suelta un bufido.

—Bueno, cuando quieras, sabes dónde encontrarme. Sé que es fácil decirlo, pero intenta no pensar demasiado o te va a costar mucho respirar —dice Brooke.

Natalie sonríe.

—Gracias, Landy.

—No hay de qué.

Brooke se levanta y se despide con un gesto de la mano. Natalie decide quedarse un rato más, básicamente porque necesita unos minutos para calmarse, pero entonces levanta la mirada y la ve.

Grace está entrando por la puerta de la cafetería y Natalie siente que la atraviesa un rayo cuando la hija de la rectora repara en ella y no solo le dedica una sonrisa, sino que desvía su trayectoria y camina directamente hacia su mesa.

—Parece que te encuentro en todas partes —dice Grace.

—Grace… —dice Natalie a modo de saludo, intentando mantener un tono neutro a pesar de que tiene el corazón desbocado.

—¿Me puedo sentar? —pregunta la hija de la rectora.

Natalie arquea una ceja, sorprendida.

—Pensaba que tú nunca pedías permiso.

Un destello de diversión aparece en la mirada verdosa de Grace, pero sigue sin sentarse porque Natalie no ha respondido.

—No suelo hacerlo —dice, mirando a un lado y a otro—, pero entiendo dónde estamos y no quiero incomodarte.

No dejes que se acerque, Grace es peligrosa.

—Entonces no te sientes —dice Natalie de forma directa.

Se miran fijamente y Grace asiente. No se sienta, pero rodea la mesa y apoya las manos en el respaldo de la silla situada a la derecha de Natalie. Para cualquiera que las vea, solo es una alumna saludando o preguntando algo a la consejera de la universidad, para Natalie, solo es Grace provocándola con sus labios carnosos humedecidos y su sonrisa socarrona.

—Queda conmigo —susurra Grace, atravesándola con la mirada.

—¿Cómo dices?

—Ya me has escuchado. Queda conmigo fuera de aquí —insiste, con una seguridad que desconcierta a Natalie, que se remueve con incomodidad en la silla ante una pregunta tan directa como inesperada.

Por un momento, se queda sin palabras. Siempre ha sido una mujer muy segura, pero con Grace siente que va a ciegas, nunca sabe por dónde va a salir, y eso la mantiene siempre en tensión y al borde del infarto.

—No digas estupideces, Grace, sabes que no podemos —responde, mirando el fondo vacío de su taza.

—¿Por qué no? ¿Qué nos lo impide? Somos dos mujeres adultas.

Natalie se ve a sí misma rompiendo la taza que tiene en la mano sobre la cabeza de Grace. ¿Qué demonios le pasa a esa chica?

—¿En serio tengo que explicarte las razones que nos impiden quedar? —espeta Natalie.

—No quiero que me expliques nada, quiero que me digas que sí.

De nuevo, Natalie se queda muda ante la respuesta inesperada, sin saber qué responder ante su descaro.

—Lejos de aquí —continúa Grace—. Solo para dar un paseo, nada raro. Conozco un sendero que está en las afueras y es poco transitado. Nadie te verá conmigo si es lo que te da miedo, y si nos ven, solo seremos dos personas que se han encontrado por casualidad.

Natalie se levanta, incrédula ante la desfachatez de Grace, y se acerca a la barra, paga su café y sale del establecimiento porque dentro se está asfixiando. Se aleja un par de metros de la entrada y se queda junto a un árbol en la acera, y no necesita girarse para saber que la persona que acaba de detenerse a su lado es Grace Morley.

—Parece que lo tienes todo muy claro, Grace —susurra Natalie, sintiendo que ni siquiera el aire fresco de la calle es suficiente para llenar sus pulmones, que parecen comprimirse a cada segundo que pasa—. Dame una razón por la que deba decir que sí, una que logre convencerme —añade sin mirarla.

Grace se mantiene quieta a su lado, mirando al frente como si fueran dos extrañas que miran al otro lado de la calle esperando

para cruzar.

—Quiero conocerte —responde con un tono tan suave que toda la piel de Natalie se eriza—. Quiero conocer a Natalie, no a la consejera Dumont o la jefa del departamento, quiero conocer a la mujer, y quiero que tú me conozcas a mí.

Las palabras suenan tan sinceras que Natalie se siente como si estuviera al borde de un precipicio sin saber dónde ni cómo aterrizará cuando se caiga, porque está segura de que se va a caer. Grace tiene razón, no se conocen. Ella solo conoce a la estudiante, a la hija de la rectora o la chica de veintiún años asustada que abandonó los estudios, pero no conoce a la mujer que tiene al lado, a esa que le hace sentir cosas que no debería sentir.

—Está bien —dice, sabiendo que se arrepentirá de sus palabras —, solo pasear. No te acercarás ni me tocarás.

Grace sonríe, aunque Natalie no lo ve porque sigue mirando hacia delante, aterrorizada por el entorno universitario en el que se encuentran. Cualquier estudiante puede verlas, cualquier profesor, la rectora. Natalie se estremece solo de pensarlo.

—No te tocaré —confirma Grace, pero hay algo en su tono que hace que Natalie se gire y la mire para descubrir una sonrisa torcida en su expresión.

No la mires. Aléjate de ella. Grace es peligrosa.

—¿Tu teléfono es el mismo que aparece en la tarjeta del departamento? —pregunta Grace.

A Natalie le entra calor. Siempre supo que debería haber pedido una segunda línea a la universidad y no poner su número personal como contacto en la tarjeta que entrega a los estudiantes con

problemas, otro fallo de novata. Quizá debería hablar con la rectora y…

No te acerques a Eleanor Morley, estúpida.

—Sí —responde con sequedad.

—Genial, te enviaré la ubicación —dice Grace—. ¿Te parece bien el sábado por la mañana?

Natalie hace un leve movimiento de asentimiento con la cabeza y Grace simplemente se da la vuelta y se aleja hacia el campus. Ella se queda ahí, petrificada como siempre que se encuentra con ella, tratando de que su cuerpo responda, que sus pulsaciones se calmen y su temperatura corporal se normalice.

Está cruzando una línea, y tiene la experiencia suficiente como para saber que cuando eso pasa, ya no hay vuelta atrás y, aun así, no sabe cómo detenerse. Maldita Grace Morley, piensa, mientras se pregunta cómo pudo Brooke Landy sobrevivir a este estado de nervios durante todo un curso académico.

CAPÍTULO 11

Grace espera junto a su coche, aparcado en la pequeña explanada donde ha quedado con Natalie para caminar. Aunque no lo aparenta, está nerviosa, lo está desde que Natalie aceptó la invitación. Será la primera vez que pasarán tiempo juntas sin la obligación de hablar de su evolución en las clases, la primera donde la consejera no podrá refugiarse en su papel profesional, donde sus barreras no le servirán de excusa y Grace no tendrá que zigzaguear para llegar hasta ella.

Un SUV de color blanco aparece en su campo de visión y Grace puede distinguir a Natalie a través del cristal. Su pulso se acelera y su sonrisa se ensancha, aunque Natalie no se la devuelve, se limita a aparcar a su lado, apaga el motor, se desabrocha el cinturón y se queda dentro del vehículo, con las manos sobre el volante y la cabeza recta como si mirase la carretera. Grace no sabe lo que mira exactamente porque Natalie lleva gafas de sol, pero está segura de que no la mira a ella, sino a los árboles delante de su coche.

Le da algo de tiempo, lo que a ella le parece suficiente para no agobiarla, hasta que se cansa y abre la puerta del conductor.

—¿No vas a salir?

La espalda de Natalie se pone rígida y sus dedos se tensan alrededor del volante. Grace es consciente de la incomodidad de la

mujer que tiene delante y, por un momento, siente compasión por ella y está tentada de decirle que se marche, que no es necesario que pase por esto si quedar con Grace le produce tanto miedo, pero no encuentra la voluntad para hacerlo. Desea a Natalie y sabe que Natalie la desea a ella, y no entiende qué tiene de malo que se permitan conocerse.

—Vamos, solo es caminar —susurra Grace, sin invadir su espacio.

No salgas, cierra la puerta y vuelve por donde has venido.

Natalie gira la cabeza y la mira. Grace lleva unas mallas ajustadas y una camiseta de manga larga que marca cada línea de su torso. No debería estar aquí y lo sabe y, aun así, se baja del coche.

—Hola —saluda mientras Grace intenta respirar.

El pelo rubio ceniza de Natalie está recogido en una coleta alta y todo su cuello está expuesto, y Grace solo puede pensar en la cantidad de saliva que repartiría en esa zona antes de llegar a su clavícula.

—Buenos días —sonríe la hija de la rectora.

Natalie mira a un lado y a otro. Aunque es un estacionamiento pequeño, hay varios coches aparcados; además, ha pasado por uno mucho más grande antes de llegar, así que supone que el sendero es de todo menos discreto.

—Dijiste que era poco conocido.

—Y lo es —asegura Grace—, entraremos por la ruta principal, pero enseguida tomaremos un desvío. Confía en mí.

Natalie levanta una ceja. No está muy segura de hasta qué punto puede fiarse de esta mujer tan descarada, pero ya está aquí,

así que la sigue de todos modos cuando Grace coge su mochila y comienza a caminar.

En efecto, no le ha mentido, apenas han recorrido cien metros por el sendero cuando Grace se desvía hacia la derecha por un camino estrecho entre eucaliptos y pinos donde apenas se filtra la luz del sol.

—Ten cuidado con las ramas, por aquí no pasa mucha gente y está bastante descuidado, pero merece la pena si buscas tranquilidad —explica Grace, caminando delante de ella.

Natalie no responde, se limita a seguirla en silencio, pensando que alguien podría matarlas aquí mismo y nadie se enteraría. Las envuelve una calma que le gusta, solo se escucha el ruido de las ramas y las hojas crujiendo bajo sus pasos y el de su propia respiración acelerada. Hace mucho tiempo que Natalie no sale de ruta y está desentrenada, aunque no está segura de que el ritmo acelerado de sus pulsaciones se deba al cansancio, al fin y al cabo, el camino es bastante llano y Grace no está corriendo. Es ella, está nerviosa y tensa a pesar de que están solas, podrían detenerse y hablar de cualquier cosa, nadie las vería, incluso podrían besarse y… Natalie tropieza y tiene que sujetarse en el tronco de un árbol para no caerse.

—¿Estás bien? —pregunta Grace, girándose hacia ella.

Por supuesto que no está bien. Grace está muy cerca y tiene las mejillas tan rojas que las pecas alrededor de su nariz son más visibles, y Natalie solo quiere pasar los dedos sobre ellas.

—Sí —responde, pero le sale algo parecido a un jadeo.

—Queda muy poco para llegar —dice Grace.

—¿A dónde? —pregunta Natalie.

—Hay un balcón natural desde donde se ve todo San Diego, estamos muy cerca.

Reanudan la marcha y, unos cinco minutos después, el camino se bifurca hacia la derecha. Apenas es visible, Natalie lo hubiera pasado de largo de haber venido sola, pero Grace toma el desvío y tras abrirse paso entre la maleza, de repente el paisaje se despeja y se encuentran sobre una pequeña explanada de apenas un par de metros cuadrados y el vacío, con una visión completa de toda la ciudad y el océano Pacífico de fondo.

—Dios mío —susurra Natalie, impactada.

—¿A que es impresionante? —pregunta Grace, quitándose la mochila.

La deja caer en el suelo y se sienta con las piernas estiradas, apoyándose en los brazos. Natalie se toma unos segundos más antes de imitarla y sentarse a su lado, en la misma posición.

—¿Cómo descubriste este sitio? —pregunta Natalie, sin poder apartar la mirada de las vistas.

—Cuando mi padre estaba vivo hacíamos mucho senderismo los fines de semana, y nos gustaba explorar todas las rutas a fondo. En algunas no encuentras nada más que maleza, en otras te acabas perdiendo, pero a veces encuentras sitios como este —responde Grace.

Natalie la mira de soslayo, sintiendo que el pecho se le aprieta de un modo extraño. La muerte de su padre fue lo que hundió a Grace, el motivo que, en cierta manera, la llevó a su despacho por primera vez.

—¿Ya no haces senderismo? —pregunta Natalie.

—Estuve unos cuantos años sin hacerlo después de su muerte —Grace se encoge de hombros, mirando al frente—, pero lo retomé cuando me sentí preparada, me gusta lo que siento cuando estoy en estos sitios.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Solo cuando necesito pensar. Últimamente, he venido bastante —responde, y esta vez se gira y mira a Natalie.

La consejera se vuelve a poner rígida y nota que le cuesta respirar a pesar de todo el oxígeno que tiene alrededor. No debería seguir haciendo preguntas, pero hay algo que le impide detenerse.

—¿Y qué es lo que piensas?

—Pienso en ti —responde Grace, con una sinceridad que deja a Natalie completamente descolocada—. Siempre me pregunto qué fue lo que pasó en tu despacho hace seis años. Apenas fueron diez minutos en los que cruzamos unas pocas frases sin importancia, pero algo tuvo que pasar ahí para que te viera seis años después y todo lo que pensaba que había desaparecido, volviera y me golpeara con más violencia que la vez anterior, y no sé qué es.

Natalie aparta la mirada y suspira con brusquedad. Ella tampoco lo sabe, pero no podría haberlo expresado mejor que Grace. Es exactamente así, algo que sucedió, al parecer se mantuvo en pausa durante el tiempo que estuvieron sin verse y reapareció con el regreso de Grace.

—¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que diga, Grace? —pregunta Natalie, girándose de repente—. Si lo que esperas es que te dé una respuesta, yo tampoco la tengo.

—¿Y qué hacemos?

—Ignorarlo —responde Natalie con brusquedad—. Sea lo que sea esto, no puede ser…

—Yo no pienso ignorar nada —espeta Grace.

—¿Qué?

—Ya me has oído, tú puedes hacer lo que quieras, pero yo no voy a ignorar lo que siento. Si no quieres tener nada conmigo, tendrás que mirarme a los ojos y decírmelo, y lo respetaré.

Natalie abre la boca, pero no emite ningún sonido.

Díselo, esta es tu oportunidad. Mira esos ojos verdes y dile que no quieres besarla.

—Pero hasta que no me lo digas —sigue Grace ante el mutismo de Natalie—, voy a estar aquí, mirándote a esos ojos tan azules cada vez que te vea, buscando excusas para ir a tu despacho e invitándote a salir de excursión a sitios donde no te importe que te vean conmigo.

Natalie esboza una sonrisa amarga.

—Dime que no has pensado en mí ni una sola vez durante todos estos años —dice Grace.

—Claro que lo he hecho —responde Natalie—, pero no por las razones que tú piensas, al menos, la gran mayoría de veces.

—¿Y por qué razones lo has hecho?

Natalie se frota las sienes, empieza a dolerle la cabeza.

—Porque no lo hice bien contigo, ya lo sabes. Dejé que te fueras sin hacer mi trabajo.

—Eso nos lleva al mismo punto —Grace se encoge de hombros.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no hiciste bien tu trabajo, Natalie? —pregunta Grace, arqueando una ceja.

—Por Dios… —murmura Natalie, soltando una risita amarga.

Grace también sonríe y cambia la posición de sus piernas, colocando un pie sobre otro.

—¿Puedo preguntar qué has hecho durante todos estos años? —dice Natalie, que necesita alejarse un poco de ese tema.

—Ummm —dice Grace, cogiendo una piedra del suelo—, a ver. He trabajado en algunos restaurantes como camarera, he viajado bastante, he salido con algunas chicas y, sobre todo, he irritado a mi madre —termina con una pequeña carcajada.

Natalie la mira, pasmada.

—¿Qué es lo que irritó a tu madre? —pregunta intrigada.

—Lo correcto sería preguntar qué es lo que no la irrita. Todo en mi actitud creo que le molesta —explica Grace—. Siempre he sido un poco rebelde, desde la adolescencia he discutido mucho con ella. Mi madre digamos que es… muy recta, quería que siguiera sus normas, sus horarios y sus estándares. Ha tenido mi vida programada desde que nací.

Natalie siente un escalofrío. La rectora Morley encaja en ese perfil, demasiado organizada y controladora como para no serlo también en su vida privada.

—Mi padre era el intermediario entre nosotras. Cuando ella decía que tenía que estar a las ocho en casa el fin de semana y yo protestaba, él negociaba con ambas, buscaba un punto medio. Cuando elegí estudiar derecho en lugar de medicina como ella quería, él la convenció de que podía tener un buen futuro de todos modos, igual que ella. Cuando se enteró de que me gustaban las chicas, ella casi enloquece, quería llevarme a un terapeuta porque decía que estaba influenciada por malas compañías —Natalie deja de

respirar—, fue mi padre el que la hizo entrar en razón, pero cuando él murió… —las cejas de Grace se levantan y se ríe.

—¿Qué pasó? —pregunta Natalie.

—De todo. Cuando dejé los estudios, me dio tregua porque pensó que sería ese año, que al siguiente volvería, pero cuando vio que no tenía intención de hacerlo, se puso histérica. Discutíamos a diario y después empecé a salir con Shelby, otra cosa que mi madre pensó que sería temporal, pero se empezó a alargar y ella no lo entendía. Seguía insistiendo en que no estaba centrada, en que si le hiciera caso a ella estaría acabando los estudios y probablemente saliendo con algún chico decente.

Natalie se levanta. Se siente entumecida y tiene la cabeza como un bombo. Si ya siente que hay demasiadas cosas en contra de lo que siente por Grace, solo le falta descubrir que Eleanor Morley no acepta la sexualidad de su hija.

—¿Tu madre es homófoba? —pregunta con un hilo de voz.

Grace se ríe, y Natalie la mira desde arriba, alucinada por su reacción.

—¿Te hace gracia?

—Perdona —dice Grace, pero sigue sin poder contener la risa—. No creo que sea homófoba, simplemente preferiría que yo saliera con chicos, nada más. Lo más gracioso es que Shelby piensa que mi madre es lesbiana —añade, y su carcajada aumenta.

Los ojos de Natalie se abren como platos y, por primera vez desde que se conocen, se contagia de su risa y se ríe con ella, pero es una risa histérica. No lo hace por el comentario, ni siquiera sabe de qué se ríe, pero eso consigue que sus nervios se calmen un poco.

—¿Por qué piensa eso tu amiga?

—La verdad es que no lo sé. Me lo dijo la primera vez que la vio y lo ha mantenido siempre. Dice que mi madre es una lesbiana reprimida, que por eso no acepta que yo salga con mujeres. ¿Tú qué piensas al respecto? ¿También te parece que está metida en el armario?

Natalie menea la cabeza, negando.

—No lo sé, no he tratado tanto con tu madre como para hacerme una idea de lo que puede pensar o sentir.

Ni quiero hacerlo, no quiero tratar con Eleanor Morley.

—Shelby tampoco, apenas la ha visto un par de veces, pero tiene un sexto sentido para estas cosas y no se suele equivocar, aunque a mí me cuesta imaginarme a mi madre amando a una mujer —Grace pone los ojos en blanco—. En realidad, no puedo imaginármela amando a nadie con lo fría que es, siempre tan encerrada en sí misma.

Grace se levanta de un salto y Natalie se sobresalta porque de repente están muy juntas.

—¿Tú a quién amas, Natalie? ¿Hay alguna mujer por ahí que tenga el privilegio de tener tus atenciones? —pregunta, tan seria que Natalie siente que el aire se congela entre ellas.

—¿La tienes tú?

Grace ladea una sonrisa y se acerca un poco más, apenas unos centímetros, pero la distancia entre ellas era tan pequeña que Natalie puede apreciar una cicatriz casi diminuta al final de su ceja izquierda.

—No respondas con preguntas, no te pega.

—¿Y qué me pega, Grace? —la reta Natalie.

—Te pega esto —dice y las señala—. Enfrentarte a mí y no esconderte de lo que sientes.

Natalie deja salir el aire por la nariz y niega con la cabeza, incrédula.

—Para ti es muy fácil decirlo, lo peor que te puede pasar es que tengas una bronca con tu madre y, al parecer, ya estás acostumbrada.

Grace frunce el ceño, y Natalie se siente cruel por lo que acaba de decir, pero no es menos cierto por eso.

—Yo lo perdería todo. Mi trabajo y mi reputación, y sin eso, ¿qué me quedaría?

Te quedaría yo, quiere decir Grace, pero se guarda el comentario, consciente de que es egoísta.

—Supongo que tienes razón —murmura Grace, dejando que su vista se pierda durante un momento a través de ese balcón natural que siempre le ha proporcionado paz—. Iba a besarte aquí, ¿sabes? —confiesa sin mirarla.

El pulso de Natalie se dispara y su garganta se queda seca.

—A intentarlo al menos.

—Prometiste que no ibas a tocarme —le recuerda Natalie con un hilo de voz. El cuerpo le tiembla de pura necesidad, pero no se mueve.

Grace se gira y la enfoca, con las mejillas rojas por el aire fresco.

—Mentí —admite sin una pizca de culpa, con la cara tan cerca de Natalie que la consejera puede respirar su aliento.

—Eso solo confirma que hago bien en no fiarme de ti.

—Cierto, no debes fiarte de mí —confirma Grace.

—Entonces, ¿ya no quieres besarme?

Natalie sabe que hacer esa pregunta es ponerse un cuchillo en el cuello, pero necesita conocer la respuesta.

—Sí que quiero, quiero besarte y follarte, las dos cosas.

Un espasmo sacude la entrepierna de Natalie al escucharla, dejando su sexo húmedo y palpitante.

—Pero estás demasiado asustada, así que no voy a hacer nada hasta que tú no estés lista.

—¿Y cómo sabrás que estoy lista? —Natalie se sorprende de haber sido capaz de formular una frase sin tartamudear.

—Lo sabré porque serás tú la que me besará a mí.

—¿Y si nunca lo estoy?

—Casi lo estás —dice con una convicción que hace dudar a Natalie.

Grace se gira de nuevo, perdiéndose en las vistas mientras Natalie se queda mirándola, intentando comprender de dónde saca tanta seguridad y, sobre todo, esa capacidad para mantenerse serena cuando ella, más adulta y experimentada, siente que las rodillas están a punto de fallarle.

—Deberíamos irnos —dice Natalie al cabo de unos minutos, cuando siente que ha recuperado la compostura.

—Claro —Grace se gira y le dedica una sonrisa espontánea.

No la mires, solo camina.

CAPÍTULO 12

A Eleanor le gusta trabajar por la tarde, cuando ya no quedan estudiantes por los pasillos ni en los jardines del campus, solo personal de la administración. El silencio es absoluto y su concentración es máxima, es cuando se vuelve más productiva, sin llamadas, reuniones o cualquier cosa que pueda distraerla.

Por fin ha terminado el presupuesto del Departamento de Derecho que llevaba días revisando, ahora los números ya le cuadran y se siente tranquila. También ha aprobado la propuesta con los nuevos cursos de libre elección y ordenado el montón de documentos que se habían ido acumulando sobre su mesa durante los últimos días. Mira el reloj que tiene justo sobre la puerta, las seis y media.

Se recuesta en su silla de cuero y junta las manos sobre su regazo solo por el puro placer de no hacer nada. Puede marcharse, pero no tiene prisa porque nadie la espera en casa. Grace se independizó hace cinco años y, aunque ella se sintió aterrorizada ante la idea porque su hija en aquella época estaba demasiado inestable en su opinión, fue un alivio para ambas. Las discusiones acabaron, aunque ella sigue sin aprobar el estilo de vida de Grace,

con trabajos inestables y esa obsesión suya por seguir experimentando con mujeres.

Mujeres. Eleanor casi salta de su silla cuando lo piensa, porque lo primero que viene a su cabeza cuando piensa en el género femenino de ese modo, es Julia Bernet.

De repente, escucha tres golpes en su puerta seguidos de un cuarto que suena más flojo que los primeros. Eleanor frunce el ceño, su asistente se ha marchado hace más de dos horas, así que no se explica quién puede ser.

—Adelante —dice, irguiéndose en la silla, porque ella es la rectora y siempre debe mostrarse autoritaria.

La puerta se abre y, como si le hubiera estado leyendo el pensamiento hace un momento, Julia aparece ante ella. Eleanor siente que su estómago se encoge y sus pulmones se cierran. Sus manos se tensan sobre la madera de la mesa y de su boca escapa un suspiro entrecortado que disimula moviendo la silla.

—Profesora Bernet… —dice Eleanor a modo de saludo.

—Julia.

—¿Qué?

—Estamos solas, puede llamarme Julia —dice la profesora—. ¿Puedo pasar?

Eleanor necesita unos segundos antes de asentir y darle paso haciendo un gesto con la mano.

—¿En qué puedo ayudarla, Julia? —pregunta Eleanor, arrepintiéndose de inmediato por haber cedido.

No debería pronunciar su nombre. No debe tomarse esas confianzas, es la profesora Bernet, no es Julia, ella no tiene ese tipo de cercanía con nadie en esta institución, pero cuando Julia le sonríe

al escucharla, Eleanor siente que el suelo se tambalea bajo sus pies. ¿Qué demonios le pasa? No puede estar sintiendo esto, no puede sentir atracción por una mujer, es imposible, lo tenía controlado. Fue solo un hecho aislado, un desliz, una estupidez adolescente. Ahora es una mujer de mediana edad hecha y derecha capaz de controlar sus impulsos, una mujer que sabe lo que le conviene, y desde luego, sentirse atraída por otra mujer que, además, es profesora en su universidad e insultantemente más joven, no es lo que le conviene.

—Siento molestarla —dice Julia—, pero he visto que todavía estaba aquí y he pensado que quizá podría hacerle una consulta sobre un caso que quiero utilizar mañana en una clase.

Julia miente. Lo del caso es una excusa. Sabe por boca de otros profesores que la rectora Morley siempre trabaja hasta tarde, por eso se ha quedado y ahora está aquí, tratando de robarle un poco de tiempo porque el otro día, en la cafetería, se le pasó volando. Le gusta hablar con ella. Eleanor Morley es una mujer completamente diferente cuando la sacas de su papel de rectora y localizas a la mujer que se esconde bajo esa fachada de rectitud, y Julia viene buscando eso.

—Claro —dice Eleanor—. ¿De qué caso se trata?

Julia abre la carpeta que lleva en la mano y saca unos documentos impresos que le entrega a Eleanor.

—Es un caso de negligencia profesional de 1987 —explica Julia, aparentemente ajena al efecto que su presencia provoca en Eleanor cuando, en lugar de sentarse frente a ella, decide rodear la mesa y quedarse de pie a su lado mientras le explica a la rectora de qué trata—. Pensé que sería perfecto para ilustrar las complejidades de la responsabilidad civil, pero hay algunos aspectos de la

jurisprudencia que me gustaría discutir con alguien que tenga más experiencia.

Eleanor asiente, demasiado consciente de la presencia de Julia a su lado. La proximidad es casi abrumadora. Puede sentir el calor que emana del cuerpo de la profesora, e incluso escuchar el ritmo pausado de su respiración. Se recuerda a sí misma que ella es la rectora, alguien imperturbable que no necesita decirle a Julia que se retire, eso sería una debilidad, así que comienza a leer, pero cuando levanta la mirada para hacer una pregunta sobre una de las cláusulas, se encuentra con que Julia la está observando con una intensidad que la desarma por completo.

—Este párrafo es clave —dice Eleanor, y se da cuenta de que el dedo que utiliza para señalar le tiembla—. La corte estableció un precedente importante sobre la diferencia entre negligencia y error de juicio.

—Cierto —responde Julia, inclinándose más sobre ella para ver mejor el texto—. Eso es lo que me intriga. ¿Cómo se le explica esa distinción a estudiantes de primer año sin que se pierdan en los tecnicismos?

La pregunta desata algo en Eleanor que no había sentido en años: el puro placer intelectual de compartir conocimiento con alguien que realmente lo aprecia. Julia no solo le está pidiendo información, está buscando una conversación sobre metodología pedagógica, sobre la pasión que mueve a Eleanor desde que comenzó a enseñar.

—La clave está en los ejemplos —dice Eleanor, y su tono pierde esa rigidez que la caracteriza, justo lo que Julia buscaba—. Yo siempre uso el caso del cirujano que opera el riñón equivocado

comparado con el que toma una decisión quirúrgica que resulta ser incorrecta, pero que estaba justificada por la información disponible en ese momento.

Julia sonríe y su expresión se ilumina. Eleanor vuelve a sentir ese tirón en el estómago y carraspea.

—Es brillante —dice Julia—. Esto es exactamente el tipo de perspectiva que necesitaba. ¿Le importa si me siento? —Julia señala la silla.

Eleanor asiente con alivio y las dos se enfrascan en una conversación donde mencionan casos complejos, metodologías de enseñanza y algunas anécdotas que recuerdan de las clases impartidas.

Esa sensación en el cuerpo de Eleanor aparece más veces de las que le gustaría a la rectora, lo hace cada vez que Julia sonríe o la mira con demasiada intensidad.

—Me gusta hablar con usted —dice Julia de repente.

La rectora casi resbala de su silla.

—Es inteligente y culta —sigue Julia, consciente de la reacción nerviosa de la mujer.

Y atractiva, añadiría Julia, pero sabe que no debe.

—Gracias —responde Eleanor, sintiendo un calor extraño subirle por el cuello—. Debo reconocer que usted me ha sorprendido, no estoy acostumbrada a tener este tipo de conversaciones con alguien tan…

Eleanor se detiene.

—¿Joven? —completa Julia.

La rectora traga saliva y no responde de inmediato porque sus ojos están fijos en los labios finos y rosados de la profesora.

—Supongo que sí.

—¿Le importa si me paso por aquí de vez en cuando? —pregunta Julia, poniéndose en pie.

Eleanor quiere decirle que no, que lo mejor es que ciñan sus encuentros a las reuniones estrictamente necesarias, pero cuando se quiere dar cuenta, está asintiendo.

—Estaré encantada —se escucha decir, horrorizada.

Julia expande una sonrisa que acelera el pulso de la rectora. Definitivamente, tiene un problema con esta profesora que debería atajar de raíz, pero no sabe cómo hacerlo, ni siquiera sabe si quiere.

—Gracias por atenderme, rectora Morley, que tenga buena noche.

Julia cierra la puerta y se detiene en medio del pasillo con expresión eufórica. No tiene claro si la rectora siente el mismo tipo de atracción que siente ella, porque la mujer es bastante hermética, pero no ha rechazado sus visitas, y eso le parece una señal luminosa en medio de un camino oscuro.

CAPÍTULO 13

Natalie tiene las manos planas sobre su mesa, con los dedos extendidos todo lo que puede mientras se mira las uñas pintadas de color borgoña. No es algo que haga a menudo —apoyar las manos, porque las uñas sí que se las pinta— de hecho, es la primera vez que lo hace, pero acaba de descubrir que es un gesto que la ayuda a relajarse. Está inquieta porque faltan dos minutos para las diez de la mañana. Y hoy es miércoles, así que, en cualquier momento, Grace atravesará la puerta de su despacho para otra de sus reuniones semanales.

No se han vuelto a ver desde el sábado cuando se despidieron en el aparcamiento del sendero, pero Natalie apenas ha podido concentrarse desde entonces. La confesión de Grace resuena en bucle en su cabeza: *quiero besarte y follarte, las dos cosas*. Ahora su corazón late desbocado cada vez que la recuerda pronunciando las palabras con esa seguridad insolente que la desarmó por completo. Grace la tiene exactamente donde quiere; de eso, Natalie está segura, porque se siente al borde de un precipicio, a punto de estrellarse contra el suelo.

Unos golpes secos en la puerta la devuelven al presente y su cuerpo reacciona antes que su mente, porque su pulso se acelera y

su respiración se entrecorta.

—Adelante —dice, y la puerta se abre antes incluso de que termine de pronunciar la palabra.

—Buenos días —saluda Grace con un tono aterciopelado que sorprende a Natalie.

La consejera acerca unos documentos que tenía preparados a su derecha y clava los ojos en ellos para tener algo en lo que distraerse cuando no sea capaz de soportar la mirada intensa de Grace.

—Grace… —dice Natalie, con aire distraído.

Escucha el golpe seco y suave de la puerta al cerrarse y levanta la mirada. En esta ocasión, ya no protesta ni le pide que la deje abierta, sabe que es absurdo. Grace no respeta su autoridad en ese aspecto, ni siquiera sabe si la respeta en otros, así que no va a concederle el placer de desafiarla de nuevo.

—¿Qué tal la semana? —pregunta Grace.

Natalie levanta ambas cejas. Esa no es la dinámica de esta reunión, Grace no debería preguntar nada, y mucho menos, cosas personales, pero Grace es así de descarada. Nunca sigue las reglas del juego y Natalie debería empezar a predecir estas cosas, pero le resulta imposible adelantarse a nada en presencia de esta mujer, al menos, por ahora.

—Ocupada —responde Natalie, con la sequedad de siempre.

Grace ladea la cabeza con una sonrisa burlona y se deja caer en la silla con ese desparpajo y seguridad que Natalie no logra comprender.

—¿Qué tal las clases? ¿Te vas integrando mejor? —pregunta, tratando de centrarse en el tema de la reunión, pero Grace vuelve a

sonreír y ella apoya una de las manos completamente plana sobre la mesa, separando los dedos—. ¿Qué es lo que te hace gracia?

—El empeño que pones en que tengamos esa conversación tan absurda —suelta Grace.

Natalie se pone tensa como un junco.

—¿De verdad quieres hablar de eso? —pregunta Grace—. Sabes que me da igual integrarme o no. Solo me queda un año y yo ya tengo mis amigos fuera de aquí.

—Perfecto, entonces suspendemos las reuniones. No veo ningún motivo para que sigas viniendo a mi despacho —espeta Natalie.

Eso coge a Grace desprevenida y, por un momento, Natalie la ve vacilar, pero Grace se mueve y acerca su silla hacia la mesa para apoyar los brazos en ella y reducir la distancia entre ambas.

—¿Por qué? ¿No te gusta que venga a verte? Yo creo que sí —afirma, y estira la mano para coger uno de los bolígrafos de Natalie —. A mí me gusta venir —susurra, recostándose de nuevo en el respaldo de la silla.

Natalie empieza a valorar la opción de buscar a un terapeuta que la ayude a comprender por qué motivo siempre se queda en blanco delante de esta chica. Ella no es así, se considera una mujer que tiene respuestas para todo, sabe defenderse en cualquier conversación y situación, pero Grace siempre la desestabiliza de un modo u otro.

—Este rato contigo, con alguien que tiene una conversación interesante, es suficiente para compensar el hecho de estar rodeada de gente con la que no conecto —sigue Grace.

—También podrías ir al despacho de tu madre, no hay nadie en este campus más culto que ella —dice Natalie, con un tono mordaz

que hace que Grace levante la mirada.

—Es posible, pero con ella no me siento cómoda, contigo sí. Además, tú me gustas y…

—Para, Grace —la corta Natalie—, no sigas por ahí o la reunión se acaba ahora mismo.

—Está bien —acepta, poniendo los ojos en blanco—. El otro día estuve mirando algunas fotos de cuando hacía senderismo con mi padre. Hay una ruta que va hacia el norte, con vistas al océano, he pensado que…

—No.

La palabra sale de la boca de Natalie como si la hubiera disparado, cortante y seca. Grace parpadea, sorprendida por la brusquedad.

—¿No? —repite, arqueando una ceja, pero algo le brilla en la mirada—. No sabes lo que iba a decir.

—Me lo puedo imaginar —Natalie vuelve a extender las manos planas sobre la mesa, temiendo desmayarse si su corazón sigue latiendo tan deprisa—, y no va a pasar. No vamos a volver a ir juntas a ningún sendero.

Grace tiene la mirada fija en las manos de Natalie. Le gustan sus dedos y le gusta el color que ha elegido para sus uñas, elegante y discreto, como todo en Natalie Dumont.

—¿Por qué no? Solo éramos dos mujeres adultas caminando por el bosque mientras tenían una conversación sincera —dice Grace, sin apartar la vista de sus manos.

Natalie también se las mira. Esa maldita postura le funciona, de algún modo que no entiende, parte de sus nervios se evaporan

cuando separa los dedos y siente el frío de la madera bajo sus palmas.

—Sincera… —Natalie suelta una risa irónica que provoca un tirón en el estómago de Grace—. Es una palabra muy interesante viniendo de alguien que admitió haber mentido sobre sus intenciones, ¿no crees?

La mirada de Grace se enciende de un modo que pone a Natalie en alerta y la hace retirar las manos de la mesa para dejarlas sobre sus piernas.

—¿Prefieres que mienta, Natalie? ¿Prefieres que diga que no quiero tocarte cuando me muero por hacerlo?

Grace se inclina hacia delante.

—Porque lo puedo hacer si con eso te sientes más cómoda. Puedo venir aquí cada semana y fingir que me preocupan mis problemas de adaptación mientras tú finges que no sientes nada por mí. ¿Quieres eso?

Dile que sí, díselo ahora, maldita cobarde.

—Me lo imaginaba —dice Grace, ante el silencio de Natalie—. Supongo que prefieres que te diga que he estado pensando en ti, en quitarte esa pinza del pelo y en cómo sonará mi nombre en tus labios cuando estemos en medio de…

—Grace, para —la voz de Natalie suena como un latigazo.

—¿Por qué? ¿Te pone nerviosa que te diga algo que tú también piensas?

Natalie se levanta, necesita aire y distancia con Grace, pero se queda detrás de su mesa, porque rodearla significa que no habrá ninguna barrera entre ellas, y Grace no parece tener freno.

—Creo que ya es suficiente por hoy. La reunión ha terminado —dice, apoyando las manos en el respaldo de su silla.

Grace la mira con una intensidad que deja a Natalie hipnotizada, atrapada en esos ojos verdes que siente que pueden ver dentro de ella.

—Grace, por favor —insiste Natalie, señalando la puerta.

—Di mi nombre otra vez —pide Grace de repente, levantándose de la silla.

Natalie observa horrorizada cómo la hija de la rectora rodea la mesa y camina hacia ella, deteniéndose a su lado.

—Solo mi nombre, repítelo, por favor —suplica Grace.

No lo hagas. No lo digas. Decirlo es rendirte.

—Grace.

Grace se inclina hacia ella. Por un momento, Natalie comienza a temblar pensando que va a besarla cuando sus narices se rozan, pero Grace desvía la trayectoria y acerca los labios a su oído.

—Gracias —susurra, y Natalie se estremece—. Este sería un buen momento para que me besaras —dice.

Grace deja que pasen unos segundos, pero Natalie no se mueve. Está completamente paralizada.

—Supongo que debería irme ya —dice Grace, apartándose.

—Sí, deberías —confirma Natalie, aspirando con fuerza por la nariz.

Por un momento, ninguna se mueve, Natalie porque no puede, Grace con la esperanza de que Natalie se atreva a romper esa barrera que ella misma ha levantado, pero no lo hace y Grace al fin da un paso atrás.

El suspiro de alivio de Natalie es inmediato, como si el aire se hubiera congelado entre ellas, impidiéndole respirar.

—Nos vemos la semana que viene —dice Grace.

Natalie no contesta y Grace llega hasta la puerta; sin embargo, no la abre, se detiene de cara a la madera.

—¿Cuándo vas a dejar de esconderte detrás de esa mesa y dejar de ser una cobarde? —pregunta Grace, sin girarse.

Las palabras golpean a Natalie en el centro del pecho. Son una acusación directa, sin rodeos, típica de Grace. Algo se rompe dentro de ella en ese momento, algo que ha estado conteniendo durante semanas, tal vez más tiempo. De repente, siente la necesidad de demostrar que no es una cobarde, nunca lo ha sido y puede estar a la altura de esto y ser tan valiente como temeraria.

Aparta la silla de un empujón y esta rueda hacia la mesa, golpeando la madera. Grace se gira, sorprendida por el ruido, y sus ojos casi saltan de sus cuencas cuando ve a Natalie caminando hacia ella con la mirada fija en sus ojos. Sus tacones resuenan en el suelo taladrando los tímpanos de Grace, sonando al ritmo de su corazón acelerado.

—¿Te parezco cobarde ahora? —pregunta Natalie con la voz ronca, acorralando a Grace contra la puerta.

Coloca una mano sobre la madera justo al lado de la cabeza de Grace, de forma que sirve para bloquearla si alguien trata de abrirla, y también para impedir que la alumna pueda escapar, porque la otra mano de Natalie está al otro lado de su cabeza, apoyada en la pared.

Grace está paralizada, con los labios entreabiertos y la mirada fija en la boca de Natalie. Su cuerpo está temblando y se siente

completamente descolocada por este cambio en la dinámica entre ellas, que sin duda no se esperaba.

—Natalie…

—Cállate.

La orden es clara y directa y, antes de que Grace pueda protestar, Natalie aparta la mano de la pared, la coloca en la nuca de Grace y la besa.

No es un beso suave ni explorador. Es un beso que contiene todas esas semanas de deseo reprimido y de tensión. Es desesperado y necesitado desde el principio. Los labios de Grace son tan suaves como Natalie se los había imaginado, solo que más cálidos y adictivos.

Grace gime contra su boca y su sonido viaja directamente hacia el sexo de Natalie, incendiándola por completo. Sus lenguas chocan y se mueven desesperadas, haciendo que Natalie tenga la sensación de que se va a deshacer con la dulzura de Grace, un sabor al que ya sabe que se ha vuelto adicta y que contrasta mucho con el carácter atrevido de la hija de la rectora, que baja las manos hacia el trasero de Natalie y la aprieta contra ella.

La presión envía tal descarga de placer por el cuerpo de Natalie, que se sobresalta y se aparta de forma brusca, llevándose los dedos a los labios mientras intenta recuperar el aliento.

Se quedan mirándose, jadeando, con los labios hinchados y los ojos completamente oscurecidos por el deseo. Natalie toma conciencia de repente de lo que acaba de hacer, del sitio en el que están y de todas las líneas que acaba de cruzar, y siente que le cuesta respirar.

—Vete, Grace —dice, con la voz convertida en una especie de susurro ronco—. Por favor.

Grace la mira con los ojos muy abiertos, con el corazón latiendo tan deprisa que la vena de su cuello está completamente hinchada. No es capaz de moverse, todavía impresionada por lo que acaba de pasar.

—Grace —insiste Natalie, abriendo la puerta con la mano temblorosa.

La hija de la rectora parpadea y asiente, saliendo al pasillo justo cuando el profesor Thompson está pasando por delante de la puerta. Los ojos curiosos del hombre van de Grace —con el pelo un poco alborotado por esa mano que Natalie ha deslizado por su nuca y después hundido en su melena, y los labios hinchados por la intensidad del beso— hasta Natalie, que tiene los labios igual de inflamados, expresión desorientada y la mano en la puerta.

En una fracción de segundo, la expresión de Thompson pasa de la curiosidad a algo que hace que el estómago de Natalie se contraiga, pero esta vez de puro terror.

—Dumont… —dice el hombre a modo de saludo, inclinando un poco la cabeza mientras pasa de largo hacia delante y Grace se pierde en dirección contraria.

Natalie mantiene el tipo y le devuelve un asentimiento de cabeza. En cuanto Thompson desaparece de su vista, cierra la puerta y apoya las palmas de las manos y la frente en la madera. Todavía siente el sabor y la presión de los labios de Grace sobre los suyos, pero está opacado por la certeza de que acaba de cometer el mayor error de toda su carrera y, aun así, a pesar de todas las

consecuencias que esto le puede traer, no se arrepiente ni por un segundo de haber besado a Grace Morley.

CAPÍTULO 14

Natalie se siente una cobarde, pero no sabe cómo gestionar esto de otra manera, al menos por ahora. Lleva desde el miércoles pasado huyendo de Grace y hoy, que tocaría su siguiente reunión, la ha cancelado a primera hora de la mañana sin dar explicaciones y diez minutos después, ha recibido un mensaje de Grace. Ha sido el primero, hasta entonces, Grace no la ha molestado por esa vía.

No lo abras, bórralo. Bloquea su número.

Pero Natalie lo ha abierto.

"Por mucho que me evites, nada borrará el sabor de tus labios en mi boca"

La brisa de finales de octubre se le cuela por debajo de la chaqueta del traje que ha elegido esa mañana mientras camina hacia la grada del campo de softball, donde ha quedado con Brooke Landy. La entrenadora ha propuesto la cafetería, pero Natalie, dispuesta a evitar cualquier riesgo de encontrarse con Grace, le ha dicho que no, porque ella tampoco se olvida del sabor de sus labios, ni del sonido del gemido que escapó de la boca de Grace Morley cuando la besó.

—Landy… —dice Natalie cuando llega, entregándole un café que ha hecho en la máquina de la sala de juntas.

—Hola, Dumont —responde Brooke, observándola con un brillo extraño en la mirada.

—¿Qué? —pregunta Natalie, sentándose a su lado con su propio café.

—Nada, es solo que no dejo de preguntarme por qué has querido quedar aquí —dice la entrenadora, sin aguantar una risita—. Me han propuesto muchas cosas raras en mi vida, pero esta… —dice señalando la grada.

Natalie siente que las mejillas le arden de repente. Deja su café en el suelo y respira con fuerza.

—Últimamente, nada de lo que hago parece coherente —confiesa, y mira el cielo completamente despejado, al contrario que su mente, que cada vez está más nublada y confusa.

Brooke la mira de soslayo, midiendo muy bien el tipo de palabras que utilizará para construir la siguiente frase.

—¿Esto tiene algo que ver con lo último que hablamos el otro día?

Natalie baja la mirada del cielo y la posa sobre Brooke un momento antes de reírse.

—Supongo que no hace falta que sigamos hablando en clave, Landy. Puedes ser directa si quieres.

—Joder, gracias —dice Brooke, aliviada—. Las sutilezas nunca se me han dado bien.

—Pues yo creo que no lo haces mal —comenta Natalie.

—Entonces, ¿hay una alumna en este campus que te está quitando el sueño por las noches? —pregunta Brooke.

La carcajada de Natalie es espontánea, y a la vez liberadora.

—En serio, no sé cómo puedes decir que no se te da bien la sutileza —dice Natalie.

Brooke también se ríe.

—Parece que he mejorado.

—Y respondiendo a tu pregunta, sí. Hay una alumna en este campus que me quita el sueño, y no sé qué hacer para que eso no pase —confiesa la consejera.

—¿Quieres que eso pase?

La pregunta de Brooke es corta y sencilla, pero para Natalie es como un jarro de agua fría que la deja con la expresión congelada y los pulmones paralizados.

—Lo que yo quiero aquí es irrelevante, Landy. Es un tema de consecuencias, y para mí pueden ser catastróficas —responde al fin.

—¿Y para ella no?

—No es lo mismo, dudo mucho que la expulsaran si llegase a saberse.

—Las normas son claras, Dumont. Lo más probable es que tú acabases sin empleo y ella expulsada.

—¿Siendo Grace Morley? Lo dudo —suelta Natalie, con un suspiro ahogado.

Los ojos de Brooke se abren como dos faros que podrían iluminar el campo entero si fuera de noche.

—¿La hija de la rectora? —pregunta atónita—. ¿La alumna de la que hablas es la hija de la rectora?

Natalie la mira. La expresión horrorizada de Brooke no hace más que apoyar su teoría de lo mucho que se está equivocando.

—La misma —confirma, y la mandíbula de Brooke se descuelga antes de que suelte una carcajada.

—Joder, Dumont. Te gusta jugar fuerte —dice, todavía impresionada.

Natalie también se ríe.

—Ya ves, ya que me pongo —dice, pero su risa se corta de forma abrupta y se lleva la mano a la frente—. No sé qué coño hacer.

—¿Hasta qué punto estás implicada? —pregunta Brooke.

—Hasta el punto de que pierdo toda la capacidad de ser racional cuando estoy con ella. Me nubla el juicio, Landy. En lugar de comportarme como una mujer adulta y cabal, me comporto como una adolescente salida.

—¿Y ella? ¿Va en serio? —sigue preguntando la entrenadora.

—No lo sé. Creo que sí, quiero decir, sé que le gusto, pero no tengo ni idea de lo que pretende. A veces tengo la sensación de que para ella es como un juego, de que solo me provoca y me tantea para ver hasta dónde puedo llegar, y entonces me mira de esa forma intensa que tiene de mirarme y me desestabiliza por completo.

—Pues a lo mejor deberías tener una conversación seria con ella —opina Brooke—. Tienes que saber a qué te enfrentas, porque si ella no va en serio, sí que vas a tener que hacer todo lo posible para alejarla. Una alumna cualquiera ya es un problema, pero la hija de la rectora es uno mucho mayor, no quisiera saber yo lo que te hará esa mujer si se entera de que te acuestas con su adorada hija.

—No me he acostado con ella —aclara Natalie.

Pero te gustaría. Lo estás deseando.

—Y no me estás animando mucho —añade Natalie.

Brooke hace una mueca.

—Tienes razón, perdona. Es que Eleanor Morley da un poco de miedo, pero tienes un punto a favor.

—Ah, ¿sí? —las cejas de Natalie se levantan con incredulidad, a ella no se le ocurre ninguno.

—La edad de Grace. No es tan joven como las demás. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintiocho?

—Veintisiete —responde Natalie.

—A esa edad puede ser una mujer madura perfectamente, y seguro que habrá tenido varias relaciones a estas alturas, puede que su madre no la vea como a una alumna o una niña a la que proteger de una mujer algo más mayor.

—¿Algo? Son quince años, Landy. Y por lo poco que sé, Eleanor Morley considera a Grace cualquier cosa menos una mujer madura —dice Natalie.

—Pues en ese caso, me mantengo en lo que te he dicho antes. Aclara las cosas con Grace, si no va en serio, no te puedes permitir correr este riesgo.

Natalie se echa hacia atrás y mira al cielo de nuevo.

—¿Y si va en serio?

—Os tocará esconderos hasta que el curso acabe —responde Brooke, encogiéndose los hombros.

—¿Algún consejo sobre eso?

—Sí, no lo hagas tan mal como yo. Harper y yo tuvimos mucha suerte, pero tú no te puedes permitir confiar en ese factor siendo Grace la hija de la rectora.

—Supongo que no. Gracias, Landy —Natalie le da un apretón en el hombro y se levanta—. Me vuelvo al despacho o se me acumulará el trabajo.

—Nos vemos.

Natalie se lleva los vasos vacíos, los tira en una de las basuras que encuentra por el camino y entra en el edificio administrativo con las palabras de Brooke Landy dando vueltas en su mente. Quizá no sea mala idea hablar con Grace, dejar de esconderse como una cobarde y enfrentarse a lo que siente, pero cada vez que recuerda el beso, siente tal tirón en el vientre que no está segura de poder estar en una habitación con ella limitándose a intercambiar frases.

—¿Hoy no viene la señorita Morley?

La mano de Natalie se queda suspendida en el aire cuando estaba a punto de coger el pomo de la puerta de su despacho para abrirla. La voz la estremece, enviando un escalofrío que atraviesa toda su columna y la hace enderezarse. No necesita girarse para saber que se trata del profesor Thompson; lo que no comprende, es la pregunta.

—¿Disculpe? —dice Natalie, girándose con expresión completamente serena, mirando al hombre con fijeza.

No es la mujer que se asusta de lo que siente por Grace Morley, ahora mismo es Natalie Dumont, la jefa del departamento de ayuda al alumno, segura de sí misma, profesional, educada y poco amiga de los chismes.

El profesor da un paso atrás y se pasa la mano por la corbata cuando siente que está a punto de ser atravesado por los dos misiles que Natalie tiene por mirada, pero, aun así, decide decir lo que tenía pensado, porque él es muy observador, y que su despacho esté situado casi enfrente del de la consejera Dumont, le permite ver a cada persona que entra y sale cuando coinciden sus horarios. Y para

desgracia de Natalie, Thompson tiene las primeras horas libres, así que las pasa en su despacho.

—Hoy es miércoles —señala el hombre—, y no he visto a la señorita Morley por aquí. ¿Ya no necesita su ayuda?

Natalie llena sus pulmones de aire para serenarse. Sabe que no puede responder lo que de verdad le gustaría, no solo porque no sería correcto, sino porque levantaría más sospechas por parte de este hombre que no solo le parece un hortera con sus trajes dos tallas más grandes y sus corbatas cortas, sino alguien falso y rastrero dispuesto a cualquier cosa para agradar a Eleanor Morley. Todos saben que aspira a ser vicerrector de la universidad, aunque lo único que ha logrado por ahora es que su nombre suene como posible candidato para sustituir al director del departamento de investigación.

—Supongo que no hace falta que le recuerde que todos los alumnos tienen derecho a la privacidad, profesor Thompson, eso incluye a la señorita Morley. Ahora, si me disculpa —Natalie se gira y abre la puerta.

—Por supuesto, por supuesto —responde él, pero su tono tiene un deje sarcástico que a Natalie le pone los pelos de punta.

Entra en su despacho y cierra la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Mierda —masculla entre dientes.

No sabe si se está volviendo paranoica con todo el asunto de Grace, pero tiene la sensación de que este hombre es un problema. Lo percibió en su forma de mirarla el otro día cuando Grace salió de su despacho, y el comentario de ahora no le ha parecido aleatorio.

¿Puede ser que un hombre que aparenta ser tan despistado como este sospeche de ellas?

Natalie no quiere ni pensarlo. Como siga así, la ansiedad acabará consumiéndola.

CAPÍTULO 15

Eleanor camina hacia su coche por el aparcamiento prácticamente vacío de la universidad, donde lo único que se escucha es el sonido de sus tacones golpeando contra el suelo. Se gira un momento hacia el edificio administrativo sin dejar de caminar, para ella es un lugar de paz, pero a veces es también como una celda de la que últimamente tiene la sensación de haber perdido la llave. Son algo más de las ocho de la noche, el tiempo se le pasa tan deprisa que le ha parecido un parpadeo.

Una figura situada al lado de uno de los pocos coches que quedan aparcados le llama la atención y Eleanor se detiene en seco. Su cuerpo se tensa por instinto, una reacción que no controla al reconocer la identidad de la persona antes de que su mente pueda procesarlo. Es Julia Bernet. Está de pie junto a su coche, completamente distraída mientras mira o busca algo en su teléfono.

Eleanor se plantea dar la vuelta, un pequeño rodeo hasta su coche, una maniobra evasiva para evitar pasar cerca de la profesora, pero su orgullo no se lo permite. Ella no huye, es la rectora Morley y no se detiene ante nada ni nadie, y eso incluye a Julia Bernet.

Reanuda la marcha con ese aire autoritario y firme que la caracteriza, aunque por dentro se siente cualquier cosa menos

segura de sí misma. Conforme se acerca, Julia levanta la vista y, gracias a la luz de la pantalla de su móvil, Eleanor puede ver la sonrisa que se desvanece de sus labios y se reemplaza por una expresión de sorpresa.

—Rectora Morley —dice Julia, con una suavidad que a Eleanor le parece una caricia—. No esperaba verla por aquí.

Julia es sincera, aunque hay algunos coches, no sabe cuál es el de Eleanor Morley.

—El trabajo nunca termina, profesora Bernet —responde Eleanor, dispuesta a continuar su camino.

Julia se guarda el móvil en el bolsillo del abrigo y clava su mirada en la rectora. Incluso en la penumbra, a Eleanor le parece que transmite una calidez indecente.

—Supongo que no —dice Julia, y se produce un silencio entre ambas que Eleanor no sabe cómo llenar y a Julia parece divertirla—. En realidad, me alegro de verla.

Eleanor arquea una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Sí —responde Julia con firmeza, dando un paso hacia ella que hace que Eleanor sienta que está invadiendo su perímetro de seguridad—. Sé que es impulsivo y probablemente inapropiado, y que es un poco tarde, pero ¿me permitiría invitarla a cenar?

El aire parece congelarse entre ellas mientras Eleanor la mira. Su cerebro está catalogando todas las razones por las que la respuesta debe ser negativa.

Julia es su empleada. Es inapropiado. Y, sobre todo, es una mujer.

Sin embargo, su boca no se mueve. La sorpresa la ha paralizado y, durante esos segundos de confusión, Julia, que siente que se le va a salir el corazón por la boca después de su atrevimiento, malinterpreta su silencio. Toda esa seguridad que siempre siente ante la rectora, se desmorona y empieza a sentir que el rubor le sube por el cuello, provocándole una ola de calor repentino.

—Lo siento —se apresura a decir, y el cambio en su actitud es tan abrupto, que descoloca más a Eleanor—. Ha sido una estupidez. Por favor, olvide lo que he dicho. Es tarde, usted debe de estar cansada…

Eleanor siente algo en ese momento que le cuesta interpretar. Algo que no recuerda haber sentido en años y que se parece mucho a la compasión. Una urgencia extraña y desconocida por reparar el daño que su actitud rígida ha causado en Julia, a la que ahora ve vulnerable y por la que siente una necesidad de proteger que no comprende.

—Conozco un sitio —dice con aspereza, pero sin poder detenerse.

Julia se queda inmóvil y sus ojos se abren con incredulidad.

—¿Perdón?

—Acepto —aclara Eleanor, sintiendo que cada sílaba que sale de su boca es una traición a sí misma—, pero no aquí. Hay un restaurante japonés en Petco Park…

—Lo conozco —dice Julia, cuya sonrisa se expande de tal modo, que Eleanor se queda enganchada un poco más de lo necesario—. ¿En una hora?

Eleanor simplemente asiente, incapaz de decir nada, y esquiva a Julia para seguir el camino hasta su coche sin mirar atrás, sintiendo

el peso de su mirada sobre la espalda.

El restaurante es uno de los favoritos de Eleanor, tranquilo y discreto, con una iluminación tan tenue que cada mesa parece un reservado. Ella ha elegido la del rincón por una razón: tiene una vista perfecta de la entrada y desde ahí podrá ver entrar a Julia, justo lo que hizo Julia cuando quedaron para tomar un café. Eleanor ha llegado antes precisamente para eso, para tener el control de la situación, al menos en eso, ya que se siente expuesta y muy nerviosa, preguntándose cada dos segundos por qué demonios ha aceptado. Pasa los dedos por la base de la copa de agua y los tamborilea contra el cristal. En realidad, le apetece tomar vino, pero no piensa beber nada que pueda perturbar su mente más de lo que ya lo hace la propia Julia.

Cuando Julia entra, Eleanor tiene la sensación de que la densidad del aire está cambiando. La profesora no lleva un traje formal o unos simples vaqueros y un jersey como tiene por costumbre. Se ha puesto un vestido de color verde oliva y un abrigo largo que lleva abierto. Lleva el pelo suelto y una sonrisa amplia dibujada en su expresión amable. Eleanor siente un nudo en la boca del estómago, una contracción repentina y visceral, un hambre voraz que no tiene nada que ver con la comida, y ser consciente de eso la hace ponerse rígida.

Julia no podría enumerar todas las cosas que la atraen de la rectora. Eleanor Morley simplemente reúne todos los requisitos que le llaman la atención de una persona. Inteligente, conversación ágil, empoderada y atractiva. Está segura de que tiene muchos defectos, pero Julia está en esa fase donde no encuentra ninguno —quizá su seriedad, pero esta, a su manera, la hace más atractiva— y, cuanto

más tiempo pasa con Eleanor, más intensa se vuelve esa corriente que le atraviesa todo el cuerpo en su presencia.

—Hola —dice Julia, apartando la silla para sentarse.

Eleanor responde con un asentimiento de cabeza mientras la observa despojarse del abrigo y bebe un poco de agua para dejar de sentir la boca como si hubiera tragado paja.

La conversación comienza en lo que a Eleanor le parece un terreno seguro que la hace sentir cómoda y tranquilizarse. Hablan de lo que va de semestre, de la respuesta de algunos estudiantes al plan de estudios de este año y de un artículo reciente sobre jurisprudencia constitucional que Julia ha mencionado. Eleanor está medio hipnotizada, seducida por la agudeza intelectual de la profesora, por la forma en que la desafía y al mismo tiempo la comprende, a un nivel que nadie en la universidad ha logrado por ahora.

Eso la lleva a ser imprudente, a olvidarse de quién es y con quién está, a olvidarse del peligro, y solo se da cuenta de que Julia ha desviado la conversación cuando ya es demasiado tarde.

—Es agradable poder hablar de algo más que de trabajo —comenta, dando un sorbo a su vino, a ese vino que Eleanor ansía, pero que no se atreve a probar—. A veces siento que mi vida se ha convertido en pura rutina entre clases y correcciones.

—La vida académica puede ser muy absorbente —responde Eleanor, rígida como una tabla.

—Lo era también cuando estaba en Nueva York, pero de otra manera —sigue Julia, dejando la copa sobre la mesa—. Allí al menos tenía vida fuera del bufete. Amigos, cenas, pareja…

Eleanor siente que la corriente la atraviesa.

—Ah, ¿sí? —pregunta, intentando no mostrar la verdadera intriga que siente ante esto último.

—Sí —responde Julia, conteniendo una pequeña sonrisa.

Lleva rato tratando de guiar la conversación hacia ese terreno, hacia uno que le permita hablar de su orientación sexual para ver la reacción de Eleanor, y acaba de lograrlo.

—Estuve con ella casi tres años —suelta, mirando a Eleanor directamente a los ojos, sin parpadear—. Era diseñadora gráfica, un mundo completamente diferente al mío.

Ella. La palabra tiene a Eleanor asfixiada. Escucharla ha sido como recibir un disparo en el centro del pecho. Si ya le parecía inapropiado cenar con Julia, esto activa todas sus alarmas. Aun así, su cuerpo traidor se inclina un poco hacia delante y sus labios se abren.

—¿Y por qué terminó? —pregunta, sin comprender esa curiosidad que siente.

Julia sonríe y se encoge de hombros.

—Queríamos cosas distintas. Digamos que ella quería una casa en el campo y un perro cuando yo solo pensaba en publicar un artículo en alguna revista de renombre o conseguir una plaza como titular —Julia hace una pausa para deleitarse con la expresión completamente atenta de Eleanor Morley—. Supongo que la ambición es una amante muy exigente, y también muy solitaria. ¿No cree, rectora?

Eleanor traga saliva. Se siente expuesta y analizada al mismo tiempo, como si Julia no solo hablara de sí misma, sino que hubiera establecido una especie de paralelismo entre ambas donde ella se ve reflejada con demasiada claridad.

—La ambición es necesaria para sobrevivir —responde sin apartar la mirada.

—Puede ser —susurra Julia.

Eleanor se recuesta en su silla y aparta la mirada para posarla sobre su copa de agua. El resto de la cena transcurre para ella como en una especie de neblina que tiene que atravesar constantemente, manteniendo la conversación en temas seguros e impersonales mientras Julia se adapta a ella con paciencia.

Caminan juntas hacia los coches para despedirse en el aparcamiento.

—Gracias por la cena, Eleanor —dice Julia, utilizando su nombre de pila a propósito, pero con respeto.

Eleanor, demasiado turbada para corregirla, se limita a asentir y siente una punzada de pánico cuando ve que Julia se acerca para despedirse con un beso. Por un momento, su corazón se detiene ante el temor de que la profesora vaya a besarla en los labios, pero Julia se desvía lo suficiente como para que el beso aterrice en su mejilla y ella sienta una presión suave y cálida demasiado cerca de la comisura de su boca. Es un roce fugaz, pero Eleanor siente que la ha quemado como si Julia tuviera llamas en los labios.

—Que descanse —susurra la profesora, muy cerca de su oído.

Julia se aparta y se dirige hacia su coche. Está nerviosa y las manos le tiemblan; sin embargo, mantiene la compostura y se mueve como si no se hubiera atrevido a besar la mejilla de Eleanor Morley. Ahora puede añadir una cosa más a la lista de cosas que le gustan de Eleanor: su olor, un perfume tan suave que es imposible de apreciar sin acercarse lo suficiente, y Julia lo ha hecho. Y también le gusta el tacto de su piel.

Eleanor está paralizada en el asiento de su coche, con la mano derecha sobre el volante y los dedos de la izquierda sobre esa parte de su cara que Julia acaba de besar. Siente que todo su mundo acaba de desmoronarse con ese maldito roce y no sabe qué hacer con eso, y tanta incertidumbre le da pánico, porque ella es Eleanor Morley, y se supone que siempre sabe lo que tiene que hacer.

CAPÍTULO 16

—Estoy harta, Shel —dice Grace al teléfono, con los dedos de la mano libre cerrados alrededor del volante y la mirada clavada en el coche que hay aparcado al lado del suyo. El SUV de Natalie—. Estoy harta de que me ignore.

—Lo entiendo, pero creo que deberías ponerte en su lugar —responde Shelby.

—¿Y cuál se supone que es su lugar? —se exaspera Grace—. Me besó ella, por si no lo recuerdas.

—Después de que tú la provocaras. Nos conocemos, Grace.

—¿Estás insinuando que no me quería besar?

Shelby se ríe.

—No digo que no deseara besarte, pero si no la hubieras provocado, dudo mucho que lo hubiera hecho en su despacho. Y lo sabes. Ahora debe de estar agobiadísima pensando en ese beso y en lo que habría pasado si os hubieran pillado, cosa que tú no haces, pero ella probablemente se está volviendo loca.

Grace tuerce el gesto, puede que Shelby tenga razón, pero eso no cambia lo que pasa entre ellas, y Natalie no puede jugar al gato y al ratón. Si no quiere nada, que se lo diga claramente, el problema está en que Natalie no se pronuncia.

—En mi opinión, solo se está protegiendo —sigue Shelby—, y por extensión, te protege a ti.

—Yo no necesito que me proteja, necesito que me hable y que me diga lo que siente, y te aseguro que hoy me hablará.

Shelby, que va caminando por la acera de camino hacia su casa, se detiene en seco.

—¿Qué vas a hacer, Grace? ¿Dónde estás? —pregunta alarmada.

Grace desvía la mirada hacia el SUV de Natalie de nuevo y después hacia el edificio administrativo. Ha tolerado que Natalie la ignorara durante toda la semana, que cambiase de dirección en el pasillo si veía a Grace de frente o que no haya aparecido por la cafetería donde algunas veces la ha visto. Eso podía soportarlo porque sabía que tendría un rato con ella en la reunión semanal, y Grace ha estado toda la semana esperando ese momento, contando cada minuto que faltaba para volver a probar esos labios que la han tenido en vela cada noche desde que se besaron. Y entonces Natalie ha cancelado su reunión esta mañana. Sin explicaciones, solo porque puede, y Grace no piensa consentir que se siga escondiendo de ella.

—Estoy donde debo. Tengo que colgar —dice Grace cuando ve que Natalie camina por el aparcamiento hacia su coche.

Escucha la voz de Shelby a través del auricular, pero Grace no entiende lo que dice su amiga porque cuelga y deja el teléfono en el asiento de al lado, centrándose en su presa. Natalie camina distraída, a un ritmo que no es lento, pero tampoco rápido. A Grace le parece una modelo de pasarela cuando mueve las caderas con esa cadencia natural que la hace querer poner las manos ahí para sujetarla y empujarla contra el coche. Natalie se acerca, con la

mirada centrada en varios estudiantes que se ríen a carcajadas en la otra punta del aparcamiento, lo cual le permite a Grace salir de su coche justo en el momento exacto en el que Natalie llega, cogiéndola desprevenida.

—¿Qué haces aquí, Grace? —pregunta Natalie, deteniendo el paso en seco cuando la ve.

Grace se apoya contra la puerta del copiloto de su coche y se cruza de brazos.

—Esperarte —responde tranquila.

Natalie traga saliva para intentar humedecer una garganta que se le acaba de quedar completamente seca. Mira a un lado y a otro por puro instinto, buscando miradas que se posen sobre ellas o cualquier indicio de peligro. Después se gira hacia el edificio administrativo solo para asegurarse de que la ventana del despacho de la rectora no da a ese aparcamiento, sino al principal.

—Deja de mirar, pareces una paranoica —dice Grace—. Nadie nos presta atención.

—Eso no lo sabes —responde Natalie, manteniéndose a un metro de ella, sin poder evitar que la imagen del maldito profesor Thompson le venga a la mente.

—Es verdad, no lo sé —admite Grace—, pero no tiene nada de malo que estemos aquí. Tenemos los coches aparcados en el mismo sitio y tenemos que hablar.

—Aquí no —espeta Natalie.

La negativa le sale rotunda y su cabeza se vuelve a girar de manera automática, buscando de nuevo las miradas que cree que van a posarse sobre ellas.

—Llevas una puta semana evitándome, Natalie. Necesitamos hablar y no pienso marcharme hasta que lo hagamos.

—He dicho que aquí no —ruge Natalie.

Grace levanta una ceja, sorprendida, y se limita a observarla. Natalie tiene la mandíbula tensa y hay un deje de pánico en su mirada que Grace no había visto, y eso es lo que hace que se dé cuenta de la presión que siente Natalie ahora mismo.

—De acuerdo, aquí no. ¿Dónde? —cede Grace.

Natalie se queda en blanco por un momento. La pregunta la ha cogido desprevenida, como casi todo lo que hace Grace Morley. Su mente empieza a trabajar a toda prisa buscando un sitio neutral, un espacio seguro donde tener esta conversación, pero se da cuenta de que ese lugar no existe. En cualquier parte hay riesgo de que las vean y solo se le ocurre una opción, una que le parece una completa locura, un lugar tan seguro como peligroso al mismo tiempo.

—En mi apartamento —responde, antes de pararse a pensar demasiado.

El pulso de Grace se acelera y su boca se abre ligeramente mientras asiente. Natalie saca su móvil, las manos le tiemblan y sus dedos le parecen completamente torpes cuando busca el contacto de Grace y le envía la ubicación de su edificio.

—Espera cinco minutos antes de salir para que no te vean seguirme —ordena con sequedad.

Natalie no dice nada más, se guarda el teléfono, se sube a su vehículo y abandona el aparcamiento.

Grace obedece, tampoco podría haber hecho otra cosa porque su cuerpo se ha quedado entumecido.

El apartamento de Natalie.

De todos los lugares que podría haber pensado que Natalie diría, ese era el último al que pensaba que la llevaría. Sonríe, todavía incrédula, y se sube en su coche tras comprobar que ya han pasado esos cinco minutos. Quiere ser respetuosa, comportarse y demostrarle a Natalie que puede portarse bien y darle el espacio que necesita, pero ahora mismo se siente como un animal enjaulado al que están a punto de liberar. Una cosa es estar a solas con la consejera en su despacho, donde sabe que, aunque tienen intimidad, cualquiera podría entrar y debe reprimir sus ganas de acercarse de forma constante, pero el apartamento de Natalie supondrá para ella un auténtico desafío.

—Madre mía… —dice, tratando de centrarse en la carretera.

El trayecto hasta el apartamento de Natalie es como una nebulosa en su cabeza mientras sigue las indicaciones del GPS. Grace ni se entera, cuando se da cuenta, está aparcando cerca del SUV de Natalie. El edificio es moderno, con una fachada de ladrillo y cristal, elegante y discreto, igual que la consejera.

Encuentra la entrada principal abierta y sube en el ascensor hasta la cuarta planta, siguiendo las indicaciones del mensaje que le ha enviado Natalie. Cuando las puertas se abren, no necesita guiarse por los números o las letras porque Natalie la espera al fondo izquierdo del pasillo.

—Entra —dice con ese tono seco que a Grace le gustaría suavizar con un beso.

Natalie cierra la puerta y se gira, cruzándose de brazos para mirar a Grace, que permanece a un metro de ella, observando la decoración minimalista de su salón.

—¿Qué es lo que quieres, Grace? —pregunta Natalie, dispuesta a enfrentarse a esa pesadilla de ojos verdes que no la deja dormir por las noches.

—Que dejes de esconderte de mí —responde Grace, girándose hacia ella—. Quiero que me expliques por qué me besas como si te fuera la vida en ello y después huyes como si tuviera la peste.

—Lo sabes perfectamente —suspira Natalie, mirándola fijamente —. No debí besarte en el despacho, fue un error y…

—Y una mierda —la corta Grace, acercándose a ella—. No fue un error, lo hiciste porque lo deseabas y yo también, ¿qué tiene de malo?

No dejes que se acerque, Grace es peligrosa y tu voluntad se debilita frente a ella.

Natalie retrocede dando un par de pasos hacia atrás, pero se encuentra con la pared.

—Ya te lo dije, pero a lo mejor necesitas que te recuerde quién es tu madre, que tengo quince años más que tú, que soy la jefa de un departamento en la universidad donde estudias y, por lo tanto, una figura de autoridad para ti. ¿Quieres más razones o ya tienes suficientes? —pregunta Natalie, extendiendo las palmas de las manos sobre la pared, tratando de buscar algún elemento frío que baje su ritmo cardíaco.

Aunque escucha cada palabra con extrema atención y tiene la mirada fija en ella, Grace no se detiene hasta que no puede dar otro paso sin pisar a Natalie, invadiendo su espacio y respirando su aire.

—Todo eso son excusas —sisea Grace.

A Natalie le quema su propia piel, como si se estuviera incendiando por dentro.

—Son las reglas de otras personas, Natalie, y no me importan. A mí lo único que me importa es lo que pasó en tu despacho, lo que pasa cada vez que estamos juntas y lo que está pasando ahora.

—Ahora no está pasando nada —asegura Natalie, intentando sonar convincente, pero su respiración se entrecorta y el pulso le está martilleando las sienes.

—¿No? —Grace levanta una mano y la mueve muy despacio, apoyándola en la pared al lado de la cabeza de Natalie, igual que hizo ella en el despacho—. Entonces, ¿por qué estás temblando?

Temblar es un verbo que se queda corto. En opinión de Natalie, su cuerpo casi se está sacudiendo. Vibra de arriba abajo mientras ella intenta respirar sin ser demasiado brusca.

—Mírame, Natalie —susurra Grace, y Natalie se da cuenta de que tiene la mirada clavada en su pecho—. Mírame a los ojos, dime que no sientes lo mismo que yo y me marcharé, no volveré a aparecer por tu despacho ni te buscaré, te doy mi palabra.

Natalie levanta la mirada de repente y el azul de sus ojos desaparece.

—Me vas a arruinar la vida, Grace… —murmura, y se inclina hacia delante, atrapando sus labios en un beso rabioso.

Natalie hunde las manos en el pelo de Grace y tira de él con fuerza, sintiendo que su desesperación tiene que salir por algún sitio. Grace jadea y responde con la misma ferocidad, usando su lengua para perderse en esa boca que lleva días anhelando.

Las manos de Grace se mueven con torpeza sobre el cuerpo de Natalie, ansiosas por quitarle la ropa y dejar a la vista su piel. Le desabrocha los botones de la camisa mientras caminan a tropezones

hasta el sofá. Natalie le quita el jersey y la camiseta y las dos caen sobre los cojines, quedando Grace a horcajadas sobre Natalie.

Es la primera vez que Natalie no ve esa furia ni esa sensación de triunfo y seguridad que siempre hay en los ojos de Grace, ahora parece perdida mientras la observa, incluso vulnerable, como si temiera cometer un error y perder lo que tanto le ha costado conseguir.

Natalie está a punto de decirle que se mueva porque si no la toca pronto se desmayará, pero no hace falta porque Grace se inclina hacia delante y busca su boca otra vez, después baja por su cuello arrancándole un gemido suave y sigue bajando hacia sus pechos mientras le desabrocha el sujetador.

—Alguien debería castigarte por privarme de ti durante tantas semanas —susurra Grace, acariciando sus pechos con las manos antes de meterse un pezón en la boca.

Natalie arquea la espalda y gime de nuevo, sintiendo una descarga que va directa desde su pezón hasta su sexo.

Los pantalones de Natalie son la siguiente parada de Grace, se los arranca casi con violencia, los lanza al suelo sin mirar a dónde caen y desliza los dedos bajo el encaje de las bragas, encontrándosela húmeda y lista para recibirla. Grace desliza un dedo por su abertura, mirándola con adoración, y Natalie suelta un grito de sorpresa cuando ese dedo empieza a entrar en ella, lento y provocador al mismo tiempo.

—Mírame —exige Grace con voz ronca.

Natalie obedece y sus ojos azules se fijan en Grace mientras ella se empieza a mover dentro de Natalie con un ritmo que le parece una tortura. La consejera se muerde el labio para no gritar, siente un

placer tan intenso que los ojos se le humedecen cuando se mezclan todas esas emociones que lleva semanas experimentando y reprimiendo. Desde su deseo casi enfermizo por Grace hasta el terror que le provoca pensar en las consecuencias de lo que implica permitirse dejarse llevar.

—Dilo —jadea Grace, añadiendo un segundo dedo, abriéndola y llenándola de un modo que Natalie había olvidado que podía experimentar.

El labio le tiembla y la primera lágrima le resbala, pero Natalie no deja de jadear, sintiendo cómo todo ese placer la quema por dentro y se expande por su vientre en pequeñas oleadas que están a punto de convertirse en un tsunami.

—¿El qué? —pregunta con un hilo de voz.

—Di que me deseas. Di que me quieres aquí, dentro de ti.

Las palabras se atascan en la garganta de Natalie, ahogadas por el orgullo y el miedo, pero su cuerpo no miente y se mueve contra la mano de Grace, buscando más de ella. Grace sonríe, dedicándole una mirada entre salvaje y tierna, y retira los dedos de repente. Natalie abre la boca para protestar, pero antes de que pueda hacerlo, Grace cambia de posición y sustituye esos dedos por su boca. La lengua de Grace se desplaza por su sexo con una habilidad que sacude todo el cuerpo de Natalie. En cuanto se posa sobre su clítoris y lo presiona lo suficiente, Natalie no puede soportarlo y se corre contra la boca de Grace, que sigue pegada a ella hasta que limpia toda la zona con la lengua.

Natalie tiembla como una hoja cuando Grace sube por su cuerpo con la cara húmeda y la mirada posesiva, y la besa mientras se deshace de su propia ropa con una habilidad asombrosa. Cuando

está desnuda, se sienta sobre el muslo de Natalie y la mira fijamente con una expresión salvaje que Natalie no puede ver bien a través de sus ojos empañados.

—¿Estás bien? —pregunta Grace, deslizando con suavidad una mano entre las piernas de Natalie.

Ella se estremece y asiente, todavía temblorosa por la explosión de placer y emociones, y entonces Grace, sin previo aviso, vuelve a penetrarla mientras ella comienza a masturbarse sobre el muslo de Natalie.

—Dios mío, Grace —jadea Natalie, pasándole una mano por la pierna.

Grace se limita a sonreír y a seguir moviéndose a un ritmo constante mientras su respiración se va acelerando y sus jadeos se van convirtiendo en suaves gemidos que tienen hipnotizada a Natalie, de modo que, cuando Grace se corre, Natalie no puede contener su propio placer y se ve arrastrada a un segundo orgasmo que la deja vacía y completa al mismo tiempo.

La hija de la rectora cae sobre ella, sudada y cansada, y Natalie se limita a pasarle un brazo por encima y mantenerla sobre ella mientras sus ojos siguen derramando lágrimas sin parar.

Cuando Grace se gira, la ve con la mirada fija en el techo y las mejillas mojadas. Natalie parece ida, pero está ahí, muy consciente de todo.

—Eh… —dice Grace, pasándole el dorso de la mano por la cara con delicadeza.

—Estoy bien —dice Natalie, apretándola un poco más contra su cuerpo.

—No huyas de esto, por favor —susurra Grace, sorprendida de la sinceridad de sus palabras mientras le besa un hombro.

Natalie se queda en silencio, contemplando el techo durante varios minutos. Grace permanece a su lado, absorbiendo cada segundo junto a ella porque no tiene claro si esto será lo único que tendrá de Natalie Dumont, y no quiere desperdiciarlo.

—Esconderme de ti me está matando —dice Natalie por fin, y termina la frase con un suspiro tembloroso.

Grace levanta la cabeza y se apoya con los brazos para poder mirarla a los ojos.

—¿Y eso qué significa? —pregunta, sintiendo cómo la adrenalina le corre por el cuerpo.

—Que prefiero esconderme de los demás. Si tú quieres.

La sonrisa de Grace se expande hasta dividir su cara en dos partes.

—Joder, sí. Claro que quiero —dice y la besa.

Natalie podría preguntarle lo que siente, lo que quiere de ella o lo que espera de ambas, pero considera que no hace falta. La sonrisa eufórica de Grace y el brillo en su mirada le parecen suficientes ahora mismo, y está demasiado cansada emocionalmente para una conversación más profunda.

CAPÍTULO 17

Natalie casi salta del sofá cuando escucha el timbre de su apartamento. Han pasado dos días desde que se acostó con Grace, dos días en los que la casualidad ha hecho que no se crucen por el campus, pero ese tiempo de espera sin verla se ha terminado esta noche, porque han quedado para cenar y hablar de esas normas sobre su relación o lo que sea que tienen y que Natalie necesita establecer para poder respirar tranquila y moverse por la universidad sin la sensación de que todos saben que se ha acostado con la hija de la rectora.

Se levanta y se mira una vez más. Su blusa y su pantalón de lino están perfectos, sin una mancha, ninguna arruga visible. Su estómago se contrae mientras se acerca hacia la puerta, no puede evitarlo, por mucho que desee ver a Grace, la ansiedad la sigue devorando. Ha pensado mucho en la conversación que tendrán, en todos los puntos que debe aclarar con ella y, cuando estira la mano hacia la puerta y la abre, toda esa parte se le olvida.

—Hola —dice Grace, con esa media sonrisa que forma parte de su encanto, pero sin rastro de ese aire provocador que siempre utiliza como arma contra ella.

Natalie se aparta y la observa mientras cierra la puerta. Grace pasa de largo, camina hacia la mesa del salón y deja la bolsa de papel que lleva en la mano.

—La cena, como hemos quedado —dice cuando se gira.

Ahora camina de vuelta hacia Natalie y ella se queda completamente paralizada cuando Grace, con esos ojos verdes tan intensos, la mira fijamente a tan solo unos centímetros de ella.

—Esto es incómodo —dice Grace.

Natalie no puede estar más de acuerdo.

—No hemos hablado de las normas todavía, así que…

—Déjate de normas, Natalie —interrumpe Grace—, para esto no puede haberlas.

—¿A qué te refieres con esto?

Grace avanza el único paso que le falta para que sus cuerpos estén juntos y le pone una mano en la cintura, la otra, la desliza por la mandíbula de Natalie, haciéndola temblar.

—Para que pueda besarte cuando llegue a tu casa —susurra contra su boca, y lo siguiente que nota Natalie después de la calidez de su aliento y la textura suave de sus labios, es la humedad de su lengua cuando se desliza contra sus dientes.

—Mucho mejor —sisea Grace con una sonrisa satisfecha.

Natalie la mira con el ceño fruncido y los labios entreabiertos. No se comprende a sí misma. Debería ser ella la que tomase la iniciativa, la que reclamase lo que le apetece tomar, pero su cerebro siempre tarda mucho en ponerse en marcha en presencia de Grace Morley.

—¿Tienes la calefacción puesta? —pregunta Grace, quitándose el jersey antes de esperar una respuesta.

Los ojos de Natalie se pierden en la piel de su vientre cuando la tela del jersey arrastra la de la camiseta que lleva debajo y la deja al descubierto unos instantes.

—Solo un poco, ¿quieres que la baje? —pregunta Natalie.

—No, está bien —responde Grace, dejando la prenda sobre una silla. Después coge la bolsa de comida y la levanta—. Se va a enfriar, ¿tienes hambre?

Natalie asiente y consigue que sus pies se muevan.

—Vamos a la cocina, prepararé los platos —responde, haciéndole un gesto para que la siga.

Mientras Natalie reparte la comida tailandesa en los platos, Grace la mira desde la entrada de la cocina. Le gusta observarla en su hábitat, tener algo que hacer parece que ayuda a Natalie a centrarse y, aunque se siente analizada por Grace, parece tranquila en ese momento, no ese saco de nervios que tiembla en cuanto Grace se acerca demasiado.

Cenan en la mesa del comedor. Al principio, Grace habla de temas casuales, cualquier cosa para intentar sacar a Natalie de ese estado de tensión constante en el que vive, pero la consejera parece que solo tiene una cosa en la mente.

—Vale, hablemos de las normas antes de que te dé un ataque —cede Grace.

Natalie levanta la mirada de su plato y deja el tenedor a un lado.

—No estoy nerviosa.

Grace termina de masticar su *pad thai* y ladea la cabeza ligeramente para observarla.

—Siempre lo estás, y no quiero que te sientas así conmigo, así que, si establecer normas te ayuda, adelante, para eso he venido,

para que hablemos.

Natalie se echa hacia atrás y la observa. En este momento —y no sabe por qué— le viene a la mente la conversación que tuvo con Brooke Landy cuando la entrenadora le dijo que hablara con Grace y se asegurara de que iba en serio. Tiene claro que Grace va en serio, y también que es más madura de lo que parece, aunque a veces Natalie tenga la sensación de que a Grace le gusta jugar a la provocación con ella.

—Necesitamos reglas —dice Natalie, sintiéndose estúpida cuando Grace sonríe.

—Sí, eso me ha quedado claro. Soy toda oídos —dice, apoyando los codos en la mesa.

Natalie tiene la sensación de que la depredadora ha vuelto, pero se mantiene firme porque si ahora duda y la besa como le apetece, pasará como la otra vez y no hablarán de nada.

—En el campus seremos lo que siempre hemos sido. Yo soy la consejera Dumont y tú eres una estudiante.

—¿Y aquí qué somos, Natalie? —la interrumpe Grace.

—¿Qué?

—Si allí somos eso, ¿qué somos aquí? —insiste Grace.

A Natalie le cuesta procesar la pregunta casi tanto como buscar una respuesta.

—Deberías ser mi novia —espeta Grace como quien habla del tiempo—, para que dejes de poner esa cara de confusión. Así lo tenemos todo claro.

Las cejas de Natalie se disparan hacia su pelo.

—¿Qué dices? No vamos a ser novias —dice Natalie, pero a su tono le falta la firmeza que suele acompañar a la mayoría de sus

frases.

Sé más convincente. Dile que es demasiado pronto, que esa palabra implica un compromiso que no te puedes permitir todavía.

—¿Por qué no? Yo te gusto y tú me gustas. Hemos follado, vamos a seguir follando y estamos aquí hablando de unas normas que se supone que regirán nuestra relación, ¿por qué no podemos ser novias?

—Hemos follado una vez —aclara Natalie, sintiendo que su cuerpo se calienta—, y no… —Natalie se queda callada, mirando a Grace con expresión desconcertada.

—No, ¿qué?

El suspiro de Natalie es tan prolongado que, al terminar, inhala aire con brusquedad.

—Joder —dice negando con la cabeza—, no encuentro un argumento válido para rebatir eso ahora mismo.

Grace se ríe ante su gesto de derrota y hace el intento de levantarse, pero Natalie la detiene alzando una mano.

—Quédate ahí, no te acerques. Hemos de hablar —la señala con expresión amenazante.

La sonrisa de Grace se amplía y se vuelve socarrona.

—Está bien, pero somos novias.

—Nuestras reuniones de los miércoles… —intenta seguir Natalie.

—Dilo —la corta Grace—. Di que somos novias.

—Por Dios —Natalie se aprieta el puente de la nariz y, cuando aparta la mano de su cara, Grace tiene la sensación de que sus ojos son más azules.

—Vamos… —la sonrisa de Grace se tuerce. El sexo de Natalie palpita.

—Somos novias, ¿contenta? —pregunta Natalie con sarcasmo, pero sus labios también se estiran en una sonrisa cuando Grace le lanza un beso.

—Ahora puedes seguir. ¿Qué pasa con las reuniones?

—Continuarán como siempre, aunque serán estrictamente profesionales. Breves y con la puerta abierta.

—¿Y qué gracia tiene dejar la puerta abierta? —protesta Grace.

Natalie separa un poco su silla de la mesa para poder cruzar una pierna sobre la otra. Sorprendentemente, ahora que tiene una etiqueta para lo que son y a pesar de lo mucho que esto le aterra, se siente más tranquila para seguir la conversación.

—Es lo que hay. Si no te gusta, nos olvidamos de las reuniones. Lo que pasó el otro día con el profesor Thompson no se puede repetir.

Los hombros de Grace se ponen rígidos. No ha hablado de esto con Natalie pensando que fue una percepción suya, algo fruto del momento de tensión y toda la adrenalina que le corría por el cuerpo tras el beso en el despacho, pero si Natalie lo menciona, es porque ella también notó algo raro en la mirada de ese hombre.

—¿Crees que lo sabe? Solo vio a una alumna saliendo del despacho de su consejera, ¿no? —pregunta, pero la incertidumbre le recorre todo el cuerpo.

—No puede saber nada porque no vio nada real, pero intuir… No sé, prefiero no darle más motivos.

—Está bien —acepta Grace—. Nos portamos bien en el despacho, lo entiendo. Siguiente regla.

—Nadie puede saberlo —dice Natalie, con el corazón latiendo con fuerza contra sus costillas mientras observa la reacción de

Grace, que frunce el ceño.

—¿Nadie? ¿Te refieres a ninguna persona?

—Nadie es nadie, Grace. Ni tus amigos ni los míos. Esto se queda entre estas cuatro paredes y las tuyas. Es la única manera de que funcione, la única manera de minimizar el riesgo.

Y la única de que yo pueda respirar un poco sin ahogarme.

La expresión de Grace se tensa. Natalie sabía que esta parte sería más complicada, pero debe ser así.

—No puedo hacer eso —asegura Grace.

—¿Disculpa?

—Necesito hablar con Shelby —dice Grace con firmeza—. Es mi mejor amiga, la única persona en el mundo, aparte de ti, con la que puedo ser yo misma y me siento cómoda. Sabe lo mucho que me gustas y no contarle lo nuestro sería como mentirle, y yo no le miento.

—No se lo puedes contar, joder —Natalie casi levanta la voz, pero se contiene y, en su lugar, coloca las palmas de las manos sobre la mesa para calmarse—. Cada persona que lo sabe es un cabo suelto, un riesgo que no nos podemos permitir. Tu amiga puede ser la persona más leal del mundo, pero es un riesgo que yo no estoy dispuesta a correr. Se trata de mi carrera, de mi reputación, todo lo que soy está en juego ahora mismo, Grace.

Natalie piensa en Brooke Landy, ella le habló de lo que sentía por Grace, pero no es lo mismo. Landy estuvo en la misma posición que ella y entiende el riesgo que corre, además, solo sabe que Grace le gusta, nada más.

—¿Piensas que esto es un juego para mí? —protesta Grace—. Shelby ha estado conmigo en los peores momentos de mi vida, y

ahora me estás pidiendo que le oculte uno de los mejores. Las parejas confían la una en la otra, Natalie. Si confías en mí, deberías fiarte de mi criterio para confiar en ella.

Grace se recuesta en la silla, taladrando a Natalie con esos ojos verdes que parecen dos cristales rotos.

—Esto no es una cuestión de confianza, es una cuestión de pragmatismo —insiste Natalie, convertida en un bloque de hielo—. Es mi condición, Grace, o lo aceptas, o no hay nada que discutir.

—Así que solo valen tus reglas —dice muy despacio—. Yo tengo que vivir a través de tu miedo mientras tú obtienes… ¿Qué es lo que obtienes, Natalie? ¿Sexo secreto a la carta sin ninguna de las complicaciones de una relación real? ¿Eso es lo que vamos a hacer? ¿Quedar aquí y limitarnos a compartir comida, alguna pequeña conversación y una buena follada?

—Eso no es así.

—¿Y cómo es? —pregunta Grace—. Estás intentando dividir esto, meterlo dentro de una caja segura donde tú no tengas miedo, pero lo que tenemos no cabe dentro de ninguna maldita caja. Esto es real y complicado como lo son la mayoría de las cosas, y si no puedes aceptarlo con todo lo que conlleva, incluida mi necesidad de tener a mi mejor amiga a mi lado, entonces es que no estás lista para esto.

El argumento de Grace las deja en una especie de punto muerto y la tensión flotando en el aire. Ambas tienen su parte de razón, pero ninguna está dispuesta a ceder. Grace se levanta para llevar su plato a la cocina y Natalie la sigue, con la rabia hirviéndole en las venas.

—No puedes tomar decisiones que afectan a mi seguridad —sisea Natalie de repente, acorralando a Grace contra el fregadero.

—Y tú no puedes dictar los términos de mi vida emocional —responde Grace, girándose hacia ella.

Están tan cerca que sus pechos se rozan. La discusión ha terminado sin una ganadora clara, ahora solo queda la electricidad entre ellas y la frustración convertida en puro deseo. Es Natalie la que se mueve primero, su mano se dispara hacia la camiseta de Grace, tirando de ella hasta que sus bocas chocan en una batalla que ahora es de dientes contra labios.

Grace responde con la misma ferocidad, subiendo las manos por la espalda de Natalie hasta que agarra su blusa y tira de ella hacia arriba sin importarle que la tela se rasgue en algún punto. Natalie la empuja hacia atrás, hasta que Grace choca contra la encimera y emite un jadeo sordo.

—¿Esto también forma parte de tus reglas? —pregunta con voz ronca, mientras Natalie mordisquea su cuello llenándolo de marcas.

—Para esto no hay reglas —gruñe Natalie.

Sus manos bajan con desesperación hacia los pantalones de Grace. Se mueve tan deprisa que sus dedos parecen torpes y Grace tiene que ayudarla, empujando la prenda hacia abajo junto a su ropa interior. Natalie se arrodilla antes de que Grace pueda procesarlo. La imagen de la controlada y autoritaria Natalie Dumont a sus pies le parece tan potente, que se le corta la respiración.

Natalie levanta la vista, con los ojos azules oscurecidos por una mezcla de lujuria y devoción, y después baja la cabeza. Grace exhala un suspiro profundo y prolongado cuando siente el tacto de su lengua la primera vez. La boca de Natalie le parece tan experta

como despiadada. No hay ternura, solo una necesidad desesperada de poseerla y marcar su territorio, y Grace casi se corre solo de pensarlo. La lengua de Natalie se mueve en círculos calientes y húmedos, la provoca y se retira de forma constante, llevando a Grace al límite, jugando con su orgasmo.

—Natalie… —suspira casi suplicando, mientras sus caderas se presionan contra la boca de la consejera.

Natalie no se detiene, pero la ha escuchado perfectamente y ahora su lengua ha aumentado la presión en ese punto exacto que hace que algo reviente dentro de Grace. El placer es tan intenso y abrumador, que emite un grito ahogado y su cuerpo se convulsiona en medio de la oleada de calor que la recorre hasta que se derrama por completo en la boca de Natalie.

Cuando Grace deja de temblar, Natalie se queda donde está, arrodillada, abrazada a sus piernas con la cara descansando contra su vientre y la respiración entrecortada. Grace le pasa una mano por el pelo, todavía aturdida tras el orgasmo, permitiéndose un minuto para recuperarse antes de reclamar la presencia de Natalie.

—Ven —dice, inclinándose para tirar de ella hacia arriba.

Natalie obedece y cuando queda frente a ella, Grace ve una vulnerabilidad en su mirada que la desarma por completo, pero Natalie no quiere sentirse así, y tampoco que Grace siga percibiendo ese miedo que a veces la consume, así que empieza a desabrocharse la camisa y se la quita.

—¿Estás bien? —pregunta Grace, pegándose a ella mientras le desabrocha los pantalones.

—Sí —responde Natalie.

Grace la besa y tira de ella hacia abajo hasta que ambas están de rodillas en el suelo. No es el sitio más cómodo, ni el más cálido, pero tiene a Natalie desnuda y no puede esperar.

—Túmbate —le pide prácticamente obligándola con su cuerpo.

Los ojos de Natalie se desvían hacia las baldosas. Sabe que están frías, lo nota en las rodillas, pero no le importa. Se deja caer con cuidado y sus pulmones exhalan todo el aire cuando su espalda desnuda toca el suelo.

—¿Lo aguantas? —sonríe Grace, colocándose sobre ella.

—Ummm —asiente Natalie con un intento de sonrisa.

—¿Y esto? —pregunta Grace al mismo tiempo que le mete los dedos.

Natalie está empapada, así que lo único que siente es el placer de la invasión. Asiente de nuevo y los dedos de Grace empiezan a moverse dentro de ella de forma lenta y profunda.

—Joder, Grace —gruñe Natalie, arqueándose contra ella.

Grace acelera el ritmo y los ojos de Natalie vuelven a humedecerse. Le resulta imposible controlar sus emociones en este estado y, aunque parece una tortura tener que lidiar con el miedo y el deseo al mismo tiempo, ahora mismo le parece una tortura exquisita. Grace la observa mientras la folla, se fija en todo, en cada uno de los cambios en su expresión, en cómo se tensa su cuerpo, en cómo le tiemblan los labios y el abdomen, en el brillo de sus ojos y las lágrimas que ya resbalan hacia su pelo, y memoriza cada gemido que sale de su garganta. No sabe cómo ayudar a Natalie, a veces piensa que el único favor que puede hacerle es alejarse de ella, pero le resulta imposible. Grace no tiene voluntad para eso, y viendo

cómo se retuerce Natalie con sus caricias, tampoco está segura de que eso sea lo que ella quiere.

Las manos de Natalie no tienen nada a lo que aferrarse, así que están presionando a Grace, una sobre su brazo izquierdo y la otra en su costado, apretando su carne hasta clavarle las uñas. El placer aumenta de repente, Natalie no lo ve venir y, cuando llega, se convierte en un espasmo violento que la deja sin aliento.

Grace se tumba a su lado y contiene la respiración un segundo para soportar el frío, después se apoya sobre el codo y se limita a contemplar a Natalie, cuya mirada está perdida en algún punto del techo mientras recupera el aliento y esas lágrimas silenciosas siguen resbalando por su cara.

—Nunca he sentido nada tan intenso como lo que siento contigo —confiesa Grace de repente.

Los ojos de Natalie —hasta ahora desenfocados— se desvían hacia ella y la observan. La consejera estira una mano y le acaricia la mejilla. Ella ni siquiera sabe explicar lo que siente, está demasiado sobrepasada, pero sabe que quiere a Grace a pesar de que no han llegado a ningún acuerdo y siguen estando en el mismo punto que antes.

—Ven —susurra Natalie, y Grace se pega a ella y la abraza.

Natalie le besa el pelo y se limita a tratar de seguir respirando.

CAPÍTULO 18

—¿Te has maquillado? —pregunta Eleanor, removiendo su café muy despacio.

Está en la cafetería de la universidad, sentada frente a su hija en una mesa que le parece demasiado pequeña y cuya distancia hacia las demás es tremendamente reducida, sin dejarle el espacio que necesita para sentirse mínimamente cómoda. Lleva dos minutos observando a Grace, sin saber exactamente qué es lo que ha cambiado en ella. En las últimas dos semanas, apenas han hablado lo justo cuando se han cruzado por los pasillos, pero Eleanor lleva varios días notando algo diferente en ella.

Grace está radiante. Y ahora que la tiene delante, es una certeza para su madre. La mirada de su hija desprende un brillo distinto, uno que Eleanor no había visto desde que Grace era una niña y el mundo todavía no la había decepcionado. Y hay algo más, algo que Eleanor no sabe determinar, está en los movimientos de Grace y en sus gestos y, sobre todo, en esa curvatura constante que se tambalea en sus labios y que su hija trata de contener. Está contenta.

—Siempre me maquillo un poco —responde Grace, dejando que esa pequeña sonrisa se dibuje en sus labios antes de dar un sorbo a

su café con leche.

Eleanor la sigue mirando y asiente. Por supuesto que no es el maquillaje, es su color natural. Grace está eufórica, pero la comunicación con su hija no es uno de sus fuertes.

—¿Cómo te van las clases? —pregunta, decidiendo quedarse en un terreno seguro.

—Bien —responde Grace—. El profesor de derecho comparado es un dinosaurio, pero al menos es un dinosaurio que sabe de qué habla.

Eleanor parpadea varias veces. En ocasiones, los comentarios de Grace le provocan un tic en el ojo derecho. Es como un fogonazo, el corazón le palpita en el párpado cuatro o cinco veces y después desaparece, dejándola aturdida.

—Me alegro de que te estés adaptando —dice la rectora.

Grace le dedica una sonrisa que tiene una mezcla de insolencia y ternura, algo que siempre desarma a su madre porque lo primero la altera y lo segundo la deshace, y no sabe cómo manejar ambas sensaciones al mismo tiempo. La vuelve a mirar y quiere preguntarle. Quiere saber por qué está tan feliz, preguntarle quién es la responsable de ese cambio, porque sabe que la hay, pero si lo hace, sería como lanzar una piedra contra un estanque congelado donde la superficie se rompería y ambas se ahogarían.

La relación entre ellas siempre pende de un hilo. Pueden mantenerse en temas seguros como ahora o entrar en esos que siempre acaban en una discusión porque a Eleanor le cuesta entender las emociones y el comportamiento de su hija, y ella no tolera la rigidez de su madre.

—Yo también me alegro, mamá.

Mamá. La palabra deja a Eleanor sin aliento. Grace apenas la utiliza con ella desde que murió su padre y todo se fracturó entre ellas, y ahora es como un recordatorio de que no es buena madre, de que no sabe hacerlo bien y siempre se equivoca en cada decisión que concierne a su hija.

—¿Has acabado? Tengo clase en diez minutos —pregunta Grace.

—Ve. Yo iré enseguida —dice Eleanor, aturdida—. Tengo una reunión con el personal administrativo y parte del profesorado en un cuarto de hora.

A Grace se le resbala el móvil de la mano y cae sobre la mesa, sobresaltando a su madre.

—Lo siento —dice, mientras su mente se imagina esa escena terrorífica donde su madre preside una mesa en la que Natalie también está sentada.

No quiere ni imaginarse cómo se sentirá la consejera.

—Tranquila —dice Eleanor, cogiendo el móvil para entregárselo a Grace.

Grace le dedica una sonrisa y se dirige hacia la salida mientras Eleanor la observa y se pregunta qué ha cambiado en la vida de su hija, pero, sobre todo, se pregunta en qué momento se convirtió en este tipo de madre que no puede hacerle una pregunta directa a su hija sin que la conversación acabe en una discusión.

Se termina el café, coge su bolso y va directamente hacia el edificio administrativo. Hace frío. Casi están a mediados de noviembre y Eleanor, a pesar de la palidez de su piel, prefiere el sol antes que las nubes.

—Rectora Morley —escucha cuando está avanzando por el pasillo hacia la sala de la reunión.

Como siempre, no necesita girarse para saber de quién se trata. Ha notado su presencia y el destello de su corbata de un color tan chillón, que le dan ganas de estrangularlo con ella. Eleanor no detiene el paso, simplemente ladea la cabeza un poco para ver al profesor Thompson acelerar el ritmo para colocarse a su lado.

—Profesor… —dice Eleanor, sonando como un témpano de hielo.

—¿Va a la reunión? —pregunta de forma estúpida.

Eleanor quiere darle con el codo en la cara. Se imagina la escena y siente una especie de excitación por la que debería ponerse a rezar ahora mismo. Claro que va a la reunión, y él lo sabe.

—Así es.

—Voy con usted, si no le importa.

Sí que le importa, pero Eleanor es muy educada y debe mantener las formas.

—¿Cómo está Grace? Es maravilloso que la consejera Dumont le esté dedicando tanta atención —dice, y todos los músculos de Eleanor se ponen rígidos de repente—. Su compromiso con los estudiantes es ejemplar, especialmente con su hija —remata Thompson con tono inocente.

La mandíbula de Eleanor se tensa tanto que le duelen los dientes. Ejemplar. Es una palabra curiosa y está segura de que Thompson no la ha elegido al azar. Ha pretendido llamar su atención, igual que el otro día, y lo ha logrado por completo, solo que Eleanor no piensa darle ese placer.

—Cierto —dice, acelerando el paso. Thompson jadea para seguirla—. La señorita Dumont es una de nuestras profesionales más competentes. Ahora, si me disculpa, he olvidado la *tablet* en el despacho.

Eleanor saca su teléfono y finge hacer una llamada, ignorando las siguientes palabras del profesor. El hombre ralentiza el paso y ella acelera más hasta que se detiene en la entrada de su despacho con un frío glacial recorriéndole la columna. Entra sin cerrar la puerta, directa hasta su mesa. La reunión empieza en cinco minutos y todavía tiene tiempo.

Con un movimiento brusco, abre la tapa de su portátil y lo enciende para acceder al sistema de registros de los estudiantes. Golpea uno de sus zapatos contra el otro mientras espera a que el programa se abra y, cuando lo hace, introduce el nombre de su hija.

El expediente se abre de inmediato, pero a Eleanor ahora no le interesan las notas ni los créditos. Ella va directamente hacia su horario y los pulmones se le cierran de golpe cuando ve esa anomalía en la rutina semanal de su hija.

Miércoles, 10:00 AM. Reunión. N. Dumont.
Miércoles, 10:00 AM. Reunión. N. Dumont.
Miércoles, 10:00 AM. Reunión. N. Dumont.

—Mierda —sisea nerviosa mientras lo observa.

Su mente, siempre lógica y ordenada, empieza a conectar todos los puntos a una velocidad que le da vértigo. La felicidad inexplicable de Grace, las insinuaciones de ese profesor con demasiado tiempo libre y las reuniones semanales. ¿Qué clase de adaptación requiere una cita fija cada miércoles por la mañana? ¿De qué hablan durante esas horas robadas al rigor académico que tanto le gusta a Eleanor?

Intenta ser racional. Dumont ya trató de ayudarla en el pasado y ahora simplemente quiere ser meticulosa para asegurarse de que Grace no abandona esta vez. Ese es su trabajo, por eso tantas reuniones, pero Eleanor niega con la cabeza. Puede que sea una

mala madre, una que no sabe cómo conectar con su hija, pero el instinto sí que lo tiene, esa parte primitiva y visceral que la ciencia no puede explicar y que nunca le ha fallado con Grace. Esa parte le dice que hay algo más, algo muy peligroso en esas reuniones, y la idea de que eso sea cierto le parece tan terrorífica que su mente trata de eliminarla, pero no puede, la bandera roja ya se ha alzado.

Entra en la reunión con un minuto de retraso, algo que sorprende a todos los presentes porque probablemente es la primera vez que sucede desde que Eleanor Morley es la rectora de la universidad. Se sienta a la cabeza de la mesa, con su expresión imperturbable y ese aire de elegancia que la caracteriza, pero su mente está en otra parte y sus ojos, en contra de su voluntad, no dejan de buscar a Natalie Dumont, sentada tres puestos a su izquierda.

Ahora no la ve como la jefa del departamento de ayuda al alumno o una empleada competente y discreta. La ve como la pieza que le faltaba para completar el rompecabezas que la está volviendo loca. Mientras habla, observa sus gestos, la forma en que Dumont mueve el bolígrafo entre los dedos. Está tensa, Eleanor está segura, pero no sabe si siempre ha sido así o es algo reciente, porque jamás se ha fijado tanto en ella. ¿Estará tensa porque trabaja mucho o porque esconde algo?

Natalie levanta la mirada de repente y sus ojos azules se encuentran con los de Eleanor durante una fracción de segundo, pero en ese tiempo Eleanor tiene la sensación de ver algo parecido al nerviosismo o a la culpa, o tal vez solo está viendo lo que quiere ver.

Aparta la mirada y cede la palabra al jefe del departamento de investigación. Trata de centrarse en lo que dice, pero le resulta imposible. La idea de que una empleada suya pueda estar involucrada con su hija de un modo que desafía todas las normas y la ética de la institución, es una traición a la universidad, y por extensión hacia ella misma. Y entonces la mira de nuevo y se queda paralizada cuando recuerda que Dumont estuvo saliendo con una profesora hace tiempo.

Esa es la pista definitiva, la que hace que Eleanor ya no tenga ninguna duda. Su hija sale con mujeres y Dumont también, y Eleanor sabe sumar. Su mente se apaga.

—¿Eleanor?

La voz que escucha es diferente a cualquiera de las anteriores. Más suave, demasiado cálida y dolorosamente agradable para ella. Eleanor levanta la vista y se sorprende cuando ve que la mesa está vacía y la única persona que queda en la sala junto a ella es Julia Bernet, que se acaba de sentar a su lado. Estaba tan centrada en Dumont, que ni siquiera se ha fijado en la profesora.

—¿Está bien?

Eleanor asiente, todavía turbada por lo que ahora cree saber con certeza.

—Sí, solo estaba pensando —responde, y la voz le sale áspera.

—Ya… —dice Julia, dedicándole una sonrisa que hace que su pecho se sacuda—. ¿Quiere tomar un café después? Parece necesitarlo.

De nuevo, Julia se ha lanzado sin paracaídas. Eleanor la observa, sintiendo que la oferta de la profesora es un salvavidas y una soga al mismo tiempo. Se siente atrapada entre dos paredes. Por un lado, la

obsesión de descubrir lo que pasa entre Dumont y su hija y, por el otro, la atracción prohibida que siente por la mujer que tiene al lado.

—Sí —responde Eleanor, demasiado agotada para negarse.

No acepta porque le apetezca el café, lo hace porque necesita respirar, y Julia tiene la habilidad de trasladarla a una realidad paralela.

—Genial —asiente Julia—. La dejo entonces, avíseme cuando esté disponible.

CAPÍTULO 19

Grace se deja caer en la silla de la mesa que ha escogido en el bar donde ha quedado con Shelby esta tarde. No es que haya llegado antes, es que Shelby llega tarde —como siempre— y, aunque intenta no pensar en esos minutos de espera, su mente se pierde y la transporta a ese recuerdo en el apartamento de Natalie, con toda su ropa esparcida por el suelo de la cocina y la piel de la consejera temblando contra sus manos. El recuerdo es tan nítido que se estremece y el vientre le vibra. Casi puede escuchar los suspiros entrecortados de Natalie, pero lo que paraliza a Grace siempre que tiene ese recuerdo son sus ojos humedecidos y ese descontrol de emociones que Natalie no puede manejar.

—Hola —saluda Shelby, inclinándose sobre ella para besarle la mejilla.

La ha visto entrar en el bar, pero estaba tan centrada en su recuerdo que no ha conseguido reaccionar a su presencia hasta ahora.

—Hola —sonríe Grace, aunque no consigue hacerlo del todo.

Está preocupada por Natalie. No sabe cómo ayudarla. Intenta no alimentar su miedo comportándose de forma despreocupada cuando

está con ella, pero ni siquiera eso consigue que Natalie se relaje del todo.

—¿Estás bien? —Shelby entorna la mirada mientras la observa.

Grace quiere asentir, decirle que todo está en orden y que no pasa nada, pero si no puede contarle a su mejor amiga lo que le preocupa, ¿a quién se lo cuenta? Natalie no le sirve para esto porque precisamente es Natalie lo único que ella quiere proteger, y para hacerlo siente que tiene que traicionarla a pesar de que no llegaron a ningún tipo de acuerdo sobre las normas que ella trató de imponer.

—¿Grace? —insiste Shelby.

—Estoy con Natalie —suelta bajando la voz, inclinándose sobre la mesa para acercarse a Shelby.

Ya lo ha dicho, ahora ya no hay vuelta atrás. Es una traidora, acaban de empezar su relación y siente que ya le ha mentido, pero ella no funciona si no puede hablar de lo que le preocupa, los nervios se le enquistan y acaba colapsando. Ya le pasó con la muerte de su padre, su vida saltó por los aires cuando trató de encerrar todo lo que sentía en una caja, y Grace se prometió no volver a actuar de ese modo jamás.

—¿Cómo has dicho? —pregunta Shelby, aunque la ha escuchado perfectamente.

—Hemos empezado algo —aclara Grace.

No le dice que son novias. La palabra le parece una etiqueta estúpida, solo insistió en que Natalie lo dijera en voz alta para que dejara de mirarla como si fuera algo prohibido. Grace no cree en las etiquetas, pero sí cree en lo que siente por Natalie.

—¿Algo en plan serio? Quiero decir, ¿algo en plan que, si tu madre se entera, acaba con la vida de esa mujer? ¿Te refieres a eso?

—Joder, no hables así —dice Grace—. Tú estuviste conmigo y has sobrevivido, ¿no?

—Yo no era su empleada, ni una figura de autoridad para ti en la universidad, ni te sacaba quince años, ni te acorralaba contra la puerta del despacho para comerte la boca y, aun así, tu madre me odiaba. Lo sigue haciendo, siempre ha creído que soy una mala influencia para ti, que te he convertido en una desviada adoradora de coños…

Grace estalla en una sonora carcajada y Shelby la acompaña.

—Vale, mi madre no comparte mi estilo de vida y estaría encantada si yo me casara con un contable o un abogado que estuviera a la altura de sus expectativas para mí, pero estoy segura de que acabará aceptando a Natalie. Ya la conoce, sabe que es competente y…

—Y mujer —la interrumpe Shelby—, no te olvides de que tu madre es homófoba, lesbiana y homófoba —aclara.

Grace pone los ojos en blanco.

—Mi madre no es homófoba, y tampoco lesbiana.

—Claro que lo es. Bueno, quizá decir homófoba es demasiado exagerado, pero es una lesbiana reprimida, por eso no soporta tu estilo de vida, porque haces todo lo que ella no se atrevió a hacer nunca. Estoy segura de que es lesbiana desde que nació, más que tú y yo juntas.

—¿Por qué estás tan segura? —pregunta Grace sin contener una sonrisa.

La idea de imaginar a la siempre rígida y diligente Eleanor Morley en brazos de una mujer siempre le resulta divertida. Podría decirle tantas cosas a su madre si eso fuera así.

—Porque mi radar nunca falla —Shelby se encoge de hombros. Grace frunce el ceño, eso es cierto—. Y con tu madre se activó en cuanto la vi la primera vez. No puedo darte otra razón.

—Y si eso es así, ¿cómo se justifica que sea homófoba? No lo comprendo —dice Grace.

—Pues supongo que por esa necesidad de reprimirse. Hasta que no se acepte ella, no será capaz de aceptar a los demás, incluyéndote a ti.

—Me da igual lo que haga, estoy con Natalie, le guste o no le guste.

—¿Y por qué no estás dando saltos de alegría? ¿Qué te preocupa? —pregunta Shelby.

—Natalie. A ella esto la sobrepasa. Me refiero al miedo a que nos descubran. Ni siquiera quería que te lo contase a ti a pesar de que le aseguré que no se lo dirías a nadie.

Shelby asiente, pensativa.

—Te digo lo mismo que te dije hace unas semanas, ponte en su lugar. Ella se lo juega todo —dice Shelby—. No digo que tú no te juegues nada, Grace, pero en el peor de los casos, te expulsarán y ya está, incluso si no te aceptasen en ninguna universidad, cosa que no pasaría, tienes la herencia de tu padre. Podrías montar cualquier negocio, no sé, un bar o algo que te guste, y tu madre vive muy acomodada, será rígida y un grano en el culo, pero en ese sentido te respaldará hasta que se muera.

—No le he preguntado a Natalie si tiene algún respaldo —reconoce Grace.

—No se trata solo de un respaldo, se trata también de lo que quiere. A lo mejor es de esas mujeres que aman su carrera, no tanto como tu madre —dice con los ojos en blanco—, y perderla la hundiría. Ella ya tiene una vida profesional y una reputación, y puede perderlo todo si esto sale mal.

—¿Y cómo la ayudo? —se desespera Grace—. No puedo dejarla, Shel, me gusta muchísimo.

—Entonces, no puedes ayudarla, solo estar con ella y tener mucho cuidado, nada más.

—No sé por qué no le gustabas a mi madre —sonríe Grace—, siempre has estado muy centrada.

—Soy mayor que tú.

—Solo cinco años, no es tanto —protesta Grace.

Shelby se encoge de hombros. Grace es muy sensata, pero en su opinión, es como una apisonadora. Una vez que empieza a rodar, es imparable y lo arrasa todo. Y ahora está delante de Natalie Dumont y va sin frenos.

—Ups —dice Grace, cuando su móvil empieza a sonar y en la pantalla aparece el nombre de su madre.

—Cógelo antes de que envíe a la policía a buscarte —aconseja Shelby, divertida.

Grace se lo piensa, pero acaba cediendo.

—Hola, mamá, ¿va todo bien?

—Sí —responde Eleanor, con ese tono helado del que le cuesta desprenderse—. Te llamaba por si estabas disponible para cenar esta noche. He terminado antes.

Las cejas de Grace se levantan antes de que frunza el ceño. Todo en esta llamada es extraño. Su madre no suele llamarla entre semana, y si lo hace, suele ser al mediodía, y desde luego, no para invitarla a cenar porque siempre sale tarde del trabajo.

—No puedo, he quedado con Shelby —miente, porque sí, está con Shelby, pero en media hora ha quedado con Natalie.

—Entiendo —dice su madre—, entonces nos veremos por el campus, que tengas buena noche.

Eleanor cuelga y Grace se queda mirando el teléfono.

—¿Todo bien? —pregunta Shelby.

—Quería cenar conmigo —dice pensativa.

—Qué raro —dice Shelby, que conoce muy bien las rutinas entre la madre y la hija.

—¿Verdad? —los ojos de Grace se abren mucho.

—Quizá quiere redimirse contigo —se burla su amiga.

—Eso lo dudo. En fin —dice Grace, que prefiere no darle vueltas al asunto, si su madre quiere algo, ya se lo dirá—. Tengo que irme, gracias por escucharme, y ya sé que no tengo que pedírtelo, pero…

—Tranquila, dile a Natalie que soy una tumba.

Grace asiente y abandona el bar.

Por el camino, piensa en las mil formas de iniciar la conversación y contarle a Natalie que no ha podido contenerse y ahora Shelby sabe su secreto. En su imaginación, todas las reacciones de Natalie son malas y acaban con su relación.

—Hola —dice Grace en cuanto Natalie le abre la puerta.

—¿No piensas entrar? —responde Natalie, arqueando una ceja cuando Grace se queda petrificada frente a ella.

Natalie se mira el cuerpo. Lleva un pantalón elástico de yoga y una camiseta de manga larga. Nada llamativo y mucho menos seductor, pero a Grace parece haberle gustado.

—Sí, claro —dice, atravesando el umbral.

Grace empuja la puerta para cerrarla y desliza una mano por la mejilla de Natalie antes de besarla. Es un beso casto y simple. El de dos mujeres que se gustan y se saludan al verse, y la naturalidad con la que Grace lo hace tranquiliza a Natalie de un modo que no se explica.

—He estado pensando en ti todo el día —confiesa Grace, sentándose en la encimera de la cocina mientras Natalie saca un par de cervezas de la nevera—, en realidad, toda la semana. Pienso en ti a todas horas.

Natalie se acerca a ella, le entrega la cerveza y se apoya contra la nevera.

—¿Y qué has pensado?

—Muchas cosas, algunas muy eróticas, otras no tanto.

Natalie traga saliva.

—¿Y me tengo que preocupar por alguna?

—¿Te gusta tu trabajo? —pregunta Grace.

Es automático, el cuerpo de Natalie se pone rígido y su mirada cambia.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Te ha dicho algo tu madre?

Grace parpadea, comprendiendo que no ha sido muy sutil.

—No, claro que no. Es solo curiosidad, no te lo he preguntado nunca.

Grace estira el brazo, coge la mano de Natalie y tira de ella para que se acomode en el hueco entre sus piernas. Natalie le da la

espalda, apoyándose contra su pecho mientras Grace le rodea los hombros con los brazos.

—¿Te gusta lo que haces? —susurra Grace contra su oído.

—Me apasiona, sí —confirma Natalie, dando un sorbo a su cerveza.

El beso que recibe en el cuello la hace suspirar y cerrar los ojos. Natalie se olvida del trabajo y de cualquier cosa que no sea estar con Grace.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunta girándose.

—Ha estado bien. Las clases no han sido particularmente pesadas. He quedado con Shelby esta tarde y ahora estoy contigo, lo cual ha mejorado mucho mi día —sonríe, y Natalie la besa.

—¿Tienes hambre? ¿Meto la pizza en el horno? —pregunta la consejera.

—Sí, por favor —responde Grace—. ¿Te ayudo en algo?

—Creo que puedo sola —dice, dándole otro beso antes de apartarse.

Grace la observa moverse por la cocina y decide que no puede romper esta tranquilidad en la que Natalie parece estar sumergida contándole que ha hablado con Shelby. Lo hará, pero no esta noche, porque no ha visto ese rastro de terror en la mirada de Natalie, y quiere disfrutarlo con ella.

CAPÍTULO 20

Julia se recuesta en su silla y se frota los ojos. Son más de las ocho de la noche y todavía no se ha ido a casa, y no es porque prefiera corregir exámenes en la facultad antes que en su casa —como sucedió la noche que se encontró con Eleanor en el aparcamiento— sino porque hoy no ha podido dejar de pensar en esa mujer y, el trabajo que normalmente le habría llevado un par de horas, se ha eternizado hasta el punto de que no lo ha terminado.

La atracción que siente por Eleanor Morley empieza a ser un problema para ella. De todas las mujeres en las que podría fijarse, ha ido a hacerlo en la más peligrosa, la única que parece vivir para seguir los protocolos, autoritaria y disciplinada hasta el punto de que Julia no sabe si podrá colarse por alguna de sus grietas.

A ella no le gusta la rectora, le gusta la mujer que se esconde debajo de esos trajes caros y elegantes con los que pasea su figura imponente por los pasillos. La mujer que le ha sonreído en un par de ocasiones cuando estaban en la cafetería, dejando al descubierto un atisbo de la profesora apasionada que al parecer fue algún día. Para Julia, la rectora es un enigma, pero ella es una mujer a la que le gustan los rompecabezas, y este en concreto quiere resolverlo más que ninguno, aunque es muy consciente de que, si da un paso en

falso, Eleanor solo tendría que chasquear los dedos para hacerla desaparecer de su vista o acabar con su carrera.

Escucha unos pasos en el pasillo y levanta la cabeza. Su pulso se acelera porque reconoce el sonido que hacen los tacones y, a estas horas, solo se le ocurre el nombre de una persona que podría llevarlos y estar en el campus todavía.

La puerta de su despacho se abre tras un par de golpes secos y la figura de Eleanor Morley se recorta bajo el marco de la puerta. Julia no puede evitar sonreír, siempre le pasa cuando la ve, pero no sabe definir la expresión de Eleanor, que permanece inmóvil.

—¿Qué hace aquí todavía? —pregunta la rectora.

Julia la mira un instante antes de responder. En su opinión, esa pregunta debería hacerla ella, porque este no es el edificio administrativo y Eleanor no tiene ningún motivo para estar aquí a estas horas, salvo que haya venido a propósito, a comprobar si estaba. El corazón le da un vuelco y tiene que contener otra sonrisa.

—Se me ha complicado un poco el día —dice Julia, señalando su portátil—. ¿Y usted?

Eleanor levanta una carpeta que lleva en la mano y la agita en el aire.

—He venido para dejar esto en su mesa, son los documentos sobre la propuesta del nuevo seminario.

Julia asiente, pletórica.

—No era necesario, habría ido yo a buscarlos mañana, pero le agradezco el detalle.

Eleanor entra, aunque deja la puerta entornada en lugar de cerrarla del todo. Julia observa el detalle sin decir nada, pero las dos saben muy bien por qué lo ha hecho. O no se fía de Julia, o no se fía

de sí misma; la cuestión es que necesita saber que tiene una salida. La rectora deja la carpeta sobre la mesa con la intención de darse la vuelta y abandonar el despacho de Julia; sin embargo, sus pies no se mueven y el silencio del edificio las envuelve, creando un ambiente íntimo que a Eleanor se le antoja aterrador. Son las únicas personas en esta ala, así que la puerta abierta tampoco es una garantía si sucediera algo. Por supuesto, no sucederá, pero Eleanor está nerviosa.

—¿Le importa si echo un vistazo? —pregunta Julia, y se levanta antes de que Eleanor responda.

Rodea la mesa y se sitúa junto a ella, apoyando el culo en la madera con aire despreocupado mientras abre la carpeta. A Eleanor la proximidad le parece asfixiante, siente el calor del cuerpo de Julia deshaciendo el bloque de hielo en el que tiene convertido el suyo. Julia le pregunta algo, pero ella no la escucha, solo puede mirar el reflejo de la lámpara en los mechones cobrizos desordenados de su melena castaña, que cae hacia delante con esa textura sedosa que hace que Eleanor cierre las manos para contener el impulso de tocarla.

—¿Está bien? —pregunta Julia, irguiéndose para mirarla fijamente.

Eleanor no puede respirar. Julia está demasiado cerca y eso provoca que sus pulmones se hayan cerrado de repente. Su mente le grita que se aleje de esa mujer, pero en lugar de hacerlo, permanece ahí, petrificada ante ella.

Los ojos de Julia se oscurecen ante su falta de respuesta y algo se activa dentro de ella. Se olvida de quién es Eleanor y de lo que puede hacerle si se equivoca, pero no puede quedarse quieta viendo

cómo la mira la rectora, con ese deseo visceral que no se puede disimular. Julia se arriesga y se inclina hacia delante. Lo hace muy despacio, demasiado, dándole a Eleanor todo el tiempo del mundo para detenerla, para levantar una mano y apartarla, para decirle que no la desea.

Eleanor no hace nada, está congelada por el miedo. Ve los labios de Julia acercarse y sabe que esta vez no van a desviarse. Va a por su boca, quiere besarla y lo hará si no la detiene. Sabe que debe pararla, pero hay otra parte de ella que está desesperada porque suceda.

Los labios de Julia se posan sobre los suyos de forma muy suave. Son cálidos y tiernos, y el mundo de Eleanor Morley se detiene en seco. Su mente se apaga y solo puede pensar en la presión de esos labios sobre los suyos. No siente rechazo, ni asco, solo una oleada de deseo tan urgente que se queda sin aliento. No lo entiende, no debería sentirse así. Esto no está bien, es ilógico y un completo desastre, pero le gusta.

Julia nota la parálisis de Eleanor. No ha movido los labios, pero tampoco la ha apartado, así que coge más aire y profundiza el beso. Su mano sube hasta la nuca de Eleanor y sus dedos rozan la base de su moño impecable, desordenando toda esa perfección. Recorre el perfil de los labios de Eleanor con delicadeza y entonces viene la sorpresa: los labios de la rectora se entreabren al mismo tiempo que suelta un suspiro ahogado. Le sale de forma involuntaria, igual que la necesidad de mover la lengua contra la de Julia cuando la nota entre sus labios. Siente que una ola de calor se expande de su boca hasta su vientre de forma muy lenta y su cuerpo se tensa y el miedo la golpea.

La realidad regresa a Eleanor casi con violencia. ¿Qué está haciendo? Ella es la rectora y está besando a una profesora, a una subordinada, a una mujer. Se aparta con brusquedad, jadeante y sintiendo que está rota por dentro, que su cuerpo no conecta con su mente o que ella no sabe cómo lidiar con algo que va contra las normas y que le ha humedecido la ropa interior al mismo tiempo.

—No vuelva a hacerlo —susurra, ahogada por el pánico.

Tiene los ojos desorbitados, mirando a Julia como si fuera un monstruo, aunque sabe que el único monstruo que hay en ese despacho es ella misma. Da un paso atrás, todavía observando la mirada de confusión de Julia y su expresión desconcertada, y no puede soportarlo. Se da la vuelta y se marcha, horrorizada por haber sucumbido a esa debilidad.

Julia se apoya en la mesa, todavía sintiendo el sabor de Eleanor en la boca, una mezcla de deseo y terror. Se siente estúpida, ha sido imprudente, ha leído mal las señales, forzando una puerta que Eleanor mantiene cerrada por algún motivo que ella no comprende. Cierra los ojos y traga saliva para disipar el nudo que tiene en la garganta, porque ha pasado de la euforia de besar a Eleanor Morley a tener ganas de llorar.

Se sorbe la nariz y respira hondo. No va a llorar, y tampoco volverá a presionar, ni siquiera se acercará. Eleanor ha sido muy clara, no quiere que vuelva a hacerlo, y Julia no solo no lo hará, sino que, a partir de ahora, será una profesora más. Se acabaron los cafés y las invitaciones o las excusas para pasar tiempo con Eleanor.

Ha ido demasiado lejos y ha perdido, y ha aprendido la lección.

CAPÍTULO 21

Han pasado tres días desde el beso. Tres días, setenta y dos horas en las que el fantasma de los labios de Julia Bernet ha ocupado cada rincón de la mente de Eleanor, con el inconveniente de que no puede hablar de esto con nadie porque simplemente no lo tiene. No tiene una mejor amiga, una hermana o una prima en la que confíe lo suficiente como para hablar de algo tan serio como el beso que lo ha cambiado todo, y Eleanor se está volviendo loca. La única persona que podría comprenderla es su hija Grace, pero no solo no tienen este tipo de confianza, sino que su propia hija es probablemente la protagonista de otro drama que podría resultar catastrófico para Eleanor.

Por eso está aquí ahora, moviendo las piernas de forma frenética mientras espera en la puerta del consultorio de la doctora Amanda Lamond. Le costó mucho decidirse, y también una búsqueda exhaustiva donde abrió incluso una ventana de incógnito en su navegador y buscó terapeutas en San Diego con discreción garantizada. Otro de sus requisitos fue que estuviera alejado del campus y de cualquier zona en la que ella pensara que podría encontrarse con alguien conocido. Al final, se decantó por esta mujer, cuya consulta está en su propia casa en la zona de La Jolla.

La puerta al fin se abre y Eleanor baja la mirada cuando la doctora despide a su anterior paciente. Les escucha murmurar en la entrada y no se levanta hasta que Amanda Lamond regresa. La mujer debe tener unos sesenta años, con el pelo corto plateado y una mirada profunda que hace suspirar a Eleanor.

—Señora Morley, ya puede pasar —dice con amabilidad.

Eleanor pasa por su lado y entra en la consulta esperando encontrar un ambiente hostil, pero todos los colores son suaves y el aire huele a menta o a té verde, no lo tiene muy claro.

—Tome asiento, por favor —la doctora señala un sillón y Eleanor se sienta en el borde, con la espalda recta como si le hubieran incrustado una vara.

Amanda Lamond se sienta en otro idéntico frente a ella, pero a una distancia prudencial que deja espacio para que su paciente no se sienta invadida.

—¿Qué la trae por aquí, señora Morley? —pregunta Amanda, con calma.

Eleanor respira profundamente. Ha pensado mucho en cómo comenzar y simplemente sabe que no puede porque lo que le sucede es algo que no es capaz de reconocer, y mucho menos pronunciar, así que se limita a disociarse de la realidad.

—Vengo en nombre de una amiga —dice, y su propia vergüenza al escucharse hace que retuerza las manos sobre su falda de tubo—. Tengo una amiga muy cercana que tiene un dilema moral y profesional de cierta complejidad. Me ha pedido consejo y he pensado que una perspectiva externa y cualificada sería más útil que mi opinión.

La doctora Lamond asiente sin expresar nada en su mirada. Eleanor sabe que no le ha creído, es imposible que lo haga porque ni ella misma, que no se dedica a esto, lo habría hecho.

—Entiendo —dice Amanda, dándole espacio a Eleanor para hablar como considere, pero guiándola de forma sutil—. Háble me de su amiga.

La rectora traga saliva, tomándose tiempo para elegir muy bien lo que dice y lo que no.

—Es una profesional muy respetada en su campo. Una mujer en una posición de autoridad. Es viuda, con una hija ya adulta.

—Bien, ¿qué más? —pregunta la doctora.

—Su vida siempre ha estado muy estructurada —y ahora se desmorona, piensa Eleanor—. Se guía por la lógica y la responsabilidad y tiene un código de conducta muy estricto.

—Una vida muy ordenada —concluye Amanda.

—Sí —corrobora Eleanor—. El problema es que, recientemente, ha desarrollado…

Eleanor se detiene y se toca su recogido perfecto con las manos, nerviosa.

—¿Qué ha desarrollado? —la redirige Amanda.

—Sentimientos.

—¿Hacia quién?

—Hacia una compañera. Una mujer bastante más joven que ella.

Los ojos verdes de Eleanor se clavan en los de la doctora, buscando su desaprobación o cualquier gesto que evidencie que eso no debería haber sucedido, pero la terapeuta ni siquiera parpadea.

—¿Qué tipo de sentimientos tiene su amiga hacia esa compañera?

Eleanor suspira, sintiendo un repentino cosquilleo por el pecho cuando piensa en Julia Bernet.

—Es una atracción inexplicable e irracional —responde como un robot—. Mi amiga nunca se había encontrado en ninguna situación así, siempre ha vivido según sus expectativas, que son muy tradicionales. Sus relaciones han sido convencionales —dice, pensando en su difunto marido.

—¿Y qué ha pasado para que esta situación se haya convertido en un dilema para ella?

La pregunta deja a Eleanor fuera de combate unos segundos. ¿Qué ha pasado? Pues que Julia la besó y ahora su mente no funciona como debe, está desconcentrada por completo, atrapada en ese momento.

—Hubo un incidente —dice, notando cómo el rubor le trepa por el cuello.

—¿Qué tipo de incidente?

Eleanor mira hacia la puerta, valorando la posibilidad de levantarse y salir corriendo, pero ya ha pagado la consulta y esta mujer ha visto su cara, ¿qué más puede perder?

—¿Señora Morley?

—Un beso —contesta al fin—. Iniciado por la compañera más joven, por supuesto, pero dejó a mi amiga completamente desestabilizada.

La doctora cambia de postura y Eleanor frunce el ceño, mirándola con concentración para ver si detecta algo que la haga sospechar que la está juzgando, pero no encuentra nada.

—¿De qué manera? ¿Su amiga sintió rechazo por el beso? —sigue Amanda.

La pregunta es una trampa, y Eleanor lo sabe porque lo ve en la mirada de la mujer.

—No —responde con un rugido—. Y ese es el problema, no sintió rechazo, sintió ganas de seguir y acto seguido un pánico profundo por esas mismas ganas.

—¿Pánico a qué? ¿A las consecuencias profesionales?

Demasiadas preguntas. Y todas tan acertadas para obligarla a seguir hablando que Eleanor se siente ridícula.

—En parte —admite la rectora, y es aquí donde da un resbalón —. Trabajan en el mismo entorno universitario. Mi amiga tiene una posición de poder sobre ella y sería un escándalo si se supiera, pero su miedo es más profundo que eso, siente que no reconoce a la mujer que ha sido durante casi cincuenta años —otro resbalón.

Es al dejar de hablar cuando se da cuenta de que ha nombrado la universidad y su propia edad —o casi—, dos detalles que no quería revelar bajo ninguna circunstancia.

—Parece que su amiga se juzga a sí misma con mucha dureza, señora Morley —dice la terapeuta, y ella siente una punzada de ansiedad.

—Se exige a sí misma el mismo nivel de rigor que exige a los demás. No hay espacio para los errores ni para la debilidad —responde Eleanor, agotada de hablar de sí misma en tercera persona.

—¿Considera que sentir atracción por una mujer es debilidad?

Odia a esta terapeuta y sus malditas preguntas.

—Considera que es un error, una desviación de su camino.

—Volvamos a los sentimientos, no a los juicios —la guía la doctora—. ¿Cómo se siente su amiga cuando está cerca de esta compañera más joven? Dejando a un lado el pánico.

Las manos de Eleanor se agarran a los antebrazos del sillón. ¿Qué hace ahora? ¿Huir o responder?

—Siente afinidad intelectual, siente que, por primera vez en muchos años, alguien la ve más allá de su cargo. Y eso es terrorífico.

—Porque ser vista implica ser vulnerable —resume la doctora, y otra punzada de ansiedad atraviesa a Eleanor.

—Sí.

—Ha dicho que su amiga es viuda —dice Amanda, cambiando un poco el ángulo de la conversación para darle algo de tregua a Eleanor—. Debe haber sido difícil para ella criar a una hija sola mientras gestionaba una carrera tan exigente.

Es otra trampa, y esto le pasa por haber dado demasiados detalles. Su relación con Grace daría para muchas sesiones, eso sería otro problema a tratar, y no piensa hacerlo con una desconocida, tiene que aprender a comunicarse con su hija de otro modo.

—Lo fue —dice con sequedad.

Amanda capta muy bien su incomodidad, sobre todo en el silencio que sigue a las palabras de Eleanor Morley, así que decide dejar ese tema y lanzar una pregunta tan simple, que Eleanor siente que se acaba de caer desde una azotea.

—Dejando a un lado el pánico, las reglas y todo lo que se supone que su amiga piensa que debería ser. ¿Qué es lo que quiere realmente?

Eleanor abre la boca, pero no es capaz de decir nada. La pregunta la ha dejado completamente en blanco. ¿Qué quiere? Nunca se lo ha preguntado. Se ha limitado a ser todas las cosas que ha creído que debía ser, una buena esposa, una madre competente —hasta que fracasó— una gran profesional y un ejemplo de rectitud.

No puede responder por su amiga porque no puede responder por sí misma y, al ver ese bloqueo, la doctora decide no presionarla más.

—Quizá esa sea la pregunta que su amiga necesita empezar a hacerse, señora Morley. No ha de tener una respuesta de inmediato; el hecho de que se haga la pregunta, ya es un primer paso.

Eleanor asiente como un autómata, con la mirada desenfocada. Se siente vacía y expuesta, y tiene la sensación de que no ha resuelto nada.

—Le sugiero que piense en estas dos cosas —continúa Amanda —. ¿Qué es lo peor que podría pasar si su amiga se permitiera ser feliz? ¿Y qué es lo que ya está perdiendo por no permitírselo?

Eleanor se levanta como una exhalación. Está aturdida y necesita que le dé el aire.

—Gracias por su tiempo, doctora.

—¿Le gustaría programar otra cita para la semana que viene? Me gustaría seguir hablando con usted de su amiga…

Por un momento, Eleanor abre la boca para decirle que no, que esto ha sido un experimento fallido, pero una parte de ella, una muy pequeña, se ha sentido cómoda aquí, como si fuera el único lugar donde todo el caos que hay dentro de su cabeza se pudiera ordenar.

—De acuerdo. El mismo día, a la misma hora si es posible —dice Eleanor.

La doctora la acompaña hasta la puerta y Eleanor camina a paso rápido hacia su coche sin dejar de hacerse la misma pregunta una y otra vez.

¿Qué es lo que realmente quiere?

CAPÍTULO 22

Natalie enciende el lavavajillas y apaga la luz de la cocina. Entre ella y Grace han recogido los restos de una cena que han disfrutado con una calma extraña. Grace no está como siempre, Natalie la ha notado algo tensa y no ha recibido ni una sola de sus frases descaradas o sus miradas provocadoras. Le ha preguntado una vez si estaba bien y Grace ha dicho que sí, pero Natalie sabe que no es así, y lo confirma ahora, cuando entra en el salón y la ve en el sofá, con las piernas abrazadas contra el pecho y la mirada clavada en el televisor apagado.

—¿Me lo vas a contar? —pregunta Natalie muy seria, sentándose a su lado, completamente girada hacia Grace.

—¿El qué? —pregunta Grace, bajando las piernas para girarse hacia ella.

—Lo que sea que te pasa.

Grace trata de mostrarse relajada, pero el parpadeo rápido de sus ojos la delata ante una mujer acostumbrada a leer muy bien las señales de miedo, confusión e inquietud en otras personas.

—Estoy bien, no me pasa nada.

Natalie no dice nada, se levanta y camina hacia la cocina mientras Grace la observa con el ceño fruncido. Escucha el ruido de

los vasos al chocar y, al cabo de un minuto, Natalie regresa con una botella de vino y dos copas vacías.

—¿Quieres? —pregunta, sentándose de nuevo tras dejarlo todo sobre la mesa auxiliar.

—No me apetece, gracias —dice Grace, sin dejar de observar a la mujer que tiene al lado.

De nuevo, Natalie no dice nada. Aparta una de las copas vacías y rellena la otra, tomando un trago que saborea mientras observa el líquido en la copa. Grace se está poniendo nerviosa. La expresión de Natalie es severa, una que no había visto antes, y todo en su cuerpo es una señal luminosa de peligro.

—¿Estás enfadada? —se atreve a preguntar Grace, cambiando de posición para imitar a la consejera.

Natalie toma otro sorbo de vino en lugar de responder, uno más largo, y después deja la copa y se gira, clavando sus ojos azules sobre Grace.

—Esto no funcionará si empezamos así, Grace —dice muy seria, y Grace se endereza de golpe.

—¿Empezar cómo?

—Contigo guardándote las cosas. Te pasa algo, lo noto. Has estado callada prácticamente durante toda la cena y ahora estás aquí como un fantasma —explica Natalie—. El otro día dijiste que conmigo sentías que podías ser tú misma, y ahora me parece justo lo contrario. Sé que nos estamos conociendo todavía, pero esto que tenemos ya es bastante complicado por factores externos como para añadirle tonterías entre nosotras. Si no quieres hablar conmigo, al menos sé sincera y dímelo directamente, pero no me mientas diciendo que estás bien.

Natalie vuelve a coger la copa de vino y se la lleva a los labios. Ahora el sorbo es corto, solo para hacer algo y no tener que pensar en el silencio incómodo que las está envolviendo. Grace deja salir un suspiro entrecortado y, tras armarse de valor, toca un brazo de Natalie para captar su atención.

—Se lo conté a Shelby —suelta por fin, y si el silencio de hace un momento era incómodo, ahora todo parece congelarse entre ellas.

Natalie se queda paralizada, en una especie de estado de shock silencioso mientras Grace espera los reproches que sin duda merece, pero la reacción de Natalie no es esa, es un frío paralizante que le sube por la columna hasta que llega a esa mente analítica que tiene y se la deja en blanco.

El miedo se apodera de ella y el estómago se le retuerce. No dice nada, no se queja y tampoco acusa a Grace de haber roto una norma que tampoco quedó escrita en ningún sitio. Simplemente, se queda quieta, con la mirada fija en ella mientras procesa lo que le acaba de decir, que básicamente es que ahora están expuestas a la voluntad de otra persona. Ahora existe un riesgo que Natalie no puede controlar, y eso la asfixia.

No es la expresión vacía de la consejera lo que estremece a Grace, sino su silencio y el pánico que vuelve a reflejarse en su mirada.

—Lo siento mucho, Natalie —dice Grace, poniéndole una mano en la rodilla—. Sé que una de tus normas era que nadie lo supiera, pero yo necesitaba…

Grace se detiene, buscando las palabras correctas para que Natalie entienda que no pudo evitarlo.

—Necesitaba hablar de esto con alguien, alguien que no fueras tú —explica en un susurro—. Me siento eufórica con lo que tenemos, Natalie, y necesitaba compartirlo con mi mejor amiga. Shelby siempre ha estado ahí, para lo bueno y para lo malo. De verdad que lo siento, pero guardármelo me estaba quemando por dentro.

Natalie la escucha sin decir nada, pero levanta la mirada y la fija en Grace. Ahora no ve a la mujer provocadora, ve a la chica que tuvo que reconstruir su vida después de la muerte de su padre, a una chica muy joven y desorientada a la que ella no pudo ayudar por culpa de sus propios miedos, una chica que se levantó sola. Es muy consciente de que pedirle a Grace que renunciara a compartir lo que necesitase con su amiga era otro acto egoísta por su parte, igual que cuando la dejó ir por miedo a lo que sintió cuando la vio la primera vez.

—Confío en ella, Natalie —insiste Grace—. De verdad que no dirá nada. Shelby jamás haría algo que pudiera perjudicarme, no tiene motivos para ello.

La mano de Natalie se estira y Grace siente el tacto frío de sus dedos cuando la pone sobre la suya.

—Está bien, lo entiendo —dice, aunque le cuesta enfocar la mirada por completo porque su mente sigue procesando escenarios que pueden suceder si Shelby no es tan leal a Grace como ella piensa.

Grace la mira, incrédula, y sus hombros se relajan de golpe mientras exhala un suspiro de puro alivio.

—¿De verdad?

—Sí —asegura Natalie, apretándole la mano—. No me gusta, Grace, y me da pánico, pero lo entiendo. No puedo pedirte que seas

sincera conmigo si al mismo tiempo te estoy pidiendo que dejes de ser tú misma y actúes de un modo diferente al que lo harías. Si necesitas hablar con Shelby, hazlo.

—Quiero que tú estés bien con eso, Natalie, que no te quite el sueño.

Natalie intenta sonreír, pero no lo consigue. Es difícil que ella pueda dormir una noche completa sin despertarse en algún momento pensando en ellas, en las consecuencias de que las descubran o en la propia Eleanor Morley.

—La verdad es que no sé durante cuánto tiempo lo vamos a poder ocultar —dice Natalie.

Grace frunce el ceño.

—Olvida a Shelby, por favor. Lo ocultaremos todo el curso, solo son unos meses, no puede ser tan difícil.

La ceja izquierda de Natalie se levanta y Grace entorna la mirada.

—Bueno, sí que es difícil verte por un pasillo caminando con esa elegancia tuya y ese aire misterioso, sabiendo que no me puedo acercar para besarte ni gritarles a todos los presentes que esa mujer despampanante con la que la mayoría se habrá masturbado alguna vez solo piensa en mí —susurra Grace, y Natalie hace una mueca.

—Espero que nadie se haya masturbado pensando en mí —dice con los ojos muy abiertos, horrorizada ante la idea.

—Yo lo hice, muchas veces —admite Grace, recuperando ese aire provocador y descarado—. Si piensas que soy la única con ojos en la cara en ese campus, es que la ciega eres tú.

—Prefiero olvidarme de los demás —dice Natalie, rodando los ojos.

Grace se levanta, aparta la mesa y se sienta a horcajadas sobre ella, pasándole las manos por el pelo hasta dejarlas a ambos lados de su cuello.

—Nos irá bien —asegura muy seria.

Natalie la mira, deseando creerle.

—Por favor, dime que no renunciarás a mí —suplica Grace.

Ya lo hizo una vez. Entonces fue más fácil, solo tuvo que dejarla salir por la puerta de su despacho. Ahora ya no puede porque Natalie siente demasiadas cosas cuando está con Grace, pero el motivo principal es lo que siente cuando no está con ella: vacío.

—No voy a renunciar a ti, esta vez no —dice, pasando un dedo desde su sien hasta su mandíbula. Grace se estremece—. Ya lo hice una vez movida por el miedo y no volveré a cometer ese error.

Grace aprieta las manos alrededor del cuello de Natalie al mismo tiempo que se inclina sobre ella y la besa, como si ese gesto estuviera sellando un pacto entre ellas. Natalie sigue el beso, sintiendo la presión de los dedos de Grace mientras su cuerpo se calienta y sus pensamientos se disipan.

—Quítate la ropa —exige en un susurro ronco cuando se separan.

Los ojos verdes de Grace destellan como si tuviera dos esmeraldas incrustadas en las cuencas. La hija de la rectora se incorpora muy despacio, todo lo contrario que su ropa, que desaparece muy deprisa, quedando completamente desnuda frente a una Natalie que está conteniendo la respiración.

—Túmbate —ordena Grace.

A Natalie se le aprieta algo entre las piernas cuando obedece y ve cómo Grace presiona una rodilla al lado de su cabeza y después

pasa la otra pierna por encima de ella.

—¿Puedo? —pregunta Grace con voz seductora, mirando a Natalie desde arriba.

Natalie se limita a agarrarla de los muslos y tirar de ella hacia abajo, deseando atrapar la intimidad de Grace con la boca.

CAPÍTULO 23

Desde ese beso con Julia Bernet, Eleanor prácticamente vive encerrada en su despacho, aterrada ante la idea de cruzarse con ella. La universidad, que antes le parecía un reino que ella gobernaba, ahora es como una fortaleza asediada por el fantasma de una mujer cuyos labios marcaron un antes y un después en la vida de la rectora.

Ni siquiera la visita con la doctora Amanda Lamond ha logrado que pueda centrarse y apartar ese recuerdo de su mente. Los labios de Julia están ahí a todas horas, suaves y cálidos, y también el tacto de sus dedos en la nuca de Eleanor. Puede recordar con demasiada exactitud todo lo que sintió en ese momento, lo que ella intenta catalogar como una reacción química o una anomalía neurológica. Un error garrafal, y los errores en el mundo de Eleanor, deben ser erradicados.

Se concentra en los números, en los presupuestos y en las matrículas del próximo semestre. Todo eso puede hacerlo, los datos son fáciles de analizar y no tienen la capacidad de hacer que su pulso se acelere ni que un calor repentino explote entre sus piernas cuando piensa en la mirada color miel de la profesora. Se sobresalta con la llegada de un correo en su bandeja de entrada, no porque

estuviera distraída, sino por lo que pone en el asunto y la persona a la que pertenece.

De: Profesor Thompson, Albert
Asunto: Solicitud de reunión - Preocupaciones éticas

La sangre se le hiela en las venas. *Preocupaciones éticas*. Las dos palabras son un golpe directo a su plexo solar. Su mente, ya paranoica, no va hacia Julia. Va directamente a Grace y a Natalie Dumont, recordando el comentario venenoso de Thompson en el pasillo y las reuniones semanales que descubrió en el expediente de su hija.

El miedo que siente es frío y afilado. No es el pánico descontrolado que sintió tras el beso con Julia. Este es un miedo diferente, un miedo de rectora, de guardiana de la institución. Es el miedo a un escándalo que podría manchar la reputación de la universidad y poner en tela de juicio sus capacidades para estar al frente. Y, en un rincón oscuro de su conciencia, es el miedo de una madre, aunque se niegue a admitirlo.

Todo el asunto del beso con Julia la ha mantenido distraída de este otro frente abierto que tiene. Otra razón más para pensar que no puede repetirse, Julia Bernet es una distracción que Eleanor no se puede permitir.

Responde al correo de inmediato, indicándole al profesor que puede recibirlo en diez minutos, desesperada por saber de qué se trata. El tiempo es corto, pero la espera es una tortura porque su mente empieza a imaginar todo tipo de escenarios en los que ese hombre de corbatas espantosas y trajes demasiado grandes entra en su despacho con una carpeta llena de pruebas que constatan lo que ella intuye que sucede.

Eleanor resopla, sintiéndose una hipócrita redomada cuando piensa en lo que hará si se confirman sus sospechas. ¿Con qué autoridad moral podrá juzgar a Natalie Dumont cuando ella misma salió del despacho de Julia con el sabor de sus labios todavía en la boca? La idea le resulta repugnante. Ella, que ha construido toda su vida a base de rectitud y control, ahora se ve atrapada en esta nebulosa de secretos y deseos prohibidos, exactamente igual que las personas a las que está dispuesta a condenar.

Cuando Thompson entra en su despacho, Eleanor se convierte en la personificación de la calma. Lo invita a sentarse con un gesto de la mano mientras lo observa con una frialdad que podría congelarlo.

—Gracias por recibirme tan pronto, rectora Morley —dice Thompson, visiblemente incómodo bajo esa mirada penetrante de Eleanor.

—¿De qué quería hablarme? —pregunta ella, sin andarse con rodeos.

El hombre saca una carpeta de su maletín y Eleanor contiene la respiración por un momento, pensando que sus peores premoniciones se van a cumplir.

—Creo que estamos ante un posible caso de plagio en mi clase de filología clásica —dice Thompson. Eleanor se desinfla, dejando que el aire que había estado conteniendo, salga de golpe—. El estudiante en cuestión, un joven prometedor, ha presentado un ensayo con párrafos idénticos a los de una publicación académica de hace una década.

Eleanor lo mira fijamente, todavía a la defensiva, esperando un golpe definitivo que no llega. Al parecer, el dilema moral de

Thompson es este, ningún otro.

—Si eso es así, no es un alumno tan prometedor como parece —responde Eleanor.

—Así es —dice Thompson—. No me complace hacer esto, pero he sentido que tenía el deber moral de informar.

La reunión se alarga apenas diez minutos más. Eleanor lo escucha y le asegura que el comité disciplinario se encargará del asunto con la diligencia necesaria, pero por dentro, la oleada de alivio al saber que no se trataba de Grace, la tiene casi mareada.

Thompson se marcha, pero Eleanor se queda en un estado paranoico mirando la puerta. No puede evitar analizar el comportamiento de este hombre, preguntándose si esto era una prueba para medir su reacción ante casos de cuestiones éticas. Eleanor sabe de sobra que el profesor es un depredador de rumores de pasillo, es de lo que se alimenta, de rumores y cualquier debilidad que encuentre en otras personas que después pueda utilizar en su beneficio. Quizá solo ha venido para recordarle a Eleanor que está vigilando.

Exhalando con fuerza, Eleanor se levanta y camina hacia la puerta. Necesita salir de ese despacho donde siente que este hombre ha dejado su mala energía. Sale al pasillo y avanza hasta que dobla en la primera esquina y se detiene en seco al ver que Julia Bernet viene en dirección contraria.

Durante una fracción de segundo, se plantea dar la vuelta y volver a la seguridad de su despacho, pero ella es Eleanor Morley y no puede doblegarse ante nadie, así que sigue caminando con determinación. Julia la ha visto. Sus miradas ya han conectado y Eleanor se prepara para la calidez de su sonrisa cuando se crucen,

para ese brillo de sus ojos y esa cercanía que la desarma cuando la tiene cerca, pero eso no sucede porque, cuando se cruzan, Julia da un paso a un lado para dejarle más espacio y simplemente hace un movimiento de cabeza para saludarla.

—Rectora Morley —dice con voz plana y profesional.

Es el mismo tono que utiliza para dirigirse a todos los demás, no hay ni rastro de esa calidez que Eleanor recuerda. El brillo de sus ojos está completamente apagado y en sus labios ya no hay una sonrisa, sino una mueca tensa.

La sorpresa hace que Eleanor se detenga en seco. Esperaba tensión e incomodidad, incluso una mirada de reproche, pero no este vacío.

—Profesora Bernet —responde, y la voz le sale baja.

Julia ya ha pasado de largo y no se gira. Eleanor solo puede ver su espalda y la prisa con la que se aleja. Se dice a sí misma que esto es lo que quería. Quería distancia, profesionalidad y límites, y Julia lo ha entendido a la primera. Ha levantado un muro tan alto como el de Eleanor y ella debería sentirse aliviada y satisfecha por haber contenido el error y recuperado el control.

Pero Eleanor no siente nada de eso, lo que siente es una sensación de pérdida que la tiene desconcertada. La decepción y el vacío son tan grandes que le están cortando la respiración, y no lo entiende. Echa de menos la calidez de Julia. Echa de menos su sonrisa y su forma de mirarla y, sobre todo, echa de menos a la mujer que, por un instante aterrador de su vida, la hizo sentirse viva.

Comprende de inmediato que Julia era una especie de espejo que le devolvía una imagen de sí misma que no sabía que existía,

una más vulnerable y humana, y ahora ese espejo se ha roto. Eleanor lo ha hecho pedazos, como todo lo que toca.

CAPÍTULO 24

—¿Puedes bajar eso para que te vea la cara? —dice Grace, apartando la carta de vinos que Natalie sujeta frente a ella desde hace dos minutos.

Ella parpadea y coge aire, mirando los ojos verdes de Grace. A Natalie, la propuesta de tener una cita normal y cenar en un restaurante alejado de su casa —han conducido una hora— no le pareció tan mala idea en ese momento. A pesar del miedo constante que siente a que las descubran, ella también está ansiosa por poder tener momentos normales con Grace. Poder verla fuera de las cuatro paredes de su apartamento es algo que las dos necesitan. Compartir espacio en otros sitios, aunque hayan acordado no tocarse y mucho menos besarse, pero ahora que están aquí, los nervios se la están comiendo. Natalie ha escaneado el salón del restaurante al menos dos veces para asegurarse de que no conoce a nadie y, cada vez que la puerta se abre, el aire se le congela en los pulmones y no vuelve a respirar hasta que comprueba que las personas que entran también son desconocidas.

—Perdona —dice, tratando de sonar relajada.

Grace quiere cogerle la mano y decirle que no pasa nada, que solo son dos mujeres cenando juntas como pueden hacerlo dos

amigas, pero ni puede cogerle la mano ni le puede decir eso, porque ninguna amiga mira a otra como se miran ellas.

—Imagínate que me odias y que solo cenas conmigo por compromiso —dice Grace.

—¿Qué? —Natalie sonríe, desconcertada.

Grace se encoge de hombros y se inclina hacia delante.

—No pienses en mí como tu chica, solo como en una alumna pesada o la hermana pesada de una amiga a la que te han endosado y tienes que entretener durante una cena. Solo tienes que limitarte a cenar y a darme conversación.

—Estás loca —se ríe Natalie.

—Estoy loca por ti, pero eso lo dejaremos para otro momento. Vamos a intentar tener una conversación normal, ¿vale? Olvida a la gente.

Natalie se aparta un mechón de pelo que le hace cosquillas en la cara y se lo coloca detrás de la oreja de forma distraída. Grace se queda petrificada mirándola, pensando que es una hipócrita al pensar que puede actuar como si cada gesto de Natalie no la hipnotizara. La consejera se ha vestido con un pantalón ajustado y un jersey de cuello vuelto, con el pelo rubio ceniza recogido con una pinza de la que escapan mil mechones, convirtiendo a Natalie en una mujer sencilla e irresistible que ella no puede dejar de mirar.

—Vale, me olvido de la gente —dice Natalie, dispuesta a intentarlo.

—Genial, ahora háblame de ti —pide Grace.

—¿De mí? —Natalie parece sorprendida.

—Sí, de Natalie, no de la consejera Dumont. Quiero que me hables de la mujer que se muerde el labio y expande las palmas de

las manos sobre la mesa cuando está nerviosa —Grace hace un gesto hacia ella.

Natalie baja la mirada hacia sus manos, completamente abiertas sobre la mesa, y exhala una sonrisa para después morderse los labios.

—Parece que eres muy observadora.

Grace se recuesta en la silla y entorna la mirada, recorriendo el cuerpo de Natalie como si fuera la única cena que quiere esta noche. El pulso de Natalie se acelera y siente que la piel comienza a arderle.

No dejes que te mire así, no entres en su juego o se te apagará la mente y te arrepentirás.

—¿Qué quieres saber? —pregunta, tomando un sorbo de agua que parece hervir dentro de ella.

—Todo —responde Grace, sin dejar de mirarla.

—Todo es un concepto muy amplio, tendrás que ser más específica.

—Muy bien. ¿Quién hubo antes de mí? ¿Cuántas mujeres han pasado por tu vida, Natalie?

Natalie sonríe y ladea la cabeza ligeramente.

—Ha habido unas cuantas, la mayoría pasajeras. Relaciones que no duraron más de unos meses.

—¿Y la minoría? —pregunta Grace.

—Dos. La primera fue Vivian. La conocí al final de la carrera y estuvimos juntas casi cuatro años. Se terminó cuando le ofrecieron un puesto en otro estado demasiado tentador como para rechazarlo. Yo estaba estudiando un máster mientras trabajaba como personal de apoyo en un colegio y no podía mudarme. Lo intentamos a distancia, pero no funcionó.

—Vaya —dice Grace—. ¿Y la segunda?

El camarero llega con la cena, dos platos de pasta y una botella de vino que Natalie ha elegido.

—La segunda fue una profesora que trabajó en la universidad un par de años.

Las cejas de Grace se elevan.

—¿Cuándo acabó?

—Hace un año y medio, más o menos.

—¿También tuvisteis que ocultaros? —pregunta Grace.

—Lo hicimos al principio, pero al cabo de unos meses dimos parte al comité ético. Entre ella y yo no existía el problema de la figura autoritaria. Ninguna tenía un cargo de poder por encima de la otra, ella era profesora y yo consejera de los alumnos. Teníamos una edad parecida y trabajábamos en edificios diferentes.

—Todo lo contrario de lo que pasa conmigo —dice Grace.

—Sí. En nuestro caso estamos infringiendo unas cuantas normas —recuerda Natalie, y su expresión se vuelve tensa.

—No pensemos en eso —dice Grace—. ¿Por qué acabó lo tuyo con la profesora?

—Porque empezó a verse con su ex. Al principio decía que solo eran amigas, yo sospechaba que había algo más, pero ella lo negaba siempre hasta que un día simplemente me dijo que habían decidido darse una oportunidad.

—Qué hija de puta —espeta Grace.

Natalie sonríe.

—Lo fue, pero lo superé. Después de ella solo he tenido algún lío sin importancia, hasta que apareciste de nuevo en mi despacho —dice, y arquea una ceja.

—¿Te arrepientes? —pregunta Grace.

—¿De ti?

—Sí.

—No —la respuesta suena tan sincera que Grace estira la mano por encima de la mesa en un gesto inconsciente, pero se detiene a tiempo de coger la de Natalie, que se ha quedado paralizada.

—Perdona —dice Grace.

Natalie esconde la mano libre debajo de la mesa y suspira mientras sostiene el tenedor.

—No me arrepiento de ti, Grace, pero me hubiera gustado empezar esto de otra manera. Una que no me hiciera sentir asfixiada todo el tiempo y me permitiera darte todos los besos que quiero, cuando quiero y donde quiero.

—¿Ahora me quieres besar? —la provoca Grace.

La mirada de Natalie se oscurece.

—Sí.

Grace se aclara la garganta.

—A lo mejor deberíamos habernos quedado en tu apartamento —dice, haciendo una mueca.

Natalie la sigue mirando y niega con la cabeza.

—No. Me alegro de haber venido aquí contigo, me lo estoy pasando bien. Ahora háblame de ti, dijiste que saliste con tu amiga Shelby.

A Grace se le abren los ojos como platos, pensando de repente en lo que Natalie le acaba de contar sobre la profesora con la que salía, la que dijo ser solo amiga de su ex y acabó dejándola por ella.

—Shelby y yo jamás volveremos a estar juntas —dice de repente.

Natalie parpadea.

—En serio, no has de preocuparte por eso. Nuestra relación terminó precisamente porque nos dimos cuenta de que hacía mucho tiempo que no actuábamos como pareja, sino como amigas. Eso es lo que somos desde entonces.

—No he insinuado lo contrario, Grace —dice Natalie.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Solo ha visto a Shelby una vez, pero no vio nada que le indicara que entre ella y Grace hubiera algo más que amistad. Además, Jessica la miraba de un modo muy diferente al de Grace, y eso Natalie lo ve ahora. Jessica no estaba enamorada de ella, le gustaba y se lo pasaban bien juntas, pero lo más probable es que Natalie fuera para la profesora una especie de analgésico mientras las cosas con su ex se calmaban.

—Ya lo sé, pero Shelby y yo salimos juntas y ahora somos las mejores amigas del mundo, y no quiero que pienses que puede pasar algo parecido a lo que te pasó con aquella mujer.

—No lo he pensado, Grace. Confío en ti —asegura Natalie.

—¿En serio? —pregunta sorprendida.

—¿No debería? —la mirada de Natalie se entorna.

—Sí, claro que sí —responde con una sonrisa—. Es que a la gente le cuesta confiar en mí a la primera, me ven joven y alocada.

—Tu descaro no ayuda, Grace, pero me fío de ti. ¿Cuánto estuviste con Shelby?

—Dos años o así. La conocí después de dejar la universidad. Ella fue mi pilar para superar lo de mi padre y empezar a centrarme.

—Siento haberte fallado entonces, Grace, en serio. No fue nada profesional por mi parte —dice Natalie.

—Yo creo que hiciste bien. ¿Te imaginas lo que hubiera pasado si no me hubieras dejado ir? ¿Si nos hubiéramos liado entonces? Yo era una cría desorientada y enfadada con mi madre, probablemente se lo habría soltado en alguna discusión solo para ver cómo se le transformaba la cara. Habría acabado con tu carrera, Natalie, hiciste bien en dejarme ir.

—Tal vez, pero sigue sin estar bien. Merecías la misma atención que cualquier otro alumno, y no te la di.

—Me la estás dando ahora.

—Ahora no la necesitas —Natalie arquea una ceja—. Has utilizado esa excusa barata para meterte en mi despacho.

—Y entre tus piernas, no te olvides —apunta Grace con chulería.

Natalie levanta la mano y pide la cuenta, después se inclina hacia delante.

—Si te has metido entre mis piernas, ha sido porque yo quería que te metieras. No te olvides tú de eso —susurra, y Grace sonríe, preguntándose si siempre ha tenido el control como pensaba o solo lo ha tenido porque Natalie se lo permitía.

CAPÍTULO 25

Eleanor se aprieta el puente de la nariz y suspira con fuerza. Lo ha intentado todo, pero después de dos semanas evitando a Julia, lo único que ocupa sus pensamientos es ese maldito beso que no la deja concentrarse y ser la mujer competente que lidera la universidad con mano dura. El remate final fue ese breve encuentro en el pasillo con la profesora, lo que debería haber resultado una liberación total para Eleanor, ahora la asfixia, porque solo siente un vacío desolador que la consume y algo que solo puede describir como un agujero en el centro del pecho que le duele a todas horas.

No puede seguir así, con esta obsesión que acabará matándola, así que deja el bolígrafo que tiene en la mano derecha y, en un acto de pura desesperación, abre el correo y empieza a teclear.

Asunto: Revisión urgente - Programa de derecho procesal

Profesora Bernet,

Le ruego que acuda a mi despacho a la mayor brevedad posible para aclarar unos puntos sobre la nueva propuesta del seminario. Es un asunto que no puede esperar.

Atentamente,

Eleanor Morley

Rectora

Lo envía antes de poder arrepentirse. El pretexto es débil y lo sabe, pero es lo único que se le ocurre. No sabe qué dirá cuando Julia llegue, Eleanor no tiene un plan. Solo sabe que no puede soportar un minuto más de esta distancia gélida que ha establecido con la profesora.

La espera le resulta una completa agonía. Eleanor se arregla la falda, se recoloca un mechón de pelo invisible en su moño perfecto y alisa una arruga inexistente en su blusa mientras suspira de forma constante. Debería haberle dicho a Julia en el correo que le confirmara su asistencia —junto con la hora— para estar preparada, pero no lo ha hecho y los nervios se la comen hasta que al fin escucha un par de golpes en la puerta.

—Adelante —dice, y se sorprende de que su voz suene serena y autoritaria como siempre, teniendo en cuenta que el corazón le ha dado un vuelco.

Julia entra en el despacho y se detiene a un par de metros de la mesa con una expresión rígida que a Eleanor se le antoja como una bofetada. De nuevo, no hay rastro de su sonrisa, no hay calidez, solo una mujer erguida que la mira fijamente.

—Rectora Morley, me ha hecho llamar —dice Julia, y su tono es tan formal que Eleanor siente una punzada de ira contra sí misma, porque ella es la culpable.

—Sí, profesora Bernet. Siéntese, por favor —responde señalando la silla frente a ella.

Julia obedece, sentándose con la espalda erguida, las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada fija en Eleanor, esperando. Su actitud es tan distante que Eleanor está completamente

desconcertada, preguntándose cómo es posible que la mujer que tiene delante y la que ella recuerda sean la misma persona.

—Quería… —empieza Eleanor, pero las palabras no le salen. El pretexto del seminario le parece ridículo y tiene ganas de abofetearse. Cualquier cosa que diga que no sea la verdad, sonará falsa—. Quería hablar sobre la propuesta, hay algunas inconsistencias.

—¿Inconsistencias? —pregunta Julia, levantando una ceja sin ocultar su incredulidad.

Eleanor siente el rubor subirle por el cuello, consciente de que Julia sabe que está mintiendo, pero al menos ha visto en ella uno de esos gestos que tanto echa de menos.

—Es imposible —sigue Julia, muy convencida de lo que dice—. La revisé tres veces antes de enviarla. Estoy segura de que cumple con todos los protocolos.

Aunque se siente imbécil por caer en algo tan rastrero, Eleanor siente una ola de calor invadir su cuerpo. Solo Julia Bernet se atreve a hablarle así, la antigua Julia, la que ella recuerda. Ninguna otra persona en este edificio sería capaz de contradecirla de este modo sin que le temblara la voz.

—Por supuesto —responde Eleanor—. No me refiero a los protocolos, sino al enfoque.

Julia frunce el ceño cuando Eleanor comienza a divagar sobre conceptos pedagógicos. La profesora la escucha a la espera de que la rectora hable del verdadero motivo por el que la ha hecho llamar, pero al ver que no lo hace y solo marea la perdiz, Julia se levanta y mira su reloj.

—Si no tiene nada más concreto, tengo una gran cantidad de exámenes por corregir, rectora.

La mandíbula de Eleanor se tensa y sus músculos se engarrotan. Si no hace nada, Julia se va a marchar. Atravesará la puerta y la dejará en su despacho otra vez, a solas con su obsesión.

—Espere —dice cuando Julia está a punto de abrir la puerta.

Julia se detiene y, en un movimiento que las sorprende a ambas, Eleanor se levanta, rodea la mesa y camina con una rapidez impropia de ella hasta la puerta. Julia tiene el corazón en la garganta, pero su expresión no se altera ni siquiera cuando Eleanor estira la mano como si fuera a abrirle la puerta y, en su lugar, gira la llave y la bloquea.

—¿Qué hace? —pregunta Julia, desconcertada.

Eleanor pega la espalda a la puerta, sintiendo que si no se apoya en algún sitio, se desplomará.

—No puedo… —susurra, sintiendo que las palabras se le atascan en la garganta—. No puedo dejar de pensar en ello.

—¿En qué? —pregunta Julia, aunque sabe perfectamente de lo que le habla.

—En el beso —responde Eleanor, y Julia reprime la sonrisa de satisfacción que quiere dibujarse en sus labios—. Intento trabajar, intento concentrarme en otra cosa, pero eso siempre está ahí. Todo el tiempo, su boca…

No puede terminar la frase porque la vergüenza y el deseo la ahogan. Levanta la vista y se encuentra con la mirada de Julia, que ya no es fría como hace un momento, sino profunda e intensa, una mezcla de empatía y algo que Eleanor no es capaz de determinar,

pero es todo lo que necesita para cerrar la distancia que las separa y besarla.

Su beso no es como el que le dio Julia. Eleanor no está pidiendo permiso ni explorando, ella está desesperada y hambrienta y su boca solo exige calmar esa tensión que lleva semanas reprimiendo. Julia responde de inmediato. Su sorpresa inicial desaparece y se convierte en una pasión desenfrenada parecida a la de Eleanor. Sus manos, que hace un momento permanecían quietas a ambos lados de su cuerpo, ahora suben por la espalda de la rectora sin pedir permiso.

La lengua de Eleanor busca la de Julia con urgencia y, cuando la encuentra, se le escapa un suspiro tan profundo que se niega a reconocer que ha sido ella. El beso se rompe cuando se detienen para coger aire, dejando las frentes juntas y los ojos entornados.

—Eleanor… —susurra Julia con la voz ronca.

Pero Eleanor ahora no quiere hablar. Empuja a Julia hacia atrás, haciéndola retroceder hasta que sus piernas chocan contra su mesa, inclinándola hasta que su espalda está sobre la madera. Los papeles y las carpetas caen al suelo con un ruido sordo que a ninguna le importa. Con una mano, Eleanor desabrocha los botones de la blusa de Julia mientras la otra recorre su costado, sintiendo el calor de su piel bajo la tela.

Julia le quita la chaqueta del traje a Eleanor y la deja caer al suelo. Sus dedos se enredan en el moño perfecto de la rectora, atreviéndose a deshacerlo para liberar su pelo y dejar que caiga sobre sus hombros. Eleanor siente que la cabeza le da vueltas.

—Mejor ahí —logra decir Julia, señalando con la cabeza el sofá de cuero que hay en un rincón del despacho.

Caminan a tropezones mientras se desnudan por el camino. Cuando caen sobre el sofá, es Eleanor la que se coloca encima, dejando clara su posición dominante. Es la primera vez que ve a una mujer desnuda tan de cerca. La primera en que su piel roza otra piel femenina de esta manera, y no hay nada en ella que sienta rechazo. Eleanor solo siente una curiosidad voraz por el cuerpo de Julia. Sus manos exploran con una mezcla de torpeza y reverencia, descubriendo la suavidad de sus pechos, la curva de su cintura y esa zona entre sus piernas que Eleanor jamás pensó que se atrevería a tocar.

Julia la guía con sus propias manos, con susurros y con gemidos que animan a Eleanor a continuar y a perderse por su cuerpo. Cuando los dedos de Eleanor finalmente encuentran la humedad de Julia, siente que un espasmo la recorre y se queda quieta durante un momento, mirando a Julia fijamente.

—Por favor… —jadea Julia, elevando la cadera hacia su mano.

La respiración de Julia se entrecorta cuando Eleanor la penetra con algo parecido a la timidez, y ese sonido, ese jadeo de puro placer, es justo lo que la rectora necesita. Se olvida de quién es y de dónde está. Ya no es la rectora Morley, ahora es solo Eleanor. Una mujer que desea a otra mujer con una intensidad que la consume y que apenas puede respirar mientras observa a Julia Bernet cuando se corre, sintiendo los espasmos de su sexo alrededor de sus dedos, algo que la deja fascinada.

Julia invierte las posiciones con un movimiento rápido, colocando a Eleanor debajo de ella.

—Abre los ojos —le ordena Julia con voz suave—, quiero que veas lo que voy a hacerte.

Eleanor, tan excitada que no puede pensar, obedece. Abre los ojos y se encuentra con la mirada ardiente de Julia y ve cómo la boca de la profesora desciende por su cuerpo. La ve chupar sus pezones mientras ella intenta respirar, la ve dejar un rastro de besos por su abdomen y, con pánico, la ve lamer la cara interna de sus muslos mientras su cuerpo entero tiembla.

Lo último que Eleanor ve es la mirada intensa que Julia le dedica antes de pasar la lengua por su intimidad por primera vez. La sensación es tan abrumadora y exquisita, que Eleanor arquea la espalda y ahoga un grito contra su propia mano, impresionada. No es solo placer físico, lo que siente es una liberación. Siente que cada uno de sus muros se está agrietando con cada lamida de Julia contra su sexo. El orgasmo la golpea como una ola, arrastrándola y ahogándola, dejándola temblando y completamente deshecha sobre el cuero del sofá.

Se queda quieta, con los ojos abiertos y la respiración entrecortada, incapaz de moverse o de pensar. Julia se tumba a su lado, la rodea con un brazo y la atrae hacia sí, besándole el pelo con ternura.

Y ahí es cuando el pánico regresa a Eleanor, frío y paralizante.

La realidad se estrella contra ella con la fuerza de un tren de mercancías. ¿Qué ha hecho? Ha perdido el control de una manera irreparable. En su propio despacho. Con una empleada. Con una mujer. ¿Es que ha perdido la cordura?

Se aparta de Julia con torpeza. Se levanta y empieza a buscar su ropa con las manos temblorosas, sintiéndose más expuesta y vulnerable que nunca.

—Vístase —ordena sin mirarla, y su voz suena como un témpano de hielo.

Julia la observa desde el sofá, su expresión es una mezcla de tristeza y comprensión. No la está juzgando, una parte de ella ha sabido cómo acabaría esto en cuanto Eleanor la ha besado. Ahora lo entiende, entiende que es una mujer aterrada que no sabe qué hacer con lo que siente. Una mujer tan acostumbrada a controlar sus emociones, que se siente desbordada al experimentar una que no entraba en sus planes. Una mujer de la que Julia se está enamorando y de la que no quiere alejarse.

—Eleanor, no tienes que…

—No —la corta Eleanor—, no hemos debido, yo no he debido… —dice, mientras intenta abrocharse la blusa, pero no puede porque sus dedos tiemblan de forma descontrolada.

Julia se incorpora, se pone el pantalón y la camisa y se acerca a la rectora, que todavía se está peleando con los botones de la suya.

—Deja que te ayude —susurra Julia, apartándole las manos.

Eleanor se paraliza cuando nota el tacto de sus dedos. Julia no tiembla. Ella abrocha los botones uno tras otro con una calma que Eleanor no entiende.

—Ya está —dice la profesora, colocándole bien el cuello de la camisa.

—Esto no puede volver a pasar, profesora Bernet. Olvide lo que ha sucedido —murmura Eleanor, con la mirada desenfocada.

Julia suspira con paciencia y levanta ambas manos para peinar la melena desordenada de Eleanor con los dedos.

—No voy a olvidarlo, y tú tampoco —asegura, y los ojos de Eleanor se abren mucho—. No te voy a presionar, pero estaré aquí

cuando estés lista para dejar de mentirte a ti misma.

Eleanor abre la boca, pero de sus labios no sale ni una sola palabra porque todas están atascadas en su garganta.

—No olvides lavarte las manos y recogerte el pelo —susurra Julia contra su oreja, justo antes de darle un beso en la mejilla.

Sin decir nada más, se dirige hacia la puerta, gira la llave y abandona el despacho. Eleanor se queda quieta en medio de la habitación, con el cuerpo todavía temblando por todo lo que ha sentido y la cabeza como un bombo.

CAPÍTULO 26

Natalie mira el reloj de la pared. Son las diez en punto. Se remueve en su silla con inquietud, sintiendo la tela de la blusa pegada a su espalda. No es por el calor, la temperatura en su despacho es perfecta, es por los nervios. Es miércoles, el día de su reunión semanal con Grace y, aunque han acordado que sus encuentros en la universidad serán estrictamente profesionales, Natalie no puede evitar que su pulso se acelere y que un cosquilleo le recorra el vientre cada vez que piensa que Grace está a punto de aparecer por la puerta.

Intenta concentrarse en el expediente que tiene abierto en el ordenador, pero las palabras se desdibujan ante sus ojos azules. Su mente solo es capaz de proyectar imágenes de la noche anterior de ella y Grace en su cocina, con la ropa arrugada y el pelo revuelto, riendo mientras intentaban decidir qué película ver. La facilidad con la que Grace se ha instalado en su vida, en su apartamento y en su cama, le resulta tan emocionante como aterradora.

Escucha los golpes en la puerta y su cuerpo reacciona antes de que pueda controlarlo. El corazón le da un vuelco y tiene que tragar saliva para humedecerse la garganta, que se le ha secado de repente.

—Pasa —dice, y su voz suena más tensa de lo que le gustaría.

Grace entra, y lo primero que hace es cerrar la puerta, un gesto que desafía por completo una de las pocas reglas que Natalie consiguió establecer. El chasquido del cerrojo al moverse es como una declaración de intenciones que deja a la consejera sin aliento.

Natalie levanta una ceja, con una expresión que baila entre la advertencia y la curiosidad.

—Que yo recuerde, dijimos que la puerta se quedaba abierta, Grace —dice muy seria.

Grace no responde. Se apoya contra la madera, con los brazos cruzados y una sonrisa torcida que baila en sus labios. No se mueve, no habla, simplemente la observa desde la distancia, con esos ojos verdes que parecen capaces de desnudarla. La tensión en el despacho se vuelve demasiado intensa y la piel de Natalie se eriza. Sabe que la está desafiando, que la chica que tiene ante ella es la Grace provocadora de las primeras veces, y Natalie siente que está perdiendo antes incluso de empezar a jugar.

Incapaz de soportar la intensidad de su mirada un segundo más, Natalie se levanta y camina hacia Grace con el ceño fruncido y el cuerpo rígido.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunta, y su voz suena como un susurro ronco.

Se detiene a un metro de ella, manteniendo una distancia que le parece segura, aunque sabe que con Grace no hay un sitio seguro en ninguna parte.

La sonrisa de Grace se amplía y un destello de pura travesura atraviesa su mirada verdosa. Natalie se estremece.

—Me he despertado muy cachonda —confiesa con descaro, y las palabras, pronunciadas con una naturalidad pasmosa, golpean a Natalie con la fuerza de una onda expansiva.

Todo el aire se escapa de sus pulmones. Su mente, normalmente ordenada y racional, se queda en blanco. El autocontrol, la prudencia y las reglas, todo se evapora, dejando solo un deseo desesperado y abrumador. La fachada de la consejera Dumont se desmorona y solo queda Natalie, una mujer que tiembla bajo la mirada ardiente de la hija de la rectora.

—No puedes decir eso aquí —logra articular, aunque las palabras le salen débiles y sin convicción.

—¿Por qué no? —pregunta Grace, dando un paso hacia ella, rompiendo la barrera de seguridad que Natalie intentaba establecer —. Es la verdad.

Natalie la besa, y no lo hace de forma consciente. Su cuerpo responde a un impulso porque se ha rendido. Acorta la distancia que las separa y estrella su boca contra la de Grace con una ferocidad que la sorprende a sí misma. Es un beso desesperado, hambriento, cargado con una tensión que no comprende. Hacen el amor casi todos los días, ¿por qué se siente tan necesitada ahora?

Grace responde con la misma ferocidad. Sus manos suben por la espalda de Natalie aferrándose a ella mientras sus lenguas se entrelazan. Las manos de Natalie son torpes y desesperadas. Una se enreda en el pelo oscuro de Grace, tirando de él, mientras la otra baja por su espalda hasta apretar su culo por encima de la tela de sus vaqueros desgastados.

La alumna gime contra su boca, un sonido ahogado que vibra y viaja directamente hacia la entrepierna de Natalie, incendiándola. La

empuja contra la puerta, presionando su cuerpo contra el de ella, sintiendo la dureza de sus músculos bajo la ropa. Las manos de Grace se deslizan por debajo de la chaqueta de Natalie, buscando su cintura, sus costados o cualquier centímetro de piel que puedan reclamar.

—Joder, Natalie… —jadea Grace, hundiendo el rostro en el hueco de su cuello para ahogar un gemido cuando los dedos de Natalie se deslizan por la parte delantera de sus vaqueros, presionando contra su sexo empapado.

La escena es un desorden de jadeos donde Natalie no puede pensar, de ropa arrugada y de manos que se mueven con una necesidad desconocida. Es un fuego que amenaza con consumirlas allí mismo, en medio de ese territorio prohibido.

De repente, escuchan un ruido en el pasillo. Unas voces y después el eco de unos tacones que resuenan con fuerza.

Se separan al instante, como si hubieran recibido una descarga eléctrica. El pánico se apodera de Natalie, frío y aterrador. Se miran la una a la otra con la respiración entrecortada, los labios hinchados y el pelo revuelto. En un caos silencioso, se arreglan la ropa con rapidez en un intento desesperado de borrar cualquier rastro de su pecado y se pasan las manos por el pelo desordenado.

—Siéntate —sisea Natalie, empujando a Grace hacia la silla de visitantes.

Grace obedece, con los ojos muy abiertos, mientras Natalie corre hacia el otro lado de su mesa tras haber desbloqueado la puerta, intentando recuperar una compostura que sabe que ha perdido. Justo en ese momento, llaman a la puerta. Los golpes son secos y autoritarios.

El corazón de Natalie se detiene y le trepa por la garganta hasta la boca. Sabe quién es incluso antes de que la persona entre.

Es Eleanor Morley.

Natalie cierra los ojos por un instante, rezando para que el suelo se la trague.

—Te voy a matar —le susurra a Grace con una mirada de puro pánico.

Grace le devuelve una sonrisa calmada para intentar tranquilizarla, pero ahora mismo no hay nada que pueda detener el huracán que se ha desatado en el interior de Natalie.

—Adelante —dice Natalie, sorprendida de que le salga la voz.

La puerta se abre y Eleanor entra. No parece la misma mujer de siempre. Su habitual frialdad está ahí, pero parece deteriorada. Tiene los hombros tensos y hay algo en su mirada que Natalie no había percibido antes, como si estuviera alterada.

Y Eleanor lo está, porque lo que sucedió ayer en su despacho con Julia, la tiene desconcertada.

—Lamento la interrupción —dice la rectora con su habitual aspereza—. Necesito el expediente de los nuevos programas de intercambio. No encuentro la copia que me envió.

—Claro —responde Natalie, levantándose para buscar el expediente en su archivador.

Está aterrorizada, buscando en el cajón mientras se pregunta si habrá algo mal puesto en su ropa que la delate, o en su expresión culpable, porque siente la mirada de Eleanor sobre ella y está convencida de que va a notar su pulso desbocado y el rubor que todavía le quema las mejillas.

—Aquí tiene —dice, tras coger una carpeta.

Le entrega los documentos a Eleanor evitando su mirada. Los ojos de la rectora se desvían hacia Grace, que está sentada en la silla, con las manos sobre las rodillas, fingiendo una calma que ninguna de las tres siente.

—Señorita Morley —la saluda Eleanor, con un ligero asentimiento de cabeza.

Natalie se queda pasmada ante el trato tan formal de Eleanor hacia su hija. Entiende que la trate como a una alumna más, pero ¿es necesario ser tan estricta?

—Rectora Morley —responde Grace, devolviéndole el mismo gesto.

Eleanor pasea la mirada de Natalie a Grace, y luego de nuevo a Natalie sin saber qué busca exactamente. Natalie está segura de que lo sabe, de que el olor a sexo y a pánico está impregnado en el aire del despacho, pero la mirada de Eleanor está ligeramente desenfocada. Parece verlas sin verlas del todo en realidad, como si estuviera ausente o tuviera una preocupación tan grande por otro asunto, que su mente astuta no fuese capaz de procesar lo que es evidente que ha pasado antes de que llegara.

—Bien —dice Eleanor al fin, dando un paso atrás—. Gracias, Dumont. No las interrumpo más.

Se da la vuelta y sale del despacho. En el momento en que la puerta se cierra, Natalie se derrumba. Se apoya en la mesa y extiende las palmas de las manos sobre la madera, intentando respirar. El alivio de ahora es tan abrumador como el pánico que lo ha precedido hace un segundo.

—Dios mío… —susurra, sintiendo que las piernas le van a fallar.

Grace se levanta y se acerca a ella, esta vez con una suavidad que contrasta con el descaro que tenía cuando ha entrado.

—Ya ha pasado —dice, poniendo una mano en su espalda.

—¿Que ya ha pasado? —espeta Natalie, girándose hacia ella con los ojos desorbitados—. ¿Tú te escuchas, Grace? ¡Casi nos pilla! ¡Tu madre, joder! ¿Sabes lo que habría pasado?

—Pero no lo ha hecho —la corta Grace, aunque la palidez de su rostro la delata—. Estaba rara, ¿no lo has notado? Ni siquiera nos estaba mirando de verdad. Creo que le pasa algo.

—¡Eso no importa! —la voz de Natalie es un siseo desesperado y contenido—. No vuelvas a hacer eso, Grace, lo que sea que has hecho cuando has entrado —exige, sin saber cómo describir ese momento donde se ha sentido completamente fuera de control, a merced de los deseos de la hija de la rectora.

Está al borde de un ataque de nervios, temblando de pies a cabeza. La adrenalina y el miedo han hecho desaparecer cualquier rastro de la excitación y el placer que sentía hace apenas unos minutos, o eso piensa.

Grace la mira, y en sus ojos hay una mezcla de arrepentimiento y una chispa de rebeldía. Cree que han esquivado la bala, que su madre está demasiado absorta en sus propios asuntos como para darse cuenta de nada.

—Tienes razón —dice, y su voz es un susurro cariñoso—. Seremos más cuidadosas. Me portaré bien. Te lo prometo.

Se acerca y le da un beso suave en los labios, un gesto tierno para calmarla, pero cuando se va a separar, Natalie la agarra por la camisa y la atrae de nuevo, besándola con una necesidad que la consume y que la tiene muy asustada.

—Ahora vete —ordena Natalie cuando se separan, desconcertada por lo que acaba de hacer—. Me vas a volver loca, joder.

Grace esboza una sonrisa torcida y asiente, sintiéndose invencible en ese momento. Natalie no es capaz de controlarse ante ella, y su madre parece estar en un mundo paralelo donde no se da cuenta de nada.

—De acuerdo —dice con expresión traviesa—, pero que conste que ha sido la mejor reunión que hemos tenido hasta ahora.

Le roba un último beso, rápido y desafiante, y desaparece por la puerta, dejando a Natalie sola, con el corazón martilleándole en el pecho, la boca todavía sabiendo a Grace y el alma encogida en un puño. Han estado a punto de ser descubiertas, y lo peor de todo es que sabe con una certeza aterradora, que volverá a arriesgarse si Grace la provoca porque no tiene la fuerza de voluntad necesaria para no rendirse ante ella.

CAPÍTULO 27

—Dumont… —la saluda alguien cuando empuja la puerta, ella hace un asentimiento de cabeza, pero ni siquiera ha reconocido al dueño de esas palabras porque camina con mirada de túnel.

Natalie sale del edificio administrativo como si la persiguiera una jauría de perros rabiosos. El aire frío de primeros de diciembre le golpea la cara, pero no es suficiente para aliviar el calor que le sube por el cuello ni para calmar el temblor que se ha apoderado de sus manos. Cada paso que da sobre el asfalto es un esfuerzo terrible que hace para no derrumbarse. El recuerdo del portazo de su despacho todavía resuena en sus oídos, un sonido seco y decisivo que ha puesto fin a la reunión más peligrosa de su vida.

Necesita aire. Necesita un lugar donde nadie pueda verla, donde pueda recomponer los pedazos de su autocontrol antes de que se dispersen por completo. Evita los senderos principales del campus, los bancos donde los estudiantes se sientan a charlar y las zonas verdes donde siempre hay alguien tumbado sobre el césped a pesar del frío que hace. Sus pies la llevan —casi por inercia— hacia el aparcamiento del personal.

Busca su coche y se apoya contra la parte trasera, cerrando los ojos. Lo ha intentado. Después de que Grace se marchara, ha

tratado de calmarse y recuperar la compostura, pero todo ha ido a peor cuando se ha sentado en su silla y el silencio del despacho le ha permitido ser consciente de la gravedad de lo sucedido.

La imagen de Eleanor Morley en el umbral de su puerta la golpea como si acabara de recibir una bofetada en la mejilla. La tensión en la mandíbula de la rectora, la forma en que su mirada se paseó de ella hacia Grace, el aire cargado de una electricidad que iba más allá de la simple atracción. Por un instante, Natalie estuvo segura de que todo había terminado, de que Eleanor lo había visto en sus ojos culpables, en los labios hinchados de Grace y en el desorden mal disimulado de su ropa.

Todavía le tiemblan las manos. Natalie se las mira, observando cómo sus dedos se sacuden sin control, y las aprieta cerrando los puños, clavándose las uñas en las palmas en un intento inútil de anclar su cuerpo a la realidad. El corazón le late desbocado, un tambor salvaje contra sus costillas que amenaza con romperlas.

—¿Estás bien?

La voz femenina, tranquila y conocida, la sobresalta. Natalie abre los ojos de golpe y se gira, encontrándose con la mirada preocupada de Brooke Landy. La entrenadora está de pie a un par de metros, con su habitual ropa deportiva y una mochila colgada de un hombro. Su aparición es tan inesperada que a Natalie se le corta la respiración.

Intenta recomponerse, forzar una sonrisa y decirle que sí, que solo estaba tomando un poco de aire, pero las palabras no le salen. En su lugar, niega con la cabeza y se inclina hacia delante, apoyando las manos en las rodillas mientras intenta llenar sus pulmones de un aire que de repente le parece demasiado denso para poder respirar.

—Eh, tranquila —dice Brooke, dejando caer su bolsa al suelo con un ruido sordo mientras se acerca a ella—. ¿Qué pasa, Dumont? Estás pálida como un fantasma.

Natalie levanta la vista, y sus ojos azules, normalmente serenos y controlados, ahora están desorbitados por el pánico.

—Casi nos descubre —susurra, y la voz le sale ahogada y rota—. La rectora Morley ha entrado en el despacho. Grace y yo estábamos… no estábamos hablando, Landy.

La confesión la deja sin aliento y se lleva una mano al pecho con la sensación de que se va a morir.

—Creo que me va a dar un ataque —jadea, y el mundo a su alrededor empieza a oscurecerse por los lados.

—No te va a dar nada —dice Brooke, con una firmeza que atraviesa la niebla del pánico de Natalie—. Mírame. Levanta la cabeza —le ordena.

Brooke le pone las manos en los hombros y la obliga a incorporarse.

—Respira conmigo, ¿vale? Despacio. Inspira… —Brooke inhala profundamente y Natalie, por puro instinto, la imita—. Ahora suelta el aire. Muy despacio.

Repiten el ejercicio varias veces. Natalie se concentra en la voz de Brooke, en el ritmo de su respiración, y se aferra a eso para intentar no ahogarse. Poco a poco, el martilleo de su pecho empieza a ralentizarse, el aire vuelve a entrar en sus pulmones y la negrura que amenazaba con engullirla desaparece.

Cuando por fin puede respirar con una normalidad relativa, se apoya de nuevo en el coche, sintiéndose completamente vacía y agotada.

—Gracias —murmura, con la voz todavía temblorosa.

Brooke asiente y se apoya a su lado, cruzando los brazos sobre el pecho. No pregunta nada, simplemente espera, dándole el espacio que necesita. Y es en ese silencio donde Natalie encuentra el valor para hablar.

—Estoy aterrorizada —confiesa—. No me reconozco, Landy. Pierdo los papeles cuando estoy con ella. Pierdo el control y hago cosas que hace unos meses jamás habría hecho —explica, y esboza una sonrisa amarga.

—Creo que sé de lo que hablas —dice Brooke.

—Hoy ha sido una locura. Grace ha entrado en el despacho, ha cerrado la puerta y me ha mirado de esa manera que tiene de mirar y yo… —Natalie se interrumpe, incapaz de describir ese momento donde se ha rendido y el deseo la ha consumido—. He perdido la cabeza por completo. Y entonces ha aparecido su madre, si hubiera llegado un minuto antes…

Natalie se estremece solo de pensarlo.

—Lo sé —dice Brooke—. Sé exactamente cómo te sientes. La sensación de que tu cerebro se apaga y solo te queda el instinto. El miedo constante en la boca del estómago. La paranoia de que todo el mundo te está mirando.

Natalie la mira, sorprendida por la exactitud de sus palabras.

—¿También te sentías así?

—Cada día —confiesa Brooke con una sonrisa suave—. Harper era como una droga. Sabía que era peligrosa, que podía destruir todo lo que había construido, pero no podía mantenerme alejada. Cada vez que la veía, mi cabeza me decía que corriera en dirección contraria, pero mis pies siempre me llevaban hacia ella.

—¿Y cómo se soporta esto? —pregunta Natalie, desesperada por encontrar una respuesta que la ayude.

Brooke ladea la cabeza y después mira hacia arriba.

—No lo sé. Supongo que llega un momento en el que aprendes a vivir con la ansiedad.

—¿Tengo que vivir con esto? —pregunta Natalie, horrorizada mientras se señala el pecho, donde tiene la sensación de tener un agujero enorme por el que se le escapa todo el aire.

—Es eso o dejar a Grace, y no creo que estés contemplando esa posibilidad. ¿O sí?

Natalie niega con firmeza y los mechones sueltos de su pelo rubio ceniza se sacuden a ambos lados de su cara.

—No, no la contemplo —responde con una seguridad que la sorprende.

Se quedan en silencio durante un rato. La compañía de Brooke Landy, a pesar de que no puede decirle nada que la ayude, la hace sentir bien. Si ella sobrevivió, Natalie también puede hacerlo. Al fin y al cabo, este semestre ya se acaba, solo tiene que soportar el siguiente.

—¿Vale la pena? —pregunta Natalie, más por curiosidad que porque necesite la respuesta.

La entrenadora se encoge de hombros.

—Eso solo puedes decidirlo tú. El riesgo es enorme, Dumont. Puedes perderlo todo, pero también te digo una cosa: encontrar a alguien que te haga sentir así, que te ponga el mundo del revés y haga que te sientas viva de una forma que te lleve a arriesgarte de ese modo es muy raro.

Natalie asiente, completamente de acuerdo. Brooke coge su bolsa del suelo y se la vuelve a colgar sobre el hombro.

—Tengo que dar una clase. Cuídate, ¿vale? Y si necesitas hablar, ya sabes dónde estoy.

—Gracias, Landy —dice, y Brooke se marcha.

Natalie se queda sola, todavía apoyada en su coche mientras piensa en lo que acaba de decirle Brooke sobre lo raro que es encontrar a alguien que te haga sentir tan viva como se siente ella.

Piensa en la forma en que el corazón le da un vuelco cada vez que Grace sonríe o la mira, en la necesidad que siente de protegerla incluso de sí misma o en cómo su apartamento empieza a parecerle vacío cuando Grace no está en él. Piensa en el terror que siente al imaginar su vida sin ella, un terror que ahora se da cuenta de que es mucho más profundo que el miedo a perder su trabajo.

Y en medio de ese aparcamiento vacío, Natalie se da cuenta de que no es solo deseo lo que siente por ella.

Está profunda y peligrosamente enamorada de Grace Morley.

CAPÍTULO 28

Eleanor ha vuelto a las andadas, reorganizando su agenda con el único objetivo de no cruzarse con Julia, pero el recuerdo no respeta muros ni distancias. La imagen de Julia en su despacho, la textura de sus labios, el sonido de su propia rendición hecha suspiros cuando su cuerpo colapsó… Todo sigue en su cabeza, atormentándola sin descanso.

Intenta ahogar esa imagen con otro trabajo, uno que no tiene la capacidad de hacer que su pulso se acelere ni de provocar ese calor húmedo y vergonzoso que le nace entre las piernas. Este consiste en concentrarse en vigilar a Grace, en desentrañar el misterio de su repentina y radiante felicidad, porque hay otra imagen que la persigue, la de su hija y la consejera Dumont en el despacho. Notó algo raro, una tensión que no supo catalogar porque su propia tormenta interna con Julia había nublado sus capacidades, ese instinto que rara vez le falla, pero el insecto sigue ahí, revoloteando alrededor de su cabeza.

Sin saber cómo desbloquear su mente, vuelve a abrir el sistema de registros. Busca el horario de Grace, luego el de Natalie, y lo que ve la deja completamente desconcertada.

Miércoles, 10:00 AM. Reunión. N. Dumont. *Cancelada*.
Miércoles, 10:00 AM. Reunión. N. Dumont. *Cancelada*.

Una alarma silenciosa y ensordecedora estalla en su cabeza. La cancelación es una anomalía, una desviación del patrón, en su opinión, es una reacción. Si las reuniones eran necesarias para la «adaptación» de Grace, ¿por qué detenerlas de repente? No, esto no es el final de un tratamiento, es la prueba de que están intentando borrar sus huellas, Dumont intenta hacerlo. El encuentro en el despacho de la consejera, la tensión que se palpaba en el ambiente, la extraña felicidad de Grace y ahora esto, justo después de su visita.

Irritada, cierra el portátil con un golpe seco. Se siente asediada por dos frentes que ella misma ha creado. Por un lado, el desastre inminente que representa la posible relación de su hija con Natalie Dumont y, por otro, el caos emocional que Julia ha desatado en ella. No puede pensar con claridad, no puede gobernar su universidad, ni su vida, si no neutraliza al menos una de las amenazas. Y la amenaza más inmediata, la que le impide respirar, no es Grace. Es Julia Bernet.

En un acto de pura desesperación, coge el móvil. Sus dedos, normalmente firmes, tiemblan al buscar el contacto de la profesora.

Necesito verla.

Envía el mensaje antes de poder arrepentirse, sintiendo una mezcla de pánico y un retorcido alivio por haberse atrevido. La respuesta de Julia llega casi al instante, directa como una bala.

Solo si es para hablar de lo que pasó.

Eleanor frunce el ceño. ¿Cómo se atreve a ponerle condiciones a ella? Es la rectora, ella es la que manda, pero también sabe que no

van a hablar de nada sobre la universidad, así que Julia no le debe ninguna obediencia y, al parecer, no le va a permitir esconderse detrás de pretextos administrativos para verla.

De acuerdo.

Eleanor escribe su dirección y la envía, añadiendo un escueto: *A las nueve*.

Si van a hablar de esto, tiene que ser en terreno seguro. No puede volver a arriesgarse como lo hizo el otro día por si pasa lo mismo que… Eleanor se inclina hacia delante, sorprendida por el pinchazo de pura necesidad que acaba de sentir entre las piernas.

—Cristo… —murmura sorprendida.

Respira profundamente y se frota las sienes, diciéndose a sí misma que esta vez será diferente. Mantendrá el control, hablarán de este problema que sin duda tienen que resolver, encontrando la manera de contener este extraño impulso primario que parece haberla poseído.

Julia llega a las nueve en punto. Eleanor la observa a través de la mirilla antes de abrir, sintiéndose patética por estar haciendo esto mientras espera a que sus manos dejen de temblar. Cuando abre la puerta, Julia la mira fijamente y Eleanor siente que las rodillas se le van a doblar si no deja de hacerlo.

—Pase —dice, de forma tan abrupta, que suena más como una orden que como una invitación.

Julia entra y se queda de pie en medio del salón, mirando a Eleanor.

—¿Quiere beber algo? —pregunta la rectora.

—¿Puedes dejar de tratarme con formalismos? —espeta Julia—. No estamos en la universidad, y creo que lo que hicimos deja muy

claro que nuestra relación es bastante íntima.

Eleanor se atraganta. Sabe que es una forma de hablar, pero la palabra relación casi la marea.

—Está bien. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias —Julia sonríe, satisfecha, y se sienta en el inmenso sofá de color blanco cuando Eleanor lo señala.

—Lo que pasó en mi despacho fue un error —empieza Eleanor, atacando el problema de raíz—, perdí el control y te pido disculpas. Es inaceptable que alguien con mi cargo…

—Si fue un error, ¿para qué me has pedido que venga, Eleanor? ¿Para volver a perderlo en un lugar más cómodo y privado?

—¿Perdona?

Eleanor la mira, perpleja y descolocada por la humedad que siente entre sus piernas.

—¿Por qué no reconoces que lo deseabas? —exige Julia—. Que pasó porque las dos queríamos y que lo disfrutaste. ¿Qué tiene de malo?

A Eleanor se le ocurren tantas razones malas, que decide no enumerarlas.

—Me siento atraída por ti —confiesa Eleanor por fin—, pero es algo puramente físico —se apresura a decir—. Una anomalía.

Julia esboza una sonrisa divertida sin poder aguantarse. Ha conocido a mujeres a las que les cuesta aceptar su sexualidad, y sabe que hay otras, sobre todo cuando se descubren en edades tardías como el caso de Eleanor, que necesitan abrir mucho la mente para aceptarse a sí mismas, pero la negación de esta mujer supera cualquier cosa que Julia se hubiera podido imaginar.

—Una anomalía —repite Julia.

—Sí —confirma Eleanor con convicción—. No entiendo por qué ocurre, pero está interfiriendo en mi capacidad para funcionar como es debido. Necesito arreglarlo —dice, y parece realmente convencida de que su problema tiene una solución fácil.

—¿Y qué propones hacer para arreglarlo? —Julia levanta las cejas, expectante ante la nueva barbaridad que pueda salir de la boca de Eleanor Morley.

—Podríamos vernos aquí de forma discreta. Nadie tiene por qué saberlo.

Esto sí que no se lo esperaba la profesora, pensaba que Eleanor le propondría un plan disparatado para mantenerse alejadas que ambas deberían seguir a rajatabla, uno que tendría unos horarios estrictos para que no coincidieran en los pasillos, la cafetería o incluso en más reuniones de las necesarias, pero esto…

—Es decir, ¿quieres follar para arreglarlo? Esperando, ¿qué? ¿Que se te pase el calentón? —dispara Julia.

Eleanor abre la boca, escandalizada por las palabras directas y soeces de Julia, pero no dice nada, al fin y al cabo, ¿no es eso lo que está proponiendo?

—Solo si te parece bien, por supuesto —dice Eleanor, sintiéndose ridícula.

Julia se levanta y Eleanor siente una oleada de pánico atravesarla cuando piensa que va a marcharse, pero Julia se acerca a ella, le pone una mano en el hombro y, antes de que Eleanor pueda procesar lo que sucede, se sienta a horcajadas sobre ella.

—Me parece bien si esto es lo que crees que necesitas mientras te das cuenta de que es otra cosa. Puedo esperar lo que haga falta.

—No sé de qué hablas —dice Eleanor, casi tartamudeando ante su cercanía y la sensación exquisita de sentirla sobre sus piernas.

—Sí que lo sabes, en el fondo, sabes que es algo más que físico, pero jugaremos según tus reglas hasta que te canses de mentirte a ti misma.

Eleanor quiere protestar, pero Julia le pone una mano en la cara y ella siente que le arde la piel. Abre la boca esperando el beso; sin embargo, Julia no la besa, se inclina hacia delante y le susurra.

—¿De verdad no sientes nada? —pregunta, mientras su pulgar dibuja la línea de la mandíbula de Eleanor.

No la deja contestar, el suspiro entrecortado que ha salido de la boca de Eleanor ha respondido por ella. Julia la besa y Eleanor la recibe con una desesperación que le da pánico. Sus manos van directas hacia su espalda, pegándola a su cuerpo y, a partir de ahí, todo es una sucesión de besos y ropa que desaparece hasta que Eleanor se ve tumbada en su sofá sobre Julia, de nuevo posesiva mientras reclama su cuerpo.

Esta vez no es tan torpe como la primera, se siente más segura y sus manos y su boca se mueven con un ansia que la avergüenza y la excita a partes iguales. Julia tiembla bajo su tacto, los dedos de Eleanor parecen encajar perfectamente dentro de ella, llenándola del todo y moviéndose como si lo hubiera hecho mil veces.

Ahora no tiene que contener los gemidos, y Eleanor está tan fascinada con los sonidos que salen de esa boca que tanto le gusta, que decide absorberlos con varios besos mientras Julia se corre.

Cuando llega su momento, Julia se pone encima y se sienta sobre ella. Eleanor no puede apartar los ojos de sus pechos. El otro día no pudo apreciarlos, estaba tan tensa y asustada, que no pudo

deleitarse con esos dos bultos medianos que le caben en las manos y esos pezones pequeños y oscuros que desea lamer.

—Dime lo que quieres —susurra Julia, sujetándole las manos por encima de la cabeza.

—¿Qué? —Eleanor jadea, con la mirada clavada en los ojos color miel de Julia.

Ella se inclina, le besa un párpado y después deja un rastro de besos cortos desde su ojo hasta su oreja.

—¿Qué quieres que te haga? —insiste la profesora.

Eleanor siente un espasmo atravesarla. Está tan húmeda que siente frío en los muslos.

—Yo no…

—Quiero que lo digas —exige Julia.

La rectora apenas puede hablar porque hasta el aliento de Julia le provoca hormigueo por el cuerpo. ¿Cómo ha sido tan hipócrita de decirle que era solo físico cuando estando con ella siente que el alma se le desgarra? ¿Cómo puede ser solo físico cuando lo único que desea es que Julia no se marche?

—Los dedos —jadea, con la mirada nublada.

—Bien —sonríe Julia, besándola mientras desplaza la mano hacia abajo.

El placer que siente Eleanor es tan abrumador que se siente mareada. Sus labios se mueven contra la boca de Julia a trompicones, porque apenas puede respirar. Los espasmos son casi continuos y el flujo de calor que arde por su cuerpo la hace sudar mientras se mueve contra esa mano como si eso fuera lo único que puede mantenerla con vida.

—Estás a punto —susurra Julia contra su boca, entrando y saliendo de ella con un ritmo constante y perfecto que está matando de placer a la rectora—. Lo noto —sigue Julia—, palpitas contra mis dedos.

Eleanor explota, el orgasmo es tan violento que le sale un grito desgarrado y profundo. Su cuerpo se pone rígido, los dedos de sus pies se encogen y sus brazos se cierran sobre Julia con una fuerza desconocida hasta que su cuerpo se relaja y su mirada se queda fija en el techo mientras —sin ser consciente de ello— acaricia la espalda de Julia con las uñas.

A Julia le encantaría quedarse y pasar la noche con ella. Levantarse con Eleanor y verle la cara cuando todavía no se ha tomado un café, pero sabe que no puede, que cualquier cosa que intente reclamar que no sea lo que tienen ahora mismo, será poner presión sobre una mujer que todavía no sabe cómo relajarse lo suficiente como para mirarse en un espejo y darse cuenta de lo que realmente necesita y desea.

—Tengo que irme —dice Julia, levantándose despacio.

Eleanor se queda tumbada, incapaz de moverse mientras la observa. No quiere que se vaya, pero el pánico a decirlo en voz alta la tiene paralizada. Julia termina de vestirse y se inclina sobre ella para darle un beso en la frente, y ese gesto tierno, termina de romperla por dentro.

—Nos vemos cuando necesite volver a controlar su anomalía, rectora —susurra Julia con tristeza.

Julia se marcha y Eleanor se queda sola, desnuda, temblando y más perdida que nunca.

CAPÍTULO 29

A Grace la despierta la luz del sol que entra por la ventana de la habitación de Natalie. Se queda quieta, con la cabeza apoyada en la almohada, y se dedica a observar la curva de la espalda de la mujer que duerme a su lado, la forma en que su pelo rubio ceniza se desparrama sobre la tela de la almohada y el ritmo pausado de su respiración. Está tranquila, algo raro en Natalie Dumont últimamente, que siempre está tensa como la cuerda de una guitarra, pero ahora, en ese momento, todo está en pausa. En ese espacio solo están ellas, sin universidad, sin su madre y sin reglas que romper.

Se mueve con lentitud, estirando un brazo para rodear la cintura de Natalie y atraerla hacia ella. Natalie emite un suave murmullo y se acurruca contra el cuerpo de Grace, buscando su calor por puro instinto. Grace hunde la nariz en su pelo y aspira su aroma. Podría quedarse así para siempre, atrapada en esta burbuja de cotidianidad que nunca pensó que desearía con tanta fuerza.

Una hora después, el olor a café recién hecho lo impregna todo. Natalie, todavía un poco somnolienta, se mueve por la cocina sacando tazas del armario y leche de la nevera con una concentración que a Grace le resulta adorable. Lleva una de las

camisetas de Grace, una vieja y desgastada de un grupo de rock que le queda enorme, y unos pantalones de pijama que se ajustan a sus caderas.

—Todavía no me puedo creer que hayas cancelado nuestras reuniones de los miércoles —comenta Grace con una sonrisa torcida, rompiendo el silencio.

El cuerpo de Natalie se tensa de inmediato. Deja la leche sobre el mármol con un poco más de fuerza de la necesaria y se gira para mirarla.

—Es lo más sensato, Grace.

—Sensato, pero exagerado —replica Grace, llenando las tazas con café—. ¿Qué creías que iba a hacer? ¿Saltar sobre tu mesa en cuanto cerrara la puerta?

Natalie frunce el ceño. La idea, aunque Grace lo dice en broma, le provoca un cosquilleo en el vientre.

—No me fío de ti —suelta Natalie, tan en serio que Grace casi se echa a reír—. Y lo que es peor, no me fío de mí misma cuando estás en ese despacho. Ante esa incapacidad que al parecer tenemos ambas para controlarnos, tengo que tomar medidas.

Grace no puede evitarlo. Suelta una carcajada sonora y limpia que resuena en toda la cocina. Ve cómo los hombros de Natalie se ponen todavía más rígidos y un destello de rabia empieza a brillar en sus ojos azules. A Natalie no le hace ninguna gracia, pero Grace no puede parar de reír. Se acerca a ella, deja su taza sobre el mármol y la abraza por la espalda, apoyando la barbilla en su hombro.

—Tranquila —susurra contra su piel—. Lo entiendo. No tienes que justificarte.

Siente cómo los músculos de Natalie se relajan bajo su abrazo. La consejera suelta un suspiro y, muy a su pesar, también sonríe.

—Eres imposible —murmura, girando la cabeza para mirarla.

—Pero te gusto —responde Grace, robándole un beso rápido en los labios.

El resto del fin de semana —el primero completo que pasan juntas— transcurre en una sucesión de momentos que a Grace se le antojan perfectos. Cocinan juntas, un caos divertido donde la precisión de Natalie choca con la improvisación de Grace, llenando la cocina de restos de comida y risas. Ven películas tiradas en el sofá, con la cabeza de Grace en el regazo de Natalie mientras sus dedos se pierden en su pelo. Se despiertan juntas, con los cuerpos enredados y la pereza del domingo pegada a la piel. Es una intimidad fácil y natural, como si llevaran años haciendo lo mismo.

El domingo por la noche, después de una cena improvisada y otra película que ninguna de las dos ha terminado de ver, la tensión que siempre flota entre ellas vuelve de golpe, pero esta vez no es por el miedo de Natalie, es por el deseo. Están en el sofá, una frente a la otra, y la conversación se ha ido apagando hasta dejar solo el sonido de sus respiraciones.

Un simple roce de manos es suficiente para encender la mecha. El beso que sigue es lento y profundo, una exploración mutua que ya no tiene la urgencia de las primeras veces. Grace se deleita en la forma en que Natalie se rinde bajo su boca o en cómo sus suspiros se convierten en jadeos cuando sus manos empiezan a recorrer su cuerpo.

—Vamos a la habitación —susurra Natalie contra sus labios.

Grace no necesita que se lo diga dos veces. La sigue hasta el dormitorio, desnudándose por el camino. Sobre las sábanas, se toma su tiempo para adorar el cuerpo de Natalie. Besa la curva de su cintura, la suavidad de su vientre y la línea de sus clavículas. Quiere borrar con sus labios cada rastro de miedo que Natalie pueda sentir, quiere hacerla sentir segura, deseada y suya, pero el miedo siempre está ahí, en esas lágrimas que siempre se acumulan en los ojos de Natalie cuando está cerca del orgasmo.

Cuando Natalie se corre contra su boca, Grace sube y se tumba a su lado, pasándole los dedos por la cara, limpiando sus lágrimas mientras observa sus labios temblorosos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice Grace con tono suave.

Natalie se pasa sus propios dedos por debajo de los párpados y ladea la cabeza para mirarla.

—Dime.

—¿Te pasa siempre? —Grace arrastra otra de sus lágrimas y le muestra la yema mojada de su dedo—. Me refiero a que, bueno, a mí me pasa alguna vez cuando estoy demasiado sensible o preocupada por algo, pero a ti te pasa todas las veces. Y me preocupa.

Natalie se queda callada unos segundos, sin saber qué responder.

—Solo te pasa conmigo, ¿no? —pregunta Grace.

—Tan seguido, sí —contesta Natalie—, pero no has de preocuparte —Natalie se gira hacia ella y le pasa el dorso de la mano por la mejilla—. No es por ti, es la situación. No consigo controlar los nervios, voy acumulando tensión y cuando lo hacemos acabo colapsando. No lo puedo controlar.

—Quizá sea bueno que los nervios te salgan por algún sitio —murmura Grace, besándole la frente—. Mejor un orgasmo que una crisis histérica.

—Desde luego —concuerda Natalie.

—Me estoy enamorando de ti, Natalie —Grace lo dice con tanta seriedad, que Natalie la mira boquiabierta.

El silencio que sigue a su declaración es tan intenso, que Grace contiene la respiración pensando que se ha pasado.

—Creo que yo también, Grace —confiesa Natalie, y su voz es un susurro vulnerable y tembloroso que golpea a Grace directamente en el centro del pecho.

La besa de nuevo, sonriendo y conteniendo sus propias lágrimas. Siente que ese es su sitio, que está donde tiene que estar, al lado de Natalie.

—Algún día tendremos que contárselo a mi madre —dice, con una naturalidad que a ella misma le sorprende.

La reacción de Natalie es inmediata. Su cuerpo se vuelve a poner rígido como una tabla y todo el calor y la suavidad que había entre ellas se evapora en un instante. Se aparta de Grace, sentándose en el borde de la cama, con la espalda recta y los pies en el suelo, girada hacia ella.

—Ni se te ocurra, Grace.

La frialdad de su tono es como un jarro de agua fría.

—No digo ahora —aclara Grace, incorporándose también—. Simplemente, hacerlo poco a poco. Ya sé que da miedo, pero no podemos escondernos de ella para siempre, y te ahorraría mucho estrés saber que la tenemos de nuestro lado.

Las cejas de Natalie se disparan hacia su pelo.

—¿De nuestro lado? Tu madre no lo aceptará, Grace, y lo sabes. Va contra las normas, y las normas son sagradas para ella.

—Tal vez, pero soy su hija. ¿Qué va a hacer? ¿Delatarme?

Natalie simplemente la mira, y Grace se muerde el labio cuando comprende que ha tenido una idea muy mala.

—Tienes razón, me he puesto muy blanda con esto de las confesiones —dice con una mueca culpable—. Es mejor que siga sin saber nada. Lo siento.

Grace se arrastra hacia ella y Natalie simplemente la abraza con fuerza y hunde la cara en su cuello. Sabe que se ha metido en la boca del lobo por completo, pero estar con Grace lo compensa, aunque esté convencida de que el lobo la va a devorar.

CAPÍTULO 30

El profesor Thompson es un hombre de rutinas. Cada mañana, llega a la universidad a la misma hora, aparca en la misma plaza y se prepara un té en la sala de profesores con la misma bolsita de una marca que solo él parece apreciar, pero desde hace unas semanas, ha añadido una nueva actividad a su metódica existencia, una que le produce un cosquilleo de emoción que no ha sentido desde que defendió su tesis doctoral: la observación.

Todo comenzó con una puerta que se cierra y una mirada. La puerta del despacho de la consejera Dumont y la mirada del propio Thompson que, por pura casualidad, coincidió con la salida de Grace Morley. No fue la visita en sí lo que le llamó la atención, sino la atmósfera que apreció en el ambiente. El pelo revuelto de la chica, sus labios ligeramente hinchados y, sobre todo, la expresión desorientada y casi febril de Natalie Dumont, que trató de mostrarse fría y eficiente como siempre ante él y casi lo consiguió, pero falló.

Thompson, cuyo olfato para el escándalo es tan agudo como su ambición, supo en ese momento que había tropezado con algo. Algo de valor. Desde entonces, ha dedicado sus horas libres, esos huecos entre clases de filología clásica y reuniones de departamento, a documentar los movimientos de la hija de la rectora. No es un espía

profesional, solo un académico con demasiado tiempo libre, un resentimiento latente hacia los que ascienden sin, a su juicio, el mérito suficiente, y un cuaderno de notas donde apunta fechas, horas y lugares de asuntos que no deberían ser de su incumbencia.

Sus observaciones, al principio, son circunstanciales. Grace entrando en el despacho de Natalie. Grace saliendo. Encuentros casuales en la cafetería que duran demasiado poco como para ser una cita, pero demasiado como para ser un simple saludo. Thompson sabe que no es suficiente. Necesita algo más, una prueba que no pueda ser rebatida como una simple coincidencia o una relación profesional demasiado afectuosa.

Y la prueba llega un lunes por la mañana. Es temprano, apenas pasa de las siete y media. Thompson ha decidido empezar su jornada antes de lo habitual para preparar una clase y, mientras conduce hacia el campus, pasa por la calle donde vive la consejera Dumont. La conoce porque una vez tuvo que llevarle unos documentos urgentes a su apartamento por orden expresa de la rectora. Y es ahí cuando su suerte cambia. Natalie Dumont y Grace Morley saliendo juntas del portal. No se tocan, no se besan, pero caminan con una cercanía que no deja lugar a dudas. Natalie le dice algo a Grace y esta se ríe a carcajadas mientras la consejera la observa con una sonrisa y ojos de enamorada.

Enamorada. Thompson siente un cosquilleo repentino en la boca del estómago. Es todo lo que necesita. Ahora es el momento de actuar. Se convence a sí mismo de que actúa por el bien de la institución, para proteger su integridad de conductas inapropiadas y, sobre todo, proteger a la rectora de su propia hija, sería un escándalo que acabaría con la reputación de la mujer que puede

darle el puesto que quiere, porque sabe que esa carpeta que ahora lleva bajo el brazo es una llave. Una llave que podría abrirle la puerta del despacho del vicerrector, un puesto al que aspira con un ansia que ya saborea. Presentarle este escándalo a Eleanor Morley, la guardiana de la tradición y el orden, es un servicio. Un acto de lealtad que, sin duda, será recompensado.

Con esa certeza, se dirige al despacho de la rectora y golpea la puerta con la seguridad de quien lleva en la mano un arma cargada.

—Adelante.

La voz de Eleanor es fría, como siempre. Thompson entra y se encuentra con la mirada impasible de la mujer que preside la universidad que él tanto ama.

—Rectora Morley, gracias por recibirme.

—Profesor Thompson —responde ella, sin molestarse en añadir nada más. Su tono es una invitación a que sea breve.

Este hombre la agota hasta el hartazgo, pero su cargo no le permite decirle lo que piensa.

—Vengo a hablarle de un asunto delicado —comienza él, sentándose sin que se lo hayan pedido mientras coloca la carpeta sobre la mesa—. Un asunto que atañe a la ética y al decoro de nuestra institución.

Eleanor arquea una ceja. Su mente, abotargada por el recuerdo de ella y Julia en su sofá, no es capaz de predecir lo que viene. La última vez se asustó, pero el profesor solo quería denunciar un posible caso de plagio y, por algún motivo estúpido, Eleanor piensa que los tiros van por el mismo sitio.

—Le escucho.

—Se trata de la consejera Dumont y de su hija, Grace.

El nombre de su hija hace que una corriente helada le recorra la espalda y su cuerpo se paralice, pero su expresión permanece inalterable porque no puede permitir que este hombre note que la ha cogido desprevenida.

—He observado —continúa Thompson, abriendo la carpeta mientras finge consultar sus notas, pero no lo necesita porque se lo sabe todo de memoria—, una relación entre ambas que excede los límites de lo profesional. Reuniones constantes, encuentros fuera del horario académico…

Menos de diez segundos, pero han sido suficientes para que Eleanor se recomponga y se prepare para responder.

—La señorita Dumont está ayudando a mi hija en su proceso de readaptación, como ya le dije —lo corta Eleanor, convertida en una ventisca helada—. Es una profesional competente y dedicada. Sus acusaciones son graves, profesor, espero que sea consciente de lo que está diciendo.

Thompson esperaba esa reacción. La negación y la defensa de una madre asustada. Es normal, pero él tiene su as en la manga.

—Comprendo su escepticismo, rectora. Yo también lo tendría si no fuera porque mis observaciones van más allá del campus. Esta misma mañana, a las siete y treinta y dos, he visto a su hija salir del edificio donde vive la consejera Dumont. Juntas, rectora Morley.

La frase cae sobre ella como una bomba. Eleanor no se mueve, tampoco parpadea, pero por dentro siente como si el suelo se estuviera abriendo bajo sus pies. El apartamento. El dato tan específico, la hora, el lugar… Es demasiado concreto para que se lo esté inventando, y él demasiado cobarde para arriesgarse con una mentira de esas proporciones.

—Gracias por su preocupación, profesor —dice finalmente, y su voz es tan cortante que Thompson siente un escalofrío—. Me ocuparé personalmente de este asunto. Ahora, si me disculpa, tengo una agenda muy apretada.

Es una orden clara de que la reunión ha terminado. Thompson se levanta, recoge su carpeta y se marcha con una sonrisa de satisfacción mal disimulada. Ha encendido la mecha y ahora solo tiene que esperar a que la bomba explote.

Eleanor se queda sola. El silencio del despacho la envuelve, pero su mente es un caos de furia y una náusea helada. La hipocresía de su propia situación la abofetea con una fuerza que hace que se ponga más rabiosa. ¿Qué se supone que ha de hacer? Ella, que hace apenas unas semanas se rindió al mismo impulso en ese mismo despacho, sobre ese mismo sofá de cuero, con Julia Bernet. Ella, que todavía siente el fantasma de los labios de Julia en su boca y el eco de sus propios gemidos ahogados.

Está enfadada. Las normas son claras y está obligada a actuar porque ese profesor tan inútil como trepa la ha puesto contra las cuerdas al poner los hechos en su conocimiento. Si no hace nada, la señalarán por favoritismo, por mirar hacia otro lado cuando se trata de su hija. Eleanor se muerde los labios y aprieta hasta que se hace un corte. ¿Cómo se atreve Thompson a entrar en su despacho y ponerla en esta situación?

Sabe que debe actuar de inmediato, pero no puede hacerlo basándose solo en su palabra. Necesita corroborarlo, la confirmación visual que acabe con cualquier atisbo de duda. Es una necesidad visceral, una extensión de su obsesión por el control.

Esa tarde, Eleanor no se queda hasta última hora como suele hacer. Sale de su despacho sintiéndose corrupta y se dirige hacia su coche. Conduce hasta una calle cercana a la facultad de Derecho y espera. Se siente como una espía de poca monta, una sensación que la humilla y alimenta su furia. Ve a Grace salir de su última clase, tecleando en su móvil mientras camina hacia el aparcamiento, ajena a la vigilancia de su propia madre.

Sigue su coche a una distancia prudencial. El corazón le late enfurecido y siente que en cada semáforo que se detiene, Grace levantará la vista y la verá unos cuantos coches por detrás. Nada de eso sucede, lo que sí sucede es que Grace no se dirige hacia su apartamento. Eleanor reza para que vaya al de su amiga Shelby, a un bar donde haya quedado con ella o a un maldito centro comercial, pero Grace aparca a pocos metros del edificio de Natalie Dumont, coge su mochila y se baja del coche. Su hija no duda, tampoco mira a su alrededor. Simplemente, camina hacia el portal con la naturalidad de quien llega a casa. Introduce un código en el portero automático y la puerta se abre, engullendo a Grace en el interior.

Eleanor se queda inmóvil al volante, con las manos aferradas con tanta fuerza que los nudillos se le han puesto blancos. No necesita verlas, ya no tiene ninguna duda de lo que pasa.

La rectora Morley no necesita más pruebas. Lo sabe. Sabe que Natalie Dumont se está acostando con su hija.

Arranca el coche consumida por una ira doble. La de la rectora que debe actuar y la de una madre asustada. ¿Cuántos años tiene Dumont? Su hija ni siquiera ha asentado la cabeza —o eso piensa ella— y esta mujer ya tiene un recorrido sentimental muy extenso.

Eso es lo que se repite una y otra vez mientras conduce hacia su casa, porque Eleanor necesita una culpable y ya le ha puesto nombre. Natalie Dumont.

CAPÍTULO 31

—¿Ni siquiera un café? —pregunta Natalie con el ceño fruncido, mientras Grace busca las llaves de su coche.

—Me lo tomo en casa de mi madre. Prefiero no hacerla esperar.

Natalie asiente, pero su cuerpo ya se ha convertido en un nudo de tensión.

El mensaje de Eleanor Morley ha llegado cuando Grace estaba saliendo de la ducha. Un texto corto, directo y tan gélido como la propia madre de Grace.

Necesito que hablemos de algo antes de ir al campus. Ven a casa. Es importante.

Ni un «hola», ni un «por favor». Solo una orden. Grace le ha restado importancia ante la cara de terror de Natalie, pero ella también está nerviosa. Su madre nunca la cita con esa urgencia a no ser que el asunto sea grave. Por un momento, ha pensado que podría tratarse de una emergencia familiar, un problema con la casa o algo relacionado con el testamento de su padre que todavía colea, pero su instinto, esa voz interna que rara vez se equivoca, le dice que no. Esto es sobre ella.

—Llámame, ¿vale? —murmura Natalie cuando Grace se acerca y le da un beso en los labios.

—Sí, tranquila. En cuanto sepa lo que quiere te lo diré, pero no te agobies, es imposible que lo sepa. Seguro que es porque se ha cansado de que le dé evasivas cuando me invita a comer. A veces se pone así de dramática.

—Pues deberías hacerle más caso, no puedes descuidar a tu madre para estar conmigo —Natalie se cruza de brazos.

Grace pone los ojos en blanco. Ni que la relación con su madre fuera estrecha, pero sí que es cierto que, desde que está con Natalie, apenas le ha dedicado tiempo. La evita todo lo que puede porque teme que su madre la atraviese con una de esas miradas profundas suyas y descubra su secreto sin necesidad de preguntarle.

Mientras conduce por las calles de San Diego, su mente repasa todas las opciones que puedan ser una alternativa. ¿Se habrá metido en algún lío en el campus sin darse cuenta? ¿Habrá ofendido a un profesor con alguno de sus estúpidos comentarios mordaces? Imposible, esa era la Grace de hace seis años, la de ahora solo quiere terminar el curso, graduarse y seguir con su vida junto a Natalie.

El estómago se le retuerce conforme se acerca a casa de su madre. En el fondo, Grace sabe a lo que va, pero se dice que su madre no puede saberlo. Es imposible. Han sido cuidadosas y nadie las ha visto. Grace se repite esas frases como un mantra, pero el nudo en su estómago no se deshace, al contrario, se aprieta más con cada kilómetro que la acerca a la casa de su infancia, a esa fortaleza de orden y silencio que su madre llama hogar.

Cuando aparca frente a la imponente fachada de estilo colonial, todo parece exactamente igual que siempre. El césped está perfectamente cortado, los rosales podados y no hay ni una sola

hoja fuera de lugar en el camino de entrada. Es el reflejo perfecto de su madre: una superficie impecable que esconde un interior donde no hay espacio para el desorden.

La puerta se abre antes de que Grace tenga tiempo de llamar. Eleanor está de pie en el umbral, imponente. Su pelo está recogido en su habitual moño perfecto y su rostro está tenso en una mueca de contención. No hay ni una sola emoción en su mirada, y eso es lo que más aterroriza a Grace. La ira de su madre no es un fuego de los que queman, es un hielo que congela.

—Pasa —dice Eleanor con voz plana.

Grace entra en la casa y el silencio la golpea. Siempre es así. Un silencio pesado, como si cualquier ruido pudiera romper la estructura de orden que su madre ha construido. La sigue hacia el salón notando cómo el nudo del estómago le sube a la garganta. No es bueno, sea lo que sea, acabará en discusión.

Eleanor no se sienta. Se queda de pie junto a la chimenea apagada, con los brazos cruzados, esperando. Grace se deja caer en el sofá en un acto de rebeldía inconsciente que irrita más a su madre.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta, intentando no mostrar su nerviosismo.

Eleanor la mira y, por primera vez, Grace ve algo diferente en sus ojos que no sabe cómo interpretar. Una fisura en ese verde helado que le pone la piel de gallina.

—Háblame de tus reuniones con la consejera Dumont.

Grace siente que el corazón le da un vuelco, pero mantiene la calma.

—¿Mis reuniones? No sé qué quieres que te diga, me ayuda con la adaptación.

—¿Durante todo un semestre? —cuestiona Eleanor, arqueando una ceja.

Grace se tensa, pero no aparta la mirada. Sabe que cualquier signo de debilidad será interpretado por su madre como una confesión.

—Me está costando más de lo que debería, supongo.

—Supones… —la risa sarcástica de Eleanor es un sonido seco—. ¿Necesitas ayuda para adaptarte o necesitas una excusa para pasar tiempo a solas con ella en su despacho?

Ya está. Lo sabe. Grace no sabe cómo, pero su madre lo sabe. El nudo en su estómago se evapora y se convierte en adrenalina pura recorriéndole las venas. Se acabaron las mentiras. Se acabó el esconderse, eso solo ofenderá más a su madre.

—¿Y qué pasa si es así? —responde desafiante, convertida en esa hija rebelde que saca de quicio a la rectora.

A Eleanor el corazón le palpita en las sienes.

—Así que lo admites.

—No tengo nada que admitir —dice Grace, poniéndose en pie—. No estoy haciendo nada malo.

—¿No haces nada malo? —repite Eleanor, asombrada ante la estupidez de su hija—. Estás involucrada con una empleada de la universidad, Grace. Una mujer que ocupa un cargo de autoridad. Una mujer que te saca quince años. ¿Te parece que eso no es nada malo?

—¡No estoy involucrada, mamá! —estalla Grace, incapaz de contenerse—. Salgo con ella, tenemos una relación seria y la quiero.

¿Entiendes esa palabra? La quiero.

La palabra es como una bofetada para Eleanor, que mira a su hija como si le hablara en un idioma desconocido.

—No seas ridícula, por favor. No sabes lo que es querer. Lo tuyo es un capricho, una fase, como todas las demás. Una forma de rebelarte contra mí —escupe Eleanor, sin saber cómo tener esta conversación con su hija.

—¡No todo gira en torno a ti! —grita Grace, sintiendo que las lágrimas de rabia le queman los ojos—. Esto no tiene nada que ver contigo. Tiene que ver conmigo y con Natalie. Con lo que sentimos. Es la primera vez en mucho tiempo que soy feliz, ¿no te importa eso?

—Lo que me importa es la reputación de esta familia y de la universidad que dirijo —ruge Eleanor, dando un paso hacia ella—. Y no voy a permitir que tú y esa mujerzuela lo echéis todo por tierra.

Mujerzuela. Grace intenta calmarse, una parte de ella sabe que no puede seguir provocando a su madre, que debe encontrar la forma de hablar con ella de manera civilizada si quiere proteger a Natalie, pero le resulta imposible.

—No te atrevas a hablar así de ella. No la conoces —sisea Grace.

—La conozco lo suficiente. Sé que es una empleada que ha roto todas las normas éticas de su profesión. Y te aseguro, Grace, que tomaré medidas.

El tono de Eleanor vuelve a ser gélido, pero ahora está cargado de una amenaza que a Grace le hiela la sangre.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que debo hacer. Dumont va a cogerse una baja. Una muy larga, mientras el comité disciplinario decide qué hacer con su

expediente. Con un poco de suerte, no volverá a trabajar en ninguna institución académica en su vida.

Grace la mira, horrorizada. No es una amenaza vacía porque su madre nunca habla por hablar. Sabe que es capaz de hacerlo. Sabe que tiene el poder y la crueldad necesarios para destruir la carrera de Natalie sin pestañear, y Eleanor Morley ahora mismo está fuera de sí.

—No puedes hacer eso.

—Puedo y lo haré, Grace. A menos que termines con esta ridiculez ahora mismo.

Es un ultimátum. La carrera de Natalie a cambio de su felicidad. Y en ese momento, algo dentro de Grace se rompe. Toda la pena, la frustración y la rabia acumuladas durante años de incomprensión explotan.

—Eres increíble —susurra, con la voz temblando de pura furia—. Eres capaz de destruir la vida de una persona inocente solo porque no soportas que yo sea feliz.

Eleanor jamás se ha sentido más mezquina que ahora, pero no se le ocurre otra manera de hacer esto.

—Siempre he querido tu felicidad. Solo te estoy protegiendo de ti misma.

—¡No me estás protegiendo! —grita Grace, incapaz de contener las lágrimas que se derraman por sus mejillas—. ¡Me estás castigando! Me castigas por no ser la hija perfecta que siempre has querido. Me castigas por ser quien soy. ¡Nunca lo has aceptado, mamá! ¡Nunca has aceptado que me gusten las mujeres!

La acusación es tan directa y devastadora, que Eleanor retrocede como si la hubieran golpeado. Su rostro palidece y, por un

instante, Grace ve a una mujer asustada y perdida debajo de la mirada pétrea de la rectora, pero es solo un instante. La máscara de crueldad vuelve a su sitio, más dura e impenetrable que nunca.

—Se acabó la discusión —espeta Eleanor, mirando su reloj—. Tienes hasta el final del día para hablar con ella. Si no lo haces, atente a las consecuencias.

Se da la vuelta y camina hacia la puerta, dejando a Grace sola en medio del salón. Su figura rígida desaparece por el pasillo y el sonido de la puerta principal al cerrarse es como un martillazo en el corazón de Grace.

Se queda inmóvil, temblando de pies a cabeza, con el eco de las palabras de su madre rebotando en la cabeza. El pánico la invade, un pánico frío y paralizante. No por ella, sino por Natalie. Tiene que advertirla. Tiene que protegerla, y se siente completamente perdida porque no sabe cómo hacerlo.

Con las manos temblorosas, saca el móvil del bolsillo, busca el nombre de Natalie y pulsa el botón de llamada, llevándose el teléfono a la oreja mientras el corazón le martillea en el pecho con una velocidad que la está mareando.

—Dime, cariño.

Cariño. Es la primera vez que Natalie se dirige a ella de esa manera y Grace siente que se desgarra por dentro. Aparta el teléfono un momento y se pasa los dedos por los ojos mientras se sorbe la nariz.

—¿Grace? —dice Natalie, sintiendo una punzada de ansiedad atravesarla.

—Lo sabe —solloza Grace—. No sé cómo, Natalie, pero lo sabe.

Sorprendentemente, Natalie se mantiene entera, encajando la noticia con una frialdad que ni ella misma se espera. Quizá tanta ansiedad le ha servido para estar preparada para cuando llegara este momento, porque ella sabía que pasaría, que ella y Grace no iban a tener tanta suerte como tuvieron Brooke y Harper.

—¿Dónde estás? ¿Estás sola? —pregunta Natalie.

—Sí, todavía estoy en su casa —responde Grace, atravesada por un hipido.

A Natalie le gustaría poder ir a buscarla, sacarla de esa casa, abrazarla y quedarse con ella todo el día, pero acaba de entrar a su despacho y tiene unas obligaciones que cumplir.

—Tranquilízate, Grace. Bebe un poco de agua y cuando te sientas mejor, vete a casa. No vengas hoy a la universidad.

—¿Cómo voy a tranquilizarme, Natalie? —pregunta frustrada.

Natalie se sienta en su silla y apoya los codos en la mesa mientras mira hacia la puerta.

—Me ha dado un ultimátum —explica Grace—. O hablo contigo y acabamos con esto, o acaba con tu carrera hoy mismo.

Grace se queda quieta, esperando el suspiro entrecortado de Natalie o un lamento que le diga que ya se lo advirtió, pero no escucha ni una cosa ni la otra, solo una pregunta que la deja desconcertada.

—¿Y tú qué quieres hacer?

—¿Perdón? —dice Grace, confundida—. Creo que no me has entendido, no se trata de lo que quiero, se trata de…

—Te he entendido perfectamente —la interrumpe Natalie, con una serenidad que logra que Grace deje de llorar—, y ahora sí que se trata de lo que quieres hacer, porque yo necesito saberlo.

—No… No te entiendo —tartamudea Grace—. ¿A qué te refieres exactamente con lo que quiero hacer?

—¿Quieres que lo dejemos?

Natalie es directa como un disparo, y Grace siente que se le abre un agujero en el centro del pecho solo de pensarlo.

—No, joder, claro que no, pero mi madre…

—Olvida a tu madre, Grace. Solo repítelo una vez más para que me quede claro. ¿Quieres que lo dejemos?

—No, no quiero.

—Bien. Entonces vete a casa y espérame allí, yo me ocupo de tu madre.

Los labios de Grace se abren, temblorosos.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que tengo que hacer. Vete a casa, cariño. Te veo después.

Natalie cuelga y Grace se queda inmóvil, mirando la pantalla del teléfono, aterrorizada. Todavía tiembla demasiado como para conducir, así que se desplaza por la lista de contactos hasta que encuentra el de Shelby, necesita desahogarse con su amiga.

CAPÍTULO 32

Natalie todavía tiene la mirada fija en la pantalla de su móvil, donde aparece el nombre de Grace. Los sollozos y la angustia de su tono cuando le ha contado que su madre lo sabía todavía le retumban por la cabeza. Natalie debería haber sentido pánico cuando Grace se lo ha confirmado, pero, al parecer, la ansiedad de todos estos meses la ha preparado para esto y ahora está sorprendentemente tranquila.

Ya no se tiene que esconder, lo peor que podía pasar ya ha pasado y ya no hay espacio para el miedo. Ahora solo puede actuar y, con la mente despejada de esa nebulosa de ansiedad que la consumía, se levanta de la silla convertida en Natalie Dumont, no en la novia asustada de Grace Morley.

Se alisa la blusa y sale del despacho, caminando con seguridad hacia el despacho de Eleanor Morley.

La asistente de la rectora levanta la cabeza de su pantalla y la observa cuando se planta delante.

—Buenos días, consejera Dumont. ¿La rectora la espera? —pregunta desconcertada, porque no tiene constancia de que sea así.

—No, pero me hará un favor si le dice que estoy aquí, estoy segura de que me recibirá —responde Natalie con una calma peligrosa.

La mujer descuelga el teléfono, anuncia la presencia de la consejera y cuelga en menos de cinco segundos.

—Puede pasar —dice, y Natalie le dedica una sonrisa tensa.

Se dirige hacia la puerta y, cuando abre y accede al interior, se encuentra con la mirada helada de Eleanor, pero también con cierta expresión de sorpresa que la rectora no puede contener. No se esperaba esta visita, estaba segura de que sería Grace la que vendría a decirle que han decidido acabar con lo que sea que tienen.

Eleanor se levanta, rodea su mesa y camina hacia la entrada. Natalie la observa sin saber muy bien qué esperar de ese movimiento, y se sorprende cuando la rectora cierra la puerta en lugar de ordenarle que lo haga ella.

—Supongo que ha hablado con Grace —dice Eleanor, girándose hacia ella.

Su tono es seco y su expresión corporal intimidante. Eleanor se ha quedado a unos cuantos pasos de Natalie, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras la mira fijamente. Cualquiera en la posición de Natalie estaría nerviosa, deseando salir de ese despacho o simplemente decir cualquier cosa para agradar a esa mujer, pero Natalie no. El miedo se ha evaporado por completo y su postura es tan desafiante como la de la propia Eleanor. Tiene la espalda recta, las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada clavada en los ojos verdes de la rectora. Son idénticos a los de Grace, solo que en los de Grace siempre hay calidez y en los de su madre frialdad.

—Sí —responde Natalie con una serenidad que desconcierta a la rectora—. Y no lo vamos a dejar.

Eleanor parpadea. La respuesta la coge tan desprevenida que, por un momento, se queda sin palabras. No esperaba súplicas o

lágrimas por parte de Natalie Dumont, pero sí un intento de negociación, no esta declaración de guerra.

—¿Perdón? ¿Cómo ha dicho?

—Ya me ha escuchado, rectora Morley —sisea Natalie.

La mandíbula de Eleanor se tensa y da un paso hacia delante, con la intención de asegurarse de que Natalie la escucha perfectamente.

—Creo que no es consciente de su situación, Dumont. Si no pone fin a esta relación o lo que sea que tiene con mi hija —sus hombros se tensan y hace un leve movimiento antes de seguir—, me veré obligada a informar al comité ético. Entiendo que mi hija, en su juventud e imprudencia, no tiene mucho que perder y puede permitirse estos escándalos, pero usted debería ser más lista. Debería hacer lo que debe. Así que le sugiero que medite su decisión y vuelva más tarde con una respuesta más sensata.

Natalie esboza una media sonrisa, una que no llega a sus ojos, pero hace que los de Eleanor se abran mucho.

—No tengo nada que pensar, señora Morley. Quiero a Grace y no voy a renunciar a ella porque usted me amenace. Me enfrentaré a lo que haga falta —Natalie hace una pausa, y su voz, aunque es serena, se afila como la hoja de una katana—. Y si me permite la opinión, Grace no es la chica inmadura e imprudente que usted se imagina. Lo sabría si, en lugar de imponerle su voluntad, se molestara en preguntarle qué es lo que quiere y la apoyara.

El golpe da en el blanco. Eleanor retrocede un paso como si la hubieran abofeteado. No ha tratado mucho con Natalie, pero siempre ha tenido la sensación de que es una mujer con carácter, de las que no se amedrentan, y acaba de confirmárselo con este

atrevimiento. Ahora se siente atrapada, furiosa porque esta mujer no solo ha seducido a su hija, sino que ahora se atreve a darle lecciones de maternidad y, aun así, Eleanor no quiere echarla, no quiere enfrentarla al comité y desatar un escándalo que la salpicará a ella también, pero no le están dejando otra opción.

Se da la vuelta y camina hacia la ventana, dándole la espalda a Natalie. Necesita un segundo para pensar, para encontrar una salida que le permita mantener el control.

—Coja una baja —dice finalmente, sin girarse, con la mirada perdida en el campus—. Una baja indefinida hasta que todo esto se aclare.

Natalie siente una punzada helada en el estómago, consciente de lo que significan esas palabras.

—¿Se refiere hasta que el comité acabe con mi carrera?

—Me refiero a que coja una baja —repite Eleanor, girándose de golpe con expresión impasible—. No soy la única que sabe lo suyo con Grace. Si sigue aquí, solo agravará una situación que ya es muy delicada para usted.

Natalie asiente con lentitud, turbada. Este es su final. Era consciente de las consecuencias cuando decidió seguir adelante, cuando decidió que el miedo a perder a Grace era más grande que el miedo a perder su trabajo. Por dentro, se siente hundida, como si un peso enorme le aplastara el pecho, pero su expresión no lo delata. Mantiene la cabeza alta y la mirada fija en la mujer que tiene delante. No le dará a Eleanor Morley la satisfacción de verla rota.

—Como usted ordene, rectora —dice y se da la vuelta.

Sale del despacho sin decir una palabra más, dejando a Eleanor sola con su victoria amarga. Una vez en el pasillo, el aire vuelve a

sus pulmones y exhala un suspiro tembloroso.

Natalie saca el móvil, marca el número de Grace y se lo lleva a la oreja mientras camina hacia la salida.

—Salgo ahora del campus, nos vemos en mi apartamento —dice, y cuelga sin añadir nada más porque necesita estos minutos para asimilar lo que se le viene encima.

Cuando llega a su apartamento y abre la puerta, encuentra a Grace sentada en el sofá, con los ojos hinchados, la cara roja y expresión derrotada.

—Ven —susurra Natalie, ofreciéndole una mano para que se levante.

Grace casi la tira al suelo cuando se aferra a ella en un abrazo tan fuerte que, al principio, Natalie no puede respirar.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho? ¿Por qué no estás en el campus? —pregunta Grace como una ametralladora.

Natalie le pide que se siente y ella hace lo mismo a su lado, sin soltarle la mano, y le cuenta toda la conversación que ha tenido con su madre.

—¿Te has vuelto loca? —se exalta Grace—. No deberías haberte enfrentado a ella. Deberías haberme dejado a mí, yo…

Natalie la abraza con fuerza, hundiendo la cara en su pelo, aspirando su olor en un intento de calmar el temblor que todavía recorre su propio cuerpo. La aparta con suavidad para mirarla a los ojos, acunando su cara entre las manos.

—Sí que estoy loca. Estoy loca por ti, Grace Morley —dice con un susurro ronco.

A Grace se le escapa un sollozo ahogado, una mezcla de emoción y desesperación que no sabe cómo manejar en ese

momento.

—Pero vas a perder tu carrera, Natalie —susurra, llevándose las manos a la cabeza—. Destrozarán tu reputación y no podrás volver a trabajar como consejera en ningún sitio.

—Me reinventaré —responde Natalie con calma, tratando de transmitirle un poco de confianza a Grace—. Buscaré otra cosa que me guste. Encontraré algo, cariño, no te preocupes.

Grace la mira con los ojos anegados en lágrimas. Vuelve a tener frente a ella a la mujer valiente y decidida que siempre ha sido Natalie, pero se siente culpable. Si ella no hubiera aparecido en su vida, Natalie seguiría conservando su carrera.

—Es culpa mía —susurra aturdida.

Natalie ladea la cabeza y tuerce una sonrisa.

—¿Qué es culpa tuya, Grace?

Ella encoge los hombros y suspira.

—Todo esto. Si no me hubiera empeñado en conquistarte…

—No estaríamos aquí ahora —la corta Natalie—. Y yo quiero estar aquí. ¿Qué quieres tú?

Grace recobra la serenidad cuando enfoca esos ojos azules y solo encuentra calma.

—A ti —sonríe, y Natalie la abraza.

CAPÍTULO 33

—Abrázame —susurra Julia, todavía jadeante, con la cara hundida en el hueco entre el cuello y el hombro de Eleanor.

Está sentada sobre ella a horcajadas, en su cama, en la habitación de Eleanor Morley, y acaba de correrse. Eleanor mueve la mano que tiene entre sus piernas y retira los dedos del interior de Julia con delicadeza, abrazándola con tantas ganas que hasta el pecho se le encoge.

Se quedan así hasta que la respiración de Julia se normaliza y, despacio, se retira para poder mirar a Eleanor a la cara.

—Estás a kilómetros de aquí —dice en voz baja, arrastrando el pelo de Eleanor detrás de sus hombros—. ¿Qué te pasa?

—Nada —responde Eleanor, pero no suena nada convincente.

—Vale, si no me lo quieres contar, no me lo cuentes —dice Julia, moviéndose hacia un lado, pero Eleanor la retiene.

No quiere que se aleje. Aunque las piernas se le están entumeciendo, le gusta sentir el peso de Julia sobre ella, la calidez de su cuerpo, la electricidad que fluye entre ellas. Eso le da calma.

—No te vayas —dice, entrelazando sus dedos con los de la profesora.

—¿Y qué hago? ¿Te observo mientras miras la pared? —Julia levanta una ceja y Eleanor la mira, haciendo una mueca con los labios.

—Mi hija está en una de tus clases, ¿verdad? —pregunta Eleanor para asegurarse de que Julia la conoce.

Ella frunce el ceño.

—Sí, ¿por qué?

—Tiene un lío con la consejera Dumont —suelta Eleanor sin titubear.

La primera reacción de Julia es el silencio. De todas las cosas que Eleanor podía contarle, esta es la última que se hubiera imaginado. Si ya es difícil para su amante aceptar esa especie de relación secreta que ellas tienen —que va en contra de sus principios — descubrir que su hija tiene otra debe de haberla desconcertado por completo.

—¿Qué clase de lío tienen? —pregunta Julia, tratando de comprender toda la situación.

—No se lo he preguntado.

Eleanor le resume su enfrentamiento con Grace, lo que le ha pedido a su hija que hiciera y lo que se ha encontrado después con la visita de Natalie Dumont en su despacho. Julia la escucha, congelada sobre sus piernas.

—He actuado en consecuencia y le he exigido a Dumont que se coja una baja indefinida. Tengo que pasar el asunto al comité ético —recita Eleanor, con la mirada fija en sus manos.

Julia le suelta la mano mientras la mira, incrédula. Se aparta con brusquedad y sale de la cama, quedándose desnuda frente a Eleanor.

—No lo entiendo —dice, entornando la mirada—. ¿Me estás diciendo que le has pedido eso a Dumont mientras estás aquí conmigo haciendo lo mismo que hacen ellas?

A Julia le parece tan surreal, que le cuesta procesar la información. Eleanor se cubre con la sábana, como si de repente su propia desnudez le diera vergüenza.

—Son situaciones completamente distintas —responde con hartazgo—. A nosotras no nos han delatado. Ellas han sido descuidadas, se han expuesto y ahora no puedo hacer nada. Me informó un miembro del profesorado: ¿qué hago? ¿Lo ignoro? ¿Le digo que no pasa nada porque Grace es mi hija? Mi obligación como rectora es actuar.

—¿Tu obligación? —Julia no se puede creer lo que escucha—. ¿De verdad eres tan hipócrita como para castigar a Dumont por hacer exactamente lo mismo que haces tú?

—¡No es lo mismo, Julia! —se exaspera Eleanor, saliendo también de la cama.

Se acerca al armario y coge una camiseta, cubriendo parte de su cuerpo antes de apoyarse contra la cómoda.

—Te lo he dicho, las han descubierto, no es culpa mía que hayan sido tan imprudentes.

—Claro que es tu culpa —suelta Julia, dejando a Eleanor desconcertada—. Es tu culpa por no ver más allá de las malditas normas. ¿Te has parado a pensar en tu hija? ¿En cómo le afectará lo que has hecho?

Eleanor aprieta la mandíbula y se aferra con fuerza al borde de la cajonera.

—La opinión de mi hija no es relevante en este asunto —ruge Eleanor—. Soy la rectora, maldita sea. Tengo que velar por la institución y proteger su integridad. He actuado como debía.

—Has actuado como una cobarde —la acusa Julia, envenenada por la rabia—. La opinión de tu hija debería ser lo único que te importara en este asunto. Si Dumont ha estado dispuesta a enfrentarse a ti antes que dejar a Grace, es porque lo de ellas va completamente en serio. A tu hija le va a doler el doble lo que has hecho, Eleanor. Le dolerá por Dumont y le dolerá porque la que le está clavando el puñal es su propia madre.

Eleanor está mareada. El sexo la ha dejado débil y la tensión sobre este asunto le está absorbiendo la poca energía que le queda.

—No te atrevas a juzgar mi posición como madre. Solo he hecho lo que debía porque las circunstancias me han empujado a ello.

Julia la mira durante unos segundos antes de moverse y empezar a vestirse.

—Sigo pensando que eres una cobarde —espeta sin mirarla, con una frialdad impropia de ella que a Eleanor le congela la sangre—. Si te permitieras sentir en lugar de estar siempre analizando, a lo mejor entenderías que pedirle a tu propia hija que rompa con la mujer a la que quiere, ha sido como pedirle que se arrancara un brazo.

Por primera vez en mucho tiempo, la angustia estrangula a Eleanor Morley, sintiendo un nudo en la garganta tan apretado, que no puede tragar.

—Vete —susurra, con la mirada clavada en sus pies.

—Claro, échame. Eso es lo único que sabes hacer, alejar a todo el mundo —dice Julia, atándose las zapatillas.

—Vete y no vuelvas —insiste Eleanor.

A pesar de su crueldad, la voz le tiembla al hablar y Julia levanta la mirada. Ve con una mezcla de sorpresa, compasión y rabia, el temblor en la barbilla de Eleanor, la rigidez de sus hombros, los nudillos blancos y su expresión ausente. Siente el impulso de acercarse y abrazarla, pero lo ignora. Eleanor tiene que enfrentarse a su propia realidad de una vez y, hasta que no lo haga, Julia no volverá a acercarse.

—Estás desperdiciando tu vida, Eleanor —dice Julia con la voz frágil y quebrada—. Y destrozando la de tu hija por el camino, y todo por miedo. Espero que algún día te des cuenta de que todas esas barreras que insistes en mantener levantadas, no te están protegiendo de nada, solo te aíslan.

Sin añadir nada más, Julia sale de la habitación y lo último que Eleanor escucha antes de dejar que su cuerpo se deslice hacia el suelo, es el sonido de la puerta al cerrarse. Se abraza a sí misma, temblando de arriba abajo sin sentir nada de frío, solo siente soledad, una soledad tan profunda que la está consumiendo. Su intención era encontrar una manera de acercarse a Grace, y sabe que lo que ha hecho la ha alejado del todo, y a Julia también.

CAPÍTULO 34

Eleanor aparca en la misma calle de La Jolla, pero esta vez no vacila a la hora de caminar hacia la casa donde Amanda Lamond tiene su consulta de terapia. Canceló su anterior cita porque creyó que no la necesitaba, que había tenido suficiente, pero desde que Julia se marchó de su casa hace un par de días y Grace no le coge el teléfono, Eleanor tiene un zumbido en el oído izquierdo que le atraviesa el tímpano y se le clava en el cerebro.

—Señora Morley, adelante —dice la doctora Lamond.

En esta ocasión no tiene que esperar, cuando entra, la casa está vacía y la doctora la guía directamente hacia la consulta.

Eleanor se sienta en el mismo sillón que la otra vez, pero su cuerpo ya no está en el borde, tenso como un alambre. Ahora se hunde contra el respaldo, dejando que el peso de su cuerpo caiga por primera vez en días.

—No vengo en nombre de ninguna amiga —espeta de pronto, cuando Lamond todavía se está sentando.

La doctora asiente, sin cambiar su expresión.

—Lo sé, y me alegro de que ya esté lista para hablar de usted. ¿Cómo se encuentra?

Eleanor siente un nudo en la garganta y tiene que tragar saliva dos veces antes de poder hablar.

—Se ha marchado —susurra, con la mirada fija en algún punto de la alfombra—. La mujer de la que le hablé. La he echado.

Describe la confrontación con Julia, la discusión, la forma en que sus propias palabras, tan frías y cortantes, se convirtieron en un arma que la ha dejado sola. Habla del vacío que siente, de la ausencia de esa calidez que, sin darse cuenta, se había vuelto necesaria para ella.

—Y después está mi hija —continúa, con la voz quebrada por una mezcla de rabia y vergüenza—. Descubrí que tenía una relación con una de mis empleadas.

Eleanor levanta la vista, esperando ver un atisbo de juicio en los ojos de la terapeuta, pero solo encuentra una atención serena que la pone más nerviosa.

—Le di un ultimátum. La amenacé con destruir la carrera de esa mujer si no terminaba la relación. Fui… —se detiene, la palabra le quema en la lengua—, hipócrita.

—¿Por qué se siente así? —pregunta Amanda con suavidad.

—Porque yo estaba haciendo lo mismo —confiesa, y se siente sucia cuando lo admite en voz alta—. Mientras la juzgaba a ella, yo me estaba acostando con la profesora Bernet. Le exigía a mi hija un control que yo misma había perdido por completo.

La doctora Lamond se inclina un poco hacia delante.

—¿Por qué no me habla de sus padres? ¿Cómo era la relación en su casa con respecto a la afectividad, a la sexualidad?

La pregunta descoloca a Eleanor. Nadie le ha preguntado nunca por sus padres, salvo su hija Grace, y a ella siempre le ha contado la

versión corta y fácil. Para el resto del mundo, Eleanor Morley simplemente existe, es una fuerza de la naturaleza sin un origen aparente.

—Mi padre era un hombre de principios —dice, eligiendo las palabras con cuidado—. Estricto. Creía en el orden y en la disciplina. El mundo para él era blanco o negro, correcto o incorrecto. No había espacio para las ambigüedades.

—¿Y su madre?

Las aletas de la nariz de Eleanor se expanden cuando trata de coger más aire del que realmente puede.

—Mi madre era silenciosa. Se movía por la casa como una sombra, asegurándose de que el orden de mi padre nunca fuera perturbado. Su principal función era ser invisible.

Se queda atónita por la facilidad con la que las palabras han salido de su boca. Entonces, un recuerdo nítido y doloroso aparece de repente en su cabeza. Tiene quince años. Está en su habitación, sentada en el suelo con Clara, su mejor amiga. Se ríen en susurros, compartiendo secretos que solo ellas entienden, como cualquier adolescente. Hay una cercanía entre ellas y una electricidad que Eleanor no comprende, pero que la hace sentir viva. Sus manos se rozan al pasarse un libro y el contacto es como una pequeña descarga. Se miran, y en los ojos de Clara ve el mismo desconcierto y la misma curiosidad que siente ella. Entonces Clara levanta una mano temblorosa y la acerca a la mejilla de Eleanor. Ella está quieta, expectante y alterada, eufórica cuando ve que Clara está acercando sus labios a los de ella.

Una sombra la hace levantar la mirada y su corazón se detiene cuando ve la figura de su padre en el umbral. Eleanor tiene

prohibido cerrar su puerta cuando la visitan sus amigos, una de las muchas normas de su padre, y lo que ha surgido entre ellas ha sido tan repentino y desconcertante, que no ha estado atenta a los pasos en el pasillo.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta su padre, frío y autoritario, con la voz sonando como un latigazo.

—Nada, papá. Solo estudiamos —responde Eleanor, con el corazón martilleándole en el pecho.

—No quiero volver a ver a esta chica en mi casa —sentencia él, sin apartar la mirada de ellas—. Hay amistades que no son saludables, Eleanor. Amistades que corrompen.

Clara recoge sus cosas y se marcha sin decir una palabra, con la cara pálida y los ojos llenos de lágrimas. Eleanor no volverá a verla nunca más. Su madre, más tarde, entra en su habitación, le alisa la colcha de la cama y sale sin mirarla, sin decir nada. El silencio de su madre fue peor que la ira de su padre. Fue una confirmación de su vergüenza.

—Él pensó que nuestra amistad era inapropiada —termina Eleanor, con la voz convertida en un susurro áspero.

—Y ahora usted está repitiendo ese mismo patrón con su hija —señala la doctora Lamond con una calma que la rectora no soporta —. Está actuando como su padre, Eleanor. Utilizando el control y el juicio para reprimir algo que no comprende y que le asusta.

La verdad la golpea como si se hubiera dado de bruces contra una pared. Se ve a sí misma en el umbral de la habitación de su adolescencia, pero ahora es ella la que mira a Grace con ojos acusadores. Es ella la que dicta sentencias y la que impone un orden

que asfixia a cualquiera a su alrededor. Es ella la que se ha convertido en su padre.

Una oleada de náuseas la invade y tiene que cerrar los ojos. Se agarra a los reposabrazos del sillón y trata de contener el temblor de su cuerpo.

—¿Qué siente, Eleanor? —pregunta la doctora.

—Miedo —admite por fin, y se da cuenta de que es la confesión más sincera que ha hecho en su vida.

—¿Miedo de qué?

—De todo. De perder a mi hija. De perder el respeto. De ser juzgada. De que todo por lo que he trabajado se desmorone, y tengo miedo de ser feliz, porque no sé cómo se hace.

La doctora Lamond la deja respirar en ese silencio, permitiendo que el peso de su confesión se asiente en ella.

—¿Qué cree que pasaría si se permite amar a la profesora Bernet sin esconderse?

La mente de Eleanor se dispara, proyectando escenarios catastróficos. El consejo académico pidiendo su dimisión. Artículos en la prensa local sobre el escándalo en la universidad. La mirada de desprecio de sus colegas. La decepción en los ojos de su difunto marido si pudiera verla. El caos. La pérdida total del control.

—Perdería todo lo que soy —susurra, aterrorizada.

—Ahora pregúntese esto —dice Amanda, y su voz la ancla de nuevo al presente—. ¿Qué es lo que ya ha perdido por no permitírselo? Y después piense qué es lo que usted más valora y necesita.

La pregunta la deja sin aire. Piensa en Julia, en la calidez de su sonrisa, en la forma en que la miraba como si viera a la mujer que

se escondía debajo de la rectora. Piensa en el eco de su risa, en el placer de una conversación intelectual que no estaba contaminada por la jerarquía. Piensa en su cuerpo desnudo y en el sabor de sus labios.

Pero, sobre todo, piensa en Grace. En la distancia que las separa, en los años de conversaciones perdidas y en la incapacidad de abrazar a su propia hija sin sentirse incómoda. Piensa en la felicidad radiante que vio en su expresión hace semanas y que ella misma se ha encargado de apagar.

Está perdiendo la vida. La ha cambiado por una coraza de respeto y control que ahora la está asfixiando.

La sesión termina poco después y Eleanor se siente vacía, pero es un vacío diferente. No es el de la soledad, es el de un espacio que se ha abierto para que ella lo llene, aunque no sepa cómo.

—Antes de que se vaya —dice la doctora Lamond, deteniéndola en la puerta—, me gustaría proponerle un ejercicio. No tiene que enseñármelo, es solo para usted. Escriba tres cartas. Una para Julia, una para Grace y una para usted misma. Sea completamente sincera. Escriba todo lo que nunca se ha atrevido a decir. No tiene que enviarlas, el propósito es que las palabras salgan de usted y las vea en el papel.

Eleanor asiente, sin fuerzas para discutir. Sale de la consulta y se sube a su coche, pero no arranca. Se queda quieta, mirando a través del parabrisas sin ver nada. Tres cartas. Tres espejos en los que no sabe si tendrá el valor de mirarse sin hacer que se rompan. La idea le parece una completa estupidez, pero ¿qué puede perder por intentarlo si siente que ya lo ha perdido todo?

CAPÍTULO 35

—¿Cómo lo llevas? —pregunta Brooke.

Acaba de llegar al apartamento de Natalie. Jamás se hubiera imaginado llegar a tener este nivel de confianza con ella, pero después de tres días sin verla por el campus, Brooke preguntó por ella en administración. La única respuesta que recibió fue que Natalie estaba de baja, pero no sabían el motivo y a ella se le retorció el estómago. Así que decidió llamarla, y ahora está aquí. Todavía le tiemblan las manos después de que Natalie haya terminado de contarle lo que ha pasado.

—No lo sé —responde Natalie, dejando los dos cafés que ha preparado en la mesa para sentarse frente a Brooke—. Supongo que estaría mejor si supiera a qué atenerme, pero la incertidumbre me está matando.

—No hay habladurías sobre este tema en el campus, si la rectora hubiera presentado el caso ante el comité, el rumor habría corrido más que la pólvora —dice Brooke.

—Supongo que debe de estar planeando la forma más eficaz de quitarme del medio.

Brooke inhala con brusquedad. Todavía está asimilando lo que le ha contado y se da cuenta de la suerte que tuvieron ella y Harper.

—¿Grace no sabe nada? Quiero decir, es su hija, puede hablar con ella.

—Grace está enfadada con el mundo, pero, sobre todo, con su madre. No ha hablado con ella desde que discutieron y se pone rígida como una tabla cada vez que piensa en ello. No voy a pedirle que le pregunte, tampoco ayudaría en nada —dice Natalie.

—Debe de estar siendo muy complicado para Grace. Para las dos —corrige Brooke—, pero en su caso, no sé, no me gustaría ser ella. Tiene que ser espantoso saber que es tu propia madre la que está acabando con la carrera de tu chica.

Natalie sonríe con amargura.

—Sí, a mí tampoco me gustaría estar en su pellejo. Intento explicarle que no es culpa suya, que la rectora Morley hubiera actuado del mismo modo si hubiera sido otra alumna, pero no logro convencerla. Creo que, además de la indignación, se siente frustrada por no ser capaz de detener a su madre.

—No es tarea de ella detenerla —opina Brooke.

—Estoy de acuerdo.

—En cualquier caso, no me imagino a nadie capaz de detener a esa mujer cuando tiene algo en mente. Ahora la cuestión es ver qué decide el comité cuando les hable del asunto.

—Espero tener suerte y que solo me despidan. Le dije a Grace que buscaría otra cosa si me vetaban en los centros educativos, pero no me veo haciendo nada que no sea lo que hago. Es lo que me gusta —explica Natalie.

—Siento que haya terminado así, Dumont.

Natalie sonríe.

—Yo también.

—Lo bueno es que el semestre termina esta semana. Con suerte, la gente del comité estará demasiado ansiosa por coger las vacaciones de Navidad y no le prestarán más atención de la necesaria al asunto.

Natalie junta las manos sobre la mesa y no contesta. Por primera vez en años, se siente desorientada. Este asunto debería ser lo que más le preocupa —y con motivo— pero lo que más le preocupa es Grace.

Parece que los papeles se han invertido y la que se pasa el día consumida por la ansiedad es la hija de la rectora, ni siquiera su amiga Shelby ha logrado que se calme. Grace es como una bomba de relojería con todo este asunto, y Natalie sabe que explotará si no se soluciona pronto.

Justo en ese momento, escucha el tintineo de las llaves y Natalie mira la hora. Las clases de la mañana han acabado y ahora que ella está en casa, Grace viene a comer todos los días.

—Bueno, yo os dejo —dice Brooke tras saludar a Grace—. Si me entero de algo, te lo diré.

—Gracias, Landy —se despide Natalie y la acompaña hasta la puerta.

Cuando vuelve al salón, Grace está sentada en el sofá, con un pie sobre la rodilla y la cabeza apoyada en el respaldo.

—¿Y esa cara? —pregunta Natalie, arqueando una ceja.

—Tengo dos llamadas perdidas de mi madre —dice Grace, agitando el móvil con la mano.

—¿Perdidas o has dejado que se pierdan? —pregunta la consejera, sentándose a su lado.

Grace intenta sonreír, pero sus labios apenas se estiran.

—Si no le contestas, acabará yendo a una clase a buscarte, y eso será peor —opina Natalie, poniéndole una mano en la pierna.

—No lo hará —asegura Grace—. Sabe que estoy enfadada y que la mandaré a paseo. No dará ese espectáculo, para ella la imagen es importante, ya sabes. Lo primero es la jodida universidad, lo segundo sus malditas normas y después, a lo mejor estoy yo.

—No digas eso, Grace. Te quiere y se preocupa por ti, solo que lo hace de una manera que tú no logras entender, y probablemente la mayoría de la gente tampoco —añade con una sonrisa cómplice que hace que otra se dibuje en el rostro de Grace—, pero es su manera.

—Su manera es una mierda. Si me quisiera y se preocupara tanto, no estaría haciendo esto. Ni me habría pedido que rompiera contigo, ni te habría obligado a coger una baja. Lo lógico es que nos hubiera sentado a las dos, nos hubiera echado una bronca monumental, que merecemos, por supuesto —dice y mira hacia arriba, recuperando su expresión descarada—, y después nos hubiera exigido mantenernos alejadas hasta terminar el curso. Nada más, ¿pero esto? Se le ha ido la puta cabeza.

—Vale ya, Grace. Es la rectora, reconoce que la hemos puesto en una situación muy complicada. Si oculta esto y se acaba sabiendo por otra vía, su carrera también está acabada.

—¿Por qué la defiendes? —pregunta Grace, frunciendo el ceño.

Natalie se mueve y se sienta sobre ella a horcajadas, mirándola de frente.

—No se trata de defenderla, cariño. Yo soy la primera que está enfadada con todo esto, pero si lo miras con perspectiva, obviando que tú eres su hija, ha hecho lo que tenía que hacer.

—Sigue siendo injusto —murmura Grace, pasando un dedo por el cuello de Natalie.

—En realidad, no lo es —dice ella, y Grace parpadea sorprendida —. Existen unas normas y nosotras no las hemos cumplido. Ahora estamos pagando las consecuencias, aunque no nos gusten.

Grace aprieta la mandíbula. Sabe que Natalie tiene razón, pero no puede evitar estar dolida con su madre.

—Las consecuencias solo las estás pagando tú —susurra Grace —. Yo sigo yendo a clase como si nada, y las dos sabemos que cuando se enteren en el comité, lo peor que me pasará es que aparecerá una mancha en mi expediente. Mi madre se encargará de inventarse alguna mierda para decir que tú me has seducido, te señalará como la culpable de todo y los demás le creerán porque le tienen miedo.

—Me parece bien —dice Natalie.

—¿Qué?

—Que me parece bien que lo haga, Grace. Lo mío no tiene arreglo pase lo que pase, no veo la necesidad de que tú también salgas perjudicada. Te queda solo un semestre, acábalo y después nos olvidamos de este asunto.

Grace se pierde en la intensidad de los ojos azules de Natalie. Siempre le han transmitido serenidad, y ahora le hace mucha falta.

CAPÍTULO 36

Eleanor parece un león enjaulado dentro de su propia casa. Por primera vez en años, el silencio la asfixia en lugar de relajarla. Ha escrito las tres cartas que le recomendó la doctora Lamond. La de Grace ha ocupado dos páginas completas, siente que ha hecho tantas cosas mal con su hija que, por un momento, ha pensado que no iba a terminar nunca. La de Julia apenas se resume en unas pocas frases en las que, si la profesora leyera la carta, se quedaría sorprendida al saber que lo único que Eleanor sabe sobre ella, es que le gusta, que es la única persona con la que siente que encaja y que sería feliz si solo pudiera limitarse a contemplarla. La suya propia está llena de tachones, de líneas que se tuercen o trazos temblorosos. Ahora mismo, Eleanor se odia a sí misma, y lo hace con tanta fiereza, que ha roto esa carta y la ha tirado a la basura, incapaz de leer una vez más lo que piensa de sí misma.

Se pasea por el salón sin saber muy bien qué hacer y su mirada verdosa se detiene en la estantería donde están los álbumes de fotos que al padre de Grace le encantaba coleccionar. Coge uno al azar y se sienta en el sofá.

Ahí está ella, más joven, junto a su difunto marido. Sonríen a la cámara, una pareja perfecta en un jardín perfecto. Él la abraza por

la cintura, un gesto posesivo y protector. Eleanor recuerda esa sensación, la de pertenecer a un plan, a una estructura. No era un matrimonio perfecto, ni escogió al padre de Grace ni se casó enamorada, pero llegó a quererlo a su manera y la vida con él era segura. Era predecible. Era todo lo que ella creía que debía ser.

Pasa la página y aparece una foto de Grace con apenas siete años y el pelo enredado que la mira con una sonrisa a la que le falta un diente. Está sentada sobre los hombros de su padre, riendo a carcajadas. Eleanor recuerda ese día, un pícnic en el parque. Recuerda la calidez del sol y la facilidad con la que su marido se reía con su hija, una conexión que ella observaba desde la distancia, entre admirada y dolida por no ser capaz de hacer lo mismo.

Cierra el álbum con brusquedad y coge otro, uno más reciente. Las fotos son de eventos universitarios, cenas formales y viajes de trabajo. En todas ellas, su expresión es la misma: serena, controlada e impenetrable. Es la rectora Morley, una institución con piernas, pero entonces sus pensamientos cambian y viajan hacia Julia. El recuerdo del sabor de sus labios, de la suavidad de su piel bajo sus manos en su despacho, todo es tan real que tiene que cerrar los ojos. Entonces, su mente vuelve a ese recuerdo que tuvo en la consulta de la doctora Lamond. El de su amiga Clara y ella en el suelo de su habitación, el desprecio de su padre y el silencio de su madre.

Eleanor abre los ojos de golpe, con la respiración acelerada. Y en ese instante, todo encaja. Su miedo, su rigidez y su incapacidad para conectar con Grace, su reacción visceral ante Julia. Todo nace de ese maldito momento, de esa lección que aprendió con brutalidad: el deseo es peligroso, la vulnerabilidad es una debilidad y

ciertos sentimientos deben ser reprimidos hasta que dejen de existir. Con quince años, se sintió atraída por las mujeres por primera vez, pero se vio obligada a reprimir ese impulso de tal modo, que no ha sabido gestionarlo después, y el hecho de que su hija asumiera su homosexualidad con tanta naturalidad despertó algo en ella, esa necesidad de reconducirla, de protegerla de gente como su padre, de gente como ella misma.

Desesperada, coge el móvil y vuelve a llamar a Grace. Ha perdido la cuenta de todas las veces que lo ha hecho, pero ahora necesita hablar con ella de verdad. Necesita que su hija escuche de sus propios labios que se ha equivocado, que no es buena madre, que es una hipócrita… Salta el buzón de voz, como siempre, y Eleanor se queda mirando la pantalla cuando, de repente, le llega un mensaje de Julia.

Con la mano temblando, lo abre y el aliento se le congela.

Estoy aquí cuando estés lista.

¿Por qué es tan buena, Julia? Eleanor no la merece, lo que sí merece es todo lo que Julia le dijo, y se quedó corta, pero sigue ahí. A pesar de todo lo que piensa de ella, ella no la ha abandonado del todo, y es en ese momento cuando Eleanor toma una decisión.

Se levanta, se pone el abrigo y coge las llaves del coche.

Natalie abre la puerta de su apartamento y se queda paralizada. En el umbral, bajo la luz del pasillo, está Eleanor Morley, aunque ahora no le parece esa mujer imponente y autoritaria a la que todos obedecen, ahora es solo una mujer con ojeras, el pelo recogido en una cola baja y un aire vulnerable que desconcierta a la consejera.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta Natalie, manteniendo la puerta a medio abrir.

—¿Grace está aquí? —pregunta Eleanor, aunque sabe la respuesta, ni siquiera se ha molestado en ir al apartamento de Grace o al de su amiga Shelby.

—Sí, pero no creo que sea buena idea que la deje pasar —responde Natalie.

—Lo sé, y lo entiendo, pero necesito hablar con ella, y con usted. Por favor.

Natalie no debería dejarla entrar, pero el tono casi suplicante de la mujer la hace dar un paso atrás y abrir la puerta del todo.

Grace, que está en el sofá repasando sus apuntes, levanta la vista y su expresión se congela cuando ve entrar a su madre.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, con una frialdad más propia de Eleanor que de ella.

Eleanor se detiene en medio del salón, sin atreverse a acercarse más, mientras que Natalie retira una silla de la mesa y se sienta, todavía aturdida por la presencia de la rectora en su casa.

—No me coges el teléfono, algo tenía que hacer —dice Eleanor.

Grace se levanta, enfurecida.

—Si no te lo cojo es porque no tengo nada que hablar contigo. Vete —exige, señalando la puerta.

—Grace… —dice Natalie, tratando de calmarla.

Ella se gira hacia su voz, rabiosa, pero se concentra en su mirada y trata de perderse en esos dos charcos azules que siempre logran apaciguar su interior.

—He venido a disculparme.

Las palabras de Eleanor hacen que Grace vuelva a girarse hacia ella y Natalie se ponga de pie, descolocada.

—¿A disculparte? ¿Por qué? ¿Por amenazar a Natalie? ¿O por destrozar su carrera? ¿Por dónde quieres empezar, mamá? —pregunta Grace, con ese aire provocador que siempre utiliza con ella.

No lo hace a propósito, pero está tan acostumbrada a que su madre no apruebe la mayoría de las cosas que hace, que Grace siempre está a la defensiva en su presencia.

—Por todo —admite Eleanor, alternando la mirada entre las dos —. He sido injusta, y una hipócrita.

Se detiene, tragando saliva, como si lo que está diciendo fuera lo más difícil que ha hecho en su vida.

—¿Hipócrita? —repite Natalie, frunciendo el ceño.

—¿Quiere sentarse al lado de Grace, por favor? —le pide Eleanor.

Natalie camina hasta el sofá, mirando a Grace por el camino. La expresión de la hija de la rectora es de puro asombro, no comprende nada en la actitud de su madre, ni su amabilidad con Natalie, ni el hecho de que esté aquí frente a ellas, hablando de algo que Grace siente que se le escapa.

—Con su permiso —dice Eleanor, arrastrando la silla que Natalie acaba de dejar.

La coloca delante de ellas, pero a un par de metros de distancia, y se sienta como si fuera la acusada y Natalie y Grace parte del jurado.

—Yo también he cometido el mismo error que vosotras —admite, mirando a Natalie—. Os he juzgado y he sentenciado a Dumont por algo por lo que yo también debería juzgarme.

Grace frunce el ceño, no entiende nada, pero Natalie sí, lo ha captado a la primera.

—¿Con quién se está acostando? —pregunta sin titubear.

Eleanor la mira fijamente, mientras que Grace, boquiabierta, clava sus ojos verdes en su madre.

—Con la profesora Bernet.

—¿Es una broma? —espeta Grace, levantándose de un salto.

—No —afirma Eleanor, sintiendo que le tiembla todo el cuerpo.

Grace se gira hacia Natalie, poniéndose las manos en la cabeza antes de girarse hacia su madre.

—Eres increíble —sisea desconcertada—. ¿Me has estado juzgando siempre por salir con chicas y ahora tú te estás follando a una?

Eleanor la reprendería en cualquier otro momento, le diría que hiciera el favor de no ser tan vulgar, pero ahora no dice nada, Grace merece que la deje expresarse.

—Sí —responde, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—Joder, qué fuerte —dice Grace—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo eres capaz de joder a Natalie así y dormir por las noches sabiendo que tú has hecho lo mismo? Por supuesto que eres una hipócrita —añade histérica, señalándola con el dedo—. Y eres cruel, y espero que la profesora Bernet se dé cuenta antes de que sea tarde, porque le joderás la vida si sigue contigo.

El rostro de Eleanor Morley se contrae. Aguanta como puede las acusaciones de su hija, pero su barbilla comienza a temblar, las aletas de la nariz se le expanden y los ojos se le humedecen. Aun así, no se mueve, no solloza ni se rompe. Sigue mirando a su hija a los ojos, aceptando cada palabra que sale de su boca porque sabe

que las merece, aunque por dentro se esté desmoronando, y Natalie admira esa parte de ella.

—Grace —dice Natalie, levantándose para cogerla de un brazo —. Siéntate, por favor —le pide en un susurro.

—¿Qué me siente? —pregunta Grace, girándose hacia ella con la expresión desencajada.

Tiene las mejillas rojas, los ojos tan humedecidos como los de su madre y la mandíbula apretada.

—¿Has escuchado lo que ha dicho? —solloza Grace.

—Sí, cariño, y creo que deberías dejarla terminar, después dile todo lo que quieras —Natalie señala el sofá y Grace decide hacerle caso, al fin y al cabo, está tan sobrepasada que siente que ha perdido la capacidad de expresarse en este momento.

Eleanor se pasa los dedos bajo los ojos y se mira las yemas mojadas y temblorosas durante varios segundos, aturdida, como si no reconociera sus propias manos. Natalie y Grace se mantienen en silencio, dejándole espacio para recomponerse.

—No espero que me perdonéis, y mucho menos usted, Dumont, pero quiero que sepa que el comité no sabe nada. No he presentado el caso y no lo voy a hacer.

—¿Por qué? —estalla Grace, alterada de nuevo—. ¿Porque ahora te interesa? Así puedes seguir acostándote con la profesora Bernet sin tener remordimientos, ¿es eso?

—La profesora Bernet no está muy contenta conmigo, eso también lo he estropeado, pero no es el caso —responde Eleanor—. En fin, solo quería que supierais que lo siento, y que podrá volver a su puesto el próximo semestre, Dumont.

Eleanor se levanta sabiendo que su tiempo ha terminado. Grace está demasiado enfadada con ella y lo entiende. No esperaba salir de aquí con una reconciliación, pero no se ve capaz de aguantar más reproches, por hoy ya ha tenido suficiente.

—Espere —dice Natalie—. No puede hacerlo, tiene que presentar el caso ante el comité, es su deber como rectora.

Grace quiere resoplar, ¿qué le pasa a Natalie? ¿Quiere darle carta blanca a su madre para ejecutarla?

—Como rectora, tengo que hacer muchas cosas, Dumont, pero no haré esa —responde Eleanor con su habitual tono seco.

Natalie se levanta y camina hasta situarse ante ella.

—Dijo que alguien nos delató. Si no lo cuenta, esa persona la delatará a usted. No tiene otra opción, rectora.

Eleanor desvía la mirada un segundo hacia Grace, después se centra en Natalie de nuevo.

—Siempre hay otra opción, Dumont.

Natalie frunce el ceño, sin terminar de entender a esta mujer, que ahora la esquiva, camina hasta Grace y, lentamente, se arrodilla frente a ella.

—Sé que he cometido muchos errores contigo, Grace, que no he sido una buena madre, ni siquiera la madre que necesitabas. No supe estar ahí cuando murió tu padre, ni he sabido entenderte la mayoría de las veces. No puedo buscar una excusa, no hay nada que justifique lo que he hecho, pero te quiero. Te he querido siempre, eres lo único que me importa de verdad, y aquí y ahora, te juro que no volveré a meterme en tu vida si me dejas seguir en ella.

Grace no puede hablar, la garganta se le ha cerrado y las lágrimas le resbalan como si fueran dos riachuelos en su cara.

Eleanor tiembla de arriba abajo, ni siquiera está segura de poder levantarse sin que le fallen las rodillas. Ha sido sincera, por primera vez, ha sido sincera con Grace y le ha expresado todo lo que debería haberle dicho hace mucho tiempo, y se siente bien, aunque su hija apenas pueda mirarla.

—Natalie recuperará su trabajo, Grace —susurra Eleanor, apoyando una mano en la rodilla de su hija para ayudarse a ponerse en pie—. Te doy mi palabra.

Se levanta con un suspiro tembloroso y se da la vuelta, caminando hacia la salida.

—Gracias por permitirme hablar —le dice a Natalie cuando esta la acompaña a la puerta.

—Espera, mamá.

La voz de Grace suena floja, quebrada, y Eleanor se detiene en seco, girándose hacia ella al mismo tiempo que Natalie.

Grace aparece por la puerta del salón, sin rastro de su expresión rebelde y provocadora. Su rabia se ha disipado para dejar paso a la comprensión, porque conoce a su madre y sabe el esfuerzo titánico que todo esto ha supuesto para ella. Se ha quitado la coraza frente a ellas y ha dejado salir a la mujer asustada que hay debajo y, aunque Grace la ha odiado muchas veces, ahora solo quiere abrazarla.

Eleanor se queda rígida cuando siente los brazos de su hija alrededor del cuerpo. Le cuesta un segundo procesar que está ahí, con ella, apretándola con la misma brusquedad que cuando era pequeña. Enseguida reacciona y la aprieta con fuerza, hundiendo la cara en su pelo en el primer abrazo sincero que se dan desde hace años.

Cuando se separan, Eleanor tiene los ojos húmedos de nuevo, pero no por eso deja de mirar a su hija, contemplándola como si por fin la estuviera viendo de verdad. Le pasa las manos por el pelo alborotado y le besa la frente antes de darse la vuelta y salir del apartamento.

—¿Estás bien? —pregunta Natalie, mirando a Grace fijamente.

—¿Qué acaba de pasar?

Natalie sonríe con ternura y la pega a su cuerpo, abrazándola con la misma fuerza que Eleanor.

—Creo que tu madre ha tocado fondo, y ha elegido levantarse y recomponerse en lugar de nadar en la mierda.

Grace asiente entre sus brazos.

—Te va a necesitar, cariño —susurra Natalie.

—Lo sé.

CAPÍTULO 37

Por primera vez en mucho tiempo, Eleanor tiene claro lo que tiene que hacer sin miedo a equivocarse. Ha pasado todo el fin de semana repasando el reglamento de la universidad, buscando la manera de proteger la relación de Grace y Natalie, y ha encontrado lo que necesita. El argumento por sí solo es un clavo ardiente al que agarrarse, por eso ha tomado la decisión que ha tomado, y no se arrepiente en absoluto; de hecho, está segura de que es lo que debe hacer.

Se levanta de la silla, coge una funda transparente con unos documentos y sale del despacho, girando hacia la izquierda para ir a la sala de reuniones donde la esperan.

El salón del comité de ética está especialmente silencioso esta mañana. Los miembros, cinco en total, ocupan sus sillas con carpetas abiertas frente a ellos, pero no hojean nada porque no saben de qué va esto. Están a la espera.

En la cabecera de la sala, hay un asiento vacío. Ese lugar le corresponde, por estatuto, a la rectora Morley, pero hoy no será así. La puerta se abre.

—Buenos días —dice Eleanor Morley al entrar, con la firmeza de siempre.

—Rectora Morley —saluda el profesor Sandoval, presidente del comité—. ¿Todo bien?

—No por mucho tiempo —responde ella, sin dejar de caminar hacia el estrado—. Y por eso estoy aquí.

Los miembros se miran entre ellos, desconcertados. Nadie entiende bien a qué se refiere.

—Quisiera que conste en acta que esta comparecencia ha sido voluntaria y no solicitada por este comité —declara Eleanor—. También que me presento en calidad de testigo, no como autoridad.

Sandoval frunce el ceño, pero asiente, cada vez más intrigado.

—Para que quede claro —dice Sandoval—. ¿Desea hacer una declaración oficial, rectora Morley? ¿Es eso?

—Sí. Lo que voy a decir debe quedar registrado —responde Eleanor.

Se acomoda frente al micrófono y respira profundamente. No tiembla, aunque siente que algo dentro de ella está a punto de romperse.

—Hace unos días, el profesor Thompson solicitó una reunión conmigo para expresar lo que él consideró una preocupación ética —empieza Eleanor, paseando su mirada verdosa entre todos los miembros—. Alegó haber observado una relación inapropiada entre una estudiante y una miembro del personal administrativo de la universidad: la señorita Grace Morley que, como saben, es mi hija, y la consejera académica Natalie Dumont.

Un murmullo suave se extiende por la mesa, y Eleanor espera a que todos terminen de mostrar su asombro antes de continuar.

—El profesor Thompson hizo lo que debía, por supuesto, pero también me colocó en una posición conflictiva. Por eso he decidido

actuar con transparencia. Lo que tengo que declarar hoy es lo siguiente:

Eleanor abre la carpeta que llevaba en las manos, extrae un folio impreso con el membrete oficial y lo desliza hacia los miembros del comité. Es una declaración firmada por ella misma, redactada esa madrugada.

—La señorita Dumont me informó hace aproximadamente dos meses —miente—, de que existía un vínculo afectivo en desarrollo entre ella y la señorita Morley. Me lo comunicó antes de que existiera relación física alguna entre ellas, como medida preventiva, y me pidió orientación.

Sandoval abre mucho los ojos.

—¿Y usted qué hizo? —pregunta una de las vocales.

Eleanor le sostiene la mirada.

—Evalué la situación y concluí que no existía conflicto normativo directo. La señorita Dumont no es docente en esta institución, por lo tanto, no tiene autoridad académica sobre la señorita Morley, y el reglamento no contempla explícitamente relaciones entre miembros del personal administrativo y estudiantes adultos que no dependan directamente de ellos. En consecuencia, decidí no elevar la situación al comité. Esa fue mi decisión.

Los miembros se miran entre ellos.

—¿Y ahora? —pregunta Sandoval, desconfiado—. ¿Por qué nos lo trae ahora, rectora Morley?

Eleanor se toma unos segundos antes de responder.

—Porque la omisión fue mía, no de ellas. Y porque si hay una falta en todo esto, no es por haber mantenido una relación sentimental entre dos personas adultas y conscientes, sino por mi

falta de acción institucional. No lo comuniqué, no lo documenté y no puse límites claros ni supervisión. Asumo toda la responsabilidad.

El silencio se extiende por la sala durante unos segundos en los que Eleanor se mantiene rígida, sin titubear, sorprendida de la tranquilidad con la que habla.

—Entonces, ¿está diciendo que usted autorizó la relación? —trata de aclarar Sandoval.

—No. Estoy diciendo que decidí no intervenir porque no violaba ninguna norma, pero reconozco ahora que debí actuar con más claridad. La relación avanzó, como es natural cuando se trata de emociones verdaderas, y yo no estuve a la altura como líder institucional —responde Eleanor.

—¿Y por qué venir ahora? Sigo sin comprenderlo.

Eleanor se yergue.

—Porque alguien más lo hará —responde, pensando en el profesor Thompson—. Y no quiero que la narrativa de esto se escriba por rencor, ambición o prejuicio —añade, eligiendo muy bien sus palabras—. Quiero que conste en acta que yo lo sabía, que tomé decisiones equivocadas y que quienes están en el centro de esta historia son dos mujeres adultas que no han hecho otra cosa que enamorarse.

El silencio vuelve a inundar la sala, pero Eleanor decide terminar antes de que tengan mucho tiempo para pensar.

—Por tanto, presento formalmente mi renuncia al cargo de rectora de esta universidad. El documento está dentro de esa carpeta —dice, dejándola sobre la mesa—. Me abstendré de seguir en el proceso para no interferir más.

Sandoval parpadea, estupefacto.

—¿Está segura, rectora Morley?

—Completamente. No puedo liderar una institución si no soy capaz de defender la integridad de mis decisiones. Esto es lo correcto. No para proteger mi imagen, ni la de mi hija, sino para asegurar que el comité tenga la libertad de actuar sin interferencias y para que se entienda que la ética no siempre trata de castigos, sino de asumir la responsabilidad de nuestras acciones, incluso si vienen del amor o del miedo.

Eleanor se toma un segundo para respirar profundamente.

—Y quiero que conste también que ni la señorita Dumont ni la señorita Morley deben ser sancionadas por esto. Según el artículo 12 del Reglamento Interno de Conducta Ética de la Universidad, los miembros del personal que estén involucrados en relaciones consensuadas con otros empleados deben declararlo ante el Comité de Ética a fin de evitar conflictos de interés, y como he dicho antes, no es el caso de la señorita Dumont porque no está involucrada con nadie del personal, y tampoco es docente de la señorita Morley. En resumen, no existe norma vigente que prohíba su relación —dice, sabiendo que ese vacío legal las salvará—. Y nadie tiene derecho a convertirlas en ejemplo de nada. Yo fui quien falló.

Nadie habla durante casi un minuto después de las palabras de Eleanor. Después, Sandoval, incómodo, asiente. Lo último que hubiera esperado era recibir la renuncia de alguien como Eleanor Morley.

—Tomaremos nota de su declaración y discutiremos en sesión privada los siguientes pasos. ¿Desea quedarse?

—No —dice Eleanor—. No es mi lugar, les dejo para que discutan el asunto.

Eleanor se da media vuelta, pero antes de salir, se detiene.

—A veces, ser rectora significa proteger a la institución, pero ser madre… —su voz casi se quiebra—, ser madre significa no dejar que tu hija cargue con el peso de tus errores.

Sus palabras se quedan flotando en el ambiente, haciendo pensar a todos los miembros mientras ella sale sin mirar atrás, caminando hacia su despacho, consciente de que esta será su última semana como rectora.

Durante las vacaciones de Navidad, la junta tendrá tiempo de sobra para nombrar a alguien que la sustituya, y Eleanor sonríe porque tiene la certeza de que ese jamás será el profesor Thompson, ya que todos en esa institución saben que ese hombre vendería a su propia madre para conseguir lo que quiere, y no es ese tipo de persona a la que quieren al mando.

Eleanor llega a su despacho con el tiempo justo para empezar la siguiente reunión que ha programado para hoy, la más importante para ella, una reunión donde ha citado a Grace y Natalie, y también a Julia Bernet.

CAPÍTULO 38

Eleanor ha dejado la puerta abierta, así que Natalie y Julia, que llegan al mismo tiempo, no tienen la necesidad de llamar porque la rectora está en el lado opuesto del que debería ocupar en su mesa, con el culo apoyado sobre la madera y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Pasad —ordena, y Julia y Natalie se miran entre ellas, sin entender nada—. ¿Y Grace? —pregunta Eleanor, mirando directamente a Natalie.

—Aquí —responde su hija, apareciendo por la puerta.

—Cierra, por favor —pide Eleanor.

Grace obedece, desconcertada al ver a la profesora Bernet en el despacho. Su madre le ha escrito hace una hora para citarla aquí, y Natalie la ha llamado diciendo que también la había citado a ella, pero lo que no entiende es por qué están las tres en el despacho.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Grace, situándose al lado de Natalie.

—Tengo algo que deciros a las tres y no quiero repetirme. Cuando termine, tú te quedas, Julia, quiero hablar contigo a solas, por favor.

Julia asiente y se mueve hacia el sofá, sentándose en el reposabrazos, entendiendo que la primera parte de la conversación no será para ella.

—¿Mamá? —insiste Grace, cada vez más inquieta.

—He renunciado a mi cargo de rectora —empieza, y la mandíbula de todas las presentes se descuelga—. He acudido al comité para solucionar lo de vuestra relación.

—¿Se lo has contado? —interrumpe Grace, con el corazón en la garganta.

Natalie está quieta, sin expresar ningún tipo de emoción, solo mantiene la mirada fija en Eleanor.

—Tenía que hacerlo, si no hacía nada, Thompson me habría pasado por encima y entonces todo habría explotado. Tenía que adelantarme.

—Thompson… —repite Natalie, mirando de reojo a Grace.

—Os dije que alguien os había delatado —dice Eleanor—. La cuestión es que he encontrado un vacío legal en las normas que deja claro que no existe una base legal para que puedan sancionaros.

Eleanor les explica todo lo que ha dicho en la reunión, recitándolo casi de memoria.

—Os lo cuento porque probablemente os llamarán para hablar con vosotras, al menos a ti —dice señalando a Natalie—, por lo que tendrás que respaldar mi versión y decir que me lo habías contado y fui yo la que decidió no hacer nada.

Natalie traga saliva.

—No puedo dejar que pierda el cargo por mi culpa —dice, apretando la mandíbula.

—Nadie me ha obligado, es decisión mía. Independientemente de lo que me dijo Thompson, yo lo sospechaba. Sabía que entre vosotras pasaba algo, pero no hice nada al respecto porque estaba demasiado ocupada procesando lo que tenía con la profesora Bernet.

Julia da un respingo, sorprendida de que Eleanor se lo haya contado a Grace y Natalie. Quiere sonreír, levantarse y saltar sobre ella porque sabe que por fin está dando un paso hacia delante, enfrentándose a lo que siente en lugar de esconderlo.

—No he hecho bien mi trabajo de ninguna de las maneras y no merezco ocupar esa silla —dice, señalando a su espalda.

—¿Y qué vas a hacer, mamá? —pregunta Grace, angustiada—. Esto es tu vida, te encanta tu trabajo.

—Tengo mucho trabajo que hacer conmigo misma, Grace. Necesito tiempo para mí, estoy pensando en tomarme un año sabático, pero ya veré.

Grace la mira, boquiabierta y eufórica de emoción al mismo tiempo. No se imagina a su madre sin hacer nada y, sin embargo, está segura de que es lo que necesita.

—Dumont —insiste Eleanor—. Dime que respaldarás mi versión.

—Lo haré —asegura Natalie.

—Gracias.

—¿De verdad has renunciado al puesto? —insiste Grace, todavía impactada.

—Sí, y lo más extraño es que no siento que haya perdido nada —admite Eleanor, que se siente tan ligera que no se reconoce.

—Estoy orgullosa de ti —dice Grace mientras se acerca a ella—. Gracias, mamá —susurra cuando se abraza a su madre.

Esta vez, Eleanor no duda y la envuelve con sus brazos de inmediato, colocando una mano en su espalda y la otra en su cabeza, sintiendo que tiene una oportunidad para empezar a hacer las cosas bien, y no piensa desperdiciarla.

Le da un beso a Grace en la cabeza, manteniendo sus labios pegados a su pelo unos segundos, y después deshacen el abrazo.

—Ahora necesito que me dejéis a solas con Julia —dice Eleanor.

—Claro —responde Grace, girándose hacia Natalie.

—Una cosa más —espeta Eleanor cuando están a punto de abrir la puerta—. Me da igual lo que hagáis fuera del campus, pero aquí, no quiero más reuniones de ambas y evitad que os vean juntas. Una cosa es que lo pasen por alto y otra que os permitan proclamar vuestro amor por los pasillos.

—Tiene mi palabra —asegura Natalie.

—Pues quita la mano de la espalda de mi hija antes de salir por la puerta —suelta Eleanor, y Julia se muerde el puño para no reírse.

Natalie carraspea, quita la mano y abre la puerta, cerrándola cuando salen.

Julia se incorpora y camina hasta Eleanor, quedándose delante de ella, muy cerca.

—No sé qué decir —dice la profesora.

Eleanor asiente, bajando la cabeza mientras se toma unos segundos para pensar.

—No tienes que decir nada, soy yo la que tiene que hablar. La que tiene que disculparse.

A Julia el pecho se le aprieta, pero se mantiene quieta, expectante.

—He sido injusta contigo —empieza Eleanor—. He dejado que el miedo y los prejuicios me paralizaran, te he alejado a ti, he alejado a Grace, y todo por cobardía, por no atreverme a admitir que yo también me equivoco, y que también siento cosas. No he sabido manejar la situación. Sentir cosas por ti que no entendía, o que pensaba que no debía sentir, me dejó desestabilizada.

—¿Y qué ha cambiado? —pregunta Julia.

—No lo sé —admite Eleanor, suspirando con brusquedad—. Puede que el miedo a perderos a ti y a Grace haya superado al otro, o puede que simplemente me haya cansado de pelearme conmigo misma. Me gustas, Julia —dispara, y Julia tuerce una sonrisa—, pero más allá de eso, me importas.

Julia no dice nada, pero sus ojos brillan y apenas parpadea.

—Me he pasado mi vida adulta temiendo perder el respeto de todos o equivocarme, de amar mal otra vez —Eleanor suspira—, pero hoy he perdido algo que valoraba mucho y no me he derrumbado, y eso solo demuestra que estoy lista para empezar a vivir sin miedo. No te pido nada, solo quería que supieras lo que siento por ti y cómo me siento en general.

—Gracias por decírmelo —dice Julia, dando el único paso que falta para pegarse a ella—. ¿Dónde nos deja esto a nosotras? ¿Qué quieres hacer ahora?

—Si tú estás de acuerdo, ir muy despacio. Sin expectativas. Necesito descubrir quién soy realmente —Eleanor piensa en la doctora Lamond, a la que tiene intención de seguir viendo—. Quiero hacerlo bien, contigo y con Grace, y necesito hacerlo a mi ritmo.

Julia le hace una caricia en la mejilla, Eleanor se estremece.

—Podemos ir al ritmo que tú quieras. No tenemos que definir lo que es esto, ni comprometernos a nada. No necesito que me lleves de la mano por la calle ni proclamar a los cuatro vientos que estoy enamorada de ti. Solo necesito que tú lo sepas y que, cuando sientas inseguridad o miedo, hables conmigo en lugar de esconderte.

Eleanor sonríe, sus labios apenas se mueven, pero Julia sabe que la sonrisa es sincera.

—Parece un buen trato —murmura Eleanor.

—Lo es —Julia le guiña un ojo.

—Quizá podría invitarte a cenar a mi casa el viernes.

—Sí, quizá sería buena idea —dice Julia, inclinándose para besar a Eleanor.

CAPÍTULO 39

Han pasado dos días desde la renuncia de Eleanor. Dos días en los que el mundo de Natalie ha dejado de girar sobre un eje de ansiedad para instalarse en una calma extraña y expectante que todavía no sabe cómo gestionar. Está sentada en el sofá de su salón, con las piernas cruzadas y un libro abierto sobre el regazo que no ha conseguido leer. Sus ojos se desvían constantemente hacia el reloj de la pared, contando los minutos que faltan para que Grace llegue.

Natalie sonríe para sí misma, sorprendida por la facilidad con la que se ha acostumbrado a la presencia casi constante de la hija de la rectora, a su ropa mezclada con la suya en el cesto de la colada o al simple hecho de ver su cepillo de dientes en el baño.

Escucha el timbre y Natalie aparta el libro y se levanta para abrir, pensando que sería más fácil si le diera una copia de la llave a Grace del mismo modo que le dio el código para abrir la puerta del edificio.

—Hola —dice Grace, dejando caer la mochila a un lado mientras le dedica una sonrisa torcida.

Natalie no responde, simplemente se acerca y la besa. Grace le corresponde con un suspiro entrecortado, rodeándole la cintura con los brazos para pegarla a su cuerpo.

—Ummm, me gusta esta bienvenida —murmura contra sus labios.

—A mí me gustas tú cuando llegas —responde Natalie, apartándose un poco para mirarla.

Grace tuerce otra sonrisa provocadora y se quita la chaqueta, dejándola caer sobre el respaldo de una silla. Ambas van directas hacia el sofá. Natalie se sienta y Grace se tumba, apoyando la cabeza en las piernas de Natalie con una naturalidad que a la consejera le encoge el pecho. Es un gesto simple, pero para ellas significa mucho más. Significa que han sobrevivido a la tormenta, que han llegado a un lugar donde pueden permitirse ser ellas.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Grace, mirando a Natalie desde abajo.

Ayer por la tarde, Natalie recibió la llamada del comité de ética. Una citación formal tal y como Eleanor predijo. Ha pasado casi una hora en una sala de reuniones, respondiendo a preguntas que, por suerte, no han sido tan inquisitivas como ella temía.

Natalie empieza a acariciarle la cabeza, hundiendo los dedos en su pelo de forma distraída.

—Sorprendentemente bien —responde al fin, y ve cómo los hombros de Grace se relajan al momento—. Ha sido más un formalismo que un interrogatorio.

—¿Qué te han preguntado? —dice Grace, que estaba deseando llegar al apartamento de Natalie para preguntarle.

—Poca cosa, la verdad. Querían confirmar la versión de tu madre. Les he dicho que sí, que le informé de mis sentimientos hacia ti antes de que pasara nada entre nosotras y que ella decidió no elevar el asunto al comité en ese momento.

Grace cierra los ojos, procesando la información. La mentira de su madre, ahora respaldada por Natalie, se ha convertido en la verdad oficial. Una verdad construida por Eleanor para protegerlas.

—¿Y ya está? ¿No han dicho nada más?

—Me han recordado la importancia de mantener la discreción dentro del campus, sobre todo durante el tiempo que sigas siendo estudiante. Han sido muy claros en eso. No tomarán medidas, pero exigen prudencia.

—Discreción —repite Grace, y una sonrisa amarga se dibuja en sus labios—. Supongo que es un precio bajo que pagar después de todo.

Natalie sigue acariciándole el pelo en silencio. Sabe que, aunque Grace intente disimularlo, todo este asunto le ha afectado mucho. No por ellas, sino por su madre.

—Todavía no me lo puedo creer —murmura Grace, abriendo mucho los ojos—. Que haya renunciado a su cargo… Mi madre adoraba ese puesto, se va a volver loca.

—Ahora es solo tu madre —dice Natalie con suavidad. Grace parpadea y sus ojos verdes se quedan fijos en Natalie—. Y, al parecer, eres más importante para ella que su puesto, te lo ha demostrado al dejarlo.

Grace se queda callada, reflexionando. La imagen de su madre, la rectora Morley, esa mujer que hasta hace poco Grace pensaba que estaba congelada por dentro, sacrificando su carrera por ella. Es algo que todavía le cuesta asimilar. Es un gesto de amor tan inmenso e inesperado, que ha demolido años de resentimiento y distancia entre ellas.

—Ha sacrificado su cargo para protegernos —continúa Natalie, con la voz cargada de un respeto que no puede ocultar—. Y creo que le debemos comportarnos correctamente, al menos hasta que acabe el semestre que queda. Sin escándalos, sin provocar, sin dar que hablar.

Grace asiente, con la mirada perdida en el techo. Siente una oleada de gratitud y una punzada de culpa al mismo tiempo. Gratitud hacia su madre por un acto de generosidad que nunca habría esperado, y culpa por haberla empujado a esa situación.

—Tienes razón —dice en un susurro—. Se lo debemos.

Natalie sigue con sus caricias, disfrutando del momento, de tener a Grace ahí, en su regazo, a salvo. Se siente extraña, como si por fin pudiera respirar después de haber estado conteniendo el aliento durante meses.

—Oye —dice Grace al cabo de un rato.

—Dime.

Grace se incorpora un poco, apoyándose en un codo para poder mirar a Natalie a la cara.

—Quizá podríamos invitarla a cenar algún día. A mi madre.

Natalie parpadea, sorprendida por la propuesta. La idea de tener a Eleanor Morley sentada a su mesa, en su apartamento, le provoca un escalofrío inmediato. Eleanor es una mujer complicada, una fuerza de la naturaleza cuya energía todavía la intimida. La imagen de las tres juntas en una cena familiar le parece tan surrealista como peligrosa, pero entonces mira a Grace y ve a la chica que acaba de recuperar a su madre, y también siente una profunda gratitud hacia esa mujer que ha elegido salvarlas en lugar de destruirlas.

—Me parece bien —responde Natalie—. Aunque no prometo estar relajada.

Grace suelta una risita y se incorpora, buscando la boca de Natalie para darle un beso lento y profundo.

—Yo te ayudaré con eso —susurra contra sus labios—, puedo relajarte dos o tres veces.

Natalie la empuja hacia un lado y se tumba sobre ella.

—Podrías empezar ahora —sugiere, y Grace sonríe con ese destello de provocación en la mirada.

CAPÍTULO 40

Tres semanas después.

—Sé que estás despierta —susurra Julia, pegada a la espalda desnuda de Eleanor—. Lo noto en tu respiración.

Julia no miente. Están de lado, Eleanor delante y Julia detrás. Se ha despertado con el brazo que tiene sobre el cuerpo de Eleanor entumecido, porque la exrectora le ha cogido la mano y la tiene retenida contra su pecho. Julia lleva mucho rato despierta, sin querer moverse para no despertarla, pero hace unos segundos —de forma inconsciente al principio— Eleanor ha presionado con más fuerza su mano, como si temiera soltarla, y después su pulso se ha acelerado, al igual que su respiración.

Eleanor se mueve, girándose despacio hasta quedarse bocarriba, ladeando la cabeza para mirar a Julia.

—Hola —saluda Eleanor.

Julia sonríe a modo de saludo y le aparta parte del pelo de la cara, echándolo hacia atrás con delicadeza. No está muy segura de cómo comportarse, esta es la primera vez que se queda a dormir con Eleanor.

Desde que tuvieron la conversación en el despacho, sus encuentros han sido como primeras citas. Han hablado mucho, se

han besado y se han abrazado cuando Julia se marchaba, pero no pasaban de ahí. Julia —aunque lo deseaba más que respirar— no quería forzar nada. Sabe que Eleanor está dando pequeños pasos de gigante, y quiere darle el espacio y el tiempo necesarios para que todo avance al ritmo que ella necesita. Sin embargo, ayer, cuando Julia ya estaba en la puerta lista para irse, Eleanor no deshizo el abrazo en el que la tenía envuelta, sino que comenzó a besar su cuello muy despacio.

Julia se quedó quieta en un primer momento, pero comprendió de inmediato lo que iba a pasar en cuanto Eleanor —mientras seguía repartiendo besos húmedos por su cuello— puso las manos en el cierre del pantalón de Julia.

—¿Puedo? —preguntó Eleanor, apartando la cara de su cuello cuando notó que Julia se tensaba.

La profesora la miró fijamente, asegurándose de que Eleanor quería eso y no lo estaba haciendo solo para complacerla a ella. Y los ojos de Eleanor eran puro fuego. Dos llamas con destellos verdosos que incendiaron a Julia por completo.

—Solo si estás segura, no hace falta correr, Eleanor…

La respuesta de Eleanor fue atrapar sus labios y desabrocharle el pantalón de corte ancho que cayó al suelo tras deslizarse sin esfuerzo por las piernas de Julia.

—Estoy muy segura de quererlo —aseguró Eleanor, introduciendo una mano por debajo de la ropa interior de Julia.

Ella jadeó.

—Y me parece que tú también lo quieres —sonrió Eleanor.

A Julia se le escapó el aire de los pulmones, no solo por lo que sentía con el roce suave de los dedos de Eleanor entre sus piernas,

sino por su sonrisa y su mirada. Julia no encontró ni rastro de ese pánico con el que Eleanor lo solía hacer todo las dos veces que se habían acostado con anterioridad. Ahora ya no se escondía, había reconocido para sí misma sus sentimientos y no le avergonzaban ni se sentía culpable por tenerlos.

—Sí que quiero —murmuró Julia, deshaciéndose con sus caricias.

Eleanor la empujó con suavidad contra la pared y, cuando Julia separó más las piernas para darle mayor acceso, Eleanor retiró la mano y se puso de rodillas antes de que Julia pudiera procesarlo. Casi se desmayó cuando sintió su lengua entre sus pliegues, pero sobre todo era la visión de Eleanor en esa posición lo que la enloquecía de placer.

—Mierda, Eleanor… —gimió, atravesada por el remolino que se estaba formando en su vientre demasiado pronto—. No voy a aguantar —dijo, sin añadir nada más porque no podía hablar y respirar al mismo tiempo, su cuerpo estaba desincronizado, obedeciendo únicamente al calor abrasador de esa lengua que la estaba consumiendo.

Eleanor la miró desde abajo sin detener el trabajo de su lengua, y Julia se derramó contra su boca cuando vio esos ojos, que deberían ser verdes, completamente oscurecidos. De ahí se fueron al sofá, donde Julia se encargó de devolverle a Eleanor el mismo placer que ella había recibido, y después simplemente se quedaron envueltas en un silencio cómodo. Eleanor con el cuerpo mirando al techo y Julia de lado, con la mano plana entre sus pechos.

—Quédate —susurró Eleanor, girando la cabeza hacia Julia.

—Vale —contestó ella sin más.

Y ahora están ahí, envueltas en la penumbra de la habitación.

—¿Estás bien? —pregunta Julia.

Eleanor frunce el ceño, sin entender la pregunta.

—Me refiero con esto, con nosotras aquí —aclara Julia—. Si necesitas tu espacio, dímelo y me voy ya, no me enfadaré.

—Eres demasiado buena conmigo —murmura Eleanor, pasándose una mano por la cara para despejarse—. Estoy bien, lo que necesito es café.

Le da un beso en el pelo y se incorpora. Julia la mira desde la cama, tratando de notar si hay algo extraño en el comportamiento de Eleanor, buscando la tensión en sus hombros o la expresión de severidad que pone cuando algo la desconcierta, pero no ve nada, así que también sale de la cama.

—¿Te importa si uso tu ducha? —pregunta Julia, acercándose a ella por detrás.

Eleanor ha cogido una bata del colgador y se la está poniendo.

—Claro que no. Hay toallas en el armario, prepararé café mientras acabas.

Diez minutos después, Julia entra en la cocina, donde Eleanor la espera sentada mientras envuelve su taza con las manos. Julia se deja caer en la silla de enfrente y coge la suya para tomar un sorbo.

—Hoy es tu primer día de excedencia —comenta Julia con cautela—. ¿Cómo te sientes?

Julia tiene razón, hoy empieza el segundo semestre tras las vacaciones de Navidad. Para Eleanor siempre ha sido un día emocionante, la vuelta de los alumnos, el caos de gente por el campus y los pasillos. Las primeras reuniones, los primeros imprevistos y problemas para resolver. Los primeros días siempre

son sus favoritos, pero ahora es el inicio de la nueva Eleanor, la que no ocupa el cargo de rectora, la que se va a tomar un año sabático y ni siquiera sabe lo que hará dentro de una hora, y está bien con eso.

—Estoy extrañamente tranquila —contesta mirando a Julia, y le sonríe antes de beber.

La profesora entorna la mirada, desconcertada.

—¿De qué te ríes?

—Hoy también es el primer día que amaneces en mi casa —dice Eleanor—. Confieso que pensé que sería aterrador, que no soportaría la invasión después de tanto tiempo sola, acostumbrada al silencio y a mis rutinas.

—¿Y no es aterrador? —Julia traga saliva.

—No —responde Eleanor, con esa sequedad tan característica suya, pero que Julia ya sabe cómo interpretar.

—¿Y cómo es?

Eleanor vuelve a sonreír, una sonrisa corta y torcida, parecida a las de su hija.

—Normal, tranquilo, cómodo.

La sonrisa de Julia se expande, después bebe un poco de café y se recuesta en la silla con la pose de una conquistadora.

—¿Eso significa que me invitarás a quedarme más veces? —pregunta jocosa.

—Ya veremos —espeta Eleanor, aunque sus labios se curvan—. Ahora acábate eso y termina de arreglarte o llegarás tarde al trabajo.

Julia se yergue de golpe, está tan relajada que, por un momento, se ha olvidado de que tiene que irse.

—Te recuerdo que ya no eres la rectora, así que no puedes darme órdenes —bromea Julia, levantándose para acercarse a ella.

—Claro que puedo, serás mis ojos allí dentro, quiero que te asegures de que Grace se mantiene lejos del edificio administrativo.

El aliento de la risa de Julia le hace cosquillas a Eleanor en la oreja cuando se acerca para besarle la mejilla.

—Creo que Dumont se ocupará de mantenerla a raya.

—Dumont no piensa con el cerebro cuando mi hija está cerca, y Grace tiene la fea costumbre de dejarse llevar por ciertos impulsos.

—Vale, las vigilaré. Te lo prometo.

Julia le da un beso en los labios y se marcha. No quedan en verse después, ni en llamarse, y a Eleanor le gusta que sea así. No hay expectativas ni presión, no hace nada por compromiso ni porque se sienta obligada, lo hace porque le apetece. Y esta tarde le apetecerá llamar a Julia.

EPÍLOGO

Ocho meses después.
Natalie está sentada en el sofá, moviendo las piernas con nerviosismo, esperando a que llegue Grace. Ahora ya no siente esa ansiedad paralizante de los primeros meses antes de que todo saltara por los aires, ahora es una anticipación cálida, una especie de cosquilleo que le recorre el cuerpo y la hace sonreír sin motivo aparente.

El apartamento ya no es solo suyo. La prueba son un par de zapatillas Vans que hay abandonadas cerca de la puerta, una chaqueta de cuero colgada en el respaldo de una silla y un leve desorden en la estantería que antes era un ejemplo de organización. Es el desorden de Grace, su huella en el espacio de Natalie, y a ella le parece la decoración más bonita del mundo.

Escucha el sonido de la llave en la cerradura y el corazón le da un vuelco. La puerta se abre y Grace entra, dejando caer el maletín de trabajo en el suelo con un suspiro de agotamiento. En cuanto terminó el curso, le ofrecieron un trabajo como becaria en un bufete cercano al apartamento de Natalie y, desde que trabaja ahí, sabe cuándo entra, pero nunca la hora de salida.

Grace lleva la blusa de seda arrugada y un pantalón de corte recto que le marca las caderas. Su pelo oscuro está recogido en una coleta desordenada y tiene la mirada cansada, pero sus ojos verdes se iluminan en cuanto ven a Natalie.

—Llegas tarde —señala Natalie, arqueando una ceja.

—Lo sé, lo siento —responde ella, acercándose para darle un beso—. El socio principal es un vampiro del tiempo, te juro que se alimenta de nuestras horas extras.

Natalie sonríe y le aparta un mechón de pelo de la cara. Todavía no se acostumbra a verla vestida así de formal, convertida en una abogada que está segura de que será muy competente en cuanto le den una oportunidad.

—Tu madre nos espera en media hora y no me gustaría llegar tarde —dice Natalie, guiándola hacia la habitación—. Cámbiate y nos vamos.

—La vida adulta y responsable es un asco —protesta Grace, desabrochándose la blusa por el camino.

Natalie se queda apoyada contra el marco de la puerta, cruzada de brazos mientras Grace se transforma en la chica rebelde que ella conoció, con sus vaqueros desgastados, sus camisetas básicas y las zapatillas deportivas.

—Pues ve acostumbrándote, es lo que te espera a partir de ahora —dice Natalie.

Grace pone los ojos en blanco, pero después sonríe porque, en el fondo, le encanta lo que hace y las horas le pasan volando, aunque llegue agotada.

Natalie la sigue observando en silencio, pensando en lo rápido que ha pasado el tiempo. Ya ha pasado casi un año desde que

empezó su historia con Grace, ocho meses desde que Eleanor renunció a su cargo y el comité de ética archivó su caso con una advertencia de discreción. Dos meses desde que Grace se mudó a su apartamento, invadiéndolo con su risa, con su caos y con una felicidad que Natalie jamás se imaginó que llegaría a sentir.

Cuando llegan a la casa de Eleanor, es la propia rectora —o exrectora— quien les abre la puerta. Ya no lleva sus impecables trajes sastre que parecían diseñados para intimidar, sino unos pantalones de lino y una blusa de algodón que le dan un aire relajado y accesible que todavía desconcierta a Natalie. Su pelo ya no está recogido en un moño perfecto, sino que cae suelto por detrás de sus hombros, suavizando sus facciones, aunque su expresión siempre sea seria.

—Hola, mamá —saluda Grace, abrazándola con una naturalidad que a Natalie todavía le encoge el pecho.

No es la primera vez que vienen a cenar, pero con cada encuentro, la relación entre Grace y su madre va mejorando un poco más, y Natalie se alegra de todas las decisiones que tomó Eleanor en su momento, porque de no haber cambiado su conducta, está segura de que la relación con Grace se habría roto por completo.

—Me alegro de verte, Dumont, pasa —dice Eleanor.

—Señora Morley —asiente Natalie con una sonrisa cuando Eleanor le da un suave apretón en el brazo.

Ellas no se besan ni se abrazan, porque el respeto y la admiración mutua que se tienen se lo impide. Natalie admira la valentía que tuvo Eleanor para enfrentarse a sus propios demonios y sacrificar algo que era muy importante para ella para proteger a su hija. Y Eleanor, por su parte, admira la integridad y la fuerza de

Natalie, la mujer que puso por delante de su carrera lo que sentía por Grace cuando Eleanor amenazó con destruirla.

Cuando todavía no han cerrado la puerta, aparece el coche de Julia. La profesora se baja con una sonrisa que detiene el corazón de Eleanor y corre hasta la puerta.

—Hola —jadea, y se acerca a Eleanor para darle un beso en la mejilla.

No se lo da en los labios porque sabe que Eleanor todavía se siente incómoda con las muestras de afecto públicas, aunque sea frente a su hija y su nuera. Su relación avanza a un ritmo lento, pero es constante. Julia acepta que, para Eleanor, su salida del armario tiene que ser algo progresivo, un paseo tranquilo hacia su libertad total, sin sobresaltos.

—Grace, Natalie… —dice Julia, dando un abrazo a cada una.

Eleanor las observa interactuar mientras cierra la puerta, aliviada de que Grace y Julia se traten como amigas. Le daba mucho miedo que Grace la viera solo como un reemplazo de su padre, y lo que Eleanor siente por Julia, es completamente diferente de lo que llegó a sentir por su difunto marido, al que solo respetaba y tenía cariño. De ella se ha enamorado.

La cena transcurre en la cocina con una naturalidad que sigue sorprendiendo a la anfitriona. Julia habla del material que está preparando para el próximo curso, Grace sobre su nuevo trabajo, en el que se siente explotada y eufórica al mismo tiempo, y Natalie simplemente escucha, igual que Eleanor.

—¿Y tú qué, mamá? —pregunta Grace.

—¿Qué?

—¿Estás lista para el viaje?

—Completamente —asiente, y esboza una pequeña sonrisa.

En estos ocho meses que han transcurrido de su año sabático, Eleanor se ha dedicado a redescubrirse, a disfrutar de las cosas que antes le gustaban y que su obsesión por el control le negaron durante décadas. Ahora pasea por la playa, lee libros que tenía acumulados y está tomando clases de cocina.

Además, esta cena es una especie de despedida, porque Eleanor se marcha un mes de viaje, sola. Es una especie de peregrinaje personal que la doctora Lamond le ha recomendado para terminar de asentar las bases de su nueva vida.

—Estoy muy orgullosa de ti —dice Grace, guiñándole un ojo.

—Y yo —asiente Eleanor—, creo que necesito este tiempo para mí, para terminar de conocerme, aunque la idea de viajar sola no me hace mucha gracia.

—Estará bien —asegura Natalie—, en cuanto suba al avión, se sentirá orgullosa de sí misma, ya lo verá.

—Y si te sientes sola por la noche, siempre me puedes llamar para que te haga un poco de compañía —suelta Julia.

Eleanor se pone rígida, pero se relaja cuando todas comienzan a reír.

—Que tengas buen viaje, mamá —dice Grace, abrazándola con fuerza cuando se despiden.

—Cuídese, señora Morley —añade Natalie, devolviéndole un apretón en el brazo como el que ha recibido al entrar.

También se despiden de Julia, porque es evidente que ella pasará esa última noche con Eleanor en su casa. La prueba está en que ahora, cuando ellas pasan con el coche por delante de la

fachada, Julia levanta una mano para despedirlas, mientras que, con la otra tiene rodeada la cintura de Eleanor.

Cuando llegan a su edificio, Natalie y Grace suben en el ascensor y se detienen frente a la puerta del apartamento. De forma simultánea, ambas meten la mano en el bolso para buscar las llaves.

Las dos se echan a reír por lo cotidiano y absurdo de la situación, y Natalie saca la mano.

—Abre tú.

Grace abre la puerta, deja su bolso a un lado y se gira hacia Natalie, que está cerrando. Apoya la espalda contra la madera y se cruza de brazos, mirándola con una intensidad que hace que a Natalie se le corte la respiración.

—¿Sabes qué? —susurra Grace, y en sus ojos verdes aparece ese destello provocador que tuvo la culpa de todo.

Natalie arquea una ceja, sintiendo cómo un escalofrío agradable le recorre la espalda.

—Dime.

—Creo que esta noche necesito una reunión de asesoramiento —dice Grace con tono ronco—. Me está costando mucho adaptarme a la vida de adulta responsable y necesito ayuda. Ya sabes, pautas, estrategias…

Natalie suelta una risita y niega con la cabeza, desconcertada por esa mezcla de exasperación y deseo que siente ahora mismo.

—Eres muy descarada, Grace Morley.

—Lo sé —responde Grace, acortando la distancia entre ellas hasta que sus labios prácticamente están rozando los de Natalie—. ¿Vas a ayudarme, consejera Dumont?

—Quizá pueda hacerte un hueco ahora, tengo mi despacho ahí —dice señalando hacia la habitación.

Grace sonríe y atrapa sus labios, y Natalie se da cuenta de que se pasaría el resto de su vida ayudándola a adaptarse a cualquier situación a la que se enfrentara. Ya sea real o inventada.
